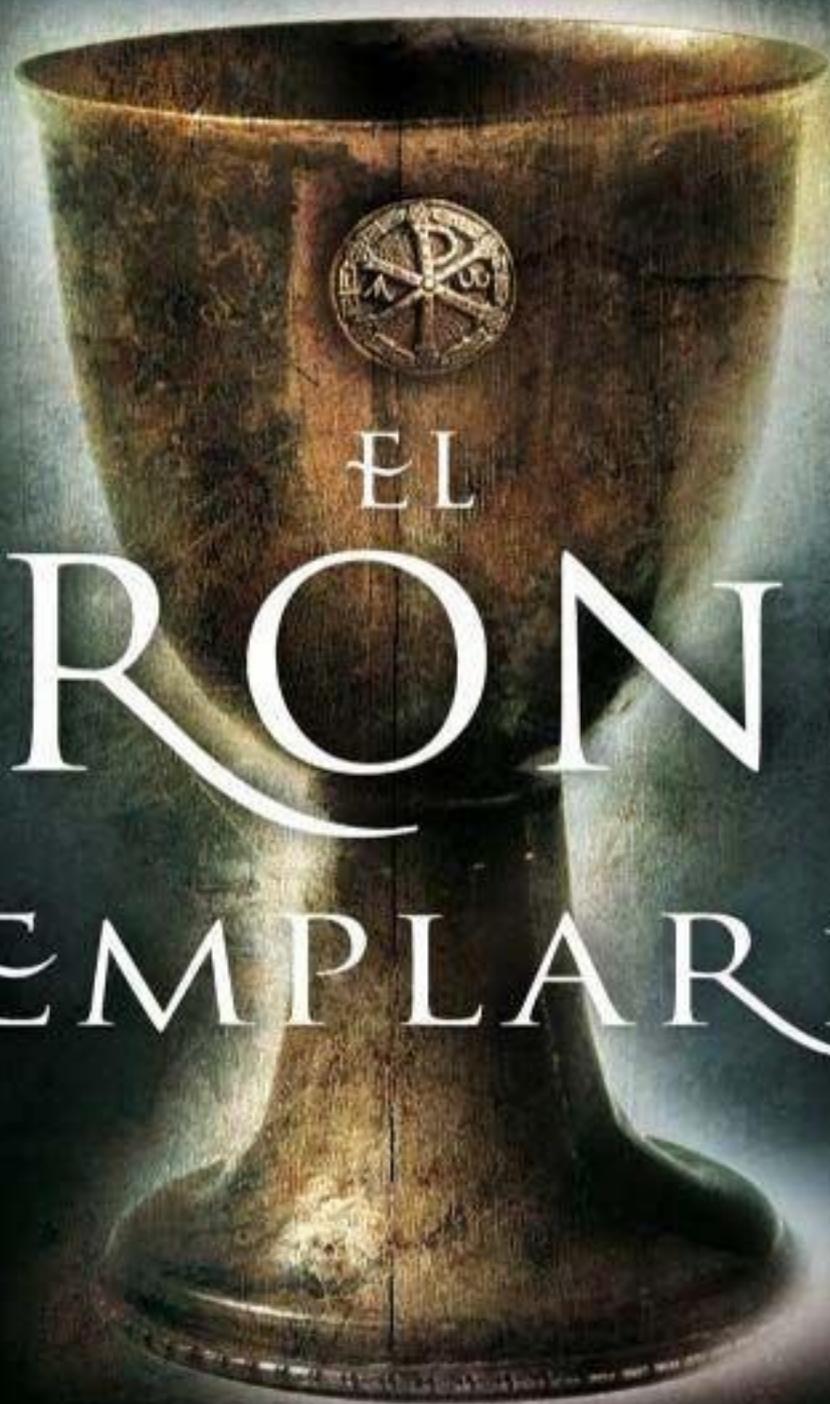


PAUL CHRISTOPHER



EL  
TRONO  
TEMPLARIO

LA CLAVE QUE RESPONDE A ALGUNAS DE LAS  
PREGUNTAS MÁS IMPORTANTES DE LA HISTORIA...

Lectulandia

En el siglo XIV al caballero templario Jean de Saint-Clair se le encomendó la tarea de pilotar la flota de la Orden, cargada de tesoros, desde la costa francesa. En el periplo se sirvió de una ballestilla: un revolucionario instrumento náutico supuestamente desarrollado en su época.

Pero John Holliday, antiguo integrante de los Army Rangers, tiene una opinión diferente porque posee un artilugio similar... hallado en manos de una momia egipcia de cuatro mil años de antigüedad. Holliday sospecha que Saint-Clair puede ser la clave para responder a algunas de las preguntas más intrigantes de la historia, que desvelarán el verdadero origen de la riqueza, el poder y la influencia de los Caballeros Templarios.

Sin embargo, también hay quien piensa que esas preguntas deben seguir sin contestar... y que las respuestas de Holliday deberían irse con él a la tumba.

**Lectulandia**

Paul Christopher

# **El trono templario**

**John Holliday - 3**

ePub r1.0

Titivillus 25.04.2017

Título original: *The Templar Throne*  
Paul Christopher, 2010  
Traducción: Eva Acosta

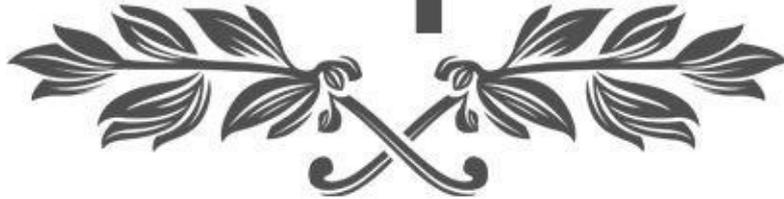
Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

4



ANIVERSARIO  
EDICIÓN CONMEMORATIVA



  
epublicre

La propia palabra «secreto» repugna en una sociedad abierta y libre; además, como pueblo, estamos intrínseca e históricamente en contra de sociedades secretas, juramentos secretos y actos secretos.

JOHN F. KENNEDY

Bajó el asirio como el lobo cae sobre el redil,  
Y sus cohortes relucían de púrpura y de oro;  
Y el brillo de sus lanzas era como el centelleo de las estrellas en el lago  
Cuando de noche avanza la ola azul del hondo Tiberíades.

LORD BYRON, *La perdición de Senaquerib*

**E**L coronel John «Doc» Holliday, de los Army Rangers estadounidenses (retirado del servicio activo) y más recientemente profesor de historia militar medieval en la Academia Militar Estadounidense de West Point (retirado de esto también), estaba sentado en la terraza acristalada del Café Brasserie Le Malakoff, una exclusiva cafetería situada en el prestigioso *arrondissement* decimosexto de París. Lo acompañaba Maurice Bernheim, director del Musée National de la Marine, el Museo Marítimo Nacional de Francia.

Los dos almorzaban lo mismo: ensalada y *croque-monsieur*, la versión parisiense de un sándwich Reuben norteamericano, aunque bien podría proceder de un universo completamente distinto. Los parisinos adoptaban una actitud desdeñosa hacia todos los demás habitantes del planeta, pero cuando se trata de comida tenían razón. Incluso una *Royale avec Fromage* en un McDonald's de París era inmensamente superior a una Big Mac de las que se venden en cualquier otra parte del mundo. Bernheim llevaba sermoneándolo sobre el tema casi una hora, pero un buen almuerzo en un día primaveral en París compensaba muchas cosas.

Holliday ya había coincidido con Bernheim cuando se encontraba en plena localización del secreto de la espada templaria. El bajo y rechoncho historiador que fumaba aquellos pestilentes cigarrillos llamados Boyards lo había ayudado entonces, y Holliday esperaba que lo ayudara otra vez.

—La verdad, qué pena que su encantadora sobrina no esté hoy con usted —dijo Bernheim.

Se terminó el sándwich, le hizo una seña al camarero y pidió flan y café para los dos.

—Prima —lo corrigió Holliday—. Se encuentra demasiado ocupada estando embarazada en Jerusalén.

Peggy y el arqueólogo israelí Raffi Wanounou se habían casado el año anterior, poco después de sus aventuras en el desierto de Libia; las mismas aventuras que, con el tiempo, habían llevado a Holliday a aquel almuerzo alto en colesterol con Maurice Bernheim.

—Una joven muy bonita —dijo el hombre de mediana edad dando un suspiro.

—Eso opina su recién estrenado marido. —Holliday sonrió—. Y, por cierto, ¿cómo están su esposa y sus hijas?

—Pauline está bien, gracias. Por suerte para mí su consulta de dentista me mantiene con el lujo al que mis diablillas y yo nos hemos acostumbrado. Por supuesto, las gemelas también han de tener el último modelo de zapatillas deportivas. *La vie est très chère, mon ami*. La vida es cara, ¿eh? Pronto serán el maquillaje y los

Mercedes a juego.

Bernheim se sacudió una pelusa invisible de la solapa de su carísimo traje de Brioni.

Los flanes llegaron, y por un momento el director del museo clavó la vista en el suyo con expresión reverencial, como si fuese una maravillosa obra de arte, algo que, al menos para Bernheim, probablemente fuera. Holliday hizo caso omiso del postre y probó el café. Como todo en Le Malakoff, era excelente. Al menos gracias a la prohibición de fumar en los restaurantes de París no tenía que soportar los Boyards de Bernheim.

—Bueno —dijo el experto en náutica—. ¿Qué lo trae a usted a París y a mi pequeño y humilde museo?

Tomó otro bocado del flan y cerró los ojos un instante para deleitarse con el sabor.

—¿Ha oído hablar alguna vez de un lugar llamado La Couvertoirade? —preguntó Holliday.

Bernheim asintió.

—Una ciudad fortificada de la Dordoña. Edificada por los templarios, creo.

—Eso es —dijo Holliday con un gesto afirmativo—. Hace tiempo un arqueólogo, un monje que se llamaba hermano Charles-Étienne Brasseur, descubrió un nido de documentos procedentes de allí que estaban relacionados con la expedición templaria a Egipto. —Hizo una breve pausa, intentando recordarlo todo—. Los textos los había escrito un monje cisterciense llamado Roland de Hainaut. Hainaut era secretario de Guillaume de Sonnac, el gran maestro que mandaba a los templarios en el cerco de Damietta en 1249.

—Claro. La Séptima Cruzada —dijo Bernheim—. No podían ir río arriba debido a las inundaciones del Nilo, de modo que se quedaron seis meses holgazaneando y conquistando a las egipcias.

—También jugaron a ser turistas —añadió Holliday—. El barco privado de Guillaume de Sonnac como gran maestro era una carabela llamada el *Sanctus Johannes*, que había fletado en Génova a un armador, Peter Rubeus. De Sonnac contaba con su propio capitán, un compatriota francés llamado Jean de Saint-Clair.

—Un nombre bastante corriente en Francia, me temo —dijo Bernheim—. Algo así como John Smith en Norteamérica —sonrió—. Un nombre con el que firmar registros de hotel.

—Pues bien, mientras este Saint-Clair en concreto estaba en Damietta viajó un poco más allá hasta Rosetta, donde los arqueólogos de Napoleón descubrieron la famosa piedra al cabo de unos cuantos centenares de años.

—Y los británicos la robaron, si me permite añadirlo. —Gruñó Bernheim.

—Pídale explicaciones a la reina —dijo Holliday—. En fin, mientras Saint-Clair realizaba su pequeña visita a Rosetta junto con el secretario de De Sonnac, en un monasterio se toparon con unos antiguos documentos coptos. Los documentos

describían una cosa que denominaban «Organum Sanctum».

—Un Instrumento de Dios —tradujo Bernheim—. Por lo general se refiere a una persona. Por ejemplo, Moisés era un instrumento de Dios.

—Esta vez no —dijo Holliday.

Abrió el flexible y anticuado maletín que tenía en el regazo y sacó dos tiras de madera de veinticinco centímetros de largo. Una de las tiras era ligeramente más gruesa que la otra y tenía un agujero cuadrado a mitad de su longitud. Estaba claro que la pieza más estrecha estaba pensada para que encajara en el agujero formando una cruz. Las dos tiras tenían muescas a intervalos regulares.

—Una ballestilla —dijo Bernheim, asintiendo—. Un instrumento de navegación del siglo XVI.

—Solo que Saint-Clair y el secretario de De Sonnac descubrieron los documentos doscientos años antes de esa fecha —dijo Holliday—. Y algo todavía más raro: los documentos contaban que el artefacto por el que se ha hecho esta maqueta era más antiguo todavía... del tiempo de los faraones, en realidad.

—Absurdo —dijo Bernheim en tono de burla.

—El original del artefacto que tiene en la mano lo encontré yo en la mano momificada del visir del faraón Djoser; la momia la habían sepultado al menos dos mil quinientos años antes del nacimiento de Cristo, y cuatro mil años antes de que Jean de Saint-Clair estuviera en Rosetta. Ahora el original está guardado en lugar seguro en el Metropolitan Museum of Art de Nueva York. La copia que tiene usted en la mano la han realizado en el departamento de maquetas.

—¿No hay posibilidad de que se hayan equivocado en la datación?

—En el enebro africano el margen de error del análisis espectroscópico es de menos del diez por ciento. No hay duda, Maurice: el instrumento tiene cuatro mil quinientos años.

—*Merde* —dijo el francés en voz baja, olvidado ya su flan—. ¿Sabe usted lo que esto representa para el paradigma básico de la moderna historia náutica?

—Lo destroza —contestó Holliday en tono inexpresivo.

—Este artefacto era un arma secreta comparable con la bomba atómica —dijo Bernheim—. Una nación marinera que lo tuviese contaba con una ventaja extraordinaria sobre otra que careciera de él.

—Al menos durante los doscientos años, más o menos, que van entre el descubrimiento de Saint-Clair y el invento de la ballestilla en el siglo XVI —dijo Holliday.

—Colón se va al traste.

—Además, casi con toda seguridad eso significa que los cuentos de hadas sobre la ida a América de los templarios son ciertos... O podrían serlo —dijo Holliday.

—Saint-Clair, Sinclair... —dijo Bernheim, pensativo. Pasó el pulgar por las muescas que había en los lados de las tiras de madera y encajó las dos piezas. Luego levantó el cruciforme instrumento—. ¿Alguna vez ha visto el antiguo escudo de

armas de los Saint-Clair? —preguntó—. ¿El primitivo, como se usaba en Francia?

—Desde luego —respondió Holliday—. Una cruz festoneada.

—*Pas «feston», mon ami.* En Francia se llama *La Croix Engraal* —dijo Bernheim—. Una cruz «engrialada».

—¿Y eso quiere decir...? —preguntó Holliday.

—En términos de heráldica, *engraal* significa «protegido por el Santo Grial»; el Grial se indicaba con eso que en el ridículo libro de Da Vinci se denominaba la «V» del sagrado femenino y no del *sangraal*, la sangre de Cristo. Pero ¿y si en el blasón de los Saint-Clair las muescas *engraal* de la cruz hicieran referencia a otra cosa? ¿A algo mucho más práctico?

Bernheim pasó la uña del pulgar por las muescas de la madera. De repente Holliday lo comprendió.

—Las hendiduras de gradación de una ballestilla —dijo, y dejó ver una amplia sonrisa—. Casi siempre la explicación más sencilla es la verdadera. La navaja de Ockham.

—*C'est ça* —dijo Bernheim alegremente—. El misterio está resuelto.

—No hasta que yo no averigüe más cosas acerca de este Jean de Saint-Clair, fuera quien fuese.

Bernheim, que había vuelto a su flan, dejó la cucharilla y se limpió los labios con una servilleta. Luego se encogió de hombros.

—Desde el punto de vista histórico los Sinclair de Escocia procedían de una pequeña ciudad llamada Saint-Clair-sur-Epte. En tiempos el río Epte servía de frontera entre Normandía y la Île de France, es decir, entre las posesiones de Inglaterra y el resto del país. También es el río que Monet mandó desviar para crear su famoso estanque de nenúfares.

Holliday se echó a reír, impresionado por el repertorio de conocimientos que tenía Bernheim sobre un tema tan poco importante.

—¿Qué diablos tiene que ver nada de esto con la historia marítima?

—Lo que a usted le interesa, de lo que usted sabe es de artes militares medievales, ¿cierto?

—Eso quiero pensar.

—Lo mío son los barcos y el mar. Pero antes de los barcos ha de haber madera, y antes de la madera ha de haber árboles. ¿Ha oído hablar alguna vez del río Beaulieu en Inglaterra?

—No.

—Entonces nunca ha oído hablar del pueblo de Buckler's Hard.

—No es un nombre que me resulte familiar.

—Le resulta familiar a cualquiera que esté metido en la historia marítima francesa —dijo Bernheim—. Los buques de guerra ingleses *Euryalus*, *Swiftsure* y *Agamemnon* se construyeron allí: fueron unos barcos claves durante la batalla de Trafalgar, donde los británicos derrotaron a la flota francesa en 1805. La madera con que se construyó

toda la flota de Nelson procedía del circundante New Forest.

—¿Quiere decir que el río Epte tenía la misma función?

—Desde la época de los vikingos —dijo Bernheim con un gesto afirmativo. Rebañó de los lados del plato lo que quedaba del flan, se relamió y suspiró—. Si el Saint-Clair que busca usted era marino, casi con toda certeza procedía de Saint-Clair-sur-Epte. —Clavó la mirada con pesadumbre en su plato vacío y suspiró otra vez—. Hay una vieja abadía cerca, la *Abbaye* de Tiron. Hable con el bibliotecario de allí, el hermano Morvan. Pierre Morvan. Quizá él pueda ayudarlo.

Dicho esto, le echó un vistazo al flan intacto de Holliday y, en tono esperanzado, preguntó:

—¿No tiene usted apetito?

**E**L estudiante medio cree que el mejor sinónimo de «investigación» es Google. Sin embargo la investigación auténtica y original tiene más que ver con el juego del flíper que con los buscadores de internet; por lo general es una lotería con muchos más fallos que aciertos. Uno va rebotando por toda la máquina al tiempo que reúne puntos por el camino, hasta que al final descubre una dirección y llega al lugar de destino por fin.

Descubrir el paradero de Pierre Morvan resultó ser una partida de flíper de largo recorrido; Holliday rebotó hacia el noroeste durante ciento cincuenta kilómetros, desde París hasta el monasterio de la *Abbaye* de Tiron, situada en la ciudad de Saint-Clair-sur-Epte; luego ciento cinco kilómetros hacia el sur, hasta el diminuto pueblo de Le-Pin-la-Garenne y su aún más pequeña iglesia del siglo XI, y, finalmente, otros ciento cincuenta kilómetros derecho hacia el oeste, hasta la ciudad de Dol-de-Bretagne, cerca de la costa bretona, y la catedral que había allí.

Fue un tiempo bien empleado. Holliday descubrió que, según se decía, la *Abbaye* de Tiron era la cuna de la francmasonería, una organización que solía aliarse con los templarios. La pequeña iglesia de Le-Pin-la-Garenne tenía a muchos Saint-Clair enterrados en su cripta y, según se decía, Dol-de-Bretagne era la tierra de origen de los reyes Estuardo escoceses, también estrechamente vinculados con los templarios, en particular tras la disolución oficial de la orden en el año 1312. Asimismo, era la cuna de los antepasados de William Sinclair, primer conde de Caithness, tercer conde de Orkney, barón de *Roslin* y fundador de la capilla *Rosslyn*, en Midlothian, supuesto emplazamiento del secreto definitivo del libro *El código Da Vinci*.

La catedral de Dol era una construcción gótica de aspecto sombrío, negra tras mil años de hollín y mugre. La primitiva iglesia se construyó en el año 834 y fue ampliándose durante los seiscientos años siguientes. Según la leyenda, en plena construcción de la Catedral San Sansón enfureció a Satanás, quien le tiró a la catedral una roca gigantesca y destruyó la torre norte, que ya no existe.

Holliday encontró al hermano Morvan puesto a cuatro patas y frotando con carboncillo un papel sobre una inscripción latina que había en el suelo de la nave central para sacar un calco. Morvan llevaba el hábito blanco y el escapulario negro de un monje cisterciense, la orden monástica con que se asociaba más frecuentemente a los templarios.

Holliday carraspeó.

—¿Hermano Morvan?

El canoso monje alzó la vista hacia él y sonrió. Tenía aspecto de abuelo, con sus correspondientes ojos brillantes y unos anticuados lentes sin montura colocados sobre

una gran nariz ganchuda.

—Usted debe de ser el señor Holliday —dijo—. ¿La gente lo llama siempre «Doc», como el famoso pistolero del oeste?

—Todo el rato —contestó Holliday—. Aunque me lo he ganado honradamente: sí que tengo un doctorado.

—¿En qué?

—En Historia Medieval.

—Eso explica por qué anda buscándome por toda Francia.

—¿Cómo sabía que lo buscaba?

—Tal vez lleve hábito de monje, señor Holliday, pero eso no me impide tener teléfono móvil. Su reputación lo precede a usted, por gentileza de la Société Française de Radiotéléphonie. —Morvan se levantó y se sacudió la túnica. Parecía tener unos sesenta o sesenta y cinco años—. ¿Cómo perdió el ojo? —preguntó, al tiempo que señalaba con la cabeza el parche que tapaba el ojo derecho de Holliday.

—Un trozo de grava en una carretera secundaria de Afganistán.

—Entonces supongo que no siempre se ha llamado usted simplemente «señor Holliday», a secas.

—¿Por qué lo dice?

—Desde el siglo XII hasta el XV Afganistán estuvo bajo el dominio de gente como Gengis Khan y el Gran Tamerlán. Eso no despierta mucho interés en un medievalista. Y también tiene usted porte de oficial.

—No está mal —dijo Holliday, riendo.

—Mi celda es una BlackBerry —respondió el monje—. Lo he buscado a usted en Google, coronel Holliday. Su especialidad son las armas y armaduras medievales. ¿Qué lo trae a una catedral? Aquí están sepultados unos cuantos caballeros muertos, pero todas las espadas están talladas en piedra.

—Yo también uso una BlackBerry —dijo Holliday con una sonrisa—. Tal vez debería haberlo buscado a usted en Google primero. En fin, busco a un caballero en concreto: un templario llamado Jean de Saint-Clair.

—Interesante —dijo el monje—. Venga conmigo.

Morvan no esperó su respuesta. Volvió a retroceder por la nave central y luego torció hacia una puerta lateral que estaba abierta. Momentos después Holliday se encontró en un pequeño cementerio: una callejuela de antiguos mausoleos de granito, con las viejas piedras gastadas y la mayoría de las inscripciones borradas casi por completo.

—Aquí hay enterrados gran cantidad de artesanos —dijo el monje—. Por ejemplo, el hombre que realizó la vidriera de Abraham en la catedral, el llamado Maestro de Abraham.

Se detuvo ante un sencillo mausoleo cuadrado y apoyó su grande y nudosa mano en la vieja piedra gris. Encima de la puerta se veía la borrosa imagen de un extraño animal. ¿Un gato quizá?

—La imagen es el león de san Marcos, el patrón de los pintores de vidrieras — explicó Morvan—. Es el único medio que tenemos para identificarlo, pero seiscientos años después de su muerte aún vemos su obra como si se hubiera creado ayer. Es historia viva, la imaginación misma de un ser humano individual.

Holliday asintió.

—Sé a lo que se refiere —dijo—. Algunas veces voy a lugares que parecen empapados de historia. Casi se aspira como si fuera perfume. Algunos campos de batalla son así. En las paredes de un burdel de Pompeya hay un *graffiti* que tiene dos mil años.

—Me parece que la lección que hay que sacar es que el arte perdura. Rara vez se recuerda mucho a los hombres de negocios, una vez pasada su época. Nadie recuerda a los mecenas de Miguel Ángel, pero a él sí lo recuerdan. La sonrisa de Mona Lisa perdura, las pirámides aún siguen en pie... Ese es el motivo por el que entré en la orden tironense.

—¿Por su vinculación con la francmasonería?

—No solo con los masones —dijo Morvan—. Eran una comunidad de artesanos: carpinteros de navío o de ribera, sopladores de vidrio, orfebres, picapedreros, artífices de todas clases... Creadores de cosas que duraban. A mí me pareció la mejor expresión de la inmortalidad de Dios, lo que Él le había concedido al hombre para expresar lo infinito:

«Ver el mundo en un grano de arena  
Y el cielo en una flor silvestre;  
Contener el infinito en la palma de la mano  
Y la eternidad en una hora».

»William Blake lo escribió hace doscientos años, pero aún se cita hoy día.

—No estoy seguro de por qué eso hace que mi pregunta sobre Jean de Saint-Clair sea interesante —dijo Holliday.

—Jean de Saint-Clair, también conocido como John Sinclair, nació en Saint-Clair-sur-Epte y era hijo de un maestro carpintero de navío. Se escapó de casa para hacerse marino, llegó a ser caballero, ingresó en los templarios, llevó hombres y provisiones a las Cruzadas y desapareció durante la disolución de la orden, en 1312. En 1332 volvió a Francia, y en concreto a Saint-Clair-sur-Epte, con una dispensa del papa Gregorio IX, el hombre que, por cierto, hizo conocer la inquisición al mundo. Saint-Clair fue uno de los pocos caballeros templarios que sobrevivieron a la disolución. A casi todos los demás, sencillamente, los asesinaron o los quemaron en la hoguera. Él entró en el monasterio de la *Abbaye* de Tiron y pasó los siguientes veinte años recluido. Cuando murió apareció un grupo de monjes de la abadía del Mont Saint-Michel, que lo metieron en un barril de aguardiente de manzana de Calvados para conservar su cuerpo y se lo llevaron a la abadía de aquella isla, donde

fue enterrado. Su tumba lleva la inscripción «*Et in Arcadia Ego*», que tiene varias traducciones; la más generalizada es: «Yo viví en la Arcadia». Tanto *El código Da Vinci* como *El enigma sagrado* utilizan la frase en relación con el linaje de Cristo, algo que por supuesto es un completo disparate, equiparable al descubrimiento del Hombre de Piltdown. Pero no es esa la razón de que su pregunta sea interesante.

—Pues explíquemelo, por favor —dijo Holliday.

—Lo verdaderamente interesante es que sea usted la segunda persona que me pregunta por Jean de Saint-Clair esta semana.

—¿Ah, sí?

—Sí —dijo Morvan, asintiendo.

—¿Quién ha sido el otro?

—No ha sido el otro en absoluto. Ha sido la otra. Una monja del convento de Santa Inés de Praga. Se llama hermana Margaret Emily.

—No es un nombre muy checo.

—Por su acento yo diría que procede del sur de Estados Unidos. Mississippi o Alabama.

—¿Por qué le interesa Jean de Saint-Clair?

—Por lo visto está escribiendo una historia de mucha autoridad sobre el convento para su tesis doctoral en la Universidad de Notre Dame. El nombre de Saint-Clair surgió en sus investigaciones.

—«¿Por lo visto?».

—Mucha gente miente, según mi experiencia —dijo Morvan, tratando de mantener un tono neutro.

—¿Cree que mentía?

—Yo no he dicho eso.

—Pero debe de haberlo pensado; no lo habría mencionado, si no.

—Tal vez.

—Una monja mentirosa... Vaya, eso sí que es interesante.

**E**L Mont Saint-Michel es un castillo de la fantasía al estilo Walt Disney, un monasterio y abadía situados en una diminuta isla rocosa que se encuentra a unos ochocientos metros de la costa normanda, próxima a la desembocadura del río Couesnon y no lejos de la ciudad de Arranches. Hubo un tiempo en que las mareas excepcionalmente altas cubrían la estrecha calzada que conecta la isla con la tierra firme, pero con los siglos la calzada se ha levantado más para que la isleta resulte accesible siempre.

La fortaleza y refugio benedictino del siglo XI se comercializa en proporción directa a su elevación. Los niveles más bajos de la isla están repletos de tiendas de objetos de recuerdo que cargan demasiado en los precios, mediocres hoteles familiares y restaurantes caros que sirven comida vulgar. Pero cuando se llega a la abadía y a lo alto del *grand degré*, la escalera principal, uno se encuentra de nuevo en la tierra de lo puro y lo santo. Hay una sola excepción a esta regla.

En la parte trasera de la isla, lejos de las multitudes y frente al mar, había una capilla de una sola nave, tan solo cuatro paredes de piedra y un tejado de pizarra. Era la capilla de San Auberto, llamada así por el fundador de Saint-Michel y una de las construcciones más antiguas que existen en la isla.

Los muros exteriores tienen percebes incrustados, y las piedras se han deteriorado con el azote de las tormentas, continuo desde hace diecisiete siglos. Solo está a unos cuantos metros del primitivo rompeolas de piedra que en su día fuera puerto de entrada de la isla. No hay nada entre la capilla y el mar. Erosionada casi hasta el anonimato, una pequeña estatua granítica del obispo Auberto se alza sobre el sencillo tejado picudo, de espaldas al desierto océano.

La vieja puerta de madera de la capilla se combaba hacia fuera, permitiendo que un largo montón de arena y tierra se colara por el suelo de piedra. Daba la impresión de que hacía muchísimo tiempo que nadie estaba allí.

Holliday entró en la capilla; la arena y las pequeñas conchas que el viento había metido por la entrada crujieron bajo sus pies. Llevaba al hombro la Nikon D3 nueva que había comprado para el viaje a Francia. Desde la abadía lo habían guiado hasta allí varios monjes de hábito negro.

Ella estaba al otro extremo de la nave, contemplando la efigie de piedra de un caballero que formaba la tapa de un sencillo sarcófago de piedra. Incluso con su sencillo traje de chaqueta gris y su pañuelo de cabeza negro era deslumbrante. No es que fuera hermosa en el sentido clásico, pero su aspecto resultaba extraordinario, con un toque de cabello de un rojo vivo asomando por debajo del pañuelo, unas cuantas pecas sobre el caballete de su elegante y bien cincelada nariz, y una boca grande y

carnosa. Holliday se le aproximó y ella alzó la vista cuando él se acercó más. Tenía unos ojos grandes de pálidas pestañas y las pupilas de un extraño color entre gris y verde. Parecía rondar los cuarenta años; apenas empezaban a notársele unas tenues patas de gallo.

Él sonrió, intentando que se sintiera cómoda. Ella le devolvió la mirada con gesto de curiosidad y le dijo:

—¿Qué desea?

La pregunta lo irritó un poco. Aquella mujer hablaba como si la capilla fuese su coto privado.

—Solo estoy mirando —respondió él.

Se quedó a su lado al pie del sarcófago. La efigie era un poco rara; la figura estaba medio vuelta con la rodilla derecha doblada, como si el caballero fuese a subir un escalón, y tenía el escudo sujeto a un lado. En la túnica exterior se veía bien el dibujo de una cruz templaria, engrialada. La figura estaba cubierta de pies a cabeza con una cota de malla esculpida en detalle. A los pies había una placa de piedra donde ponía: «*Et in Arcadia Ego*».

—Por aquí no hay mucho que se preste a una sesión fotográfica —dijo la mujer, al tiempo que miraba la gran cámara.

Solo para fastidiarla, Holliday se quitó la Nikon del hombro y tomó unas cuantas fotos del caballero. Luego se volvió rápidamente y le hizo una foto a ella. La expresión de la mujer se ensombreció, y con las manos a los costados, convertidas en puños, frunció el ceño.

—¿Pero qué hace?

—¿Teme que le robe el alma? —dijo Holliday, dejando ver una amplia sonrisa.

La mujer frunció el ceño.

—Por supuesto que no. Me ha tomado una fotografía sin permiso. Eso es una invasión de mi intimidad.

—¿Entonces esta es su capilla privada?

—No soy una turista. Hago investigaciones históricas.

—¿Y quién dice que yo no esté haciendo lo mismo?

—Yo tengo un máster en Historia de la Religión por Harvard —le espetó ella en tono brusco—. ¿En qué está usted titulado?

—En Historia Medieval. Tengo un doctorado por la Universidad de Georgetown. El doctorado supera al máster en Humanidades, así que le gano —dijo Holliday, y se echó a reír.

La mujer se puso como un tomate.

—¿Es cierto eso?

—¿Iba a mentirle a una monja? —respondió Holliday, riendo aún—. Si lo hiciera, mi antigua profesora la hermana Claudille bajaría del cielo para darme un reglazo en el cogote con su regla especial de dar porrazos en la cabeza.

Los ojos verdegrises se abrieron mucho.

—¿Cómo ha sabido que soy monja?

—Elemental, mi querida Watson: lleva usted puesto un moderno hábito «urbano» de clarisa, negro y gris. A juzgar por el corte de la falda, yo diría que es de uno de los conventos del este de Europa. De santa Inés de Praga, quizá. *Korektní?*

Ella parecía estar absolutamente pasmada.

—¡Es imposible! —dijo en tono fanfarrón—. ¡No puede usted saber todo eso!

—Y tampoco sabía que esta era la tumba de Jean de Saint-Clair... —dijo Holliday con tibieza—. Ni que usted se llama hermana Margaret Emily.

La monja clavó la vista en él. Al cabo de un instante su expresión se endureció; por fin lo entendía.

—El hermano Morvan —dijo.

—Bingo.

—¿Quién es usted exactamente? —preguntó la hermana Margaret Emily con frialdad—. ¿Y qué hacía hablando con el hermano Morvan?

—Vaya si tiene usted un tono de propietaria cuando habla, señora mía —dijo Holliday—. ¿Es la dueña del hermano Morvan además de la capilla?

—No soy «señora suya», y además hablé con el hermano Morvan de forma confidencial.

—¿Su nombre es un secreto de estado?

Aquella joven estaba terminando por hartarlo. Empezaba a recordarle a «Morritos calientes» Houlihan de la película *M. A. S. H.*, al menos por lo que se refería a su actitud altanera.

—Me llaman hermana Meg —dijo la mujer en tono remilgado—. ¿Y usted es...?

—John Holliday, del ejército de los Estados Unidos, retirado del servicio activo. Mis amigos me llaman Doc.

—No sabía que el ejército contratara a historiadores —dijo la hermana Meg.

—A unos buenos cuantos, en realidad —respondió Holliday—. Ya sabe el viejo dicho: «los que ignoran la historia están condenados a repetirla».

—George Santayana —dijo la monja.

—Pues el ejército se lo toma muy en serio. No hacer caso a la Historia lleva a cosas como invadir Rusia en invierno o meter grandes caballos huecos en ciudades enemigas amuralladas. En mi caso, yo enseñaba historia de la guerra en West Point.

—Uno de mis antepasados fue a West Point —dijo la monja con un deje de orgullo en la voz—. Fue general.

—¿Cuál? —preguntó Holliday.

La hermana Meg descartó la pregunta con un gesto de la mano.

—No importa —señaló la efigie del caballero—. ¿Por qué está usted interesado en Jean de Saint-Clair?

—Descubrió un instrumento náutico que les proporcionaba a los templarios una gran ventaja en el mar; además podría haber viajado hasta América del Norte —sonrió—. No estoy muy seguro de por qué una monja se interesa por un hombre

como él.

—El convento de santa Inés lo fundó en 1232 la princesa Inés, una sobrina del rey de Bohemia —le explicó la monja—. Murió en 1282. Antes de morir confió una reliquia al cuidado de su propia sobrina, la beata Juliana. La reliquia se conoce como el Arca Verdadera.

—¿Un arca como el Arca de Noé o el Arca de la Alianza?

—Ninguna de las dos cosas —dijo la hermana Meg—. *Arca* es como se dice en latín «cofre». Con el tiempo la palabra se ha revestido de mucho más significado del que en realidad debería tener; sencillamente, significa «caja». El Arca Verdadera es la reliquia religiosa más importante del mundo a excepción de los huesos del mismo Cristo. Y yo voy a encontrarla.

—Me imagino que habrá algo dentro de esa arca de usted —insinuó Holliday.

—Lo hay —dijo la monja—. Tradicionalmente se creía que la caja contenía el Santo Grial, la Corona de Espinas, el Santo Sudario y el Anillo de Cristo.

—El número fuerte —dijo Holliday.

—El siglo XIV fue la época de las reliquias —dijo la monja—. La Vera Cruz, el Santo Sudario de Turín, los huesos de diversos santos... Sea lo que sea que hubiera dentro de la caja, se pensaba que era importante.

—¿Y Juliana se la dio a Saint-Clair?

—Sí. Juliana había estado casada con un miembro de la familia real francesa. Cuando él murió la prometieron en matrimonio de nuevo, esta vez a un hombre a quien ella no amaba, un primo del rey Felipe que además era obispo. Parte de la dote era el Arca Verdadera. Pero en lugar de casarse con el obispo y perder el arca, huyó con ayuda de Jean de Saint-Clair. Según cuentan, él era el mejor navegante de su época. Luego desaparecieron durante varios años, desde 1307 hasta 1314.

—Interesante —dijo Holliday—. Saint-Clair era templario. El rey Felipe proscribió la orden en 1307, de modo que Saint-Clair estaba huyendo de los soldados del rey. —Hizo una breve pausa—. ¿Se trataba de una fuga para casarse? ¿Eran amantes esta Juliana y Saint-Clair?

—No hay pruebas de ello —dijo la monja con frialdad.

—¿Qué ocurrió cuando regresaron?

—Jean de Saint-Clair volvió a aparecer en diciembre de 1314 en el monasterio de la *Abbaye* de Tiron, en el pueblo de Saint-Clair-sur-Epte. La beata Juliana entró en el convento de santa Inés de Praga el día de Navidad del mismo año.

—Muy oportuno —dijo Holliday—. Los dos mayores enemigos de los templarios, el papa Clemente y el rey Felipe, murieron en 1314; el papa en abril y el rey en noviembre. ¿Qué ocurrió con el arca?

—No consta en ningún sitio que ni Jean de Saint-Clair ni la beata Juliana volvieran a mencionarla nunca. Jean de Saint-Clair acabó sus días siendo monje, y la beata Juliana llegó a ser superiora del convento.

—¿No volvieron a verse?

—Según el archivo del convento, no.

—¿Y el arca?

—Nadie lo sabe.

—Entonces es un misterio.

—Eso parece —dijo la hermana Meg en tono remilgado.

—Interesante —dijo Holliday mirando el sarcófago.

—¿Qué?

—Pues que esté enterrado como un caballero, no como un monje. El escrito de la placa que tiene a los pies tampoco encaja con el monasterio de Tiron. Habría sido más apropiado tener un símbolo masónico... un compás y una escuadra, quizá, no una inscripción en latín. «*Et in Arcadia Ego*».

—«En la Arcadia estoy» —dijo la monja, traduciendo de modo literal.

—Suenan muy al estilo del maestro Yoda —dijo Holliday—. ¿Pero qué significa exactamente?

—La Arcadia era el ideal romántico durante el Renacimiento —respondió la monja.

—Pero no en 1314 —contestó Holliday.

—En origen era una provincia griega —dijo la hermana Meg—. Aún lo es.

—Resulta extraño que Saint-Clair hiciera alusión a ella en su tumba.

—¿Entonces qué? —dijo la hermana Meg.

—También era el primitivo nombre de las provincias marítimas del Canadá, la zona costera del Atlántico —dijo Holliday—. A los primeros colonos franceses de allí... que en realidad procedían más o menos de la zona donde nos encontramos, se los denominaba «acadios». Cuando los ingleses los expulsaron en 1775, muchos se fueron a Luisiana. Ese es el origen del nombre «*cajun*»: «*acadian*» con caída de la «a» inicial.

—Está haciendo que la historia encaje en su teoría —dijo la hermana Meg, con una expresión en la cara que no llegaba a ser una mueca desdeñosa.

—El que se pica... —dijo Holliday encogiéndose de hombros.

—No estoy segura de que me pique.

—Y yo no estoy seguro de que no se pique —le espetó Holliday en tono brusco—. ¿Tiene una idea mejor?

—Tal vez la frase no se refiera a nada en absoluto —dijo la hermana Meg—. Desde luego yo no pienso ir a Canadá por un ridículo capricho y una historia sobre los «*cajuns*».

—¿Y a Praga? —respondió Holliday.

—¿Cómo dice? —dijo la hermana Meg.

—Ha dicho usted que su convento tiene archivo —respondió Holliday.

—Y muy completo en realidad. Aunque el antiguo convento ahora forma parte de la Galería Nacional.

—¿Puede conseguir que nos dejen entrar en el archivo?

—¿«Nos» dejen?

—¿Por qué no? Los dos queremos saber lo que ocurrió. Yo quiero saber adónde fue Saint-Clair y está claro que usted quiere saber qué le pasó al arca, ¿verdad?

—No estoy segura de que sea apropiado —dijo la hermana Meg.

Se puso colorada otra vez, y Holliday no pudo evitar sonreír. Las mujeres inocentes no se ruborizaban con tanta facilidad. O bien la hermana Margaret Emily tenía una imaginación muy fértil para ser monja o tenía un oscuro pasado. Ella vio la sonrisa y el sonrojo se acentuó más todavía. Entonces volvió a fruncir el ceño, enfadada.

—¿Por qué sonrío usted?

—Está ruborizándose —dijo Holliday.

—¡Pero bueno! ¡Desde luego que no!

—Quién lo diría, hermana.

—Es usted un grosero —contestó la monja.

—Pero usted se ruboriza.

—¡Váyase!

—Francia sigue siendo un país relativamente libre —dijo Holliday—. Libertad, igualdad, fraternidad... o, en este caso, *sororidad*. Váyase usted primero. Yo la seguiré todo el camino de vuelta a Praga. Ahora la República Checa es un país libre también.

—¡Es usted insoportable!

—Tal vez, pero eso no cambia la situación. —Holliday alzó una mano en gesto apaciguador—. Escuche, hermana: vamos a decretar una tregua. Los dos buscamos lo mismo. Los dos somos historiadores. Yo sé por qué se considera a Saint-Clair el mayor navegante de su época y usted está decidida a encontrar el Arca Verdadera. ¿Por qué no compartir nuestros conocimientos, unir fuerzas?

—No estoy segura de querer unir fuerzas con un hombre como usted. Ni siquiera me cae bien.

—Me siento dolido... —dijo Holliday, y dejó ver una amplia sonrisa—. Pero no tenemos que caernos bien para alcanzar un mismo objetivo. Tampoco nos gustaban mucho los rusos durante la Segunda Guerra Mundial, y eran nuestros aliados.

—Apenas lo conozco a usted.

—El viaje hasta Praga es largo —respondió Holliday—. ¿En su coche de alquiler o en el mío?

CASI todas las películas, los libros y los programas de televisión dicen que el cuartel general de la Agencia Central de Inteligencia está situado en Langley, Virginia. Sin embargo, y muy apropiadamente, no existe tal lugar. Langley no es más que el nombre de la antigua propiedad de terreno boscoso que el Gobierno federal adquirió para las nuevas oficinas de la CIA allá por la década de 1950. El verdadero emplazamiento se encuentra en la zona suburbana de McLean, Virginia.

El primitivo recinto de la CIA tiene ya medio siglo, y se le nota. Incluso el añadido «nuevo» va para el cuarto decenio de uso. A los enormes ordenadores que en su día eran de lo más moderno y necesitaban sus propias líneas de suministro eléctrico ahora los sustituye un ordenador personal de imitación y sin marca, comprado en Wal-Mart. El achaque físico más corriente en la CIA es la intoxicación alimentaria, y su cafetería se ha citado más veces por infracciones alimenticias e higiénicas que ningún otro lugar donde se sirvan comidas en el ámbito gubernamental de la zona de Washington. Los que trabajan allí, sencillamente, no aprenden a lavarse las manos después de utilizar las instalaciones del váter.

El director de operaciones estaba en su despacho de la sexta planta, arrepintiéndose de haber elegido la fuente de hamburguesa con guarnición en el almuerzo. Joseph Patchin era un profesional de la CIA y había pasado casi treinta años en los servicios clandestinos, destinado a plazas que iban desde Berlín a Kuwait. Hablaba con soltura media docena de idiomas y se defendía en otra media docena. Estaba casado y tenía tres hijos adultos a los que apenas había visto mientras crecían. Su mujer lo aguantaba por la seguridad de su cuantioso sueldo, por su pensión y por la casa libre de hipoteca y de fuerte valor líquido que poseían en Chevy Chase. Él sabía que cuando un ataque cardíaco lo matara por fin, ella se mudaría a Florida. Hacía veinte años que su mujer tenía un desfile de amantes, y lo cierto es que a él le daba igual desde hacía quince.

Alguien llamó a la puerta de su despacho con un seco doble toque, parecido al sonido de un asesino profesional descerrajándole dos tiros a su víctima en la nuca. A veces le preocupaba pensar en semejantes términos, aunque no demasiado a menudo. Eran gajes del oficio. En un cajón del escritorio guardaba una botella de caro Johnny Walker etiqueta azul, y un viejo revólver Ruger Single Six calibre veintidós en otro cajón del escritorio, expresamente para matarse si alguna vez fuera preciso. Lo tenía cargado con largas balas de fusil de punta hueca que le convertirían los sesos en *frappuccino* pero que no tenían velocidad suficiente para salir del cráneo y así no lo pondrían todo perdido. Ese era el tipo de persona que era él: siempre pensando en el de enfrente.

—Pase —le dijo al toque de llamada a la puerta.

Su S. O. entró en la habitación. El subdirector de operaciones Mike Harris tenía el rostro sórdido, de mirada estrábica, de un Charles Bronson, y el cuerpo larguirucho y el arrastrar de pies de un boxeador profesional. Su aspecto se correspondía con la idea general de un «malo», y él cultivaba su imagen vistiendo arrugados trajes y gabardinas tipo Peter Falk. Tenía una voz de barítono sorprendentemente suave que lo hacía parecerse a Al Martino, el personaje que en *El Padrino* interpretaba Johnny Fontane.

—¿Me ha llamado? —dijo Harris al tiempo que se sentaba en el cómodo sillón que había en el lado de las visitas de la mesa de su jefe.

—Sí —dijo Patchin—. ¿Qué sabe de Rex Deus?

—Son esos que se creen descendientes directos de Cristo. La mayoría se dice que descienden de los antiguos reyes de Europa o algo así. Se supone que forman alianza con esos excomulgados antisemitas que creen que todas las fotografías de Auschwitz y Buchenwald estaban trucadas. Cosas de chiflados, en una palabra.

—¿Y a escala nacional? —preguntó Patchin.

—¿Aquí en Estados Unidos?

—Eso es lo que suele querer decir «a escala nacional».

El segundo de a bordo de Patchin se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. ¿Por qué?

—Estoy oyendo rumores.

—¿Qué clase de rumores?

—Rumores de la Casa Blanca.

—¿Sobre grupos marginales católicos?

—Sobre gente con muchísimo dinero y poder. A fin de cuentas la filiación religiosa no importa.

—¿Y qué tiene eso que ver con la Agencia? —preguntó Harris.

—Más rumores —dijo Patchin vagamente.

—¿Acerca de qué?

—Un pajarito me ha dicho que hay un «topo» de Rex Deus en operaciones.

—Dios mío, otra caza de «topos» no —gimió Harris—. La última lo dejó todo bien enredado durante años.

—La última nos condujo hasta Aldrich Ames —respondió Patchin secamente.

—Solo que la Guerra Fría ya ha terminado.

—Esto no se refiere a la guerra, ni caliente ni fría. Esto se refiere a hacerse con el poder.

—No lo entiendo.

—Por ahora no tiene que entenderlo. Limítese a encontrar al «topo».

—¿Cómo quiere que lo haga?

—Según mi fuente, nuestro «topo» se interesa por un par de historiadores que andan figoneando donde no deben.

—¿Fisgoneando en busca de qué?

—No estamos seguros. Averígüelo. ¿Tenemos algún activo en Praga?

—Claro —dijo Harris—. ¿Por qué?

—Porque allí es donde van a fisgonear después.

—¿Así que estos historiadores son el cebo?

—Algo parecido.

—¿Quiénes son?

—Uno es un excoronel de los Rangers que antes daba clases en West Point. La otra es una monja.

—¿Algo más que yo deba saber?

—No somos los únicos interesados en estos dos.

—¿Quién más, el FBI?

—El Vaticano —contestó Patchin.

—Vaya por Dios —dijo Harris.

El cardenal Antonio Niccolo Spada, secretario de Estado del Vaticano y, como el mismísimo Santo Padre en su día, prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, más conocida como la Santa Inquisición, estaba sentado en la terraza-comedor privada del Hotel Splendide Royal de Roma, desde donde se veían las parpadeantes luces de la ciudad. Spada vestía la sotana «corriente» de botonadura roja de cardenal católico, con su correspondiente fajín color escarlata, que lo distinguía como Príncipe de la Iglesia. Debía de andar por los setenta y tantos años, y era enjuto, moreno y duro, algo que delataba su herencia campesina siciliana. El aspecto engañaba; Spada tenía una mente rápida y aguda, y un carácter a juego. Los sacerdotes que lo contrariaban o le causaban cualquier problema a menudo se encontraban después intentando convertir perdidas tribus indias allá en el alto Amazonas.

Frente a él, sentado a la mesa, estaba un sacerdote de cabello oscuro con una cerrada sombra de barba salpicada de canas. Todos lo conocían como padre Thomas Brennan, aunque Spada dudaba de que ese fuera su nombre de verdad. Brennan era el jefe de Sodalitium Pianum, la organización que pasaba por ser el Servicio Secreto vaticano. La había puesto en marcha el ultraconservador papa Pío X antes de la Primera Guerra Mundial, y aunque oficialmente disuelta a principio de la década de 1920, seguía ocupándose tranquilamente de sus asuntos en su doble papel de organismo regulador de la piedad del propio Vaticano y de agencia independiente de espionaje. Hacía años que Brennan era parte del paisaje de la Santa Sede, y su ascenso en el escalafón había precedido en un decenio o más el de Spada. El pálido y cadavérico irlandés estaba más que contento haciendo el papel de sencillo sacerdote mientras otros vestían los llamativos ropajes oficiales. El poder de Brennan radicaba en su inmenso conocimiento de los secretos más sombríos del Vaticano, no en su puesto dentro de la Iglesia.

El cardenal cortó su caro *bistecca all'erbe* con la precisión de un cirujano, y la sangre del solomillo vuelta y vuelta impregnó poco a poco sus *patate alla griglia*. Luego fue metiéndose pulcros y pequeños trozos de carne en la boca, con la mirada clavada al otro lado del almidonado mantel del comedor privado de cinco estrellas mientras masticaba; sus pálidos ojos observaban a Brennan que, como el campesino irlandés que era, se abría paso con dificultad por una gran ración de *bisna*, hecha con polenta, judías, col agria y cebolla. El aliento le apestaría al final de la comida, pero esa clase de sutilezas nunca preocupaban a Brennan.

—Deduzco que ya ha tenido usted tratos con ese Holliday —dijo el cardenal Spada; tomó un sorbo de Barolo de la gran copa que estaba junto a su plato.

—Sí que los he tenido, eminencia, y un auténtico cabrón que es.

—El asunto tuvo que ver con aquel problema que teníamos con los depósitos de oro en lingotes, ¿no es así?

—Sí. Anteriormente apareció en escena por las circunstancias relativas a los templarios. Por lo visto su tío formaba parte del círculo privado de ellos desde antes de la Segunda Guerra Mundial.

—Un miembro de toda la vida, según recuerdo.

—Sí.

—¿Representa un problema?

—Está lleno de recursos, y además lo respalda el poder de la orden.

—La orden no existe en realidad. Hace más de setecientos años que no existe —argumentó el cardenal con un suspiro exasperado—. La Orden del Templo de Jerusalén es una fantasía que mantienen viva unos cuantos viejos y unos cuantos que se dedican a sostener en internet la existencia de una conspiración.

Brennan se encogió de hombros.

—Las órdenes van y vienen, pero el activo se queda. El dinero no desaparece, solo cambia de manos. Holliday tiene acceso a muchísimo poder si desea emplearlo.

—¿Y está empleándolo? —preguntó Spada.

—Se nos ha informado de que anda metido en las maquinaciones políticas de Rex Deus.

Spada se echó a reír. Se limpió los labios dándose unos golpecitos con la almidonada servilleta al tiempo que en su boca aparecía algo que podría pasar por una sonrisa.

—Sí que es extraño cómo se extienden las cosas —dijo el cardenal—. Un hombre escribe una novela ridícula basada en la premisa de que un artista italiano homosexual del siglo XVI tal vez sintiera algo de interés en el concepto del divino femenino y percibiera el tiempo codificando vagas referencias al asunto en un oscuro fresco de una aún más oscura iglesia de Milán. El dibujo del *Hombre de Vitruvio* que hizo Da Vinci no es más que eso: un hombre, no una mujer. La idea es grotesca, pero el libro ha vendido decenas de millones de ejemplares.

El cardenal meneó la cabeza.

—Rex Deus y la idea de que haya un árbol genealógico de Jesucristo es algo tan ridículo como la trama de *El código Da Vinci*, pero aun así la gente se lo cree, exactamente igual que Shirley McLaine y sus seguidores creen que todos son descendientes de Cleopatra. ¿Nunca se ha preguntado usted por qué ninguno de ellos descubre que en una vida anterior fue uno de los esclavos que construyeron las pirámides? No: siempre se trata de Cleopatra, o Napoleón, o Jesús, nunca el fontanero que vive un poco más abajo. Rex Deus es como los templarios: ilusiones.

Brennan se metió en la boca otra enorme cucharada de comida y la regó con un trago de vino. Luego rebuscó en el bolsillo de la chaqueta y sacó un chafado paquete de cigarrillos Macedonia, cogió uno y lo encendió con una cerilla de cocina que se había sacado del otro bolsillo. Dejó caer la cerilla justo en lo que quedaba de su polenta.

—Tendrá usted razón, pero la realidad es que este Holliday es capaz de causarnos muchísimos problemas.

—¿Y qué quiere que yo haga? ¿Autorizar su asesinato? —El cardenal soltó una seca carcajada—. ¿Azuzarle el ejército secreto de monjes albinos del Vaticano? —El hombre del rojo solideo de seda negó con la cabeza—. El asesinato perjudica la imagen de la Iglesia, en particular cuando un papa alemán ocupa el trono de san Pedro.

—No es el trono de san Pedro lo que me preocupa. —Gruñó Brennan.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Spada, malhumorado.

—Rex Deus va a tener una asamblea de sus miembros este mismo verano. Anda metida Kate Sinclair.

De repente el cardenal pareció quedarse preocupado.

—¿La madre del senador?

—La madre del candidato a la presidencia —lo corrigió Brennan—. Circula un rumor sobre el Arca Verdadera. Sinclair está buscándola.

—El Arca Verdadera es un mito.

—Tal vez no.

—¿Y Holliday?

—Él es una de las personas que la buscan.

—¿Contratado por Sinclair?

—No tengo ni idea, pero debemos averiguarlo. Si alguna vez los contactos de Holliday con los nuevos templarios unieran sus fuerzas con Rex Deus, eso nos causaría graves problemas. Problemas financieros. Desde que la economía global ha cambiado a peor, el Banco del Vaticano está sufriendo mucha presión. No puede permitirse soportar más.

Brennan dio una intensa chupada al cigarrillo. Por debajo de la terraza se oían los sonidos del denso tráfico nocturno.

—¿Qué propone usted? —preguntó el cardenal Spada.

—Por ahora tan solo un seguimiento de observador. Averiguar por qué Kate

Sinclair busca una reliquia que probablemente no exista y averiguar qué relación tiene Holliday con esto. Por lo visto va camino de Praga en compañía de una de las nuestras, una hermana clarisa del convento de santa Inés de Bohemia.

—¿Qué sabemos de ella?

—Nada.

—Averígüelo —sugirió el cardenal Spada.

**C**RUZARON la frontera checa en Rozvadov. Antes de que la Unión Soviética se desmoronase, Rozvadov era un lúgubre lugar del bosque con una tierra de nadie hecha de tocones de árbol, alambre de espino, minas terrestres y torres de vigilancia llenas de hombres armados. Ahora era un moderno punto de referencia para la navegación por GPS; allí colas de camioneros con gesto aburrido esperaban a que les pasaran por la aduana las cargas de cerveza y piezas de recambio de marca Mercedes puestas en depósito aduanero.

Mientras les hacían señas para que pasaran la frontera después de haber enseñado los pasaportes, Holliday miró a la izquierda. La tierra de nadie seguía allí, un profundo tajo que ya había sanado, como la trayectoria de un torbellino por entre los oscuros árboles, pero los tocones habían desaparecido y también habían desaparecido el alambre de espino y las torres de vigilancia. Era como los viejos campos de batalla de la Guerra Civil, allá en Estados Unidos: ondulado césped verde. Parques para meriendas campestres en los que se había vertido la sangre de millares, y a veces de decenas de millares, de hombres... ¿y para qué? ¿Para la emancipación de los esclavos? ¿Para acabar con los cárteles del algodón sureños? ¿Por una diferencia de puntos de vista? Fuera lo que fuese, lo cierto era que al cabo de ciento cincuenta años ya no parecía importar, y los centenares de miles de soldados seguían estando igual de muertos.

Holliday condujo el gran turismo Volkswagen de alquiler por el agradable paisaje rural de la campiña que había más allá del bosque y pensó en los soldados, en la guerra y en morir por tu país. En cierta ocasión le habían pedido que posase para un cartel de reclutamiento porque quedaba muy romántico con su curtida cara de hombre del anuncio de Marlboro aficionado al aire libre, por no hablar del aspecto aventurero y disoluto que le daba el parche del ojo. Él les dijo que no porque todo aquello era una mentira.

El ejército no era un billete para realizar viajes y aventuras, y lo sabía todo el que tuviese cerebro en la cabeza. El ejército era una lotería. Conseguías educación gratis si querías, pero a cambio había muchas posibilidades de que un iraquí o un paquistaní con un cartucho de dinamita, un móvil de RadioShack como detonador y una bolsa llena de clavos enmohecidos como carga explosiva te volara las piernas o los brazos o la cabeza.

Pero la verdad era que la mayoría de las personas que ingresaban en el ejército o en la marina de guerra o en las fuerzas aéreas o en los marines no tenían cerebro en la cabeza; eran demasiado jóvenes y estaban demasiado «verdes». Y, además, no se alistaban para proteger a su país ni para convertir al mundo en un lugar seguro donde

vivir en democracia: se alistaban porque no conseguían trabajo en ningún otro sitio, o porque trataban de escapar de algo, igual que Holliday trataba de escapar de su padre, borracho y maltratador, cuando se alistó.

Y desde luego no había nada romántico en su ojo... o en su falta de ojo. Como un imbécil, iba con la cabeza asomando por la escotilla de un Humvee en una carretera de las afueras de Kabul, y como un imbécil descuidado, no llevaba puestas las gafas protectoras. Un trozo de grava que saltó despedida por los neumáticos le arañó la córnea; esta se le infectó, y al final perdió el ojo.

—¿En qué está pensando? —dijo la hermana Meg, que iba en actitud remilgada en el asiento del copiloto, con las manos cruzadas en el regazo.

—No quiera usted saberlo —dijo Holliday.

—Todavía quedan ciento cincuenta kilómetros hasta Praga, tenemos que hablar de algo.

Holliday sabía que intentaba ser amable, pero no estaba de humor.

—Me preguntaba por qué los soldados se hacen soldados —dijo por fin—. Y no se me ocurre ni un solo motivo.

—Me imagino que es por el mismo motivo por el que los sacerdotes se hacen sacerdotes y las monjas se hacen monjas —respondió la hermana Meg al instante—. Porque creen en lo que hacen.

—Chorradas —le espetó Holliday con frialdad—. Usted habla de gestos heroicos, pero según mi experiencia los héroes suelen ser bastante estúpidos. Y además en un campo de batalla en lo último que se piensa es en creer en nada más allá de la propia supervivencia inmediata. Si se piensa en algo que no sea mearse en los pantalones y salvar el propio pellejo, tal vez se piense en el amigo con quien se comparte el hoyo trinchera, pero ya está. En la guerra la emoción clave es el miedo, créame.

—Es usted un cínico, señor Holliday.

—He estado en muchas más guerras que usted, hermana. Los creyentes de verdad y los héroes son los peores soldados. Corren tontos riesgos innecesarios y al final hacen que acaben matando a gente.

La monja pelirroja le dirigió lo que probablemente fuese su mirada más fulminante.

—Si todo el mundo pensara así no habría habido Revolución americana —argumentó. Ahora tenía las manos cerradas en el regazo, convertidas en puños, y en sus mejillas había unos ruborizados círculos rojos.

—Y quizá no debería haberla habido —dijo Holliday, y se encogió de hombros; empezaba a disfrutar hostigando a la joven—. Canadá se convirtió en una nación sola de forma bastante pacífica. No tuvieron una perniciosa guerra civil, y además abolieron la esclavitud treinta años antes que nosotros sin matar a más de medio millón de jóvenes en el camino.

—No es usted gran cosa como patriota, ¿verdad? —respondió la hermana Meg.

—«Siempre es posible someter a las personas a la voluntad de los líderes» —dijo

Holliday—. Eso es lo fácil. Solo hay que decirles que alguien los ataca y condenar al pacifismo por falta de patriotismo y por exponer el país al peligro. Funciona igual en todos los países. —Miró a la monja sentada a su lado—. ¿Le suena familiar esta política? ¿Un poco parecida a la Fox News?

—¿Quién dijo esa frase? —preguntó la hermana Meg dando un suspiro.

—Hermann Goering —contestó Holliday—. Comandante en jefe de la Luftwaffe hitleriana.

—Tal vez debiéramos centrarnos en la historia medieval —propuso la monja.

—Tal vez tenga razón —dijo Holliday.

Continuaron adelante en silencio.

Siguieron la autopista que iba hacia el este sin atravesar Pilsen, donde se había inventado la cerveza rubia tipo pilsen, y una hora después llegaron a las afueras de Praga. No había cambiado mucho desde la última vez que Holliday había estado allí... Seguía pareciendo un cartel de arquitectura de la época estalinista, una deprimente manzana tras otra de altas tabletas de hormigón llenas de centenares de diminutos pisos. Aunque si se miraba con atención se veían las diferencias: ya no había colada secándose en los balcones, y los coches de los aparcamientos, en su mayoría, eran japoneses en lugar de los omnipresentes Trabant de veinte caballos procedentes de la Alemania del Este o los Skoda de fabricación local, con sus tristemente célebres frenos defectuosos. «Curioso lo malos que eran los coches soviéticos», pensó Holliday. Durante la Segunda Guerra Mundial fabricaban excelentes tanques y ametralladoras.

—Supongo que usted querrá ir al convento —dijo Holliday mientras se abría paso por entre los cruces de trébol con los que no estaba familiarizado y la señalización azul y blanca que, igualmente, le resultaba desconocida.

—No —respondió la hermana Meg en voz baja—. El único hospedaje que hay es en el monasterio de al lado. Ahora todo el convento está convertido en un museo.

—Muy bien, pues al monasterio entonces.

—Yo solo he estado investigando aquí, el convento de santa Inés no es mi casa madre. Y además esta es la temporada alta de los monjes: consiguen la mayor parte de sus ingresos alquilándoles las celdas del monasterio a jóvenes viajeros. Yo tengo mi propia fuente de rentas. Iba a alquilar una habitación en Andel, pero están derribando el edificio para levantar otro bloque de pisos. La verdad es que estoy completamente sin hogar.

—No se preocupe. Conozco el sitio indicado —dijo Holliday.

Sacó el gran Volkswagen de la D5 y se metió por la más estrecha E50 para entrar en la ciudad por el sureste. Allí se toparon con otro montón de bloques de pisos en los que, desde luego, la funcionalidad primaba sobre la belleza. Holliday salió en la calle Slavinskeho. El fuselaje con la sección de cola de un viejo avión de pasajeros Tupolev, pintado con el distintivo rojo-anaranjado de las Líneas Aéreas Checas, estaba puesto del revés y panza arriba en un solar junto a un largo edificio sin

ventanas.

—Dios mío —dijo la hermana Meg, mirándolo fijamente—. ¿Pero qué diantres hace eso ahí?

—Es un decorado —explicó Holliday—. Los Estudios Cinematográficos Barrandov están más adelante, a unos ochocientos metros. Creo que ese edificio de ahí es un laboratorio de efectos especiales.

Holliday se metió por la calle Geologika y estacionó en un aparcamiento que había junto a un edificio de tres plantas parecido a un cuartel, con una curva ampliación acristalada en la fachada que parecía un invernadero. Al otro lado de la calle había una hilera de bloques de pisos.

Había un familiar cartel de Best Western en el descuidado césped que se extendía delante de la ampliación acristalada, donde ponía: HOTEL SMARAGD.

—*Smaragd* significa «esmeralda» —explicó Holliday—. Cuando construyeron todas esas torres de pisos de enfrente, durante la época soviética, el hotel era un cuartel para los trabajadores extranjeros contratados. Una vez que la Unión Soviética se hundió, un par de hermanos compraron el edificio casi por nada y lo convirtieron en un hotel económico. No tenían mucho dinero con el que trabajar y la única pintura que consiguieron era de un horroroso verde gobierno, de ahí el nombre. Ahora todo es blanco. No es el Ritz, pero es cómodo y además, barato.

—Tiene buena pinta —dijo la hermana Meg.

Salieron del coche, sacaron las maletas del maletero y entraron en el vestíbulo, pequeño y de techo bajo, del hotel. A la derecha un arco daba a la curva ampliación acristalada: el restaurante y el bar. A la izquierda había un mostrador cerrado con algo parecido a una salita de estar detrás. Un hombre medio calvo vestido con una camiseta leía un periódico apoyado en el mostrador. En la parte de atrás del vestíbulo una amplia escalera llevaba al primer piso. Junto al mostrador de la recepción había unos cuantos modernos sillones suecos de la década de 1970 y un expositor de tarjetas postales. En ese momento un gordo mal trajeado entró en el hotel, se sentó en un sillón y desplegó un ejemplar de *Czekhiya Sevodnya*. Su cabeza parecía una brillante bola blanca de billar.

Holliday y la hermana Meg se registraron y, tras tomar una habitación doble, subieron la escalera hasta la primera planta. Las habitaciones tenían una extraña distribución que reflejaba su origen cuartelero. Cada habitación doble tenía un pequeño recibidor alicatado con un cuarto de baño compartido pegado a la pared exterior y, a cada lado, una puerta que daba a un dormitorio. Las habitaciones eran cuadradas y funcionales, y estaban dotadas de camas gemelas, una lámpara, un escritorio de tamaño infantil con un teléfono, y un televisor. Nada había cambiado desde la última estancia de Holliday; había dos canales en inglés, el *Sky News* británico y la *CNN*. Todo lo demás era en checo o en alemán.

Después de dejar la maleta y lavarse las manos, Holliday cruzó la habitación hacia el cuarto de la hermana Meg. Ella se había cambiado de ropa y se había puesto

una camisa blanca de hombre, pantalones vaqueros y zapatillas deportivas, pero seguía llevando el pañuelo de cabeza manifiestamente religioso. Por lo visto para la hermana Meg no había medias tintas: una monja era una monja.

—¿Instalada? —preguntó Holliday.

Le dirigió su mejor sonrisa, sintiéndose un poco culpable por haberla hostigado en el coche.

—Lo mejor que se puede. —Ella echó un vistazo por la pequeña y poco acogedora habitación—. No es que tenga mucha atmósfera, ¿verdad?

—Bueno, yo le encuentro cierto ascético *je ne sais quoi* —contestó Holliday con voz afectada.

La monja se echó a reír, lo cual parecía ser un paso adelante.

—He pensado que podríamos bajar al restaurante a comer algo. La última vez que comimos fue en aquel sitio horrendo de la *Autobahn*.

—¿El Nordsee? —dijo la hermana Meg, y puso cara de asco.

—A quién se le ocurre pedir gambas al *curry* con patatas fritas en mitad de Alemania... —dijo Holliday con una amplia sonrisa.

—¿Aquí la comida es algo mejor?

—Preparan un buen *gulasch*, y las chuletas de ternera con bolas de masa hervida en la salsa están bien.

—Mientras el *chef* no haya cambiado...

—Es uno de los hermanos dueños del hotel —dijo Holliday.

Bajaron al restaurante, una larga y estrecha habitación que daba al rudimentario césped, con mesas a la derecha y una barra a la izquierda. Detrás de la barra, un hombre con un delantal estaba sentado en un taburete leyendo un periódico. Solo había otras dos personas en el comedor: un hombre canoso con barba en punta bebiendo cola con Bacardi, y un hombre de mediana edad, delgado y bastante bien parecido, que a Holliday le resultó vagamente familiar y que bebía una cuellilarga cerveza Staropramen. El del aspecto familiar solo hablaba inglés y el de más edad de la barba hablaba inglés con acento, pero pedía en checo.

—*E. T.* —dijo Holliday por fin.

—¿*E. T.*?

—El Extraterrestre. Salía en la película, aquel tipo que está al fondo de la sala. Uno de los críos... Tyler, me parece. Ha hecho películas de todas clases desde entonces.

—¿El del pelo oscuro o el que está sentado con él?

—El del pelo oscuro.

—Vaya memoria que tiene usted —comentó la hermana Meg.

—C. Thomas Howell —dijo Holliday; por fin había caído.

—Nunca he oído hablar de él.

—Eso es porque no es usted cinéfila.

—Se lo aseguro, las monjas ven películas —respondió ella en tono brusco.

—¿Películas de monjas?

—¿Existe semejante clasificación?

Holliday asintió.

—Claro —dijo—: *Historia de una monja, Sor Faustina, Agnes de Dios, La canción de Bernadette, Dominique, Los lirios del valle, Dos mulas y una mujer, Las campanas de Santa María, Pena de muerte...* Y podría seguir.

—No, por favor —dijo la hermana Meg.

Apareció un joven camarero y pidieron. Meg pidió el gulash y Holliday eligió la ternera empanada con patatas fritas.

—Yo tenía un amigo checo que una vez me enseñó las dos únicas palabras que necesitaba para poder hablar en checo: *hranolky* y *pivo*. Patatas fritas y cerveza. Por lo menos así uno no se muere de hambre ni de sed.

—¿Y ahora qué? —preguntó la hermana Meg.

—¿Después de cenar? —respondió Holliday—. Después de cenar saldremos a dar un agradable paseo para tomar el aire nocturno y ver si en el aparcamiento hay un BMW verde último modelo con matrícula de Austria MD 337 CA.

—¿Cómo?

—¿Recuerda a un hombre que entró en el hotel detrás de nosotros cuando nos registrábamos? Se sentó y empezó a leer el periódico.

La hermana Meg pensó un instante y asintió.

—Vagamente. Tenía rapada la cabeza. Era gordo.

—Ese.

—¿Qué le pasa?

—Estaba en el restaurante Nordsee de las afueras de Nuremberg. Tomó pescado frito con patatas fritas y un refresco de cola. Dos veces: una vez en el restaurante y también en un pedido para llevar.

—¿Está usted seguro?

—Segurísimo.

—¿Es posible que sea solo una casualidad?

—No sé por qué, me parece que no.

LA mañana siguiente bajaron al vestíbulo y Holliday le compró al adormilado recepcionista dos billetes con transbordo para todo el día. Luego entraron en el restaurante, desayunaron y se marcharon por la salida trasera que había junto al cuarto de baño en lugar de por donde habían entrado, por el vestíbulo. Se encontraron en la calle Slavinskeho. En la parte más lejana tenía árboles, unos achaparrados cipreses; el lado más próximo a ellos, detrás del hotel, estaba distribuido en huertos, cada uno con su pequeño cobertizo.

—¿Y el coche? —preguntó la hermana Meg.

—Vamos a coger el autobús —contestó Holliday—. Vamos a ponérselo un poco más difícil a nuestro amigo calvo.

Comprobó el horario que había bajo la funda protectora de plástico en el poste de la parada y miró el reloj. Tenía que llegar un autobús en menos de cinco minutos. Mientras esperaban, volvió de nuevo la vista atrás, hacia el hotel.

—Sigo creyendo que está usted paranoico —dijo la monja—. Solo el que haya visto al mismo hombre de la *Autobahn* no prueba nada. ¿Por qué diantres iba a querer seguirnos nadie?

—No sé usted, pero yo hice unos cuantos enemigos en mis tiempos.

—Pero es que esto es ridículo. No estamos en una película de James Bond. —Gruñó la hermana Meg.

—¿Siempre discute usted tanto? —preguntó Holliday.

Aquella mujer era la idea que todo el mundo tenía de una hermana pequeña y más lista... una Lisa Simpson del demonio.

Al cabo de unos minutos apareció el autobús rojo y blanco, que se detuvo para que se montaran por la puerta de en medio. Holliday sabía que en Praga la puerta delantera solo se utilizaba como salida. Cuando la puerta se abrió con un siseo, subieron, introdujeron los billetes en la máquina canceladora y esperaron a que los escupiera otra vez. Después Holliday fue hasta detrás del todo y se sentó, al tiempo que se ponían en marcha. La hermana Meg se dejó caer junto a él dando un suspiro.

—La verdad, menuda idiotez —dijo entre dientes.

—¿Ah, sí? —preguntó Holliday—. Pues si mira detrás de nosotros verá un BMW verde último modelo con matrícula austríaca MD 337 CA. ¿Estoy en lo cierto?

La hermana Meg volvió la cabeza para mirar y se puso pálida.

—Dios mío —susurró.

—Se lo dije —dijo Holliday.

El autobús avanzó por la calle Slavinskeho; justo delante de ellos estaba la gris-azulada mole *art déco* del edificio principal y los platós de los Estudios

Barrandov. En la rotonda giraron hacia la izquierda, dejando atrás la cabina del guardia de seguridad y la barrera, y entraron con cuidado en la calle Filmarska, y luego en Barrandovska. Las casas de la izquierda estaban situadas en grandes parcelas de un pinar urbano; la mayoría parecía datar de la década de 1930 y todas tenían aspecto de ser caras.

A la derecha los terrenos se asomaban al borde de los famosos acantilados Barrandov, y por entre las casas, hacia el noreste, veían el otro lado del río Moldava, que serpenteaba mucho más abajo metido en la neblina cargada de contaminación. Cuando giraron a la izquierda y empezaron a bajar la empinada cuesta, las casas del lado del acantilado se convirtieron en inmensas mansiones de piedra y estuco. En su momento se habían construido para los ejecutivos de los enormes estudios de cine, la versión praguense de Beverly Hills.

—Toda la zona, incluidos los estudios de cine, la urbanizó la familia Havel en las décadas de 1920 y 1930 para los peces gordos locales. Durante la guerra los nazis tomaron el poder y esas grandes casas fueron las residencias de verano de todos los peces gordos del partido, incluido Hitler. Luego durante un tiempo fueron los peces gordos del KGB, y ahora vuelven a ser los peces gordos capitalistas.

La hermana Meg no estaba prestándole ninguna atención.

—¿Quién es ese hombre? —le preguntó con voz tensa y casi acusadora.

—¿El calvo? Parece un poli —dijo Holliday—. Así a ojo yo diría que es personal contratado.

—¿Y qué diantres quiere decir eso?

—Que no es oficial. Alguna organización se ha buscado a alguien de aquí. Nos ha seguido por toda Alemania y seguramente antes estuviera en Francia. Es probable que esté siguiendo a uno de nosotros, no a los dos.

—¿Por un caballero que murió hace casi mil años? Ridículo.

—Estoy de acuerdo, pero a pesar de todo nos pisa los talones.

—Tiene que ser a usted. Por algo de su pasado militar.

—Tuve ciertos problemas con un grupo neonazi hace tiempo, casi dos años. Tal vez se trate de ellos, o lo que queda de ellos.

—¡Ahí está! ¿Lo ve? ¡Lo sabía! —dijo la hermana Meg en tono triunfal.

—Por otra parte, también podría tratarse del Servicio Secreto vaticano.

—El Vaticano no tiene Servicio Secreto —dijo la monja, rápidamente y con convicción—. Yo lo sabría.

—Ya lo creo que el Vaticano sí que tiene un Servicio Secreto, y yo sí que lo sé, hermana. Se llama Sodalitium Pianum: los amigos de Pío X, el papa de quien toma su nombre. En Francia se llama La Sapinière. Anda por ahí desde principios del siglo pasado. Es una sección secreta de la oficina de la Secretaría de Estado del Vaticano.

—Eso parece una ridícula leyenda urbana —dijo la monja pelirroja en tono de burla.

—Sea lo que sea, el tipo ese del BMW no es ninguna leyenda; es bastante de

verdad, ¿no?

La monja no contestó y se limitó a cruzarse de brazos; los colores se le subieron un poco a las mejillas.

El autobús siguió bajando hasta la autopista principal de cuatro carriles que había al pie de la colina. A la izquierda, excavada en la amarillenta roca del escarpado lateral del acantilado, Holliday vio la hornacina artificial que había servido de caseta de vigilancia durante la guerra. Por esos días el acceso a las grandes casas de la colina Barrandov estaba limitado a una selecta minoría, y en aquel lugar había una barrera. Era uno de los pocos sitios de la ciudad que conservaba pruebas físicas de la ocupación nazi entre 1939 y 1945.

El autobús giró a la izquierda y se coló en la amplia autopista de varios carriles; tras avanzar por un par de carriles de incorporación y un par de cruces de trébol salieron a la calle Strakonicka. A la derecha de vez en cuando Holliday alcanzaba a ver el río, y a la izquierda había unas cocheras ferroviarias donde vagones de tren y de metro, cubiertos de *graffiti* y puestos en fila, aguardaban a que los cambiaran de vía en una u otra dirección. Aquí y allá pasaban junto a oscuros edificios con fachadas de estuco y cortinas azules o rojas.

—Siempre me he preguntado qué eran esas casas de las cortinas de colores —dijo la hermana Meg al tiempo que el autobús pasaba por delante de otro edificio de cortinas rojas—. Me parecen muy siniestros.

En el jardín delantero del edificio había un rojo rótulo de neón que decía: «PANSKY CLUB».

—Un *pansky club* es un burdel —explicó Holliday—. Un *pani club* es un burdel para mujeres. Rojo para hombres, azul para mujeres.

—No me lo creo.

—La prostitución no es legal aquí, pero tampoco es ilegal. Incluso tienen un burdel llamado «La gran hermana» que ofrece sus servicios por internet, como un *reality show*.

—Eso es indecente —dijo la hermana Meg.

—Eso es el capitalismo de libre mercado.

Holliday se encogió de hombros y echó una ojeada por encima del hombro. El BMW seguía pisándoles los talones, unos tres coches por detrás. Meg siguió su mirada.

—¿Qué vamos a hacer con él? —preguntó.

—Nos apearemos en la terminal de Smíchov y subiremos al metro. Él tendrá que aparcar el coche. Si tenemos suerte y cogemos un tren nada más llegar, a lo mejor lo perdemos.

El autobús giró a la izquierda por una bocacalle y luego a la derecha para meterse en una calzada más amplia con vías de tranvía. Pasaron junto a una tienda de excedentes de guerra situada en un viejo almacén de ladrillo; un gran cartel colgado sobre la mugrienta entrada delantera anunciaba auténticos gorros de pieles del KGB.

Por fin se detuvieron bajo una marquesina de fibra de vidrio.

Holliday y la hermana Meg bajaron del autobús y cruzaron, esquivando varias vías de tranvía y atajando por entre oleadas de trabajadores rezagados de aspecto soñoliento. No había ni rastro del BMW ni del calvo. Pasaron por las puertas de vidrio y bajaron una amplia escalera hasta un andén de la época estalinista, con las letras de la estación hechas con chapa de acero y sujetas con pernos a la pared de tabletas de hormigón. Había dos opciones: el lado 1 del andén y el 2. Los trenes que llegaban al lado izquierdo del andén iban a la última estación de Slicin, y los de la derecha iban a Cerný Most.

—¿Por dónde? —preguntó Meg.

—Dos —dijo Holliday—. Cerný Most.

Un tren se paró en el lado Cerný Most del andén y se detuvo con un silbido neumático. Los trenes eran plateados con las puertas rojas, y, como en todos los metros del mundo, los vagones estaban completamente cubiertos de *graffiti* de mayor o menor calidad.

Holliday volvió la vista hacia la escalera al tiempo que las puertas se abrían con un siseo.

—Mierda —dijo entre dientes.

—¿Cómo dice? —preguntó la hermana Meg, un poco escandalizada.

—Nuestro gran amigo calvo —dijo Holliday.

Entre fuertes resoplidos, el hombre del BMW bajaba apresuradamente la escalera hacia el andén.

Holliday y la monja subieron al vagón. Holliday se asomó hasta que sonó un retumbante campanilleo y una voz femenina suave, casi sedada, habló por la megafonía.

«*Ukoncete, prosim, vystup a nástup, dvere se zavírají*». «Terminen de desembarcar y embarcar, por favor, las puertas van a cerrarse». Holliday volvió a meter la cabeza en el vagón. Las puertas se cerraron contra sus topes de goma y el tren se puso en marcha con un zumbido.

—¿Se ha montado? —preguntó la hermana Meg, agarrada a la barra junto a él.

—En el vagón de detrás.

—¿Y ahora qué hacemos?

Holliday alzó la vista hacia el esquemático plano del metro que había encima de la puerta. Quedaban cuatro paradas hasta el cruce de las líneas A y B en la gran estación Mùstek al otro lado del río. Ocho minutos más o menos. La estación que de verdad necesitaban estaba una parada más allá en Námestí Republiky.

—Haremos un Charnier —dijo Holliday.

—¿Un qué?

—Alain Charnier, Popeye Doyle. Gene Hackman, Fernando Rey.

La monja lo miró sin comprender.

—No tengo ni idea de lo que me habla.

—¿*The French Connection*?

La monja negó con la cabeza. Era demasiado joven, por supuesto. Holliday suspiró; de repente se daba perfecta cuenta de la diferencia de edad que había entre ellos.

—Es una escena de una famosa película. Un granuja francés engaña a un poli para que se baje de un metro de Nueva York, y vuelve a montarse de un salto en el último segundo.

—¿Y nosotros vamos a hacer lo mismo?

—Vamos a intentarlo.

Un minuto después entraban suavemente con un gemido en la siguiente estación, Andel. Las puertas se abrieron y Holliday empezó a contar en voz baja para sí.

—Un Mississippi, dos Mississippi, tres Mississippi...

A los quince se oyó la soñolienta voz del aviso, a los veinte las puertas se cerraron y el tren se puso en marcha de nuevo. Lo mismo volvió a ocurrir en Karlovo náměstí y Národní trida, las siguientes estaciones de la línea B.

—En la siguiente parada baje, camine hacia delante por el andén y desvíese un poco —le ordenó Holliday a la hermana Meg—. Cuando yo diga «ya», dé la vuelta y móntese otra vez en el tren todo lo rápido que pueda.

La monja asintió en silencio. El tren se puso en marcha.

—No es la primera vez que hace usted algo así, ¿verdad? —dijo ella en voz baja.

—Lo he hecho una o dos veces —confesó Holliday.

Al cabo de unos momentos llegaron a la estación de enlace de Mùstek y las puertas se abrieron. Holliday salió, puso una mano en la espalda de Meg y la impulsó hacia el andén que tenía delante. El andén inferior era tan insulso como el de Smíchov, y una escalera llevaba hasta un paso elevado donde estaban las escaleras mecánicas que subían al nivel de la línea A. Una hilera de lisos pilares rectangulares recorría el centro del andén.

Holliday empezó a contar mientras se unían al tropel de trabajadores que se dirigía hacia la escalera, sin quitar la mano de la espalda de la hermana Meg; de pronto la guio hacia uno de los pilares y lo rodeó hasta ponerse tras él. Desde allí vio cómo la cabeza de «Bola blanca» se adelantaba bruscamente hacia la escalera, buscando entre la multitud algún rastro de Holliday y la monja. El calvo llegó a la escalera y se detuvo, volviendo la cabeza a derecha e izquierda con aspecto cada vez más lleno de pánico a cada segundo que pasaba.

—Catorce Mississippi, quince Mississippi...

El campanilleo repiqueteó su cantinela «tin-tan-tín» de tres notas.

—¡Ya! —dijo Holliday en tono urgente, al tiempo que empujaba a Meg de nuevo hacia el metro parado.

Ella le echó una sola y malintencionada mirada por encima del hombro e hizo lo que le decía. Holliday fue detrás. Por el rabillo del ojo divisó al calvo en el momento en que este lo localizaba. El gordo se abalanzó hacia delante contra el flujo de la

multitud, mientras la locutora repetía el aviso grabado. Meg se montó en el vagón inmediatamente anterior al vagón en el que iban antes, con Holliday justo detrás. «Bola blanca» no tuvo ninguna posibilidad. Las puertas se cerraron mientras el calvo se lanzaba pesadamente hacia delante, apartando a la gente a codazos. Aún estaba a tres metros y medio de distancia cuando el tren empezó a moverse. Se quedó al otro lado de las puertas, mirando con gesto de impotencia cómo Holliday le sonreía y le decía adiós con un leve movimiento de los dedos, exactamente igual que el francés granuja había hecho en la película.

—Hasta luego —dijo Holliday, y dejó ver una amplia sonrisa.

Luego entraron en el túnel y desaparecieron.

**E**L cardenal secretario de Estado Antonio Niccolo Spada estaba sentado en el recargado trono de roble tallado que había tras su igual de recargado escritorio español del siglo XIV. Frente a él el padre Thomas Brennan, jefe del Servicio Secreto vaticano, Sodalitium Pianum, iba y venía de un lado a otro por la enorme alfombra de seda que cubría el suelo del despacho de Spada.

El lugar de trabajo del cardenal estaba situado en el piso más alto del Governatorato, el edificio del gobierno civil del Vaticano, justo detrás de la basílica de San Pedro. Desde el suntuoso despacho de esquina del tercer piso también se veía, por encima del Viale Osservatorio, el monumento de San Pietro y los Jardines Papales, rodeados de un muro. Después de la propia cámara de audiencias del papa, no había un lugar más importante en el Vaticano.

Es posible que la voz de Dios susurrara órdenes directamente a la oreja del Santo Padre, pero las órdenes las interpretaba y las cumplía Antonio Spada. El papa era el emisario de Dios en la Tierra; Spada era su ejecutor. El hijo del panadero de Canneto di Caronia, en la carretera de Messina, había recorrido mucho camino, y no solo desde Sicilia.

—Yo creo que es un error —dijo Brennan, sin dejar de andar.

Mientras iba de acá para allá, daba chupadas a su inevitable y pestilente cigarrillo Macedonia y soltaba una continua lluvia de ceniza en la alfombra, aunque el cardenal tenía sobre el escritorio un cenicero de cristal bien visible para sus visitas.

—¿Por qué? —preguntó Spada.

—Porque Holliday está demasiado alto. Tiene amigos bien situados, conoce gente...

El cardenal se encogió de hombros.

—A veces ocurren accidentes.

—Los accidentes que les suceden a los hombres como Holliday se investigan —argumentó Brennan.

Spada se permitió una pequeña sonrisa de complicidad.

—Le teme usted a ese hombre.

—Joder, vaya si tiene usted razón, con perdón de usted, Eminencia —dijo Brennan, y asintió, al tiempo que proseguía el paseo—. Es peligroso. Altera el equilibrio de fuerzas, se mete donde no le importa... —Hizo una breve pausa—. Por no hablar del hecho de que siempre nos ha causado muchísimos problemas. Y además nos ha costado muchísimo dinero, si se me permite añadir.

—Razón de más para que nos deshagamos de él ya —murmuró el cardenal.

—¿Pero por qué? —insistió Brennan—. Él y la mujer buscan una caja de

reliquias que probablemente ni siquiera exista. —El sacerdote miró a su superior—. Además la Iglesia prohíbe el culto a esas cosas. Está en la sesión vigesimoquinta del Concilio de Trento, me parece. Y también se prohíbe la adquisición o venta de tales reliquias.

—No se atreva a darme lecciones sobre el dogma de la Iglesia, padre Brennan —dijo el cardenal con frialdad.

—Entonces dígame por qué estamos interesados en esta supuesta Arca Verdadera o lo que quiera que sea.

—Una reliquia es lo que una reliquia hace —dijo el cardenal de forma enigmática.

Brennan frunció el ceño.

—Me temo que eso tendrá que explicármelo —dijo.

—Se dice que el Arca Verdadera contiene el Santo Grial, la Corona de Espinas, el Santo Sudario y el Anillo de Cristo.

—Bueno, el puñetero premio gordo... —Gruñó Brennan.

—A pesar de todo —dijo Spada.

—¿No creerá usted que es cierto? —dijo Brennan, atónito.

—Da igual lo que yo crea, padre Brennan —respondió el cardenal—. La percepción lo es todo. Es como el cuento del traje nuevo del emperador: si un número suficiente de personas dicen que el emperador va vestido de seda, es como si fuera vestido de seda. Si un número suficiente de personas dicen que Paris Hilton es hermosa, es hermosa... aunque evidentemente sea falso. Está demasiado flaca, es plana, tiene la nariz demasiado larga y los tobillos demasiado pequeños... —El secretario de Estado hizo una breve pausa—. En fin, sea lo que sea lo que encuentren, debemos tenerlo nosotros. Se ha demostrado de forma científica que ese trapo de la Catedral de Turín es un fraude, pero eso no impide que decenas de miles de personas acudan a verlo.

—Si es que encuentran algo —refunfuñó Brennan.

Aplastó el cigarrillo en el cenicero y encendió otro. El cardenal Spada soltó un sufrido suspiro. Estaba cansado de discutir. ¿Por qué Brennan no se limitaba a hacer lo que le decía?

—La mejor manera de garantizar que no encuentren nada es impedir que busquen —dijo el cardenal—. Además, si lo que usted me dijo antes es cierto, a ese Holliday se le ha confiado el auténtico secreto de los templarios: los números de sus cuentas bancarias. Una ventaja adicional, aunque de todos modos el dinero le pertenece a la Iglesia por legítimo derecho.

—Si hacemos esto, debemos evitar que se vuelva contra nosotros —le advirtió Brennan.

—Lo comprendo —dijo el cardenal Spada, y asintió—. Contrate personal independiente si lo desea. —El hombre del solideo color escarlata miró fijamente al otro lado del escritorio—. Holliday es importante, pero recuerde quién es la mujer

también.

—Están en Praga. Conozco a las personas indicadas.

—Pues dese prisa —dijo Spada.

Aquello era una forma de decirle que se fuera.

Brennan salió del despacho de Spada y bajó dos tramos de escalera de mármol hasta su propio despacho, mucho más pequeño, de la primera planta. Era una sencilla habitación cuadrada con suelos de madera sin alfombrar, donde había un escritorio de metal, unos archivadores metálicos negros y una sencilla cruz en la pared.

El único otro adorno era una fotografía de su hermana Mary, muerta hacía mucho tiempo: una monja de las hermanas de la Magdalena, de pie delante de la Catedral de St. Finbarr en la ciudad de Cork, que sonreía a la cámara mirando al sol con los ojos entornados. La foto era de finales de la década de 1960 y había perdido color hasta quedar de un tono sepia.

Mary era supervisora de las muchachas que tenían que trabajar durante un tiempo en la lavandería de las Magdalenas de la calle Blarney, más arriba del North Mall y el río Lee, con sus famosos cisnes. Cuánto le gustaba a Mary darles de comer a los cisnes. Se figuraba que eran almas y espíritus de niñas feas, que volvían al mundo como algo hermoso. Un año después de que se tomara la foto Mary había muerto de una horrible enfermedad respiratoria, echando los pulmones a fuerza de toser y rezándole a un Dios que no le hacía caso.

El sacerdote se sentó ante su escritorio, hojeó su anticuado Rolodex y encontró un número con prefijo 420. Marcó y casi inmediatamente la centralita del Vaticano se metió en la llamada. Le dio al operador el número y luego un nombre. Tras un breve silencio se oyó el doble tono de la llamada sonando en Praga. A los tres timbrazos cogieron el teléfono.

—*Prosim?*

Era una voz de barítono con un poco de flemas.

—¿*Pan Peseck?* ¿*Antonin Peseck?*

—Yo soy Peseck —dijo la voz—. ¿Quién es usted?

—Soy Romulus —dijo Brennan; clavó la mirada con gesto inexpresivo en la fotografía de su hermana mientras ordenaba el asesinato—. Tengo un trabajo para usted.

El convento de santa Inés de Bohemia está situado en la calle U Milosrdnych en el Josefov, o Barrio Judío, de Praga; el Josefov, que se remonta al siglo XI, es el centro de la ciudad primitiva que había crecido mil años antes a orillas del río Moldava. En la actualidad el convento forma parte de la Galería Nacional de Praga, y es un conjunto de edificios góticos de los siglos XIV y XV, meticulosamente restaurados y centrados en torno al viejo claustro abovedado que ahora alberga una de las mejores colecciones de arte barroco y renacentista del mundo.

Holliday y la hermana Meg bajaron del metro en la parada de Námestí Republiky y subieron a la luz del sol. La plaza estaba abarrotada de turistas y compradores locales, y se respiraba un aire de día de fiesta. La gente comía algodón de azúcar y palomitas de maíz mientras paseaban, hablando y riendo. Los policías de uniforme caminaban tranquilamente en pareja, mirando escaparates igual que la gente que tenían alrededor. Había una cola a la puerta del McDonald's.

Holliday y la monja fueron hacia el norte por la avenida Revolucni, una amplia vía llena del ruido de los retumbantes tranvías y con una hilera de tiendas de todas clases en cada acera; más o menos cada cien metros se intercalaban cajeros automáticos solo para asegurarse de que se tuvieran muchas coronas checas en el bolsillo.

Una manzana antes de llegar al río torcieron hacia el oeste y cortaron por el aparcamiento de un edificio del gobierno hasta el callejón Rasnovka, una estrecha callejuela adoquinada que los llevó hasta la entrada principal del antiguo convento. Pagaron sus ciento cincuenta *koruny*, seis dólares aproximadamente, y entraron en el edificio de mil años de antigüedad.

El claustro que formaba el museo estaba casi vacío y, salvo por un anciano que dormitaba en un banco y una pareja de jóvenes más interesados en sus respectivas anatomías que en los cuadros de la pared, Holliday y la hermana Meg estaban solos.

—Yo vengo por el archivo, no por el arte —dijo Holliday—. ¿No deberíamos estar en el monasterio de al lado?

—Aquí hay una cosa que quiero enseñarle —dijo la monja, con impaciente entusiasmo en la voz—. Una cosa que recordé anoche.

Después de huir del perseguidor calvo, Holliday estaba dispuesto a complacerla. Desde luego los cuadros, las estatuas religiosas y los extraordinarios retablos de madera tallada eran dignos de verse, aunque no tuvieran nada que ver con el objetivo que los guiaba.

Subieron una angosta escalera hasta la planta superior del claustro y luego fueron por un largo pasillo abovedado. Meg llevó a Holliday hasta un gran cuadro de marco dorado que había en la lisa pared de enlucido color marfil.

En la parte izquierda del lienzo había un hombre con armadura que tenía a su izquierda una mujer, cubierta con un velo, que llevaba una capucha en la cabeza; un largo vestido negro ocultaba su figura. El hombre vestía una cota de mallas de las llamadas *hauberk*, de cuerpo entero, que le llegaba a los tobillos. Tenía una larga espada envainada a la cintura y una túnica exterior con la familiar cruz engrialada de los Saint-Clair, mientras que en el escudo llevaba la roja cruz de Malta de la Orden Templaria.

Con la mano libre el caballero sostenía algo que parecía ser una cruz engrialada de madera. Tras las dos figuras aparecía una representación heráldica: un dorado león alado, con una espada sujeta en la garra delantera derecha, de pie sobre un ondulante campo azul de agua. En una esquina, como la ilustración de un viejo naipe del tarot,

seis monjes con hábitos blancos rezaban en torno a un pozo. En la esquina opuesta del cuadro estaba estampado el símbolo de un corazón con una cruz.

La hermana Meg leyó la descripción del cuadro en un pequeño plinto que había al lado. «La Beata Juliana con Su Protector, pintado por Lucas Cranach el Viejo, 1427». Alzó la vista y miró fijamente la figura de tamaño casi natural de la mujer del cuadro.

—Siempre iba con velo para que su gran hermosura no distrajera a los hombres —dijo, con evidente respeto reverencial en la voz. Se volvió hacia Holliday—. ¿Le recuerda a usted a alguien su protector?

—Es Jean de Saint-Clair —dijo Holliday—. Y lo que tiene en la mano es una ballestilla. El instrumento de navegación del que le hablé.

—¿Sabe usted lo que significa el león con la espada? —preguntó la hermana Meg—. Yo no lo entiendo, ni tampoco a los seis monjes alrededor del pozo. —Se encogió de hombros—. Incluso lo busqué en Google. Hay muchos leones con espadas, pero ninguno coincide por completo. Lo más parecido era el antiguo blasón imperial de Persia.

—Yo no sé nada del pozo y los monjes, pero un león dorado con una espada, de pie sobre agua, es el escudo de Venecia —dijo Holliday—. También es un cuartel del escudo de armas de la familia Zeno, los constructores de buques que les alquilaron a los templarios la mayor parte de su flota durante las Cruzadas. Según esto, yo diría que su Juliana y Jean de Saint-Clair se fueron juntos a Venecia... probablemente para alquilar un barco.

**E**NCONTRARON un pequeño restaurante con terraza al otro lado del Barrio Judío y se sentaron a resguardo de los rayos del sol. El restaurante se llamaba U Vltavy, probablemente porque solo estaba a una manzana del río. Tenía un extraño menú: parte mexicano, parte austríaco y parte checo. La hermana Meg tomó gazpacho y un plato de carne de cerdo con rábano picante recién rallado, mientras que Holliday se decidió por ternera a la Stroganoff con arroz y el mismo rábano picante. Comieron en silencio un rato, disfrutando del calor del verano y viendo pasar a los turistas.

Por algún motivo que no acababa de comprender, a Holliday siempre le había gustado Praga más que cualquier otra ciudad de Europa, oriental u occidental, incluso durante la época soviética. Los de allí tenían sentido del humor y parecían sentir una curiosidad innata por todas las personas y todas las cosas. Utilizaban cualquier pretexto para entablar amistosa conversación con los turistas, y una actividad que gustaba mucho en el metro era intercambiar idiomas: unas cuantas palabras en checo a cambio de unas cuantas palabras en inglés. Incluso había un canal de televisión que solo daba películas inglesas con subtítulos en checo como herramienta pedagógica para la enseñanza de idiomas.

Tal vez aquello tuviese algo que ver con unos cuantos miles de años de ser el extremo occidental de la Ruta de la Seda. Con unas pocas y raras excepciones, la ciudad se había mostrado extraordinariamente tolerante y hospitalaria hacia las gentes de todas las razas. Para Holliday no supuso ninguna sorpresa enterarse de que los checos habían sido los primeros en alzarse contra el régimen soviético en 1989.

El pensar en aquel año lo hizo sonreír. Después de setenta y tantos años de hegemonía soviética y después del Telón de Acero, todo había resultado un artificio. El cacareado poder del ejército soviético y sus millares de tanques resultó ser otros tantos inertes trozos de acero oxidado e inmóvil, parados por falta de gasolina; ni siquiera había gasolina para moverlos un par de miles de metros, y menos aún para que recorrieran mil quinientos kilómetros hasta meterse en pleno territorio de la OTAN.

Los sistemas de teledirección de la mitad de sus misiles balísticos intercontinentales estaban anticuados desde hacía años, la gente de Moscú estaba quedándose sin papel higiénico y además hacía un año que a las fuerzas armadas no les pagaban. Todo era mentira, y la, en teoría, omnisciente comunidad de inteligencia de los Estados Unidos no se lo había visto venir. Ni de lejos. Era la misma antigualla que la de los rusos. Por lo visto sí que era posible engañar a toda la gente todo el tiempo.

—¿Por qué sonrías? —le preguntó la hermana Meg, al tiempo que se pasaba con suavidad la servilleta por los labios; tenía un agradable rubor en el rostro por culpa del rábano picante fresco.

La sonrisa de Holliday se ensanchó; quizá aquella vieja historia paranoica fuese cierta; quizá sí que los norteamericanos nunca hubieran llevado de verdad astronautas a la luna; todo era una historia que habían tramado Richard Nixon y sus compinches en algún plató de exteriores.

—Las cosas nunca salen como la gente cree —contestó Holliday—. La realidad se mete por medio, o de pronto llega algo volando por el aire y echa abajo todo el tinglado.

—Bonito surtido de metáforas —dijo la monja, y sonrió.

—Un viejo refrán judío dice: «El hombre dispone y Dios se ríe».

—¿Se refiere al cuadro? —dijo la hermana Meg.

—El cuadro lo cambia todo. Demuestra que Saint-Clair sí que tenía la ballestilla, y también, que Lucas Cranach lo consideraba importante.

—En el archivo no hay nada sobre que la beata Juliana fuera a Venecia; ni una sola palabra.

—Pues alguien lo sabía —dijo Holliday—. Cranach debía de saberlo; si no, no los habría pintado así doscientos años después de los hechos.

—¿Pero cómo? —preguntó la hermana Meg.

—No es difícil de explicar. Si se ahonda lo suficiente en la historia siempre se encuentran los grados de separación que hay entre las personas. Cranach era un pintor con varios mecenas importantes, incluidos reyes. Durante el Renacimiento la realeza era un grupo pequeño y muy cerrado, y los contemporáneos alardeaban de su mecenazgo. Es muy probable que Cranach conociera a un pintor veneciano. Algunas de sus primeras obras se parecen mucho a las de Domenico Ghirlandaio, por ejemplo. Tal vez compartieran historias buscando asuntos para sus cuadros. —Holliday se encogió de hombros—. Quizá uno de los mecenas de Ghirlandaio fuese un miembro de la familia Zeno. Eran bastante ricos.

—¿De modo que ahora es usted un experto en arte?

—La verdad es que no, pero los cuadros eran el equivalente medieval de las filmaciones o las fotografías de los telediarios. En las paredes de los principales museos se encuentra mucha información sobre batallas y tácticas.

—¿Tiene usted una respuesta para todo?

Holliday dio un suspiro y dejó el tenedor; de repente se le había quitado el apetito.

—Solo para las preguntas altaneras que hacen monjas arrogantes. —Clavó la mirada en ella por encima de la mesa—. La tiene usted tomada conmigo desde que nos conocimos —dijo—. ¿Por qué? ¿Qué le he hecho yo?

—Y usted lleva tratándome con condescendencia desde el principio —contestó ella.

—Si eso es cierto, desde luego no lo he hecho a propósito —dijo Holliday.

—Eso no lo arregla.

—He pasado los últimos años dándoles clase a cadetes de dieciocho años que estaban «verdes». Tal vez por eso parezca condescendiente. Antes no paraba de dar órdenes a los soldados.

—Pues yo no soy un cadete ni un soldado, y tampoco tengo dieciocho años ni estoy «verde».

En ese momento algo llamó la atención de Holliday, que echó una ojeada por encima del hombro de ella.

—No mire, pero «Bola blanca» ha vuelto.

La hermana Meg se quedó completamente inmóvil y clavó la mirada en Holliday con los ojos muy abiertos.

—No hablará en serio... —dijo con frialdad—. Y si esto es una broma se acabó el trato. Nos vamos cada uno por nuestro lado.

—De bromas nada. Está apoyado en una farola al final de la manzana leyendo ese estúpido periódico suyo. —Holliday meneó la cabeza—. Va a coger cáncer de piel en esa cocorota cromada si sigue poniéndose al sol sin sombrero.

—¿Cómo nos ha encontrado?

—Debe de haberse figurado que nos dirigíamos al convento. Debía de estar esperando a que saliéramos y luego nos siguió hasta aquí.

—¿Qué debemos hacer?

—Decida usted —dijo Holliday—. No quiero parecer condescendiente ni nada parecido.

Se puso cómodo en la silla y esperó.

—Tal vez no debamos hacer nada —dijo Meg—. Él sabe que al final volveremos al hotel.

—¿Y si no volvemos?

—¿Cómo?

—¿Lleva usted el pasaporte encima? —preguntó Holliday.

Ella asintió y le dio una palmadita al sencillo bolso de lona que tenía en el regazo.

—Siempre.

—Yo también —dijo Holliday—. ¿Tiene algo allá en el hotel que vaya a echar en falta?

—Solo ropa y unos cuantos artículos de tocador. ¿Qué insinúa?

—Espere —dijo Holliday. Sacó su BlackBerry y se puso a darle a las teclas.

—¿Qué está haciendo? —preguntó la hermana Meg.

Holliday bajó la mirada hasta la pantallita.

—Hay un tren a Viena con enlace a Venecia que sale de *Praha hlavní nádraží* a las cinco en punto de la tarde. Llega a Venecia mañana por la mañana a las ocho. Si le damos esquinazo a «Bola blanca» hasta entonces, llegaremos bien.

—Primero tenemos que salir de aquí.

Con aire despreocupado, Holliday se dio la vuelta en la silla.

—Esa de ahí delante es la calle Listopadu, lo cual significa que tenemos la Sinagoga Staronova a un par de manzanas al sur... —murmuró, tratando de orientarse—. Y eso significa que la trasera del restaurante tiene que dar al extremo superior del Cementerio Judío.

—¿Y qué?

—Que esa es nuestra salida.

Holliday rebuscó en su cartera un billete de cincuenta *koruny* (casualmente, el que llevaba una imagen de santa Inés de Bohemia) y lo dejó sobre la mesa para pagar la cuenta. Luego sacó más *koruny*, esta vez un billete de un color ocre-anaranjado de doscientas coronas, el equivalente a unos cincuenta dólares, y volvió a meterse la cartera en el bolsillo.

—Voy a levantarme y a entrar en el restaurante. «Bola blanca» pensará que voy al baño. Cuente hasta sesenta, después levántese y haga lo mismo. Corriendo a toda velocidad él tardará un par de minutos en llegar hasta aquí. ¿Lo pilla usted?

—Claro que sí —le espetó la monja, malhumorada.

Holliday se puso de pie y desapareció en el restaurante. La hermana Meg esperó todo lo que pudo y entró tras él. Se lo encontró esperando al fondo del comedor, de pie junto a un joven camarero de pelo oscuro que llevaba puesto un largo delantal.

—*Sledujte mne, prosim* —dijo el joven, haciendo un gesto con la mano. «Sígueme, por favor».

Por un par de puertas de vaivén los condujo hasta la cocina y, una vez allí, los hizo pasar por otra puerta que daba a un estrecho patio repleto de colillas. Al fondo había una tapia baja de piedra que parecía muy antigua. Estaba hecha de pequeñas piedras unidas con mortero y por encima tenía curvas tejas de barro cocido en forma de canalón para facilitar el desagüe. De un impulso, Holliday se subió a la tapia, y el joven unió las manos formando un estribo para la hermana Meg. Al cabo de unos segundos ella estaba encima de la tapia con Holliday.

—*Dekuji* —dijo Holliday, dándole las gracias al camarero.

—*Za malo*.

El camarero se encogió de hombros. «No tiene importancia». Encendió un cigarrillo y se quedó mirando cómo Holliday y la monja pelirroja bajaban de un salto al otro lado de la pared.

El cementerio Josefov es el camposanto judío más antiguo que existe en Europa; se remonta a 1439 y estuvo en uso hasta 1787. Como cementerio es pequeño, pues ocupa menos de cuatro mil metros cuadrados y lo forman los patios de una larga manzana en forma de «L», pero allí están enterradas más de cien mil personas, algunas en parcelas de doce ataúdes de hondo; las lápidas solo indican las personas enterradas en la capa superior.

Como la mayoría de las lápidas están a menos de treinta centímetros unas de otras, casi no hay espacio para que crezca la hierba. Las raíces de los árboles de

sombra, tan grandes que enlazan sus copas, mueven las gastadas y casi indescifrables lápidas en todas direcciones, y el lugar transmite una sensación de ruina y abandono que dista mucho de ser cierta. Cada año infinidad de visitantes acuden en tropel al cementerio, pagan sus diez coronas y presentan sus respetos a los muertos. El rabino Low, creador del precursor del monstruo de Frankenstein, el golem hecho con barro del Moldava, está enterrado aquí, igual que otros importantes personajes judíos.

Al entrar en el cementerio, Holliday y la hermana Meg se encontraron rodeados de lápidas, y tuvieron que cruzar despacio y con mucho cuidado por entre ellas hasta que llegaron a uno de los principales caminos enlosados que serpenteaban por todo el recinto.

El camino estaba abarrotado, principalmente de turistas, unos con cámaras y algunos leyendo las antiguas inscripciones hebreas. Lo único que tenían en común era que ninguna de sus cabezas estaba descubierta. Durante unos momentos, mientras avanzaban sorteando la multitud, Holliday no estuvo seguro de por qué todo el mundo parecía estar mirándolo con expresión de furia. Entonces recordó que se consideraba irrespetuoso entrar en un cementerio judío sin cubrirse la cabeza.

No tardaron ni un minuto en llegar a la salida, la antigua casa del guarda, y luego se abrieron paso a la fuerza hasta una estrecha calle que en cada acera tenía una hilera de carritos de *souvenirs* donde vendían postales, sombreros de papel y pequeños golems de plástico. Todo era tan zafio que Holliday casi se esperaba que uno de los carritos vendiera muñecos de acción del rabino Low.

—¿Y ahora qué? —dijo la hermana Meg.

Hacía calor, y una fina línea de sudor se le había formado en la frente donde se le ceñía el pañuelo.

—Tengo una idea —contestó Holliday.

Echó un rápido vistazo a su alrededor para asegurarse de que «Bola blanca» no estuviera por ningún lado y se metió por la calle Stroka, en dirección al río. Llegaron a la explanada abierta de la plaza Jan Palach y cruzaron hasta la estatua de Antonin Dvorak. En su día la plaza de Jan Palach se llamaba Námestí Krasnoarmejsu, o Plaza de los soldados del Ejército Rojo, pero cambió de nombre después de que un estudiante de veinte años llamado Jan Palach se rociara de gasolina y se prendiera fuego para protestar contra la ocupación soviética en 1969.

Tras rodear la estatua bajaron unos cuantos escalones hasta el parque que había a la orilla del río. Justo delante de ellos, a la sombra del Manesuv Most o puente de la Malá Strana, la Ciudad Pequeña, había un gran muelle flotante con un café al aire libre y varios barcos turísticos amarrados.

Un barco llamado *Vltava Královna*, la Reina del Moldava, con un anuncio de cerveza Staropramen en el costado, estaba cargando pasajeros. Holliday y la hermana Meg se unieron a la cola. Holliday pagó treinta dólares por cada uno y subieron a bordo; el buque no era mucho más que una barcaza con hileras de asientos y una marquesina de fibra de vidrio. Al cabo de unos minutos soltaron amarras y se

dirigieron río abajo. Holliday no había perdido de vista la pasarela y no había visto ni rastro de «Bola blanca». Parecía que lo hubieran perdido por segunda vez.

El barco se coló por debajo del puente y continuó aguas abajo; a la izquierda, sobre el alto risco que quedaba al otro lado del río, estaba la enorme y amenazadora fortaleza del Castillo de Praga, con la Ciudad Pequeña extendida debajo. Doblaron una curva, avanzando trabajosamente por entre un casi embotellamiento de barcos turísticos y pescadores deportivos, y pasaron por debajo de la baja arcada gris del Puente Cechuv.

—¿Adónde vamos exactamente? —preguntó la hermana Meg—. ¿O es una especie de viaje sorpresa?

—Nada de sorpresas —respondió Holliday—. Vamos a ir a la estación de tren sin que «Bola blanca» sepa adónde vamos. Si hubiera conseguido seguirnos, ya lo sabríamos. He estado vigilando la pasarela desde que nos montamos y no está a bordo.

La isla Stvanice se encuentra en mitad del río, un poco descentrada, más o menos a kilómetro y medio, aguas abajo, del puente de la Ciudad Pequeña donde habían embarcado. Aunque mal situada, en Stvanice se habían montado la primera pista de *hockey* profesional de Praga y las primeras pistas de hierba para jugar al tenis. En tiempos en la isla también había una serie de peligrosos rápidos, que ya estaban alisados y convertidos en una sencilla presa de no más de un metro de caída; asimismo, se había instalado una esclusa entre la isla y la orilla de la derecha para hacer posible la navegación río abajo y como ayuda para controlar las inundaciones, un eterno problema en primavera.

El barco turístico entró en el largo canal de la esclusa y esperó a que se vaciara el recinto antes de que se abrieran las compuertas para dejarlos pasar.

—Vamos —dijo Holliday de pronto.

Agarró a Meg por la mano y la acercó a la borda del lado derecho del barco; de paso, apartó a codazos a los pasajeros que charlaban.

—¿Qué hace? —chilló Meg cuando Holliday se subió rápidamente a la ancha borda de acero.

Una mujer de edad que llevaba un gran sombrero flexible e inmensas gafas de sol color verde lima soltó un chirriante y agudo grito de alarma.

—Bajarme del barco —contestó Holliday.

Se asomó, echó mano a un escalón de hierro que estaba atornillado al muro de piedra de la esclusa y empezó a subir. Meg no tuvo más remedio que ir detrás, aunque tenía plena consciencia de que, desde abajo, el fornido alemán de la camisa hawayana y su oronda esposa disfrutaban de una vista perfecta de lo que había dentro de su falda.

Utilizando palabrotas que no pronunciaba desde sus años de secundaria, la hermana Meg subió gateando la escalerilla de hierro detrás de Holliday. De pronto un encargado de esclusa de aspecto furioso salió en estampida de la pequeña cabina de

control, gritando, mientras Holliday subía de un tirón a la monja hasta la pasarela que había en lo alto de la escalerilla. Holliday se dio media vuelta y le gritó a su vez al hombre.

—*Policiye!* —chilló a voz en cuello.

Allá abajo en la esclusa el capitán del barco turístico tocó la sirena. Desconcertado, el encargado de la esclusa se volvió y entró de nuevo corriendo en la cabina de mando para poner en marcha las grandes puertas batientes.

—Corra —dijo Holliday.

Subieron una amplia escalera de hormigón. En lo alto había una carretera asfaltada y al otro lado, una serie de pistas de tierra batida, valladas y todas en uso; el hueco sonido del golpear de pelotas de tenis parecía un metrónomo. Detrás de las pistas al aire libre se veían las abultadas salchichas de ciencia-ficción de varias cúpulas de lona hinchables.

—¿Dónde estamos? —preguntó Meg.

—En la isla Stvanice. Es un gran polideportivo público.

—¿Por qué estamos aquí?

Holliday señaló a la izquierda. Por entre un grupo de árboles Meg vio los accesos a un puente.

—Ese es Hlávkuv Most —dijo Holliday—. El puente Hlávka. Si lo cruza está en Wilsonova, que es donde se encuentra la principal estación de tren de Praga. ¿Satisfecha?

—¿No había un modo más fácil de llegar aquí que jugando a Tarzán? —preguntó Meg.

—Me limito a ser prudente —dijo Holliday—. Cuando se sigue a alguien, por lo general se utiliza a más de una persona. Si había un segundo perseguidor en el barco, lo hemos perdido también.

Empezaron a andar por la carretera hacia el puente.

—¿De veras cree que es necesario todo este cuento de intriga y misterio? —preguntó Meg en tono agrio—. La verdad, me parece un poco exagerado, ¿sabe?, eso de trepar por las paredes para entrar en los cementerios y salir saltando de los barcos. Espías calvos que se esconden con actitud sospechosa... Gente que nos sigue por media Europa... Vamos, venga ya, coronel.

—Vamos, venga ya, usted —respondió Holliday—. Esa arca que busca, ¿qué valor diría que tiene su contenido, si es que existe?

—Tendría un valor incalculable, desde luego —respondió ella.

—Exacto, pues créame, hermana: yo he visto matar a gente por cosas de un valor mucho menos que «incalculable».

El Hilton Prague estaba situado junto a la elevada calle Wilsonova de varios carriles, en la calle Pobrezni, solo a una manzana del río. Era un edificio enorme con un atrio cerrado en forma de pirámide acristalada... y todo lo que un viajero internacional y forrado de dinero pudiera desear. Holliday y su acompañante tardaron

menos de diez minutos en llegar al hotel desde la isla, y media hora más en comprar las cosas que necesitaban, incluidas un par de pequeñas maletas de marca para sus adquisiciones.

Eran las tres de la tarde cuando acabaron, de modo que hicieron en taxi el corto camino hasta la estación. Compraron los billetes en la nueva estación subterránea y luego fueron por el largo vestíbulo hasta la primitiva estación de estilo Art Nouveau, ahora convertida en una gran *kavarna* o cafetería.

Se sentaron en el gran restaurante, bajo una cúpula de vidrios de colores, a beber un excelente café y tomar un tentempié de *palacinky* rellenos de mermelada, la versión checa de las *crêpes*. A las cuatro y cuarto se anunció la primera llamada de embarque para los pasajeros de coche-cama del tren directo a Venecia vía Viena; entonces volvieron a recorrer el vestíbulo hasta la estación principal y subieron a bordo.

Ni Holliday ni la hermana Meg repararon en el hombre menudo de cuidada barba y en su atractiva acompañante que estaban sentados en el banco de hormigón, junto al tren dispuesto para partir; además no los habrían reconocido ni aunque se hubieran fijado, a pesar de que Holliday los había visto una vez desde lejos, delante de un hotel en la Costa Azul hacía más de un año.

Igual que «Bola blanca», aquella mañana el hombre de la barba y la mujer habían estado esperando delante del convento y también los habían seguido hasta el restaurante Vlatava. Vieron a Holliday y a la monja hacer su pequeño número de escamoteo y observaron con regocijo cómo «Bola blanca» se dejaba llevar por el pánico.

Después de aquello el hombre y la mujer no se molestaron en mantener la vigilancia. El hombre ya había deducido correctamente adónde pensaba dirigirse Holliday, y la mujer estuvo de acuerdo. Holliday y la monja tal vez regresaran al hotel, pero por la expresión de sus caras era evidente que habían descubierto algo en el museo-convento, y estaba igual de claro que suponían que el aeropuerto de Ruzyne, justo a las afueras de la ciudad, estaría vigilado también.

La estación de tren era la solución más probable. El hombre y la mujer habían llegado mucho antes que ellos, y estaban detrás en la cola cuando el antiguo *ranger* y la hermana Meg compraron los billetes para Venecia. Entonces siguieron su ejemplo y adquirieron una litera doble, a dos puertas del compartimento de Holliday. El de la barba sobornó luego a un mozo de estación para que lo dejara esperar junto a la vía hasta que se anunciara el tren, y desde allí vieron cómo la pareja se montaba.

Tranquilamente, Antonin Peseck, el asesino a distancia que había elegido el padre Thomas Brennan, y su esposa canadiense, Daniella Kay, se levantaron del banco y subieron a bordo también. Minutos después, en medio de un torbellino de bocinas y repiqueteos de campanas, el pesado tren nocturno con destino Venecia salió de la estación.

VENEZIA apesta como una cloaca descubierta. Aunque rara vez se menciona en los folletos, es un sencillo y maloliente hecho insoslayable de aquella, por lo demás, hermosa ciudad; la basura se limpia con la marea cada día, pero algunos de los canales de aguas estancadas permanecen estancados y repulsivos. La Venecia de serena hermosura no es exactamente tan romántica como la pintan.

Holliday y la hermana Meg llegaron a la estación Mestre de Venecia, situada en tierra firme, justo pasadas las ocho de la mañana y cogieron un tren de cercanías de dos pisos hasta la estación de Santa Lucia, al otro lado del puente ferroviario de la Libertad. Cuando llegaron ya hacía un día de calor achicharrante, y el taxi-*vaporetto* que alquilaron no tenía marquesina. Al llegar al hotel, Holliday tenía un fuerte dolor de cabeza y Meg mostraba los primeros colorados indicios de haberse quemado con el sol.

Tomaron dos habitaciones individuales en el Rialto, el único hotel que Holliday conocía en Venecia. Solo había estado una vez en la ciudad, de viaje de novios con su difunta esposa, Amy. La boda, en el cuartel de Schofield, en Hawai, donde él estaba destinado por entonces; la luna de miel, en Italia.

Entonces se habían reído al ver que llovía todos y cada uno de los valiosos diez días de su estancia (mientras que en Hawai hacía un tiempo perfecto), pero la verdad es que no les importó. Hacía quince años el hotel era carísimo; ahora era una pesadilla. Casi mil seiscientos dólares la noche por dos *suites junior* con vistas al Gran Canal y al Puente del Rialto, que daba nombre al hotel; el único alojamiento que estaba libre.

Pero era un lugar conocido, y solo eso importaba ahora mismo.

—No puedo permitirme un sitio así —susurró la hermana Meg mientras miraba por todo el recargado vestíbulo de mármol revestido con entrepaños de madera.

El suelo tenía un diseño de cuadrados de mármol blanco y negro, como un tablero de ajedrez, y estaba resplandeciente de puro encerado. Mirándolo, daban ganas de quitarse los zapatos.

—Yo tampoco, al menos no durante mucho tiempo —contestó Holliday en un susurro.

Eso no era del todo cierto, pero Holliday no tenía la mínima intención de revelarle que tenía acceso a las diversas cuentas numeradas de los templarios que había descubierto en Suiza, Liechtenstein, Malta y Chipre.

Sus *suites* estaban una al lado de la otra en la cuarta y última planta del hotel de estuco rosa; la decoración parecía sacada de una película de Merchant Ivory: muchos muebles oscuros y vaporosas cortinas en las camas de dosel, que se agitaban con la

brisa que llegaba del balcón... salvo que las puertas en forma de arco que daban al estrecho balcón estaban cerradas, y la única brisa que había procedía del aire acondicionado, que estaba puesto a temperatura glacial y no hacía más que empeorar el dolor de cabeza de Holliday.

Este cerró de un tirón las pesadas cortinas, ocultando las vistas, y de un par de patadas se quitó los zapatos. Veinte minutos en la cama con los ojos cerrados le sentarían estupendamente. Se dejó caer en la gigantesca cama, y a los pocos segundos de poner la cabeza en la blanda almohada de plumón ya estaba profundamente dormido.

Holliday oyó una leve llamada a la puerta y abrió los ojos. La habitación estaba a oscuras, y por un instante se quedó desorientado. Luego se dio cuenta de que había corrido las cortinas.

—Ya voy —dijo con aire aturdido.

Bostezó, se levantó y fue medio tambaleándose a la puerta. Probablemente sería la monja, que querría echarle un sermón sobre alguna cosa. Volvió a bostezar y abrió la puerta un par de centímetros. Era la hermana Meg. Vestía pantalones vaqueros y una camisa blanca de hombre, aunque se había dejado puesto el idiota pañuelo de cabeza.

—Empezaba a estar preocupada —dijo ella.

—¿Por qué?

—Por usted.

—¿Por qué?

—¿Tiene idea de la hora que es?

Holliday le echó un vistazo al reloj. Las ocho y cuarto; no podía ser.

—¿Las ocho? —Frunció el ceño—. ¿Hora de cenar?

—De desayunar. Las ocho de la mañana. Ha dormido usted casi veinticuatro horas.

—Está de broma.

—No.

Holliday clavó la vista en ella un momento, parpadeando para ahuyentar el sueño.

—Deme unos minutos —masculló.

—Voy a bajar al comedor —dijo ella—. Le pediré café.

—Y un zumo de naranja —añadió Holliday—. Grande.

La boca le sabía como el fondo de una pajarera. Debía de tener un aliento atroz.

La monja asintió, aún con expresión preocupada, y dio media vuelta. Holliday se metió en la *suite* y se dirigió al cuarto de baño, deteniéndose un instante para sacar de la maleta el cepillo y la pasta de dientes. Se echó agua en la cara y empezó a cepillarse los dientes mirándose en el espejo. Si no supiera lo contrario tal vez creería que alguien lo había drogado, pero en el fondo sabía que solo era la edad que se le

echaba encima.

Ya tenía unas cuantas canas en las sienes, y debajo de su único ojo bueno había oscuras ojeras. Todavía no tenía el cuello descolgado, pero las arrugas del rictus en torno a la boca se le marcaban más cada año. No se combatían tantas batallas como había combatido él sin acabar con unas cuantas cicatrices... en el cuerpo y dentro del corazón.

De repente, como en un fugaz destello, le pareció ver la imagen de Helder Rodrigues, el monje portugués, muriéndosele en los brazos bajo la lluvia en aquella diminuta isla de las Azores, y luego pensó en West Point y en las clases que daba allí. Unos años antes se preguntaba si no estaría anquilosándose y, desde luego, estaba harto de estar fuera del campo de batalla; ahora no estaba tan seguro.

Se había marchado del Point hacía casi un año, y había guardado su vida en unas cajas que ahora estaban sepultadas en la taquilla de un trastero alquilado de Nueva York. Pensaba reconstruir la casa de su tío en Fredonia, reducida a cenizas poco después de su muerte, pero al final sintió que la vieja pasión por viajar tiraba de él.

Había pasado parte del tiempo en Inglaterra, aunque casi todo el rato estuvo medio muriéndose de frío en Edimburgo, rebuscando en el Archivo Nacional de Escocia. Había alquilado una habitación en una vieja casa de piedra situada en la cercana Cowgate Street, que regentaba una tal señora McSeveney, aunque no había ni rastro de que allí hubiera vivido nunca un señor McSeveney ni de que este existiese siquiera. La señora McSeveney tenía un hijo llamado Tommy; por desgracia estaba afectado de parálisis cerebral y no salía de la pequeña casa.

Por las noches la señora McSeveney fumaba cigarrillos Players sin filtro, bebía ginebra y veía reposiciones de *Rab C. Nesbitt*, una extraña y siniestra telecomedia escocesa sobre un desempleado que hacía todo lo posible por seguir siéndolo. A menudo Holliday le leía a Tommy en voz alta, por lo general novelas clásicas como *La isla del tesoro* y *El conde de Montecristo*. Tommy apenas podía hablar, pero por el brillo de sus ojos y el tirón de una sonrisa que se le dibujaba en la cara Holliday sabía que estaba totalmente pendiente de sus palabras.

A finales de primavera, mientras trabajaba en el archivo, se topó con la historia de Jean de Saint-Clair y su poco documentado viaje hacia lo desconocido. Sus investigaciones sobre el relato lo llevaron hasta Rosslyn, en Midlothian, lugar de residencia de la familia Saint-Clair durante más de quinientos años, y desde allí fue a parar a Francia. Luego a Praga, ahora a Venecia... y una vez más se encontraba metido en un misterio, y según parecía, en un misterio peligroso.

Terminó de cepillarse los dientes, se puso una camisa limpia y bajó al restaurante del hotel. Localizó a la hermana Meg en una mesa al otro lado de la sala y se sentó con ella. Como le había prometido, en la mesa había una jarra de plata llena de café y una gran copa de zumo de naranja recién exprimido. Holliday tomó un buen trago de zumo, se sirvió una taza de café y se puso cómodo en la butaca.

—Perdone —dijo—. Supongo que estoy haciéndome demasiado viejo para

bajarme de un salto de los barcos turísticos y coger trenes nocturnos a Venecia. Estaba verdaderamente hecho polvo.

—Empezaba a estar un poco preocupada —dijo Meg.

Un camarero se acercó, hizo una pequeña reverencia y les tendió unas inmensas cartas. Había unos diez platos de huevos disponibles. Holliday eligió *asparagi alla Fiorentina* y Meg se conformó con melón francés y yogur.

La comida llegó y empezaron a comer. Las conversaciones en voz baja de unos cuantos clientes servía como difuso y cómodo telón de fondo, como el borboteo de un riachuelo, interrumpido de vez en cuando por alguna esporádica y discreta risa; después de todo aquello era Venecia, no Sioux Falls, Iowa.

—¿Bueno, y qué ha estado tramando mientras yo dormitaba? —preguntó Holliday al tiempo que se zampaba la exquisita comida.

—He explorado el territorio —dijo la hermana Meg, trinchando una rodaja de melón en dados—. He encontrado el archivo. Tardé casi todo el día; esta ciudad no es fanática de los letreros.

Holliday esbozó una sonrisa. Él y Amy habían pasado la mayor parte del tiempo que estuvieron en Venecia perdiéndose. Nunca llegó a hacerse verdadera idea de la ciudad; las calles, estrechas y mal numeradas, y los serpenteantes canales hacían que resultara casi imposible.

—¿Está lejos? —preguntó.

—Kilómetros si se va andando. Más o menos un viaje de diez minutos en uno de esos taxis *vaporetto* que son lanchas motoras. Hay un canal que deja a veinte metros de la entrada principal.

—¿Lo ha comprobado?

Ella asintió.

—Está abierto al público en el horario laboral normal. Al parecer tiene kilómetros de estanterías. Antes era un convento adjunto a la catedral de al lado. Por lo visto está todo informatizado, y si lo que buscamos no está disponible en el documento original, probablemente pueda consultarse en microfilm. Todos con los que hablé hablaban inglés.

—Tiene buena pinta.

Holliday había limpiado el plato rebañando el último resto de la salsa bechamel con medio mollete de la cesta que tenían en la mesa. Estaba claro que a la hermana Meg aquello no le parecía bien. Holliday se sirvió una segunda taza de café y se arrellanó en la butaca, suspirando con aprobación.

—Ahora le toca a usted, coronel. Hábleme de esta familia Zeno que vamos a rastrear.

Holliday le sonrió a la monja con expresión magnánima.

—Hasta que no deje de llamarme coronel, no. Es «Doc», o «John», o «Holliday», o incluso «eh, tú», pero «coronel» no. Ya no. Estoy retirado del servicio activo.

—De acuerdo... Doc.

—Mucho mejor.

—¿Y la familia Zeno?

—Ah, sí, los misteriosos Zeno. Por lo general se los menciona al referirse al mapa del mundo de los hermanos Zeno, que supuestamente fraguaron a finales del siglo XIV. La familia formaba parte de la aristocracia veneciana y tenía la licencia de transporte para llevar a los reyes cristianos a las Cruzadas. Básicamente, les alquilaban barcos a los templarios, que contaban con capitanes y tripulaciones. Hay ciertas dudas sobre su origen; por el apellido sospecho que eran griegos o turcos. Zeno significa «desconocido» o «extranjero»: de ahí viene el término «xenofobia». Siempre ha existido cierta duda sobre la desaparición de la flota templaria, pero no hay ningún misterio; sencillamente, los barcos volvieron a la familia Zeno.

—¿Y el mapa?

—Mucha gente piensa que es una falsificación, aunque no comprendo por qué alguien iba a falsificar un mapa en el siglo XIV. No sería porque intentarían convencer a un rey o a una reina para que enviara una expedición, como Colón y la reina Isabel, por ejemplo.

—¿Cree usted que es una falsificación?

—Sí, aunque no por lo que cree la mayoría. La opinión habitual entre los historiadores es que el mapa es un ridículo engaño. Yo creo que fue un engaño que tramaron más tarde unos templarios para tapar los rumores del auténtico viaje atlántico que realizó Jean de Saint-Clair... John Sinclair, el caballero de la tumba que había en la capilla donde usted y yo nos conocimos. Pura confusión: se pone en marcha una polémica entre historiadores acerca de la validez y procedencia del mapa, y el asunto se detiene ahí y ya no se ahonda más. Es un truco: ocultar una cosa con otra.

»Un mapa así es justo lo que se obtendría si se utilizara una anticuada ballestilla, el instrumento de navegación del que le he hablado: una serie de observaciones que mostraban las distancias escorzadas, basadas en el tiempo invertido en la navegación y sin rastro del tamaño relativo de las masas terrestres. Latitud sin longitud.

—Yo siempre las confundo, como las estalactitas y las estalagmitas.

—Latitud son las líneas que van de arriba a abajo, la longitud va de izquierda a derecha.

—¿Entonces el mapa es auténtico?

—Como si lo fuera. El mayor fallo que la mayoría de la gente da como prueba de que el mapa de Zeno es una falsificación es que los nombres de los lugares están mal y algunas islas sencillamente no existen. Yo creo que los nombres se cambiaron en el mapa de Zeno, y que se mandaron dibujar unas cuantas islas para que pareciese una falsificación.

—Más o menos como una prueba de doble ciego —dijo la hermana Meg, asintiendo.

—Exacto. Tapar la verdad con una mentira bien formulada. ¿Cómo dice aquel

viejo proverbio sobre el diablo? «¿La mayor jugarreta que el diablo ha gastado nunca es convencer a la gente de que no existe?».

—¿Y entonces qué hacemos nosotros?

—La familia Zeno se dedicaba a los negocios en calidad de agentes marítimos desde cien años antes de las Cruzadas, y siguió haciéndolo mucho tiempo después. Llevaban una detallada contabilidad, que estará en los fondos financieros y comerciales del archivo del Estado. De modo que hacemos un poco de trabajo preliminar y descubrimos si entre 1307 y 1314 le alquilaron un barco a un caballero llamado Jean de Saint-Clair.

**E**L Archivo de Estado de Venecia está situado en un antiguo convento agregado a la Basilica de Santa Maria Gloriosa dei Frari, situada al final del canal del Rio di San Polo, que a su vez es un cruce en ángulo recto del Rio della Madonetta que sale del Gran Canal. El archivo, que alberga mil años de historia y ciento cuarenta kilómetros de estanterías, lleva allí casi doscientos años; se constituyó dentro del convento, abandonado poco después de la repentina marcha de Napoleón en 1814. El convento lo formaban dos claustros muy grandes en torno a un patio central, que se han subdividido en docenas de cuartos individuales y pequeños «estudios» de investigación.

Holliday y la hermana Meg cogieron un taxi acuático, una especie de *vaporetto*, en un pequeño muelle del Gran Canal justo casi delante del hotel. Los taxis-*vaporetti* de las películas siempre aparecen como las clásicas motoras de madera de las décadas de 1920 y 1930, pero la realidad es un poco distinta. La mayoría de los taxis acuáticos eran simples botes descubiertos o lanchas de salvamento dotados de motores fueraborda de cincuenta o setenta y cinco caballos, sujetos a la popa. También había *vaporetti* de verdad, «autobuses acuáticos» más grandes que seguían rutas concretas por la ciudad, pero ninguno pasaba cerca siquiera del archivo.

Se sentaron en medio de la barca mientras que el piloto, que llevaba una camiseta de Guns N' Roses y fumaba una apestosa pipa, navegaba tranquilamente hacia el suroeste por el Gran Canal hacia el Palazzo Madonetta, donde giraron para entrar directamente en el mucho más estrecho canal Madonetta. Entonces torcieron en dirección oeste otra vez y se metieron en la muy sucia y muy estrecha agua marrón del Rio di San Polo en dirección al Campanile, o torre, de la Basilica de Santa Maria Gloriosa dei Frari, que los de allí llamaban sencillamente «Frari». Por fin llegaron a la amplia escalera de piedra que servía de muelle; la enorme basílica de ladrillo solo quedaba a unos quince metros de distancia.

Holliday le dio al barquero un billete de diez euros.

—*Aspettare mi?* —dijo el barquero.

—*No, grazie* —dijo Holliday con un gesto negativo.

El piloto del *vaporetto* asintió, se sacó del bolsillo un libro en rústica, se arrellanó en el asiento y se puso a leer y a dar chupadas a la pipa. El título del libro era *Il Giovane Holden*, de J. D. Salinger. Holliday tardó un segundo en pillarlo: era la edición italiana de *El guardián entre el centeno*. Típico de los italianos cambiar un título. Probablemente llamaran *Una Balena Bianca* a *Moby-Dick* para que pareciera cosa de ellos.

Holliday y la hermana Meg cruzaron el *campo* y se metieron por una angosta

bocacalle a la derecha; tras recorrer unos treinta y cinco metros se encontraron en la sencilla entrada de un edificio de estilo neoclásico de cuatro plantas, grande, muy manchado y de aspecto un poco destartado. El tímpano interior del sencillo frontón que tapaba la línea del tejado tenía las palabras «Archivio Di Stato» profundamente talladas en letras romanas clásicas de un metro de alto.

—Aquí debe de ser —dijo Holliday.

Abrieron la sencilla puerta de madera y al entrar encontraron un pequeño vestíbulo acristalado, con un vigilante de uniforme y armado al otro lado. Holliday se fijó en que por la funda de su muy abrigado cinturón Sam Browne asomaba una automática Beretta 93R de aspecto pesado. Era la misma arma que llevaban las fuerzas antiterroristas italianas, y vaciaba su cargador de veinte balas en menos de un segundo; básicamente, era una ametralladora del tamaño de una pistola. El guardia parecía tener unos veinticinco años y estar muy en forma. También tenía una continua expresión de desconfianza en la cara. Por lo visto los venecianos valoraban su historia.

Al cabo de unos segundos la puerta de cristales se abrió. Holliday y la hermana Meg pasaron y el vigilante les hizo señas para que avanzaran cruzando un arco que Holliday supuso que era un detector de metales. Entraron por el arco de seguridad.

—¿Habla usted inglés? —preguntó la hermana Meg.

—Un poco, sí —contestó el guardia haciendo un gesto afirmativo, pero se volvió y, sin decir nada, señaló un gran letrero tamaño cartel que tenía detrás, en la pared, escrito en inglés, donde ponía:

NO CAMERAS, NO SCANNERS,  
NO BRIEFCASES, NO PARCELS,  
NO SMOKING.

«*No problem*», dijo Holliday, y sonrió mientras se preguntaba qué precauciones tomarían contra la gente que entrara con las mil y una marcas de navajas de cerámica que parecían plumas estilográficas, navajas-llavero o navajas-tarjeta de crédito, y con los variadísimos tipos de cúteres de plástico que se fabrican y que no detectaban ni los magnetómetros ni siquiera los rayos X. Cabía suponer que el letrero y su advertencia pretendieran evitar el robo de documentos valiosos en el archivo, pero a Holliday se le ocurrieron sin ningún esfuerzo una docena de formas de sacar cosas a hurtadillas del edificio.

Otro letrero de la pared decía «*Informazioni*» y tenía una flecha apuntando hacia un corto pasillo. Siguiendo la dirección del letrero, llegaron hasta una mujer de aspecto agradable vestida con un conjunto de chaqueta y falda que le daba un aire de azafata de línea aérea. Estaba sentada tras un escritorio sobre el que había un letrero igual que el de la pared, «*Informazioni*», esta vez repetido en varios idiomas, incluido

un único y grande signo de interrogación.

La azafata les lanzó una sonrisa como si estuviera contentísima de verlos.

—¿Qué desean?

Su inglés era perfecto, con un monótono acento a medio camino entre el inglés británico y el norteamericano, probablemente aprendido en una escuela privada suiza de etiqueta para señoritas o en un curso de la Berlitz.

—Buscamos información sobre la familia Zeno —dijo Holliday, intentando emular la sonrisa de la joven—. Eran agentes marítimos en Venecia en los siglos XI y XII, quizá incluso después.

La joven consultó la pantalla de un ordenador que tenía a la derecha y tecleó con suavidad durante unos segundos.

—Consulte en la segunda planta —dijo—. Encontrará varios terminales de trabajo en la sala delantera de lo alto de la escalera. Cuando un terminal de trabajo quede libre pueden empezar su búsqueda. Identifiquen el idioma que quieren utilizar y tecleen «Náutica, Comercio, Genealogía» en el recuadro de búsqueda. Entonces les pedirán el apellido. El número de fondo resultante les dará la localización del fondo en cuestión y les dirá si los documentos están disponibles como obras originales, como facsímiles o si se han pasado a microficha. Uno de nuestros investigadores estará encantado de llevarles la documentación al terminal de trabajo. Cobramos unos honorarios simbólicos por este servicio. Aceptamos casi todas las principales tarjetas de crédito o dinero en metálico. No aceptamos cheques personales.

—¿Cómo de simbólicos son los honorarios? —preguntó la hermana Meg.

—Veinticinco dólares estadounidenses, o diecinueve euros por cada solicitud.

—¿En cuántos idiomas pronuncia usted su pequeño discurso? —preguntó Holliday.

—En nueve —dijo la joven, claramente encantada de que le hubieran preguntado—. Inglés, francés, alemán, español, ruso, polaco, checo, serbio y japonés. En estos momentos estoy con el chino mandarín. Tengo facilidad para los idiomas.

—Ya lo creo que sí —dijo Holliday—. ¿Por dónde vamos para encontrar el camino a la segunda planta?

—Hay una escalera al fondo del pasillo. No hay ascensor, lo siento.

El pasillo era antiguo, enlucido sobre piedra con los anchos tableros de pino del suelo gastados y marcados por el tiempo. Holliday y la hermana Meg caminaron hacia la escalera.

—¿Siempre flirtea usted así? —le preguntó Meg con un tono de censura en la voz.

Holliday pensó en cuándo habría sido la última vez que la monja pelirroja se había reído de un chiste.

—Siempre —contestó Holliday—. Es algo fundamental en mi filosofía de vida.

—¿Tiene usted una filosofía de vida?

—Desde luego —dijo él, y asintió con la cabeza—. Siempre que sea posible, dile

algo agradable a la persona que esté ayudándote. ¿Qué tiene eso de malo?

—Pero solo si quien lo ayuda es una muchacha bonita.

—Me gusta mirar a las mujeres bonitas. —Holliday se encogió de hombros—. ¿Qué tiene eso de malo? No tendrá usted nada en contra de las mujeres bonitas, ya que es una de ellas...

—Es usted insoportable —le espetó la hermana Meg, enojada; la cara se le enrojeció.

Estaba todavía más bonita cuando se ruborizaba.

Holliday sonrió.

Llegaron al final del pasillo y empezaron a subir penosamente un angosto tramo de escalera. Como los suelos, los escalones estaban gastados, en particular en el centro. En cada rellano había una estrecha ventana en forma de arco que daba al patio del claustro de abajo. Era evidente que este disponía de un acceso desde la planta principal, porque había unos cuantos bancos y gente sentada en ellos, fumando, comiendo, bebiendo café o sencillamente mirando a las plantas de los arriates mientras absorbían el moteado sol que se filtraba por entre los árboles.

Llegaron a lo alto de las escaleras y pasaron por un arco a otro pequeño vestíbulo. La luz del sol entraba a raudales por otra ventana en forma de arco. Un joven con camisa blanca y gafas de montura metálica tecleaba frenéticamente en un ordenador. Detrás de él había cuatro terminales de trabajo informáticos, cada uno con su cubículo dividido por una mampara. Holliday pensó que era como estar en la Biblioteca de Georgetown.

Holliday y Meg se acercaron a la mesa, pero el joven siguió escribiendo sin hacerles caso.

—*Mi scusi* —dijo Holliday—, pero ¿puede ayudarnos?

Irritado, el joven alzó la vista un instante y señaló hacia su derecha.

—*La stazione a sinistra* —dijo.

—*Grazie* —dijo Holliday.

El joven volvió a su teclear.

—No es muy amable —dijo Meg mientras se acercaban al cubículo que estaba más a la derecha.

—Oh, bueno —dijo Holliday con un suspiro—. No todos pueden ser muchachas bonitas.

Meg le lanzó una mirada asesina pero no dijo nada; las miradas asesinas parecían ser su expresión más frecuente, como si fuese una profesora de primaria en cuya clase hubiera un constante alboroto.

—¿Alguna vez ha dado clase en una escuela primaria? —preguntó Holliday.

—Poco tiempo, de novicia —contestó la monja—. ¿Por qué lo pregunta?

¡Vaya, vaya!

—Por curiosidad nada más —respondió Holliday con suavidad, al tiempo que se sentaba en una dura silla de plástico ante un ordenador marca Zucchetti.

Siguió las instrucciones que le había dado la políglota señorita de información del piso de abajo, eligió la pequeña bandera del Reino Unido como idioma preferido y empezó a abrirse paso por el sistema.

—¿Encuentra algo? —preguntó la hermana Meg al cabo de unos instantes.

—Eso me temo —dijo Holliday.

—¿Qué?

—Documentos náutico-financieros Zeno: 1150-1605. Quince mil páginas, ciento cincuenta y siete libros mayores.

—Quizá lo desglosaran libro por libro, o año por año —sugirió la hermana Meg.

—¿Entonces debería probar de 1307 a 1314?

—Tiene lógica, ¿no le parece?

—Vamos a intentarlo —dijo Holliday.

Introdujo las fechas oportunas y esperó. Un momento después tenía la respuesta.

—¿Qué dice? —preguntó la hermana Meg.

—Mil ocho páginas y catorce libros mayores. Una gente muy ocupada, estos Zeno. —Holliday suspiró—. Se tardaría una eternidad.

—Sabemos que volvieron en 1314, o al menos la beata Juliana. ¿No habrá una anotación de cuando devolvieron el barco?

—Sabía que había un motivo para tenerla a usted aquí... —dijo Holliday, sonriendo.

—No pienso morder el anzuelo —dijo Meg en tono desdeñoso—. Así que límitese a darse prisa.

Holliday introdujo la fecha.

—Ciento sesenta y cuatro páginas, un libro mayor. Disponible en facsímil.

En el terminal de trabajo había un bolígrafo sujeto a una cadena y un cuaderno de papel borrador. Holliday anotó el número de fondo del libro mayor y se lo llevó al joven de la mesa, que seguía tecleando con frenesí. El joven levantó la vista para mirar a Holliday, volvió a subirse las gafas sobre el caballete de la nariz y frunció el ceño.

—*Cosa c'è?* —dijo, malhumorado.

«¿Qué quiere?».

—Quiero que hagas tu trabajo en lugar de estar ahí con el culo pegado al asiento escribiéndole poesía romántica a tu novia, tío, o a lo mejor es a tu novio —le espetó Holliday empleando su mejor tono vigorizante de West Point.

Luego le dejó caer la tira de papel sobre el teclado.

—*Diciannove euro* —murmuró el joven sin mirarlo a los ojos.

Holliday sacó la cartera y soltó un billete de veinte euros en la mesa.

—*No denaro* —dijo el joven, que recogió rápidamente el dinero con una mano y lo metió en el cajón.

—Quédate el cambio —dijo Holliday.

El joven cerró con llave el cajón con mucho teatro, recogió la tira de papel, abrió

una puerta cerrada que había al otro lado de la sala y salió por ella. Holliday regresó junto a la hermana Meg al terminal de trabajo.

—¿Y ahora qué?

—Ahora esperamos —contestó Holliday.

—¿DÓNDE diablos está? —dijo Holliday, mirando el reloj. Hacía veinticinco minutos que se había marchado el joven de cara avinagrada que estaba en la mesa—. Este sitio es grande, pero no tanto.

—Quizá esté echando un sueñecito en algún lugar —dijo la hermana Meg, que, de pie junto a la ventana, miraba el patio de abajo.

—Más bien fumando un pitillo en algún hueco de escalera. —Gruñó Holliday.

Los huecos de escalera siempre eran los grandes favoritos de los cadetes en el Point... Frunció un poco el ceño, sorprendido de sí mismo. Echaba de menos dar clases, mucho más de lo que había pensado. West Point fue su primer hogar de verdad en muchos años, y ahora aquello se había acabado y él volvía a ser un vagabundo, atormentado por una incurable e inevitable sensación de descontento.

—Quizá debiera usted ir a buscarlo —dijo la hermana Meg—. Póngale un negativo, o lo que quiera que se haga en West Point.

—Parece como si estuviera de su parte —dijo Holliday.

—Ha sido usted malísimo con él.

—Le dije lo que tenía que oír.

—Es muy joven.

—Será igual de aquí a cincuenta años. Le fastidia demasiado el trabajo que tiene que hacer como para hacerlo bien. Se cree que él es mejor que el trabajo. Me juego el cuello a que piensa que su jefe la tiene tomada con él y no lo deja ascender. Él jamás tiene la culpa de nada... Lo he oído un millón de veces. —Holliday meneó la cabeza—. Probablemente sea un director de cine en ciernes, o un novelista que solo aguarda su gran oportunidad.

En ese momento se abrió la puerta del fondo de la sala y el muchacho volvió a aparecer, cargando con trabajo un enorme estuche de cartón. Acercó la pesada caja al terminal de trabajo y la soltó con ganas sobre la mesa.

—*Mi dispiace, Signor* —se disculpó el auxiliar de archivero; su expresión fría y antipática no se correspondía con las palabras que salían de su boca.

Holliday se encogió de hombros.

—*Per me va bene* —respondió.

Le pasó al joven otra tira de papel, esta con el número del siguiente fondo de la serie. Después sacó la cartera y le dio otro billete de veinte euros.

—*Mi dispiace* —le dijo—. *Realmente.*

La expresión de Holliday era un modelo de sinceridad.

El joven miró el billete de veinte euros, miró a Holliday y dio la impresión de estar a punto de decir algo, pero se lo pensó mejor. Tal vez a los ojos del muchacho

Holliday pareciera un viejo canoso, pero era un viejo canoso que medía uno noventa descalzo y aún hacía cien flexiones con un SOLO brazo sin pestañear y sin problemas. Por no hablar del parche un poco amedrentador que llevaba sobre el ojo estropeado. Prudentemente, el chaval no dijo ni pío. Dio media vuelta y volvió a salir por la puerta del otro lado de la sala.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó la hermana Meg—. El muchacho parecía furioso.

—Lo he mandado traer el siguiente libro mayor de la serie —le explicó Holliday—. El de 1315.

—¡Es una crueldad! —dijo la monja, enfadada—. ¡Solo está castigándolo!

—¡Esto no tiene nada que ver con un castigo! —gritó Holliday, molesto—. Después de que ese pequeño imbécil se largara la primera vez, caí en la cuenta de que era probable que allá por entonces utilizaran el calendario juliano. El calendario gregoriano se instauró en Venecia durante el siglo XVI, no se sabe exactamente cuándo. En el año 1315 las fechas ya no iban nada bien: la Navidad sería por el mes de febrero. Su beata Juliana, o comoquiera que se llamase, no volvió hasta finales de año, así que tal vez aparezca en el libro mayor como 1315, no 1314. De manera que sí que tenemos que verlo de verdad.

La monja lo miró, enfadada aún, pero no dijo nada. Se reunió con Holliday en el terminal de trabajo cuando él sacaba del estuche el facsímil del libro mayor. A diferencia de un libro de contabilidad habitual, cada asiento estaba escrito a mano en la página entera, empezando por el número de operación y la fecha del asiento; después venía el nombre de la persona que hacía el asiento, el nombre de la persona a quien se refería el asiento, el nombre y lugar de destino del buque en cuestión y, por último, la suma pagada y la fecha de regreso prevista.

El nombre del arrendatario, el del arrendador, el del barco y las fechas estaban subrayados. En realidad, cada asiento era un párrafo más corto o más largo según la complejidad de la transacción. Un modo extraño de hacer las cosas, aunque bastante eficaz. Repartidas por los asientos había anotaciones en hileras separadas, correspondientes a la devolución de los buques y la disposición final de pagos. La última anotación de la última página del facsímil era una de estas. La caligrafía era arcaica y el italiano estaba poco claro, pero gracias al dominio del latín de Holliday resultó comprensible. Decía:

«13 de diciembre de 1314. Giorgio Zeno. Vista en Gibraltar, la Barca Santa Maria Maggiore, alquilada al Cavaliere Jean de St. Clair, en ruta desde St. Michael's Mount».

—¿Cree que se refieren al Mont Saint-Michel? —preguntó la hermana Meg, leyendo por encima del hombro de Holliday.

—¿Por qué traducirían el nombre al inglés? La anotación está en italiano —dijo Holliday.

—¿De modo que se detuvo en el St. Michael's Mount de Cornualles cuando

volvían? —dijo la hermana Meg.

—Por lo visto —dijo Holliday—. Tal vez fuera un punto de escala en la etapa de ida también.

—¿Por qué iba a ser así? —preguntó la hermana Meg—. Jean de Saint-Clair era francés.

—Por entonces no se tenía nada claro lo que era Francia y lo que era Inglaterra —le explicó Holliday—. Leonor de Aquitania no hablaba ni una palabra de inglés pero fue la madre de Ricardo Corazón de León. Bretaña y Aquitania eran posesiones británicas en Francia. Saint-Clair muy bien pudo ser inglés y tener una alianza previa con el Mount St. Michael en lugar de con el Mont Saint-Michel. No hay forma de saberlo sin ir allí.

—Entonces no tenemos por qué ver el siguiente libro mayor —dijo la hermana Meg.

—Me gustaría verlo de todos modos —dijo Holliday—. El primer asiento a lo mejor tiene más información que nos sea útil.

Esperaron casi una hora y aún no había ni rastro del joven.

—Esto es ridículo —dijo Holliday echando chispas.

—Lo ha mandado a hacer una búsqueda inútil, y él lo sabe —dijo la hermana Meg.

—Búsqueda inútil o no, debe hacer su trabajo —respondió Holliday en tono obstinado.

Pasados otros veinticinco minutos, el joven seguía sin presentarse.

—Quizá debiéramos irnos sin más —propuso la hermana Meg.

—No hasta que yo no vea ese libro mayor —contestó Holliday—. He pagado para verlo.

Miró el reloj. Era más de mediodía.

—Tiene que haber otra forma de salir de aquí. Quizá se haya ido a almorzar —dijo Meg.

—Pues cogeré el condenado libro mayor yo mismo —dijo Holliday.

Toqueteó el ordenador, volvió a encontrar el número que buscaba y lo anotó. Después se puso de pie y se dirigió hacia la puerta que llevaba a las estanterías del archivo. La hermana Meg fue detrás.

—Nadie la obliga a venir —le dijo Holliday con brusquedad—. Si veo a ese rufiancillo le retorceré el canijo pescuezo yo solo.

—Precisamente por eso me apunto —contestó la monja.

—Como quiera —dijo Holliday.

Abrió la puerta de un tirón y entró. La hermana Meg fue pisándole los talones.

Pasada la entrada, el largo claustro era un laberinto de expositores que llegaban hasta el techo, llenos de documentos y papeles; algunos sueltos y otros en carpetas de estuche. Otros fondos estaban metidos en cajas y cajones de embalaje, unos de plástico, otros de madera y otros de cartón. En cuanto a las baldas, estaban hechas de

madera o acero y tenían distintas longitudes, y de vez en cuando se creaban pequeñas callejuelas por entre las estanterías como si fuesen los callejones sin salida de un laberinto de jardín.

También había diversos pasillos; algunos terminaban de forma abrupta y otros parecían no tener fin. Daba la impresión de que allí no se seguía ningún criterio de ordenación: los códigos de una sección de estantes parecían ser alfabéticos, mientras que la siguiente estantería se dividía numéricamente, o incluso por fecha o con una versión italiana de la clasificación decimal de Dewey.

—Esto es una chifladura —dijo Holliday—. Y yo creía que el sistema de la British Library era una pesadilla... Esto sí que es demencial de verdad.

—Es difícil de entender —convino la hermana Meg.

—Parece como si hubiera elementos de todas las etapas de la existencia del archivo, las cosas que se usaban en cada momento. No tiene sentido ninguno.

—Exactamente igual que la política italiana, por lo que tengo entendido —dijo la hermana Meg.

—No se aleje demasiado —le advirtió Holliday—. Sería como perderse al caer por la madriguera de *Alicia en el País de las Maravillas*.

El comentario hizo sonreír a la hermana Meg, que dijo:

—«¡Oh, por mis orejas y mis bigotes, pero qué tarde es!».

—¿Cómo? —preguntó Holliday.

—Es de *Alicia en el País de las Maravillas* —explicó ella—. El Conejo Blanco que conduce a Alicia por la madriguera.

—En realidad no lo he leído —confesó Holliday—. Lo vi en el televisor de mis amigos los gemelos Corbett cuando tenía siete u ocho años. Tenían el único televisor del barrio, y en colores además; un RCA de veintiuna pulgadas, modelo Aldrich. A Teddy le encantaba *Alicia*, Artie no la soportaba. Eran así en todo. La única otra cosa que recuerdo es la canción de los Jefferson Airplane: *Feed your head* y todo lo demás.

—Debería darle vergüenza —lo reprendió la hermana Meg—. Es un clásico de la literatura.

Holliday juntó las manos delante de él, inclinó la cabeza y, en tono monótono, recitó en latín la apología *Confiteor* entera, con su «*mea culpa*» y todo.

—Impresionante —dijo la hermana Meg—. Y en latín nada menos... —Hizo una breve pausa—. Aunque le ha faltado un poquito de sinceridad.

—Fui monaguillo. ¿Alguna vez ha conocido a un monaguillo al que le gustara que el sacerdote le diese un mamporro cuando la pifiaba al decir su parte?

—Su experiencia con la Iglesia no fue de las mejores, ¿verdad?

—Monjas que lo golpeaban a uno, sacerdotes que lo golpeaban a uno y a veces algo peor; diversos papas que te decían que se te pudrirían los genitales si tenías relaciones prematrimoniales o te masturbabas; ir a confesarse para que unos viejos con tendencias voyeuristas escucharan tus pensamientos más íntimos... Y para

completar el cuadro, los martes por la noche a las ocho verse obligado a ver al obispo Sheen en lugar de a Milton Berle. Sí, podría decirse que mi experiencia con la Iglesia fue bastante desastrosa.

—Nada más contrario a la Iglesia que un católico no practicante —dijo la monja dando un suspiro.

—El ser católico no practicante no tiene nada que ver. —Gruñó Holliday—. No me gusta ninguna religión que crea que es la única palabra verdadera de Dios. Católica, musulmana, judía y evangélica por igual. —Meneó la cabeza—. Además, este no es momento para un debate teológico. Vamos a buscar a ese majaderillo y a salir de aquí.

Lo encontraron en la estantería N 24 bajo un rótulo que colgaba del techo y donde ponía sencillamente: «NAVI-BARCOS». Estaba de rodillas, sentado sobre los talones, ante la balda inferior de la estantería Z 21 mirando un libro mayor que había colocado en el suelo, con el estuche cuidadosamente puesto a un lado. Las gafas se le habían escurrido por la nariz. Si no fuera por el reguero de sangre que le goteaba sin parar de la oreja derecha hasta caer en el libro, todo habría parecido bastante normal.

Al lado de Holliday, la hermana Meg hizo un discreto ruidito en el fondo de la garganta. Cuando habló tenía lágrimas en la voz.

—¡Pobre muchacho! —susurró—. ¿Una hemorragia cerebral?

—Un alfiler de sombrero —respondió Holliday; no era la primera vez que veía una herida así. En la otra ocasión la oreja pertenecía a un contrabandista de oro llamado Valador—. De plástico, de modo que pasa por los detectores de metal de los aeropuertos. Ella lo inserta presionando en el oído medio, y luego por el hueso temporal hasta el cerebro a través del canal interno del nervio auditivo. —Se agachó para ver mejor—. Por lo visto hace falta muchísima habilidad.

—«¿Ella?» —dijo la hermana Meg.

—Se llama Daniella Kay, y es la cónyuge canadiense de un asesino a sueldo checo llamado Antonin Peseck. Son un equipo de marido y mujer.

—¿Han asesinado al muchacho?

Holliday metió la mano por dentro del cuello abierto de la camisa del joven y apoyó la palma en la piel a la altura del corazón. Aún estaba caliente al tacto. Sacó la mano, obligándose a no alargar el brazo para cerrar los ojos del chaval, llenos de espanto y aún brillantes. El empañamiento y encogimiento de los globos oculares ni siquiera había comenzado todavía.

—Lo han asesinado, y no hace demasiado tiempo. Diez minutos, tal vez quince.

La hermana Meg no se movió; atónita, tenía la vista clavada en el arrodillado cadáver.

—¿Por qué querría nadie matar a un empleado del archivo?

Holliday se inclinó hacia delante para mirar el libro mayor que estaba en el suelo. La sangre se había juntado en una masa pegajosa en el centro de la página, manchando la letra de trazos largos y finos del facsímil, pero aun así era bastante fácil

ver el mellado desgarrón que bajaba por el lomo.

—Alguien ha arrancado una página —dijo, y se levantó.

—¿Lo han matado por el asiento de un libro mayor?

—Es más o menos la tercera o cuarta página del siguiente libro de los Zeno —dijo Holliday—. Casi seguro que es el asiento correspondiente al regreso del *Santa Maria Maggiore* a Venecia.

—¿Alguien sabe lo que estamos investigando?

—Alguien no. Los Peseck. Se han cargado al chaval porque estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado, pero a ellos los ha contratado alguien para matarnos a nosotros. Nosotros somos el objetivo.

—Tenemos que decírselo a la Policía.

—Ni hablar, hermana. Nos quedaríamos empantanados días, tal vez semanas si llamamos a la poli. Por lo general siguen el camino más fácil en una investigación, y eso significa nosotros. Tenemos que volver al terminal de trabajo, limpiarlo de huellas digitales y luego encontrar una puerta trasera para salir de aquí y un taxi que nos lleve al aeropuerto. Cuando encuentren a este chaval va a armarse la gorda, y bien. Quiero que estemos en un avión hacia Londres antes del anochecer.

SU salida del edificio no pasó precisamente desapercibida, y menos aún su llegada al aeropuerto. Al final, en un lejano rincón del gran claustro del convento lleno de recovecos, Holliday y la monja encontraron lo que debía de ser una de las primitivas escaleras, tortuosa y angosta. No hacía mucho que alguien había movido el polvo de los gastados escalones de piedra. Una mujer que llevaba zapatos de tacón bajo; en el polvo Holliday vio claramente el contorno del cuadrado tacón y el óvalo puntiagudo de la suela. Las marcas de pisadas iban y venían. Ella se había marchado por el mismo lugar por donde entró.

A Holliday no le costó ningún trabajo imaginarse la escena: un joven ve a una mujer guapa donde no debiera estar, pero no se enfada porque tiene una sonrisa muy simpática. Ella no tarda mucho en acercársele lo suficiente. Hablan un momento, vigilando el libro mayor que él había sacado antes de la balda.

Daniella Kay coquetearía sin piedad. Eso se le daba bien: era hipnótica como una serpiente. El joven apenas se daría cuenta de que, con sigilo, se quitaba del cabello el mortal prendedor de plástico, y para entonces ya era demasiado tarde. Moriría de forma casi instantánea; el prendedor le ensartó el cerebro mientras él tenía la cabeza llena de esas magníficas fantasías de mujeres mayores que solo creen los jóvenes.

Holliday y la monja llegaron al pie de la estrecha escalera de caracol. Terminaba en un diminuto hueco polvoriento y en una puerta que estaba claro que alguien había forzado hacía poco; alrededor del cerrojo la vieja madera estaba astillada y blanca. Al asomarse por la entrada se encontraron en un descuidado jardincillo que había entre la tapia del claustro y el edificio de al lado.

—¿Por dónde? —preguntó la hermana Meg.

Hacia la izquierda, entre los árboles, Holliday vio el final de un *ramo*, uno de los brazos del canal. A la derecha un camino conducía a la explanada que rodeaba la iglesia de San Rocco. Cualquiera de los dos caminos era peligroso; la ruta por agua suponía estar atrapados en una lancha motora que pilotaría otra persona, y atravesar la plaza de San Rocco suponía verse entre un montón de personas.

—Por aquí —dijo Holliday, al tiempo que agarraba a la hermana Meg del brazo y la guiaba por el camino de la explanada. Si los Peseck estaban esperándolos, en medio de una multitud tendrían más posibilidades de escaparse. De pronto frunció el ceño. Claro que si se encendía la señal de alarma con lo del archivero asesinado, las plazas de San Rocco y de los Frari serían el primer lugar donde buscaran los polis. Estaba bastante seguro de que el guardia de servicio a la entrada del archivo los reconocería, y también los reconocería la muchacha que sabía tantos idiomas—. Tenemos que alejarnos cuanto podamos en el menor tiempo posible.

Siguieron el camino por entre los altos y corpulentos plátanos y por fin salieron a la pequeña explanada. La iglesia que le daba nombre quedaba a la derecha junto con la Scuola di San Rocco, que estaba a su lado; en tiempos había sido una fraternidad religiosa particular y ahora era un edificio municipal, célebre por sus cuadros de Tintoretto. A la izquierda tenían la trasera del imponente edificio de ladrillo de los Frari. La única salida estaba delante, justo al otro lado de la plaza y al final de una estrecha calle, donde un barco turístico cargaba pasajeros al pie de una escalera de piedra.

—Diríjase hacia el barco turístico —dijo Holliday, estirando el cuello para mirar el gentío de la plaza.

Una innegable sensación de peligro inminente hizo sonar un timbre de alarma en su cabeza; estaban observándolos. Cuando salieron al *campo*, pulcramente enlosado, Holliday alzó la vista con gesto atento para comprobar si había ventanas abiertas o posiciones en los tejados donde pudiera apostarse un francotirador.

La ruta de escape por aquel espacio abierto relativamente pequeño le recordó a Matar Baghdad Ad-Dawli, la carretera del aeropuerto de Bagdad, en su día un paseo de ocho carriles y ruta procesional que discurría entre hoteles de lujo y torres de pisos. La guerra había cambiado todo aquello. Ahora era un territorio sembrado de peligros, por el que se pasaba conteniendo la respiración y rezando para que un artefacto explosivo improvisado no lo volara a uno en pedazos, o para que alguien oculto en las sombras con un odio visceral hacia los norteamericanos y un lanzacohetes antitanque de fabricación rusa no lo convirtiera a uno en su objetivo.

Allí el peligro era mirar demasiado lejos en la carretera y perder la concentración. En Bagdad la muerte estaba siempre en los detalles, y ahora Holliday tenía aquella misma sensación que le ponía la piel de gallina.

Apenas habían dado cinco pasos en la plaza cuando el cielo se abrió en lo alto y empezó a llover: un repentino aguacero que pareció coger desprevenido a todo el mundo. Holliday exhaló un suspiro de alivio. Agarrando el brazo de la hermana Meg más fuerte todavía, la instó a avanzar y atravesó el diluvio con los ojos entornados.

—¡Corra! —le dijo en tono tenso al oído; la lluvia era una excusa perfecta.

Procuró no apartarse de los demás grupos de turistas que corrían para ponerse a cubierto; si los Peseck estaban por allí observando, quería presentar el blanco más pequeño posible.

Llegaron al otro lado del *campo*, empapados pero ilesos, y siguieron andando por la calle hacia el canal. Fueron los últimos en subir a bordo del barco turístico, cubierto con una marquesina. De ella colgaba, marchito, un gran cartel de plástico en el que se leía: «Crucero anual de trabajadores auxiliares del Hospital italo-americano de Brooklyn».

—*Biglietto, per favore* —dijo un hombre de aspecto cansado que llevaba una gorra de oficial muy vieja, con un ancla dorada cosida a la arrugada y manchada visera.

—Eh..., nos los hemos dejado en el hotel —dijo Holliday entre dientes—. ¿Albergo, hotel? ¿Entiende lo que digo? *Capisci quello que sto dicendo?*

El hombre de la gorra de marinero se encogió de hombros.

—*Quarantasette euro* —dijo—. *Per uno.*

Holliday tardó un segundo, pero por fin lo dedujo. Cuarenta y siete euros cada uno. Rebuscó en la cartera y sacó dos billetes de cincuenta euros que le pasó al cansado marinero.

—*Tenete il resto* —dijo, esperando haber acertado.

El hombre bajó la vista hacia los dos billetes y miró a Holliday.

—*Grazie* —dijo en tono de amarga queja; estaba claro que no se había quedado impresionado con lo que consideraba una propina irrisoria.

Con aire de cansancio, el hombre recogió la pequeña pasarela, cerró de un portazo la puerta de embarque y tocó un silbato de contramaestre a unos treinta centímetros de la oreja de Holliday. El agudo pitido rompía los tímpanos. Segundos después sonó una retumbante tos en la parte posterior del gran barco festivo parecido a una barcaza, y empezaron a alejarse pesadamente del muelle de piedra. El revisor de la gorra de marinero se sentó en un taburete y encendió un cigarrillo. Luego se echó hacia atrás y clavó la vista en la marquesina de lona a rayas que tenía a un par de metros por encima. En la parte delantera del barco turístico alguien empezó a hablar de modo incoherente por un megáfono. La lluvia tamborileaba fuerte en la marquesina. La gente se apiñaba en la cubierta charlando tranquilamente bajo la lluvia, tomando a sorbos bebidas de cortesía adornadas con paraguas y comiendo canapés reventados de los que había en una mesa delante de donde se encontraban Holliday y la monja.

—¿Adónde vamos? —preguntó la hermana Meg.

—Lejos de aquí, eso es todo lo que importa —contestó Holliday.

Su sentido de la orientación desapareció por completo cuando el barco atravesó cansinamente la lluvia torrencial siguiendo el estrecho canal. Era tan ancho que obligó a que le cedieran el paso varios empapados gondoleros de camisa a rayas; las esbeltas y elegantes naves casi los rozaban, y luego se quedaban balanceándose mucho en la estela del barco turístico. Holliday tenía la absoluta certeza de que aquella embarcación de casco plano no tenía derecho a estar en una vía tan estrecha, pero no tenía la mínima intención de protestar. En la plaza de San Rocco había habido peligro, estaba seguro, y solo la buena suerte los había salvado.

Después de pasarse media vida metido en situaciones críticas, Holliday sabía muchísimo sobre la suerte, la buena y la mala... y sabía que ninguna de las dos duraba. Lo único seguro era que la aguja nunca estaba quieta; el truco estaba en saber la diferencia entre la subida y la bajada. Los Peseck eran profesionales de primer orden; si su contrato los incluía a él y a la monja pelirroja que estaba a su lado, la pareja de asesinos sería implacable. El mayor problema era que los había visto una sola vez, una fugaz visión al otro lado de una oscura calzada de Le Suquet: un montón de estrechas y serpenteantes calles de la parte vieja de Cannes, en la zona

oeste de la famosa dársena de yates. Recordaba vagamente a Antonin Peseck como un hombre bien vestido de perilla canosa arreglada con esmero, y a Daniella como una mujer guapa de unos cincuenta y tantos años con ese pavoneo al andar, ligeramente aristocrático, de la mujer que monta a caballo. Dudaba de que fuera a reconocer a ninguno de los dos aunque estuvieran justo a su lado.

El barco turístico redujo la marcha al tiempo que salía dando media vuelta al ancho curso del Gran Canal, e incluso bajo la lluvia Holliday se orientó enseguida; se dirigían hacia el este y un poco hacia el norte, un rumbo que los llevaría hasta el puente del Rialto y el hotel. Estuvo tentado de sobornar al de la gorra de marinero para que los dejara en el muelle que había al lado del puente, pero se lo pensó mejor y no dijo una palabra; en el hotel no tenían nada imprescindible, y además, casi seguro que quien estaba siguiéndoles la pista lo tendría vigilado.

Esa era la pregunta del día: ¿quién les pisaba los talones y por qué? Los Peseck no mataban gente sencillamente porque sí; alguien los pagaba. Holliday seguía la pista de un oscuro caballero templario que utilizaba un instrumento de navegación todavía más oscuro; aquello tal vez echase abajo un chiringuito histórico o dos, pero no era nada trascendental. Por su parte, la hermana Meg estaba rellenando los huecos de la vida de la superiora de un convento checo relativamente oscuro de monjas irlandesas; no eran precisamente las historias de James Bond y Jason Bourne.

Al principio Holliday había pensado en el Servicio Secreto vaticano, Sodalitium Pianum, pero eso tampoco tenía sentido. Estaba claro que el tipo calvo de Praga era un investigador a sueldo y los Peseck eran mercenarios también, y como Holliday sabía por propia experiencia, el Vaticano tenía muchos asesinos propios. En algún lugar de las vidas de dos amantes que llevaban muertos cuatrocientos años había una respuesta.

El barco turístico y sus juerguistas pasajeros, que a esas alturas estaban como una cuba, giraron de nuevo, esta vez hacia la derecha, y entraron en un canal más estrecho que discurría a lo largo de la elegante fachada de un enorme y antiguo *palazzo*, con los cimientos, medio sumergidos, manchados de un desmigajado y putrefacto color marrón por las aguas residuales que había en el canal y por mil años de dobles fluctuaciones diarias de la marea.

La hermana Meg le tiró del brazo.

—¿Qué?

—Acabo de oír por casualidad una conversación; sé adónde vamos.

—¿Adónde?

—A un lugar que se llama la Isola di San Michele. Es la tercera referencia a san Miguel que se nos presenta.

—Tal vez sea un presagio —dijo Holliday, y sonrió.

—Está tomándome el pelo —dijo la monja, al tiempo que se le subían los colores a las mejillas.

—Estoy haciendo una broma —dijo Holliday, exasperado.

—A mi costa.

—No sea tan susceptible —dijo Holliday—. No tenemos tiempo para eso. Hay un chaval muerto allá atrás con un agujero en la cabeza, ¿se acuerda?

La hermana Meg se quedó callada. En lo alto, el tamborileo de la lluvia en la marquesina de lona fue disminuyendo hasta que se detuvo del todo. Tan rápido como había llegado, la tormenta desapareció y las nubes retrocedieron, dejando pasar anchos y sesgados rayos de sol. A la izquierda el canal se ensanchaba considerablemente y apareció un bosque de mástiles: un gran puerto deportivo y, más allá, la inesperada curva del canal de navegación de Venecia, entre las islas del archipiélago y la tierra firme.

—*Sacca della Misericordia* —dijo el cansado hombre de la gorra de marinero, aún derrumbado en el taburete.

—*Sacca...* —dijo Holliday—. ¿Qué diablos es una *sacca*, una especie de bolsa? Esto no tiene ningún sentido.

—Creo que es una ensenada —dijo la hermana Meg—. La ensenada de la Virgen protectora.

El de la gorra señaló una isla que tenían a la derecha, a unos ochocientos metros en el amplio canal de navegación.

—*Isola di San Michele, una isola dei morti.*

Holliday entornó los ojos. La isla parecía casi artificial; la rodeaba un muro con torres en las esquinas. ¿Era una cárcel?

—*Cimitero di Napoleone* —explicó el guía turístico.

—Es un cementerio —dijo Holliday—. Vamos a hacer una visita turística a un cementerio.

**E**N cierto momento de su historia la Isola di San Michele era, en realidad, dos islas divididas por un canal. Durante la breve ocupación de Venecia por parte de Napoleón este decretó, con muy buen criterio, que los camposantos de tierra firme eran insalubres; sin duda alguna sus pantanosos «vapores» eran la causa de la constante sucesión de epidemias de cólera y peste que asolaban con regularidad la diminuta república de la orilla del Adriático. Si había algo que se le daba bien a Napoleón eran los cementerios. Había mandado trasladar docenas de cementerios locales durante la reconstrucción del París imperial, e hizo lo mismo en Venecia.

Millares de cuerpos fueron exhumados, metidos en cajas-osario y llevados a las islas. El canal se rellenó para convertir las dos islas en una sola, y luego se construyó un muro alrededor de todo el recinto.

Al cabo de unos pocos años los entierros nuevos tenían precedencia sobre los antiguos, y unas góndolas funerarias especiales surcaban las aguas entre la ciudad y la isla con la regularidad de una ruta de autobús. El muy cuidado camposanto napoleónico parecido a un jardín, con sus parques, sus hileras de altos árboles y sus estatuas, se convirtió en un atestado arrabal de lápidas y monumentos que oscilaban entre lo sencillo y liso y lo recargadamente vulgar.

Con el tiempo la «isla de los muertos» alcanzó cierta distinción romántica y llegó a ser el destino definitivo de un amplio abanico de personajes famosos e infames, como el exiliado poeta ruso Joseph Brodsky o Ezra Pound, el exiliado poeta norteamericano, el compositor Igor Stravinsky o Sergéi Pavlovich Diághilev, el empresario de espectáculos de baile y fundador de los Ballets Rusos. Hoy día, a poco más de doscientos años de su nacimiento, por lo visto la isla se había convertido en una atracción turística.

El barco dio la vuelta poco a poco hasta llegar al lado izquierdo de la isla y a un pequeño embarcadero. Con un sol radiante brillando en el cielo cada vez más despejado, los pasajeros, obedientes, salieron con trabajo de la barcaza y pasaron por una puerta del muro que daba al cementerio.

—¿Y ahora qué? —preguntó la hermana Meg.

—Tenemos que llegar a tierra firme —dijo Holliday, al tiempo que seguían a unos rezagados por un ancho camino de grava.

El cementerio estaba subdividido en enormes y pulcras manzanas, y cada manzana estaba atestada de centenares de lápidas, nuevas y viejas. A juzgar por las apariencias, solo había unos cuantos dolientes de verdad; el resto eran turistas que hacían fotografías y miraban con atención las inscripciones.

—Creo que la visita vuelve a la ciudad cuando terminemos aquí. He oído que la

gente hablaba de llegar al hotel a tiempo para la cena.

—Debe de haber otra forma de salir de la isla —dijo Holliday—. Casi seguro que han encontrado al chaval ya.

—Daba la impresión de que, siguiendo el muro, había otro pequeño muelle más adelante —insinuó Meg—. A lo mejor encontramos a alguien que nos alquile una barca o algo así.

El camino por el que iban terminaba en la fachada de San Michele in Isola, una iglesia del Renacimiento temprano encajada en un rincón de la isla. Pegado a un lado de la iglesia había un claustro de ladrillo rojo. Unos monjes franciscanos con sandalias y túnicas oscuras se ocupaban de los arriates que rodeaban la iglesia. «Más franciscanos», pensó Holliday; «los homólogos masculinos de las hermanas Pobres de Santa Clara del convento de Santa Inés de Praga». ¿Sería una conjura franciscana? En la escala paranoica de la conspiración religiosa aquello ocuparía un lugar bien alto, junto con *El código Da Vinci*. El Vaticano tal vez fuera un semillero de conspiraciones, pero siempre, e inevitablemente, todas tenían que ver con el dinero.

Se quitó de encima la idea y buscó un camino que rodeara la iglesia. En la otra esquina, en el muro de ladrillo del cementerio, encontraron una sencilla puerta de madera. Comprobando si miraba alguien, Holliday tiró con cuidado del cerrojo. La puerta se abrió con un chirrido de oxidados goznes. Justo pasada la entrada, Holliday percibió un fuerte olor a madera y algas podridas.

—Vamos —dijo, y entró.

Se encontraron en un estrecho rompeolas. Lo único que había entre ellos y las oscuras aguas del canal de navegación era una hilera de vigas alquitranadas que formaban una barrera artificial contra la erosión.

A la derecha tenían la fachada trasera de la iglesia y a la izquierda, un pequeño cobertizo de ladrillo para barcas. Delante del cobertizo había un viejo y pequeño yate de motor que casi parecía de fabricación casera: planchas de madera contrachapada, pintada de un rotundo tono aguamarina, para el achaparrado casco, y más contrachapado pintado para una sencilla camareta alta.

La embarcación de aspecto cascado tenía un gran motor fueraborda Mercedes sujeto con abrazaderas a la frágil popa. Aquella lancha tenía una potencia desmesurada. Un motor de aquel tamaño a toda velocidad se arrancaría él solo de la popa. El nombre pintado identificaba la destartada lancha como el *Casanova III*, y su puerto de origen como Venecia. Desperdigadas por el tejado de la camareta alta había media docena de largas cañas de pescar, y la propia cubierta de popa estaba abarrotada de más material de pesca, la mayoría manifiestamente desatendido durante mucho tiempo. Había un timón de madera de cinco radios colocado en el mamparo del camarote y un juego de mandos atornillado a la borda de babor. Una estrecha puerta daba a un pequeño camarote-almacén.

—Nuestro carruaje está listo —dijo Holliday.

—¿Dónde está el dueño? —preguntó Meg—. No podemos robarlo sin más... —

Hizo una breve pausa—. ¿Verdad?

—No pienso mirarle el diente a un caballo regalado —dijo Holliday.

Fue rápidamente por el estrecho malecón y saltó a la lancha. A proa y a popa, sendos cabos estaban enlazados alrededor de unas argollas de hierro fundido que había en las ennegrecidas vigas, del tamaño de traviesas de ferrocarril.

—Suelte los cables —dijo Holliday.

Meg no vaciló. Desató los dos cabos, los lanzó a bordo y se montó en bañera también. Mientras que Holliday calculaba cómo poner en marcha el *Casanova*, ella cogió un largo bichero y apartó la barca del rompeolas de madera.

Holliday examinó los rudimentarios mandos. Había un solo acelerador conectado al motor fueraborda mediante un cable. El interruptor de arranque parecía proceder de un coche viejo, pero en lugar de llave tenía un destornillador Phillips de mango amarillo metido en el mecanismo. «Era increíble que no hubieran robado la lancha mucho antes», pensó Holliday.

Hizo girar el destornillador. Del motor salieron un gemido y unas toses previos, y luego se encendió; el fuerte sonido del gran motor fueraborda hizo añicos la melancólica tranquilidad y el silencio de la iglesia y el cementerio que estaban detrás.

Holliday adelantó el acelerador un poco y giró el timón para salir de la isla. Justo delante de ellos estaba la isla de Murano, mucho más grande. Hacia el lado de babor vio la línea oscura del puente del ferrocarril que conecta Venecia con la tierra firme.

Cerró el ojo un instante, intentando recordar el sencillo mapa que había visto allí en el hotel. Al otro lado de Murano estaban el mar abierto y el aeropuerto Marco Polo. Veinte minutos cruzando la bahía y tendrían la victoria asegurada. Holliday empujó el acelerador un poco más adelante y la vieja y muy deteriorada lancha empezó a rebotar sobre las pequeñas olas; la cubierta que tenía bajo los pies era tan saltarina como una cama elástica.

De niño, a menudo iba a pescar con su tío Henry a Canadaway Creek, a unos cuantos kilómetros del lago Erie hacia el interior, al norte del estado de Nueva York. De vez en cuando, solo por gusto, su tío bajaba el bote de remos de casco plano al lago y dejaba que el pequeño y rezongante motor de veinticinco caballos fuera a todo gas. Entonces volaban por el lago, saltando como una piedra por el agua, mientras el casco de la barca vibraba con violencia y brincaba exactamente igual que hacía el *Casanova* ahora. Al recordar a su tío Holliday lo echó de menos, y soltó un grito de placer en memoria suya mientras cruzaban retumbando la bahía; tenían la suerte de cara una vez más.

«Era increíble que no hubieran robado la lancha mucho antes».

De repente a Holliday se le representó la imagen, clarísima, de la escena de la ducha de *Psicosis*. Había tenido pesadillas recurrentes durante semanas después de verla una tarde, mientras hacía novillos de la Escuela Parroquial de los Christian Brothers.

Durante un tiempo incluso había creído a su confesor, quien le dijo que las

pesadillas eran un justo castigo divino por el pecado de hacer novillos.

El destornillador en el encendido...

Al *Casanova III* sí que lo habían robado.

—Ay, mierda —gimió Holliday, al relacionar las dos cosas.

Se le erizaron los vellos del cogote en señal de advertencia, y eso le dio una fracción de segundo de ventaja cuando la endeble puerta del camarote estalló hacia fuera y Antonin Peseck se abalanzó por el hueco; en la mano llevaba una oscura y plana pistola automática ya levantada.

Instintivamente, Holliday le dio toda la vuelta al timón, y la lancha de casco plano se torció haciendo eses como un borracho hacia babor; el criminal perdió el equilibrio y la pistola le salió disparada de la mano mientras él luchaba por no caerse. El arma cruzó rodando la cubierta y se perdió en el montón de material que había por la popa.

El asesino apenas se detuvo: casi como por arte de magia, en su mano derecha apareció un cuchillo de ancha hoja. Peseck arremetió, y Holliday retrocedió hasta la borda cuando el instrumento letal dio un tajo por encima de su barriga. Medio centímetro más y Holliday habría quedado destripado como un pez.

Sin saber cómo, Peseck siempre iba un paso por delante de ellos. Había visto a Holliday y a Meg subirse al barco turístico y se las arregló para llegar antes al puerto deportivo de la Misericordia. Luego robó el yate de motor, se presentó en la isla del cementerio antes que el cansino barco turístico y se quedó al acecho, sabiendo que Holliday y la monja estarían desesperados por salir de la isla y llegar a tierra firme. El *Casanova* había sido una trampa envenenada, y Holliday se había metido en ella como un aficionado.

Con el timón girando libremente, ahora el *Casanova* viraba descontrolado, y reaccionaba al mínimo oleaje y a la mínima ola. Si no terminaban cayéndose por la borda, se los tragaría el mar o chocarían con otro barco.

Estaban en plena ruta de navegación procedente de oriente, y de pronto, por el rabillo del ojo, Holliday vio que un inmenso petrolero de casco rojo y negro se abría paso en plan matón por la proa. Estaba a menos de cuatrocientos metros delante de ellos, y el escarpado costado del buque, alto como un acantilado, se acercaba más a cada segundo que pasaba.

Peseck volvió a arremeter. En ese momento, detrás de él, la hermana Meg le dio un súbito empujón con el bichero en los tobillos. Los pies le fallaron al asesino, que tropezó hacia delante, soltando maldiciones y dándole a Holliday la oportunidad de hacer una finta y apartarse de su camino. Con una mano sujetó la muñeca del asesino y luego tiró fuerte de él hasta encerrarlo en un ceñido abrazo, seguramente la jugada más prudente en una pelea con cuchillos.

La lancha dio un bandazo al cruzar otra ola, y Holliday dirigió con fuerza la rodilla hacia la entrepierna de Peseck. El asesino se echó bruscamente a un lado, recibió el golpe en la cadera y volvió a subir el cuchillo al tiempo que trataba de darle un tajo en los ojos a Holliday, obligándolo a retroceder hacia la borda de nuevo.

El petrolero ya llenaba por completo el campo visual de Holliday; unos cuantos segundos más y no serían más que astillados restos de madera contrachapada esparcidos por el agua. Una ensordecedora sirena tronó con estruendo: alguien en el puente del petrolero había visto el yate de motor que se acercaba.

Cuando Peseck iba a por él otra vez, Holliday se tiró en la cubierta y retrocedió hacia la popa, buscando con desesperación la pistola.

—¡Coja el timón! —le gritó a la hermana Meg.

Sus dedos encontraron el duro peso del arma, y se puso boca arriba justo cuando la bota de Peseck bajaba para estampársele en la cara.

De repente el *Casanova* se abrió en una amplia y bamboleante vuelta, mientras el casco chocaba con fuerza en la enorme ola que había levantado la abultada proa medio sumergida del petrolero. El pie de Peseck bajó hasta meterse en una maraña de cuerdas, y Holliday apretó el gatillo de aquella compacta automática de 9 mm y fabricación checa con la que no estaba familiarizado, y disparó hacia arriba. La bala le dio a Peseck bajo la barbilla y subió hasta perforarle el cerebro, matándolo instantáneamente. El asesino se dobló sin decir nada, como un traje sin un cuerpo que lo sostuviera.

Holliday se puso en pie con dificultad y fue tambaleándose hacia Meg mientras la lancha casi hacía surf por la ola que dejaba atrás el casco del petrolero. Muy por encima de ambos, un pequeño grupo de espectadores reunido en la barandilla del buque miraba a los imbéciles que casi se habían empotrado en él.

Holliday rodeó con los brazos a Meg para coger el timón y le cubrió las manos con las suyas. La monja se volvió a mirarlo con los ojos muy abiertos y centelleantes. Viraron para tomar de costado la agitada estela del petrolero y salieron al mar abierto. Justo delante de ellos, más o menos a kilómetro y medio de distancia, Holliday vio un Jumbo despegando de una de las dos pistas que discurrían paralelas al agua.

—¿Está muerto? —preguntó Meg, volviéndose para mirar por encima del hombro.

—Mucho —contestó Holliday.

—¡Bien! —dijo ella, con un fiero deje en la voz.

Se echó hacia atrás hasta apoyarse en Holliday y quitó rápidamente las manos del timón, encantada de ceder el control.

—¿Ojo por ojo? —dijo Holliday, disfrutando del contacto de su cuerpo pegado al suyo, al tiempo que hasta la última fibra de monaguillo que quedaba en su cuerpo de adulto gritaba: «¡Sacrilégio!».

—Algo parecido —dijo Meg.

No hacía el menor intento por zafarse del abrazo de Holliday, pero él dio un paso atrás y quitó una mano del timón para soltarla antes de que la situación se complicara demasiado.

Inesperadamente incómoda, Meg se escabulló pasando por debajo del brazo que la rodeaba. Clavó la vista en Peseck, desplomado en la cubierta llena de porquería, a

poco más de un metro de distancia. Holliday siguió su mirada. El orificio de entrada que había bajo la barbilla quedaba oculto por completo y no había orificio de salida; la bala seguía alojada en algún lugar del cerebro del muerto. Este parecía extrañamente tranquilo; con los ojos abiertos, miraba de hito en hito la eternidad y el cielo azul que tenía en lo alto.

—La señora Peseck va a cabrearse —dijo Holliday.

—Me parece que tiene usted razón —dijo la monja.

**CORNUALLES** es el pie colgante de Inglaterra, y los dedos de ese pie se meten tímidamente en el Canal de la Mancha a la altura de Land's End y The Lizard. Siempre ha sido un lugar aparte, un lugar de páramos solitarios, de extrañas vistas y de niebla, cuna de míticos reyes, druidas y magos. Su idioma es hermético y musical, y tiene historia para dar y vender. En tiempos las playas de su cruel costa negra provocaban naufragios, y también fue tierra de minas que penetraban profundamente en la roca y la turba, y de mineros que buscaban el valioso estaño y la plata.

Era el turno de Meg al volante del Peugeot de alquiler. Habían dejado el hotel del aeropuerto de Heathrow poco después del desayuno. Ya era mediodía y aún les quedaban unos ciento cincuenta kilómetros para llegar a su lugar de destino. Se encontraban más o menos en el centro de Dartmoor, justo pasado el pueblo de Two Bridges. A lo lejos el cielo era una oscura masa de agitadas nubes del color de la plata deslustrada. Las primeras gotas de lluvia ya estaban salpicando el parabrisas.

Holliday iba en el asiento del copiloto junto a la joven, mirando por la ventanilla el deprimente, casi siniestro paisaje. Este era el Dartmoor del centro penitenciario y del tristemente célebre *Perro de los Baskerville* de Conan Doyle. Aquello estaba muy lejos de Venecia.

La fuga había resultado un absoluto anticlímax. Dando gracias por el elástico casco plano de contrachapado, habían metido el yate de fabricación casera por el enfangado bajío del extremo de la laguna donde estaba el aeropuerto tras encontrar un serpenteante camino a través de la marisma. Finalmente, pusieron la lancha sobre la playa y Holliday ocultó el cuerpo de Peseck en el improvisado camarote de proa. A aquella hora ya hacía calor, y en el pequeño camarote-almacén hacía más calor aún. En menos de un día el cuerpo del asesino solo sería unos hinchados restos infestados de gusanos; si tenían suerte, nadie lo encontraría hasta mucho después, y para entonces el cuerpo resultaría mucho más difícil de identificar. Para mayor seguridad Holliday cogió la cartera, el pasaporte y el grabado reloj de oro Patek Philippe del hombre y lo tiró todo al mar.

Una vez escondido el cadáver, Holliday y la hermana Meg salieron con trabajo de la lancha y caminaron unos cuatrocientos metros por varios campos cultivados hasta el pueblo de Campalto, en la carretera general que iba al aeropuerto. Allí compraron artículos de aseo y ropa limpia; las compras las metieron en un par de antiguas bolsas de viaje de Alitalia que encontraron en una tienda de segunda mano que recaudaba fondos para causas benéficas.

Desde allí siguieron por la Via Orlando, la calle principal del pueblo, tomaron algo de almorzar en el comedor del hotel y luego cogieron un taxi y continuaron hasta

el aeropuerto, que estaba a menos de cinco minutos. A las tres de la tarde estaban en un vuelo de British Midlands con destino Heathrow, y una hora después atravesaban el gran atrio de vidrio y acero del Heathrow Hilton. Todo había salido sin ningún contratiempo.

—Lo que no comprendo es por qué —dijo Holliday por fin, mirando la borrosa campiña; ahora llovía fuerte, y los limpiaparabrisas iban con rítmico estruendo de un lado a otro.

—¿Cómo? —preguntó Meg, concentrada en la estrecha carretera de dos carriles que iba desplegándose a través del páramo.

—En el Mont Saint-Michel no éramos más que unos turistas, y sin embargo «Bola blanca» nos siguió por toda Europa. En Praga, Antonin Peseck, un asesino a sueldo de los caros, detecta nuestro rastro e intenta liquidarnos una hora después de que su mujer ensarte a un oficinista subalterno en el Archivo de Venecia. Los Peseck son carillos, y apuesto a que «Bola blanca» tampoco era barato. Y además la gran cuestión es, ¿de dónde sacan la información? Hasta que tumbé de un tiro a Peseck en la lancha, siempre iban un paso por delante de nosotros. ¿Cómo se las arreglan?

—Según usted, esa pretendida red de espionaje vaticana se la tiene jurada desde bastante tiempo —insinuó Meg.

—A lo mejor es a usted a quien vigilan —respondió Holliday, mirando con atención a la joven sentada detrás del volante.

—¿Por qué iban a interesarse por mí? —preguntó Meg—. Soy una oscura monja que hace investigaciones históricas sobre una religiosa a la que beatificaron en 1985; ni siquiera es santa todavía.

—A lo mejor es esta Arca Verdadera suya —replicó Holliday—. ¿Tiene auténtica importancia histórica para alguien, aparte de la Iglesia católica?

—Usted mismo lo ha dicho —dijo la monja, y se encogió de hombros—. El Arca Verdadera es más mito que otra cosa. Estoy segura de que la beata Juliana intentaba guardar en lugar seguro algo que le habían confiado, pero no hay ningún indicio comprobado de lo que era. Bien podían ser sido cartas de amor que escribiera a su antiguo prometido, el rey Hedwig de Austria.

—Bueno —dijo Holliday—, pues alguien está buscando algo, y más vale que averigüemos qué es antes de que acabe matándonos a los dos.

Joseph Patchin, director de operaciones de la Agencia Central de Inteligencia, estaba en el jardín trasero de dos mil metros cuadrados de su enorme casa de piedra de estilo colonial situada en Upland Terrace, en Chevy Chase, organizando a los tres *chefs* contratados que trabajaban ante la cocina al aire libre BeefEater de acero inoxidable con barbacoa empotrada. Tenía una mano en el bolsillo de sus pantalones de lino color crema estilo Gatsby; la otra sostenía un vaso de tónica con vodka que, en realidad, solo era tónica. Había que estar atento en fiestas así, aunque fuera uno quien

la daba.

El terreno de esquina de dos mil metros cuadrados de la casa de Upland Terrace lo rodeaban grandes pinos y cipreses, además de una cerca de dos metros de alto hecha de tablones de ciprés y una valla interior de tela metálica para cumplir la estricta ordenanza del barrio sobre seguridad de las piscinas. La piscina en cuestión era un monstruo de hormigón de seis metros y medio por trece que se había instalado al construir la casa, a principios de la década de 1950, y que desde entonces mantenían con mimo sus diversos dueños. En Chevy Chase las piscinas eran *de rigueur* porque indicaban que se tenía dinero para climatizarlas y mantenerlas en buen estado... y tiempo para hacer uso de ellas. Patchin llevaba un par de años sin nadar en el maldito trasto, pero aun así le gustaba mucho el alegre y asmático resollar del limpiafondos automático Kreepy Krauly haciendo su trabajo a ciegas. La piscina era exactamente el mismo símbolo de prestigio que el coche con chófer que cada día lo llevaba al despacho y lo traía de vuelta. Como mínimo, la casa valía alrededor de dos millones seiscientos mil dólares.

Con un martini en la mano, la esposa de Patchin, Karin, estaba junto a la escalerilla de la parte poco profunda hablando con Ted Axeworthy, socio principal de Axeworthy, Tate, Zwicker y Lyle, el bufete para el que trabajaba. Axeworthy había sido uno de sus primeros amantes fuera del matrimonio, allá cuando Karin era una joven empleada asociada.

Tres años después la hicieron socia, y la relación llegó a su fin; el único codicilo de la aventura amorosa fue la promesa de Karin de no acostarse con nadie más del bufete. Ella cumplió fielmente el acuerdo e inició una interminable maratón de irse a la cama con gente de casi todos los demás bufetes de Washington, D. C.

El resultado fue que acumuló una envidiable red de «topos» que le suministraban información crucial sobre los asuntos legales de la capital de la nación, por no hablar de muchos chismorreos. Karin era un zorrón, pero no tenía un pelo de tonta; eran los chismorreos los que habían facilitado la carrera de Patchin dentro de la Agencia y lo que, según esperaban ambos, culminaría con la propuesta de Patchin para reemplazar al achacoso ministro de Justicia en ejercicio en cuanto el cáncer de páncreas lo obligara a dimitir.

Había muy pocas posibilidades de que la propuesta no se aprobara; gracias a Karin, tenía suficiente material comprometido sobre el número suficiente de congresistas y senadores como para convertirlo en el más firme candidato. Patchin sonrió; era curioso cómo funcionaban las cosas. Su matrimonio era una buena simbiosis: ella conseguía prestigio y la oportunidad de borrar un pasado como estudiante becaria en una facultad de Derecho de Idaho, y él conseguía lo que llevaba ansiando desde Harvard: poder puro y duro.

Observó a uno de los *chefs* darles la vuelta en la parrilla a un par de hamburguesas de ochenta y cinco gramos rellenas de *foie gras* y trufa. Cincuenta pavos el pelotazo en Dean & DeLuca, e iba a servírselas a un centenar más o menos

de peces gordos de Washington un sábado por la tarde. Una vez dadas la vuelta a las hamburguesas, el *chef* centró su atención en los perritos calientes de ternera de Kobe. Los panecillos los hacía por encargo la Patisserie Poupon de Georgetown.

Patchin entrevistó a Mike Harris, su subdirector. Estaba en la habitación acristalada adosada al lateral de la casa, donde su esposa tenía el invernadero. El larguirucho de marcadas facciones iba vestido con bermudas tipo cargo y una camisa Tommy Bahama encima de una camiseta blanca; llevaba una gorra de los Toronto Blue Jays bien encasquetada en la cabeza. Se había tomado demasiado en serio la nota de «vestimenta informal» que aparecía en la invitación. El segundo de a bordo de Patchin estaba en plena conversación con un «gnomo» de la Agencia, uno de la anónima multitud de abejas obreras de la CIA, que a Patchin le sonaba vagamente. Se quedó pensando un instante. Toby no sé qué, de la Oficina regional para Italia, abajo en la planta cinco.

Al cabo de unos segundos la conversación terminó, el gnomo dio media vuelta y entró de nuevo en la casa, y Harris salió de la habitación acristalada al patio. Se tomó tiempo suficiente para encender un cigarrillo y luego empezó a andar hacia su jefe. Patchin desvió su atención de la barbacoa y se encontró con él a mitad de camino.

—Lo he visto con el gnomo. ¿Qué pasa? —preguntó Patchin.

—Alguien ha prendido la mecha en aquello de Rex Deus que usted me pidió que investigara.

—¿Y eso?

—Por lo visto el equipo del papa contrató los servicios de un peso pesado: Antonin Peseck, un asesino a sueldo. Antiguo *Státní bezpečnost* de Praga.

—¿Aquella extraña pareja de marido y mujer?

—Esa misma.

—¿Y qué ocurre con él?

—Al parecer intentó liquidar a Holliday y a su nueva amiga monja... y Holliday lo liquidó primero. Lo han encontrado en un viejo yate de motor varado en la playa, cerca del aeropuerto Marco Polo. En Venecia.

—Sé dónde está el aeropuerto Marco Polo, Harris —dijo Patchin.

Harris le dio una chupada a su cigarrillo; sabía perfectamente que Patchin jamás reconocería no saber que era el aeropuerto de Venecia, ni aunque le arrancaran las uñas con unas tenazas al rojo vivo. Patchin era la clase de hombre que tenía que saberlo todo, lo supiera o no.

—Sí, bueno —prosiguió Harris—. Pero la mala suerte de Holliday: un par de chavales que buscaban un buen sitio para pescar encontraron a Peseck cuando aún estaba caliente. Una en el cuello, y desde muy cerca. Al parecer estaban peleándose a puñetazos y Holliday tomó la delantera. Según su expediente, Holliday era todo un as en el combate sin armas. Sabemos que Holliday y la monja subieron a un vuelo a Londres una hora después. Ya habíamos mandado un aviso de control de pasaporte a todo el mundo, así que lo supimos enseguida. También parece que el asunto tiene que

ver con un asesinato ocurrido en el Archivo de Venecia. Alguien ha matado a un empleado y ha causado daños a un libro antiguo.

—¿Dónde está Holliday ahora?

—Él y la monja acaban de detenerse en un lugar llamado Marazion, en Cornualles. Está en la costa, cerca de Penzance.

—¿Y cómo sabe usted esto? —le preguntó Patchin, poniéndolo a prueba.

—Han alquilado un coche de Hertz. Todos los coches de Hertz tienen un *Tracker*.

—¿Un *Tracker*?

—Un localizador de vehículos robados. La versión inglesa de LoJack.

—Ah. —Patchin asintió—. ¿Alguna idea de adónde van? Es decir, ¿qué hay allí en Maratón?

—Marazion —corrigió Harris.

—Lo que sea.

—El Mount St. Michael está a unos ochocientos metros de la costa. Supongo que es su lugar de destino.

—Creía que el Mount St. Michael estaba en Francia.

—Ese es el Mont Saint-Michel —explicó Harris—. Esta es la versión inglesa, algo así como si fueran ciudades hermanadas.

Patchin dio un pensativo sorbo a su immaculada tónica con vodka.

—Entiendo —dijo, sin entender nada.

Tampoco lo entendía Harris.

Harris dio otra calada a su cigarrillo. Le llegaba el olor de los perritos calientes y las hamburguesas asándose en la parrilla. Miró la multitud que lo rodeaba: burócratas y abogados, muchos de ellos de la oficina del ministro de Justicia. Los demás eran maniobreros de D. C. en busca de poder. Miró de nuevo a Patchin y se preguntó si sabría quién estaba follándose a su mujer últimamente, o si le importaba.

Ser uno de los pequeños trofeos de Karin era algo que él había evitado. Aquella clase de secretos de alcoba era moneda corriente en Washington, y no quería convertirse en una oreja más de la red de chismorreos de la rubia. Era como una enfermedad de transmisión sexual: no tenías ni idea de quién iba a ser el destinatario final de tus inoportunos rumores. La ciudad era así, igual que las fiestas de Chevy Chase como esta. A Harris no le sorprendería descubrir que los faroles del patio y hasta los mismos árboles tuvieran micrófonos ocultos... De pronto, como salida de la nada, recordó una estrofa de un libro de poesía que había encontrado en una librería de Princeton hacía mucho tiempo. Era un canto, tal vez la primera canción de *rap*. El chismorreos personificado:

Ve con ojo, ve con ojo  
o Mambo-Yambo, Dios del Congo,  
Mambo-Yambo te hará un vudú;  
cuidado, cuidado, ve con ojo.

Pumlei, pumlei, pumlei, pum.

—¿Cómo? —dijo Patchin frunciendo el ceño.

Harris parpadeó, bruscamente consciente de que había recitado el poema en voz alta.

—Perdón. Un poema de mi baldía juventud.

—¿Qué diablos tiene que ver eso con Holliday y Rex Deus?

—Nada, imagino.

—¿Está seguro de que ha sido el Vaticano el que le ha echado a Peseck encima a Holliday?

—No se me ocurre quién podría ser si no —dijo Harris encogiéndose de hombros.

Miró a su alrededor buscando algún sitio donde aplastar el cigarrillo pero no había nada cerca. Le entraron unas ganas tremendas de apagarlo en la bebida de Patchin pero se lo pensó mejor.

—¿Y la persona que teníamos siguiéndolo?

—Los perdió a él y a la monja en Praga. Nuestro hombre dijo que daba la impresión de que Holliday le tendió una trampa.

—Con tantos espías comunistas desempleados como debe de haber, uno se imagina que podríamos contratar mejor personal.

Patchin dio un suspiro.

—Es la recesión —dijo Harris, arreglándoselas para mantenerse serio.

—¿Tenemos a alguien por allí? ¿Alguien un poco más perspicaz que nuestro gordo amigo el antiguo Stasi?

—Teníamos un par de «canguros» en aquella zona —contestó Harris—. Toby está investigándolo ahora mismo.

Un «canguro» era justo lo que parecía: un activo de la Agencia que actuaba por cuenta propia o de forma ocasional, y que se enviaba a una operación para proteger de modo encubierto a cualquier persona que le interesara a la Agencia.

—Ese no es el único problema —continuó Harris—. Holliday ha dejado huellas digitales por todas partes. Los imbéciles matones de la AISI de Roma ya tenían un expediente suyo.

—¿Qué diablos es la AISI? —dijo Patchin—. Suena a algo que se pillan en el asiento de un váter.

—Agencia Informazioni e Sicurezza Interna —respondió Harris—. El FBI italiano. Quieren hablar con Holliday en calidad de «persona de interés». Ya han llamado al Ministerio del Interior de Inglaterra. Holliday va a estar metido en polis hasta las trancas cualquier día de estos.

—Mierda —dijo Patchin concisamente.

—Exacto —dijo Harris.

Una risotada llegó desde la piscina. El primer invitado de la tarde había tropezado y se había caído dentro. Iba a ser esa clase de fiesta. Patchin sintió un dolor de cabeza

que aumentaba como si fuera un tumor en uno de esos montajes en que se ve crecer una flor a cámara rápida.

—Póngales a alguien lo más rápido posible —dijo Patchin—. No quiero que ni el Santo Padre ni nadie más se salga con la suya con nuestro coronel Holliday hasta que averigüemos exactamente qué diablos está haciendo.

**E**L Mount St. Michael se encuentra a unos cuatrocientos metros del extremo sur de Cornualles, conectado con la tierra firme por una estrecha calzada de granito que, desde el punto de vista geográfico, hace de la alta, redonda y escarpada isla un accidente geográfico llamado tómbolo, o atado.

Se decía que ese tipo de lugares le gustaban al propio san Miguel por su valor estratégico militar; su aislamiento y su terreno elevado hacían que fuera fácil defenderlos de los demonios y dragones que se especializó en golpear con la espada del Señor. En origen la isla era el centro del comercio del estaño y el cobre de Cornualles, y se la conocía como la «Roca Gris». La fundación de St. Michael como santuario religioso se debía a una orden irlandesa consagrada al vengativo «Arcángel Guerrero» en el siglo IX.

La parte más alta de la isla la ocupó en primer lugar una sencilla capilla, después un monasterio y al final se fortificó. Al pie de los acantilados que rodeaban el monasterio se construyó un pequeño puerto, que llegó a ser un lugar donde repostaban agua casi todos los barcos procedentes del continente europeo que se dirigían hacia los puertos irlandeses de Cork, Galway y Dublín.

Con la Conquista normanda del rey Guillermo de Normandía en 1066, los benedictinos del Mont Saint-Michel construyeron un monasterio en la isla, que con el tiempo Enrique VIII convirtió en fortaleza. En 1659 la isla entera la compró el coronel *sir* John St. Aubyn, hijo mayor del juez de paz de Cornualles y leal partidario de Carlos II contra el taimado republicano Oliver Cromwell. St. Aubyn inició el proceso de transformar la vieja iglesia, la abadía y el castillo en una única e inmensa casa familiar en lo más alto de la isla. La isla se había mantenido en la familia desde entonces, que todavía vive en ella, aunque la propiedad inalienable de St. Michael's Mount está en manos del National Trust.

A las cinco de la tarde Holliday y la hermana Meg ya habían aparcado el coche en la King's Road de Marazion, y como la calzada elevada estaba cubierta por la marea alta, habían cogido una lancha turística para cruzar la isla.

Seguía lloviendo a ratos, y un viento racheado había levantado un considerable oleaje en la deslustrada plata del océano. Con ellos solo iban cuatro viejos turistas recalitrantes, acurrucados en la proa de la antigua lancha de salvamento y vestidos con impermeables de alquiler. Tardaron menos de diez minutos en atravesar la pequeña ensenada hasta llegar al puerto de dos brazos, pero con eso fue suficiente para que las ancianas parejas se metieran a toda prisa en el *pub* Sail Loft en cuanto llegaron.

Holliday y Meg subieron solos el empinado camino, cada vez más estrecho, que

iba hacia lo alto de la montaña; por encima de sus cabezas se cernían riscos cubiertos de árboles y el imponente castillo, como la fortaleza de Drácula en los Cárpatos. El cielo amenazador y el áspero y lejano tronar de las olas no ayudaban a hacer las cosas más atractivas. A mitad de subida Holliday iba pensándose muy seriamente batirse en retirada también hacia el *pub*, pero a su pelirroja acompañante la dura caminata cuesta arriba parecía darle energías. En el rostro de Meg se dibujaba una adusta y resuelta sonrisa.

Los árboles que había a ambos lados del empedrado camino lleno de baches eran una combinación de conocidos pinos y cipreses y un surtido de plantas carnosas de extraño aspecto, palmeras subtropicales e incluso algo que Holliday juraría que era un magnolio salido directamente de un decorado sureño de Truman Capote.

Por fin llegaron a un moteado muro de piedra donde había una puerta en forma de arco que daba a un enlosado patio interior. Cruzaron hasta otra entrada en forma de arco que daba a un corto pasillo. Al final de este, un hombre de aspecto aburrido y pelo canoso que vestía uniforme de aire militar del Corps of Commissionaire estaba sentado en un taburete delante de un alto atril, leyendo un ejemplar del *Cornishman*, el diario local de Penzance.

Al verlos, el viejo soldado pareció quedarse un poco sorprendido y más que un poco molesto. Cogió la tarjeta Visa de Holliday, le afanó de una pasada seis euros por cada uno de ellos y esperó la confirmación antes de darles las entradas. Luego señaló hacia una mesa llena de folletos de colores y volvió a su periódico. Holliday y la hermana Meg pasaron lentamente por delante del atril, siguieron por el pasillo y después bajaron una corta escalera de piedra hasta llegar a algo que se podría calificar de vestíbulo; unos cortos corredores salían a izquierda y derecha, y hacia delante había otra escalera y un pasillo más largo.

—¿De veras cree que vamos a encontrar algo después de tanto tiempo? —preguntó Meg mientras le echaba un vistazo al folleto que había cogido.

A lo lejos, amortiguado por la gruesa piedra del castillo, Holliday oyó el atronador tableteo de un helicóptero. Se sorprendió; no hacía tiempo para volar en absoluto. Seguramente un marino dominguero que necesitaba rescate.

—Nunca se sabe —dijo Holliday—. Vinieron aquí en el viaje de vuelta, y quizá también se detuvieran cuando iban adondequiera que fuesen. La iglesia ya estaba aquí. Los documentos antiguos tal vez nos indiquen algo, si es que aún existen.

—Según el folleto la entrada de la iglesia está bajando la escalera, hacia delante. La Biblioteca St. Aubyn está a la derecha, pasados algo que se llama «la sala de *sir John*» y la armería.

—La iglesia primero —dijo Holliday.

La iglesia prioral constituía el núcleo del aglomerado de castillo, claustro, cocinas y demás aposentos y salas que salían de ella. La iglesia en sí era muy sencilla, de piedra de cantería, con dos naves laterales de arcos y un rosetón en cada extremo, algo poco frecuente. Había un gran atril de madera tallada en forma de águila con las

alas extendidas, e hileras de sillas de madera clara que resultaban larguiruchas comparadas con los gruesos pilares de piedra de los arcos que se alargaban desde el coro.

La obra de cantería era muy antigua y sin decorar, al viejo estilo benedictino. No así la vidriera en tríptico del lado este; los tres paneles mostraban la enorme figura alada del arcángel san Miguel, con una gran espada en la mano derecha y un largo y estrecho escudo agarrado en la izquierda. La célebre divisa «*Quis ut Deus?*» quedaba claramente visible.

—«¿Quién como Dios?» —tradujo Meg, alzando la vista hacia la inmensa figura perfilada en plomo.

Las vestiduras y la armadura estaban hechas con cuadrados y rombos de vidrio color amarillo intenso y rojo sangre. Los ojos azules eran tan oscuros que parecían casi negros.

—Nunca entendí si eso significaba que él era Dios, o solo el representante de Dios —dijo Holliday, recordando vagamente unos cuantos retazos de su pasado en la escuela parroquial.

—Fue investido con el poder de Dios para que derrotara al diablo en el desierto —contestó Meg.

—Está claro que no le salió bien —dijo Holliday—. Porque el diablo sigue trabajando.

Meg hizo caso omiso del comentario.

—También fue el primer caballero, y el que inventó el concepto de caballería —dijo, como si eso fuera una respuesta.

Holliday no discutió; se limitó a decir:

—Y lo que es más importante: era el arcángel que más a menudo se relacionaba con los masones y los templarios.

Meg miró atentamente por todas partes, escudriñando hasta el último rincón de la sombría sala de vigas de madera en busca de cualquier pista que llevara a Jean de Saint-Clair y a su viaje con la beata Juliana.

—No vamos a sacar ningún provecho aquí —dijo por fin.

Holliday asintió con la cabeza.

—Vamos a probar en la biblioteca —sugirió.

Volvieron cruzando la iglesia y esta vez se marcharon por la salida sur, justo enfrente de por donde habían entrado. Después subieron un corto tramo de escalera y llegaron a un complejo de habitaciones que en un principio había sido la residencia del prior de la iglesia. Todas las habitaciones tenían los techos abovedados por dentro, y el roble de las vigas se había vuelto negro con los años. Cuando recorrían el corto corredor de comunicación, de pronto los pequeños vidrios de las ventanas emplomadas empezaron a hacer ruido.

El helicóptero que Holliday había oído antes ahora sonaba como si estuviese justo encima. Era grande, y Holliday creyó identificar la reveladora firma del lento y

estruendoso golpear de un Sikorski S-61 de doble rotor, o de su equivalente británico, el Sea King. Después de todo, tal vez el marinero inexperto volcado hubiera tenido suerte y lo habían sacado del mar justo a tiempo; el día no iba a mejorar, eso era seguro. Holliday oía la lluvia apedrear la ventana como si fuera granizo. La caminata cuesta abajo hasta el puerto tampoco iba a ser ninguna merienda campestre. Lo sorprendía que el helicóptero volara siquiera. Holliday y la hermana Meg siguieron por el pasillo mientras el helicóptero tronaba en lo alto, y poco a poco el sonido de los rotores fue desvaneciéndose.

La biblioteca era enorme; recibía luz de las ventanas emplomadas del triforio, que habrían iluminado las hileras y más hileras de volúmenes encuadernados en piel y colocados en las estanterías que cubrían la sala si hubiera habido algo de sol. Tal y como estaban las cosas, el tiempo gris de fuera convertía la habitación en una polvorienta caverna. Por encima de las estanterías, desenrollado y enmarcado en madera y vidrio como los libros de gran valor que tenía debajo, había un inmenso bordado medieval.

Según la discreta placa del National Trust que se veía junto a la entrada, el bordado era anterior a la Conquista normanda, y se creía que lo habían creado los primeros benedictinos que vivieron en la isla.

En teoría, aquel estandarte de noventa y cinco metros lo había cosido un joven monje, Morgan de Clare, quien juró que una madrugada había tenido una visión de san Miguel en los hornos de la abadía mientras estaba haciendo el pan. Después dedicó el resto de su vida a crear aquella larga obra de arte hecha de lino. El bordado, igual que el mucho más famoso *Tapiz de Bayeux* que se conserva en Francia, era en realidad una línea del tiempo, ilustrada, de la abadía y St. Michael's Mount.

Con expresión consternada, Meg clavó la vista en las vitrinas de los libros y luego tiró del picaporte de una de las puertas de varios paños de cristal. Como era de esperar, estaba cerrada con llave. Miró a Holliday y se encogió de hombros.

—¿Y ahora qué? —preguntó—. No podemos buscar pistas en unos libros que no podemos coger.

—A lo mejor no hace falta —dijo Holliday, al tiempo que alzaba la vista y miraba con los ojos entornados el largo estandarte bordado que estaba por encima de las estanterías.

—¿**E**L tapiz? —preguntó Meg—. ¿Qué le pasa?

—Me parece que nuestro amigo el hermano Morgan de Clare era todo un historiador —le explicó Holliday, al tiempo que alzaba la vista y miraba con ojos entornados hacia las tinieblas—. Desde luego tenía acceso a la biblioteca o *scriptorium* que hubiese en la vieja abadía.

Meg siguió la mirada de Holliday.

—¿Qué está mirando exactamente?

—Allí, justo a la izquierda de donde empieza la ventana de en medio.

—Un caballero de armadura al que ataca otro caballero. Un hombre al que están quemando en la hoguera. Dos hombres sobre un mismo caballo. ¿Una batalla?

—Es una fecha. El viernes 13 de octubre de 1307. Están atacando a los templarios y quemando a sus dirigentes en la hoguera. Los dos caballeros sobre un mismo caballo son el símbolo de los templarios. Todo el bordado está hecho así. El hermano Morgan no solo era un historiador, también era compositor.

—¿Componía música? —preguntó Meg.

—No —dijo Holliday—. En heráldica es quien crea los escudos de armas, y a veces el diseñador de un escudo crea «armas parlantes», es decir, juegos de palabras visuales a partir del nombre de una persona. Por ejemplo, en el caso de Elizabeth Bowes-Lyon, la anciana Reina Madre y esposa de Jorge VI; el escudo familiar son arcos, *bows*, flechas y leones: Bowes, Lyons. La princesa Beatriz de York tiene tres abejas, *bees thrice*, sobre el escudo real de York. El compositor de «armas parlantes» inventa los blasones. Y Morgan hizo lo mismo aquí. El tapiz es un jeroglífico, una anticuada palabra que significa rompecabezas.

—Me he perdido en lo de *bees thrice* —dijo Meg.

—Es sencillo. Mire el bordado: dos caballeros sobre un caballo; la palabra latina *Iulia* y una mujer con vestiduras negras; detrás, un barco de dos palos de vela latina, con una vela donde ondea una cruz engrialada; detrás, una isla con un castillo y la palabra griega *Ichthys* metida en el símbolo del pez.

—El antiguo símbolo de la Iglesia cristiana —dijo Meg—. Ya lo cojo... Bueno, más o menos.

—Los dos caballeros sobre un caballo significan un templario; *Iulia* y la mujer de las vestiduras es su beata Juliana; un navío con una vela latina como ese era un clásico motivo veneciano, y una cruz engrialada era el escudo de armas de los Saint-Clair. En cuanto a *Ichthys*, era un antiguo jeroglífico en sí mismo: iota, ji, zeta, ípsilon y sigma eran letras que hacían referencia a Cristo. Dispuestas en un cuadrado de cinco caracteres se leían en cualquier dirección. Es lo que se llama un acróstico

palindrómico, o cuadrado mágico. Además, Ichthys también fue el primer nombre que le dieron a St. Michael's Mount. Júntelo todo y obtendrá... que un caballero templario y la beata Juliana llegaron a St. Michael's Mount en una *nau* veneciana después de la caída de los templarios en 1307.

Meg miró el siguiente conjunto de símbolos y letras.

—Unos toneles, algo que parece carne que estuvieran cortando, el barco de la cruz en las velas otra vez y luego la palabra «Iona» con una esfera y una cruz detrás.

Holliday tradujo aquellas imágenes cosidas, parecidas a garabatos.

—El navío cargó agua y comida y partió hacia la isla de Iona. Yo escribí un artículo sobre Iona cuando estaba en Georgetown. Es una antiquísima isla sagrada de las Hébridas Interiores escocesas. Allí están enterrados reyes noruegos, sajones y escoceses. En Iona había una abadía muy parecida a esta. También está más o menos en el fin del mundo, o lo estaba por entonces. Si uno iba hacia el norte, con suerte tal vez se topara con Islandia. Si iba hacia el oeste, entre el viajero y América del Norte no había nada.

—Ha sido increíblemente sencillo —dijo Meg.

—A veces las cosas son exactamente lo que parecen —dijo Holliday con una amplia sonrisa—. Como dijo Freud, a veces un cigarro solo es un cigarro. —Se encogió de hombros—. En la historia no es preciso buscar pistas y símbolos secretos por todas partes; Hitler no se había confabulado con el diablo ni con los Iluminados de Baviera; era el típico fanático corriente, nada más. Stalin era otro.

—Y a veces la vida es más complicada de lo que parece —le advirtió Meg—. A veces los símbolos lo son todo.

Salieron de la biblioteca y entraron en un largo corredor que, según el folleto, conducía a la salida.

—¿Se refiere a la idea que tiene el personaje de Dan Brown sobre el simbolismo o a la Iglesia católica? —preguntó Holliday.

—Me refiero al hecho de que a menudo los símbolos significan muchísimo para las personas. Las reliquias cristianas son así. El Santo Sudario de Turín no tiene por qué ser auténtico para que la gente obtenga gran paz y consuelo con él. Si los conduce a la oración o a la contemplación, a veces basta con eso. Una reliquia no tiene por qué hacer milagros. El descubrimiento del Arca Verdadera les devolvería la fe a muchos escépticos; por eso es tan importante encontrarla.

—¿Como ver aparecer a la Virgen María en la tortilla de un «taco»? —dijo Holliday.

—Lo que a usted le salga de las narices, no se corte —dijo Meg mientras bajaban un estrecho tramo de escalera.

Viniendo de una monja, la salida fue tan inesperada que Holliday soltó una carcajada.

Miró por la chorreante ventana en forma de arco que había a su derecha, y en ese momento su risa se desvaneció. A través de los viejos vidrios emplomados se veía el

camino forestal que subía al castillo, y detrás el puerto. Al pie del puerto Holliday distinguió la gruesa silueta, parecida a un insecto, de un negro helicóptero Westland Sea King con el rotor de ocho palas aún girando perezosamente. La gran portezuela lateral del aparato de siniestro aspecto estaba abierta, y por ella, uno tras otro, salían en tropel hombres vestidos con uniforme antidisturbios negro. No era una expedición de rescate, después de todo.

—¡Por Dios! —dijo Holliday en voz baja.

—¿Cómo? —preguntó Meg con sobresalto.

—Problemas —dijo Holliday—. El SO19. El equivalente británico de un grupo de los SWAT.

—«¿Swat?» —dijo Meg.

Holliday alzó una ceja.

—Special Weapons and Tactics: Grupo Especial de Operaciones —le explicó Holliday.

Miró por la ventana hacia el pie de la arbolada colina. Veinte hombres habían formado en dos filas delante del gran helicóptero negro.

—Tenemos que encontrar otro modo de salir de aquí —dijo Holliday—. Y tenemos que encontrarlo rápido.

—Tal vez hayan venido por otra cosa —sugirió Meg, que también miraba por la ventana.

Holliday soltó una breve y seca carcajada. ¿De verdad era tan ingenua?

—Están aquí por nosotros, créame.

Intentó recordar lo que sabía de aquella policía de élite especializada en respuesta armada. Recordaba vagamente que llevaban pistolas automáticas Glock 17, subfusiles automáticos Heckler & Koch MP5 y fusiles de asalto HK G3 y Benelli. También llevaban granadas aturdidoras, pistolas de electrochoque Táser y espray de gas lacrimógeno. Veinte hombres bastaban para poner en marcha una pequeña guerra. Aquello era una tremenda exageración para apresar a dos civiles desarmados. Alguien había pedido que le devolvieran un favor de los gordos, eso era seguro. ¿Pero quién?

No había tiempo para pensar en ello. Holliday le arrancó el folleto de la mano a la hermana Meg y le echó un vistazo, mientras su cerebro trabajaba con frenesí. Era muy probable que a aquel grupo del SO19 le hubieran dado instrucciones y lo hubieran preparado utilizando fotografías aéreas. No era difícil hoy día; una operación como aquella podía planearse utilizando Google Earth.

Los veinte hombres se habían dividido en pelotones, dos para ir por los lados y uno subiendo por el centro, a través del bosque. Había tres caminos: el de en medio por el bosque, uno a la izquierda que seguía el terreno en pendiente, y uno a la derecha, por el lado más empinado de la parte fortificada de la isla, que empezaba en las ruinas de la vieja abadía y los jardines ornamentales. Diez hombres por el medio, por el bosque, y cinco por cada uno de los caminos de los lados. No había forma de

escapar.

—¿Qué hacemos? —dijo Meg.

El primer oficial al mando que había tenido Holliday tenía una norma fundamental en las situaciones críticas: toma una decisión todo lo rápido que puedas. Tal vez sea equivocada, pero hasta una decisión equivocada es mejor que no tener ninguna decisión.

—Lo que no se esperan —dijo Holliday.

Agarró a Meg de la mano y retrocedieron por donde habían llegado, pasando otra vez por el pasillo, cruzando la biblioteca y entrando de nuevo en la capilla. Una vez allí, atajaron por la nave central de la iglesia, subieron corriendo la escalera y, sin dejar de correr, salieron a la terraza del lado sur, que daba al mar. Seguía lloviendo a cántaros, y estuvieron empapados en cuestión de segundos.

Había una sola escalera de piedra en la vieja torre almenada. Tenía que llevar a alguna parte. Holliday se subió a la torre y se asomó; miró abajo intentando orientarse, rezando para que hubiera un camino que bajara por el acantilado del lado sur y los llevara al nivel del mar. La marea empezaba justamente a cambiar; tal vez quedase al descubierto una franja de playa que les permitiera dar la vuelta a la isla.

Miró con atención a través de la cortina de lluvia, resguardándose los ojos con la mano. No había ningún camino claro, pero quizá pudieran bajar con dificultad por el revuelto lecho de rocas redondeadas y a través de los espinos y aulagas que se aferraban al escarpado muro de piedra, un poco en pendiente. El muro del castillo, parecido a un acantilado, estaba bien situado: miraba al mar y tenía un enorme cañón de treinta y dos libras montado en un hueco de cada dos de las almenas. Si era un castillo típico, habría un portillo menor al pie de la escalera de la torre almenada. Un portillo que no estaba indicado en el folleto y no aparecería en ningún esquema o fotografía que hubiera usado el grupo operativo del SO19.

—Por aquí —dijo Holliday en tono de urgencia. Volvió a tomar a Meg de la mano y la condujo a la torre almenada.

La escalera les brindó cierta protección de la lluvia y el frío mientras bajaban. Como esperaba Holliday, al pie de la escalera había un corredor, un estrecho paso subterráneo que seguía la línea del muro del castillo. Al cabo de unos dieciocho metros había una puerta en forma de arco con tiras de hierro.

Holliday inspiró hondo, empujó hacia abajo el pestillo y tiró. La bien engrasada puerta se abrió sin hacer ruido. Estaba claro que el actual ocupante del castillo, lord Levan, cuidaba de sus propiedades. Salieron a la lluvia de nuevo.

—Dese prisa —dijo Holliday; con gesto automático, miró hacia atrás por encima del hombro, esperando ver salir una figura con un traje negro de fibra de Kevlar que los acribillaba con su MP5.

Hasta ese momento no había nada.

—Esto resbala —se quejó Meg al tiempo que bajaban con trabajo por el inclinado campo de rocas redondeadas y piedras sueltas, resbaladizas por la lluvia.

—La sangre derramada también —respondió Holliday.

Tardaron casi quince minutos en descender. De un momento a otro, uno de los del grupo de respuesta armada asomaría la cabeza por el costado del castillo y los localizaría.

Al pie del acantilado el terreno se allanaba, con varios estratos de piedras y cantos rodados, e iba hasta otra plataforma arenosa; esta estaba a unos treinta centímetros sobre el agua en ese momento, y era evidente que durante la pleamar quedaba sumergida. La fuerte lluvia había alisado el mar, que aparecía completamente plano, sin oleaje ninguno.

—¡Mire! —gritó Meg, alzando la voz por encima del retumbante repiqueteo de la lluvia.

Señaló con el dedo. A unos setenta metros más allá, siguiendo por los oscuros y resbalosos guijarros, y apenas visible bajo las movedizas cortinas de lluvia torrencial, Holliday divisó una escalera de piedra que bajaba hasta la estrecha playa.

Los escalones estaban toscamente tallados y probablemente fueran tan viejos como el castillo. Aquella era una playa de contrabandistas, que garantizaban que su señoría del castillo tuviera a mano reservas de aguardiente francés tanto en la paz como en guerra. Y además era una playa de saboteadores de barcos: personas que se dedicaban a provocar naufragios para robar el botín. Cornualles era célebre por sus saboteadores de barcos, que tenían una famosa oración:

«Oh, Señor, roguemos por todos los que están en la mar,  
pero si ha de haber naufragios, por favor, mándanoslos acá».

—¡Vamos! —dijo Holliday.

Corrieron por aquel suelo de piedras parecido a una meseta, resbalándose y patinando, hasta llegar a los escalones. Se detuvieron un instante para orientarse y bajaron. La visibilidad empeoraba por momentos. Holliday solo supo que habían llegado al pie de la escalera cuando sintió crujir la grava de la playa bajo su pie. Por un instante la lluvia disminuyó, y en ese instante, flotando inmóvil entre el mar y el cielo, de las tinieblas surgió, imponente, una aparición.

Un hombre vestido con el viejo y clásico sueste y un inclinado sombrero de goma estaba en el centro de una barca de pesca langostera de seis metros, con tablones dispuestos en tingladillo; con las dos manos metidas en guantes de lona tiraba de un sedal de alambre reforzado de acero que no paraba de brincar. Un enorme congrio de vientre gris que tal vez pesara diez kilos apareció en uno de los anzuelos de tres ganchos.

Con destreza, el hombre se recogió el sedal alrededor de un codo para soportar la tensión, y eso le dejó la otra mano libre para coger un garfio de un metro y atrapar el anzuelo de ganchos que tenía metido en las branquias el animal parecido a una serpiente, justo detrás de la pequeña y rígida aleta pectoral. Sin detenerse apenas, el

hombre giró la muñeca con un fluido movimiento, le dio la vuelta al congrio de sesenta y cinco centímetros de largo en el aire y lo metió en el fondo de la barca. El pescador estaba a menos de dieciocho metros de la orilla.

Holliday se volvió a mirar el camino por el que habían llegado. El acantilado y el castillo de allá en lo alto casi no se veían, no eran más que sombras bajo la lluvia. Pero aunque no lo viera, sabía que el grupo de respuesta armada estaba allí, en el castillo, yendo de sala en sala. No había mucho tiempo. Se volvió otra vez hacia el hombre del barco de pesca y empezó a llamarlo.

—¡Eh! —gritó, haciendo bocina con la mano.

El pescador no hizo caso.

—La lluvia viene del sur —le dijo en voz alta Meg—. No lo oye a usted.

—Como no mire hacia aquí en el plazo de uno o dos minutos, vamos a estar jodidos.

A guisa de respuesta, Meg estiró la mandíbula inferior un poco, se metió los dedos pulgar e índice en las comisuras de la boca y soltó un clásico silbido de tres notas de los de «ven aquí». El pescador alzó la vista al instante, sorprendido por aquella familiar llamada de patio de colegio, y su mirada escudriñó la costa. Tenía la buena presencia vagamente vasca, de pelo negro y ojos oscuros, de lo que el tío Henry de Holliday acostumbraba a llamar «irlandeses morenos».

Holliday levantó el brazo y le indicó con la mano que acercara la barca a la orilla. Al principio el pescador se mostró reacio, pero Holliday rebuscó en el bolsillo, sacó la cartera y de esta, un billete de cien euros que agitó por encima de la cabeza. El pescador se encogió de hombros, recogió el resto del sedal que no se estaba quieto y subió una pequeña ancla Danforth de aluminio. Pareció tardar una eternidad.

—¡Vamos, vamos! —susurró Holliday.

Dirigió otra mirada de inquietud hacia las almenas del castillo; nada todavía. De nuevo se volvió hacia las oscuras aguas del Canal de la Mancha.

El pescador se sentó, encajó los toletes de los remos en los estrobos y dejó caer las palas en el liso mar gris. Se dirigió hacia atrás, haciendo girar los remos cada uno en una dirección, y la barca dio la vuelta rápidamente con la proa hacia la orilla. El pescador remó con energía y la barca se dirigió hacia la costa surcando el agua.

El hombre que iba a los remos se acercó a la playa y, tras echar una sola mirada hacia atrás por encima del hombro, dirigió la barca de nuevo hacia atrás, esta vez dándole la vuelta completa de manera que la popa de la barca quedó mirando a Holliday y a Meg, a unos tentadores tres metros y medio de distancia. En ese momento Holliday vio el nombre pintado con esmero en la popa: *Mary Deare*.

Incluso desde lejos Holliday vio el brillo risueño de los ojos negros del pescador y su sonriente y estrecho rostro. Le recordó al personaje de Otter, el señor Nutria, de *El viento en los sauces*. La simpatía era una reacción natural en un hombre así.

—¿Qué puedo hacer por estos dos empapados náufragos?

El acento era decididamente irlandés, aunque no tenía la entonación de Dublín

con la que Holliday estaba familiarizado. «Puedo» se convertía en «pueo» y «empapados» se volvía «empapaos», con un adormilado y típico relajar de las palabras.

—Sacarnos de la isla. ¡Deprisa! —gritó.

El pescador dejó ver una amplia sonrisa.

—¿Y eso cuánto valdría *pa' ustedé*?

—Ponga usted el precio —le respondió en voz alta Holliday—. Usted sáquenos de una maldita vez de aquí.

—Esa es la franja de precios que un pobre pescador desea oír —respondió el hombre que iba a los remos—. ¿Qué pasa, el mismo diablo les pisa los talones?

—Peor —le dijo a gritos Holliday, confiando en que el tipo fuera tan irlandés como sonaba—. Somatenes ingleses con ametralladoras.

—Jódete, lorito —dijo el pescador, abriendo mucho los ojos—. ¿Eso es de veras?

—Dentro de dos minutos van a empezar a bajar por ese acantilado de detrás de nosotros con cuerdas, como si salieran de una peli de James Bond, y segurísimo que eso sí que es de veras —contestó Holliday.

—Nunca he aguantado a esos puñeteros ingleses, en particular a los maderos; suban a bordo, amigos, y rapidito.

El pescador dio tres fuertes golpes hacia atrás con los remos y la popa de la barca avanzó hasta varar en la playa. Holliday y Meg se subieron.

Media docena de congrios se retorcían, metidos en unos tres centímetros de agua de lluvia, en el fondo del bote, con las bocas abiertas boqueando para respirar, con los largos y viscosos cuerpos dando fuertes golpes mientras se asfixiaban. Flácidos entre los estribos había pequeños calamares bulbosos. El cebo. Holliday y Meg se sentaron, y Meg levantó los pies sin apartar la vista de aquellos gigantes peces con forma de babosa.

El pescador tiró con energía de los remos y se pusieron en marcha, mientras el irlandés hacía muecas de esfuerzo. En menos de dos minutos la isla había desaparecido tras el manto de lluvia. Un achaparrado y oxidado casco empezó a tomar forma delante de ellos. No tenía más de veintiún metros de largo, con una alta timonera en medio del barco y una elevada cubierta de popa detrás. Una corta y oscura chimenea se alzaba en medio de la cubierta de popa. Cerca de la proa había una grúa con aparejos; era una especie de arrastrero de cabotaje.

—¿Qué es eso? —preguntó Meg.

El pescador echó un vistazo por encima del hombro y luego se volvió para mirar a sus pasajeros sonriendo de orgullo.

—Esa es mi niña, el *Mary Deare*, último de los viejos *puffers* o barcos de vapor de Clyde, y yo soy su capitán, Sean O'Keefe, ¿no?

—OH, bueno, uno no es más que un paleta de Cork City, condado de Cork, nada más, ¿no? —dijo O’Keefe, pronunciando Cork como «Caark» y añadiendo la pregunta especialmente irlandesa al final de las frases.

Cómodamente sentado en una acolchada silla giratoria atornillada a la cubierta de acero de la timonera, pilotaba el *Mary Deare* hacia el suroeste cruzando Mount’s Bay hacia Land’s End, atravesando a ciegas las grises y deprimentes cortinas de lluvia torrencial, con un ojo en la pantalla de radar que quedaba a su izquierda y el otro en la flotante aguja magnética que había delante del anticuado timón de madera. Holliday estaba al lado de O’Keefe, vestido con ropa que había tomado prestada del armario del irlandés. Eran más o menos de la misma talla, aunque las mangas de la camisa de franela de cuadros rojos le quedaban un poco cortas.

—¿Gobierna usted el barco solo? —preguntó Holliday.

Llevaban a bordo casi una hora y no había visto ni rastro de tripulación.

—*Mary* es más una barca que un barco, ¿no? —dijo O’Keefe—. Pero sí, no hay tripulación, si eso es lo que pregunta. Estamos completamente solos.

—Debe de ser duro —dijo Holliday.

—No tanto. El desplazamiento del *Mary* no es mayor que el de un yate de motor que sea muy grande. Y no es que yo haga mucho transporte pesado, ¿no? Si no hay puerto, mandan una barcaza con tripulación para sacar el cargamento, y si hay puerto envían un bote con un par de hombres para atracar, y hay estibadores en el muelle. Así es como funciona, ¿no? Los *puffers* se llevaron ciento sesenta años subiendo y bajando por las costas del mar de Irlanda. Barcos de avituallamiento los llamaban, ¿no? Barcos que llevaban suministros a las Islas de Arán y las Hébridas, lugares apartados. Todo el mundo tiene que comer, ¿no? Tenían poco calado y eran estrechos de manga, menos de cinco metros y medio, para entrar en los canales.

—Me imagino que el *Mary Deare* no será tan antiguo, ¿verdad? —dijo Holliday.

—No, no —dijo O’Keefe, y se echó a reír—. Mi *Mary* es una muchachita. Lo construyeron en 1944 J. Pimblott and Sons junto al río Weaver, en Cheshire. Lo usaron para transportar agua en Rosyth durante la guerra, y luego el almirantazgo lo dejó en dique seco. Durante un tiempo fue transbordador de carga desde Ardrossan, en North Ayrshire, hasta la isla de Man, que fue donde lo compré regalado, ¿no?

—¿Qué clase de cargamento transporta usted? —preguntó Holliday.

Por alguna razón, sospechaba que la carga no siempre era legal. Un barco con tan poco calado como el *Mary Deare* podría arrimarse mucho a la orilla en noches claras y tranquilas, las *Moonraker nights*, propicias al desembarco de alcohol.

—Cualquier cosa por la que una persona esté dispuesta a pagar —contestó

O'Keefe, al tiempo que miraba a Holliday con los negros ojos brillantes y la pequeña boca fruncida en una sonrisa.

—Entonces es usted capitán de un vapor volandero itinerante —dijo Holliday, asintiendo.

O'Keefe bajó la voz hasta adoptar un sonoro timbre de barítono y declamó:

—«He sido rey, he sido esclavo, y no hay nada, ya sea bufón, granuja o truhán, que no haya sido, pero un sinfín de cabezas han descansado en mi pecho».

—William Butler Yeats —respondió Holliday al instante, y procedió a recitar el texto entero de *El Segundo Advenimiento*.

—Jesús, María y José —dijo O'Keefe, con los ojos muy abiertos y manifiestamente impresionado—. Se sabe de memoria toda la puñetera cosa y, mejor aún, ha pronunciado usted su nombre estupendamente.

—En mis clases sobre la Primera Guerra Mundial les ponía *El Segundo Advenimiento* a mis alumnos. Sigo pensando que es una de las mejores obras líricas que se hayan escrito nunca. Sin ninguna duda, es tan bueno como cualquier poema de Shakespeare.

—¿Qué hace un maestro yanqui huyendo de los *Gardai* en St. Michael's Mount? —preguntó O'Keefe, alzando una oscura ceja.

—Daba clases de historia militar en West Point... y además es una larga historia —contestó Holliday.

—Se tarda una noche y un día en llegar a Wicklow Town, que es adonde vamos, ¿no? —dijo O'Keefe—. Todo el tiempo del mundo, y nada me gusta más que una buena batallita, chico.

En ese momento Meg entró por la estrecha puerta de la escalera de cámara, detrás de los dos hombres, vistiendo un viejo mono de algodón azul de O'Keefe que le quedaba absurdamente grande. Tenía los puños remangados y también las mangas. La palabra «linda» apareció de repente en la cabeza de Holliday. Más valía no ir por ahí, se dijo.

—¿Me he perdido algo? —preguntó ella en tono alegre.

—Justo ahora íbamos a ponernos a ello, guapa —dijo O'Keefe—. Aquí su amigo Doc estaba a punto de contarnos una historia.

Avanzaron lentamente por la costa de Cornualles mientras que Holliday hablaba. La lluvia amainó un poco cuando rodeaban Land's End, entre la pedregosa costa y el faro de Longship. Allí torcieron hacia el norte para encarar el largo viaje de subida por el mar de Irlanda. Yendo a la respetable velocidad de ocho nudos tardarían veinticuatro horas enteras. Cuando se hizo de noche, la agotada pareja se fue a dormir; Meg en el camarote del capitán, justo detrás de la timonera, y Holliday en el camarote más pequeño del maquinista, más hacia la popa.

Al amanecer O'Keefe despertó a Holliday y le dio una breve lección sobre cómo seguir un rumbo: mantener la aguja de la brújula alineada con una única demora a lo largo de la costa irlandesa, observar la pantalla de radar por si aparecía cualquier

parpadeo descarriado, y si no veía nada en aquellas rutas marítimas, bastante concurridas, echarse siempre hacia la derecha.

Mientras O'Keefe echaba un sueñecito en su sala de estar, Holliday llevó al lento y pesado *Mary Deare* por delante de Tremore y de Rosslare Harbour, Wexford y Enniscorthy, y luego subió hasta Courtown, donde O'Keefe volvió a coger el timón.

Mientras el irlandés pilotaba el barco manchado de herrumbre, Meg y Holliday improvisaron una comida en la pequeña cocina que había encima de la vieja sala de calderas; prepararon bocadillos de huevo frito, lonchas de tocino entreverado y rodajas de tomate sobre gruesas rebanadas de pan de soda irlandés, que O'Keefe, quién sabe cómo, se las había arreglado para hacer él mismo en el minúsculo horno de la cocina.

Prepararon café y lo subieron todo a la timonera, donde tomaron una merienda informal en la pequeña mesa de cabina del rincón. Una hora después de aquella comida de primera hora de la tarde, la ciudad de Arklow pasó por el costado de babor y al cabo de otra hora doblaron Wicklow Head y llegaron a los rompeolas del viejo puerto, que avanzaban como si quisieran abrazarlo. O'Keefe metió con cuidado el *Mary Deare* entre las escolleras de los rompeolas, y luego, puso marcha atrás el motor y, sujeto por un solo cabo a tierra, se acercó al muelle como si aparcase un coche en cordón.

—Hace usted que parezca fácil —dijo Holliday, al tiempo que un par de hombres de aspecto fibroso, con gruesos jerséis y botas de goma, agarraban los cables de amarre y arrimaban bien el barco.

—Para mí lo es.

El irlandés se encogió de hombros y le echó un vistazo a su reloj de pulsera. Era sencillo, con esfera negra y números blancos, y evidentemente muy antiguo. Al instante Holliday supo lo que estaba mirando. Era un reloj militar Hanhart alemán, un clásico de la Segunda Guerra Mundial.

—Interesante reloj —dijo.

—De mi padre —dijo O'Keefe—. Se lo quitó a un piloto alemán allá bajando por la carretera, en Arklow.

—¿Qué hacía un piloto alemán en Arklow? —preguntó Holliday.

—Bombardearlo —dijo O'Keefe—. Se quedó sin gasolina y se estrelló en la ría. Mi padre salió remando en una barca y lo sacó del agua antes de que la marea se lo llevara.

—¿Qué le ocurrió al piloto?

—Mi padre lo mató con su vieja escopeta de tiro de pichón y luego le cogió el reloj. El hijo de puta le había matado al hermano en el bombardeo, ¿no?

O'Keefe puso el telégrafo de máquinas en «parar», se apartó del timón y se desesperó.

—¿Cuánto tiempo estaremos aquí? —preguntó Holliday.

—Todo el que usted quiera —dijo el irlandés, y se encogió de hombros—. No

llevo lo que podría decirse un plan estricto. Tengo unas cuantas cosas que recoger para dejarlas en el norte, pero nada que no pueda esperar un día o dos.

—Es que he pensado que estaría bien que estiráramos las piernas.

—No faltaba más. Voy a preparar estofado irlandés y *boxtys* para merendar, pero no estarán hasta dentro de un par de horas.

—Volveremos —le aseguró Holliday.

En lugar de entrar directamente en la ciudad, Holliday y la hermana Meg torcieron una vez pasado el cobertizo de la lancha de salvamento, al otro lado de la escollera del lado sur, y subieron por un pedregoso sendero hasta los riscos que quedaban por encima del puerto. Allí estaban las ruinas de algo que tal vez hubiera sido un viejo castillo, y había unas vistas despejadas y luminosas que cruzaban todo el mar de Irlanda hasta las lejanas y brumosas colinas de Gales, allá en el horizonte. Holliday se imaginó a un vikingo de pie, donde él estaba ahora, mirando al mar y preguntándose qué mundos le quedaban por conquistar.

—Debería haber una placa o algo así —comentó Meg mirando las negras ruinas de piedra de la antigua fortaleza.

—A los irlandeses no se les da demasiado bien ese tipo de cosas —dijo Holliday—. Una vez fui a un congreso en el University College de Cork. Iban a construir un aparcamiento cerca del río, y durante las excavaciones para cimentar se encontraron con los restos de todo un asentamiento vikingo, quizá el primer asentamiento de Cork. Pues en lugar de llamar a un equipo de arqueólogos, se limitaron a colocarle una gruesa lámina de plástico y edificaron directamente encima. Bastante tosco.

Fueron por los riscos hasta Wicklow Head. Era un lugar inclemente y gélido, hecho de sombrías colinas y acantilados que sobresalían hasta meterse en el mar. En una tormenta debía de ser espantoso, y con niebla, peligroso para los barcos y para cualquiera que fuese tan estúpido como para caminar por los acantilados.

—*Cumbres borrascosas* —Meg sonrió, mirando por encima del agua centelleante—. Catherine llamando a Heathcliff por todo el páramo.

—Hace que uno se pregunte por qué vive la gente en sitios como este —dijo Holliday.

—Lo mismo podría decirse de Minnesota en invierno. Todo depende de a lo que se esté acostumbrado.

—Supongo que sí. —Gruñó Holliday.

Dieron media vuelta para regresar a la carretera de Dunbur y volver a la ciudad.

—¿Qué opina de O’Keefe? —preguntó él por fin.

—Fue una suerte que estuviese allí en St. Michael’s Mount —contestó Meg.

—Suerte es poco —dijo Holliday.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Piénselo —dijo Holliday—. Un asalto de polis del SWAT como aquel no se organiza a la carrera. Ha de organizarse, y eso lleva su tiempo. Alguien sabía que íbamos a estar allí.

—¿Quién? —dijo Meg—. ¿Esos míticos espías vaticanos suyos?

—Alguien que nos sigue la pista a través de mi tarjeta de crédito —dijo Holliday—. Es la única forma en que pueden haberlo sabido.

—¿Quién haría eso?

—Los únicos que se me ocurren son la Policía de Venecia —dijo Holliday—, pero resulta exagerado.

—¿Y aquel calvo de Praga, o el hombre que usted... mató en la barca? ¿El que dijo usted que era un asesino?

—Supongo que sí, aunque tampoco tiene mucho sentido.

—¿Y qué tiene que ver nada de eso con el señor O'Keefe?

—¿No le parece que es bastante casualidad que el *Mary Deare* estuviera fondeado a quince metros de la costa justo cuando lo necesitábamos?

—Esas cosas pasan —dijo Meg.

—Solo en las reposiciones de *Colombo*. —Gruñó Holliday—. O'Keefe estaba esperándonos a nosotros, tan seguro como que aquel grupo de los SWAT sabía que íbamos a estar allí. Teníamos que subir a bordo, teníamos que escapar.

—Tal vez debiera usted consultar a alguien para estos delirios paranoicos suyos —dijo Meg en tono escéptico.

—No creo que sea un delirio en absoluto. Creo que lo que se pretendía era apartarnos de la acción, convencernos de que éramos fugitivos que huían. Alguien nos sigue la pista, a nosotros y a lo que estamos haciendo. Alguien que quiere que sigamos desentrañando indicios hasta que encontremos lo que buscamos.

—Eso es una completa y total chifladura —dijo Meg—. Ni siquiera sabemos lo que estamos buscando.

—Usted esté alerta cuando hable con O'Keefe; no es el despreocupado duende de leyenda irlandesa que finge ser —le advirtió Holliday—. Es que es demasiado bueno para ser cierto.

La ciudad de Wicklow propiamente dicha tenía el aspecto de un anciano o una anciana que intentaran de forma desesperada remedar a la juventud. Las fachadas de las tiendas estaban pintadas de distintos y vivos colores, pero todos los tejados de pizarra se combaban y no había ni un edificio en High Street que tuviera menos de ciento cincuenta años. Charles Dickens se habría sentido allí absolutamente como en casa. Para ser una ciudad de diez mil almas tenía una extraordinaria cantidad de bares-restaurantes: diecisiete según el cálculo de Holliday.

Las aceras eran estrechas, el tráfico agobiante y todo tenía aire de necesitar reparación. Había tantos pegotes de chicle viejo y prensado en las aceras que parecía una especie de adorno de incrustación. Aunque no solo por eso, Holliday destacaba por su tamaño; por lo visto el wicklowneño medio era bajo, y la wicklowneña media era a la vez baja y tendiendo a gorda. Una pandilla de adolescentes vestidos de magenta y gris que avanzaban con paso enérgico hicieron que Holliday y Meg tuvieran que bajarse de la acera; tres cuartas partes de ellos iba fumando, todos hablaban y

ninguno hacía el menor caso de nadie más.

Se detuvieron en la Oficina de Turismo local, la Céad Míle Fáilte (cien mil bienvenidas), y cogieron un folleto.

—Aquí dice que el nombre gaélico de Wicklow significa «Iglesia del Desdentado o del Incompetente» —dijo Meg.

—El Incompetente... —dijo Holliday, mirando el deprimente montón de edificios de colores pastel—. Parece bastante adecuado.

—Los *boxtys* son tortas de patata.

—¿Cómo?

—Lo que Sean está cocinando para la cena —contestó Meg.

—Apuesto a que no se llama Sean siquiera. Probablemente sea John, pero a las chicas les gusta más Sean. —Holliday meneó la cabeza—. Incompetente... —murmuró.

Llegaron a lo que pasaba por ser una plaza urbana en Wicklow: un triángulo de hierba del tamaño de un pañuelo con una valla de hierro forjado de unos setenta centímetros de altura alrededor y una estatua en medio. La estatua representaba a un hombre barbudo de rostro arisco vestido con un anticuado uniforme de capitán de barco. Tenía aspecto de estreñido, pero al parecer casi todos los hombres y mujeres de la época victoriana tenían ese aspecto. Según el folleto era el capitán del *Great Eastern*, el barco que tendió el primer cable transatlántico. Alguien había pintado con espray rosa fluorescente «¡Pat Kenny es un capullo & un gilipollas!» por toda la base del monumento.

En la plaza había unos grandes almacenes en miniatura; Holliday y Meg se las arreglaron para comprar ropa y mochilas donde guardarla, y luego continuaron el paseo. Se metieron por Bridge Street y volvieron a bajar la cuesta hacia el puerto. Entraron en Bridge Books, un edificio parecido a una casita de campo con pisos encima de la tienda, todo ello pintado de un horroroso tono aguamarina, y preguntaron si en la librería había algo acerca de la isla de Iona.

Holliday no esperaba nada en absoluto y se sorprendió al ver que tenían dos libros: una historia de Iona desde la fundación de la abadía en el siglo VI hasta la actualidad, donde se incluía un mapa detallado, y además, un libro de rezos de la abadía de Iona. Holliday se compró la historia y la hermana Meg se compró los rezos.

Después de recorrer Wicklow volvieron al barco y ayudaron a O'Keefe a preparar la cena. Aquella noche se quedaron en el puerto, y a la mañana siguiente, al alba, se dirigieron hacia el norte.

**S**EGÚN el reverendo James Walker, autor del libro *El vuelo de los gansos salvajes: una historia de la Sagrada Ínsula de Iona desde la edad antigua hasta la actualidad*, Iona es una isla de unos siete kilómetros y medio de largo y tres de ancho situada a kilómetro y medio de la costa de la Isla de Mull, un lugar mucho mayor, aunque igual de solitario y azotado por el viento, de las Hébridas Interiores de la costa occidental escocesa.

Para el pastor de la iglesia presbiteriana escocesa es «un lugar infértil y pobre»; tan aislado y distante del mundo que se encuentra en ese espacio reducidísimo que existe entre la realidad y las cosas espirituales, algo, pues, que la acerca mucho más a Dios. Después de los ancestros humanos de la Edad de Piedra, su primer ocupante fue un santo de Irlanda, san Columba, un clérigo-soldado desterrado a quien echaron a patadas de su país por capitanear el bando de los perdedores durante la batalla de Cul Dreimhne el año 561 d. C.

Columba llegó a Iona dos años después, llevando consigo doce hombres, y fundó un monasterio. A cada monje se le pidió que levantara un *cairn* de piedras en la playa equivalente a los pecados de su vida, y los restos de esos *cairns* aún se ven en la playa, que ahora se conoce con el romántico nombre de «La bahía del fondo del océano».

Después de San Columba llegaron los vikingos, y después de los vikingos una bandada de monjas benedictinas, con su correspondiente sacerdote y una priora, y después se estableció una abadía, construida en 1202. Las monjas construyeron un convento para acompañar al monasterio, y un pueblo, Baile Mòr, expresión que, irónicamente, significa «Ciudad grande». En aquel terreno pedregoso y cenagoso no crecía ningún cultivo pero se criaban ovejas, que se alimentaban de la aulaga agitada por el viento y de la raquítica hierba, y la lana resultante se recogía y se hilaba. Una vida pobre era cuanto la isla ofrecía, y una vida pobre era todo lo que se necesitaba.

A medida que pasaron los decenios y los siglos, Iona difundió la palabra de Dios primero a los cobardes y paganos ingleses, y luego a Francia y el resto de Europa. Para cuando Jean de Saint-Clair y la beata Juliana llegaron a Iona en su buque veneciano, el *Santa Maria Maggiore*, en 1307, la isla ya se consideraba santa, y al menos cincuenta y seis reyes de Escocia y Noruega estaban enterrados allí, por no hablar de cuatro reyes irlandeses, un santo y un antiguo líder del Partido Laborista británico llamado John Smith que había disfrutado sus vacaciones en Iona varias veces.

El *Mary Deare* se topó con la Santa Ínsula a la mañana siguiente, dos horas después del amanecer; la bruma aún se mantenía sobre el angosto estrecho que

separaba Iona y Mull, y la isla en sí no era más que una fina línea verde que se elevaba solo un poco por encima del verde más oscuro del mar. A medida que se acercaron a la isla y la bruma despejó, Holliday vio algunas casas dispersas al pie de una baja colina con dos jorobas.

Las casas parecían otras tantas gaviotas sueltas y posadas por la orilla, con los tejados de oscura pizarra y las paredes encaladas de un radiante blanco que resplandecía al sol naciente. En el extremo norte de la isla vieron una segunda colina, mucho más recogida pero mucho más alta que la de las casas apiñadas abajo. La segunda colina debía ser el célebre Dun I, la montaña de Iona, que san Columba llamaba monte Sión y las monjas y clérigos que llegaron tras él, Monte del Templo. Según el reverendo Walker en su libro, la cumbre de Gun I era el lugar preferido de San Columba para meditar mientras echaba la vista atrás inútilmente para ver si divisaba su amada Irlanda. En realidad la tierra más cercana estaba a mil setecientas millas náuticas de distancia, en la península de Avalon, en Terranova, donde se estableció el primer asentamiento europeo del Nuevo Mundo.

O'Keefe comunicó por radio con el capitán del puerto y entraron con cuidado en la minúscula bahía para dejar el barco pegado al sencillo muelle de piedra y hormigón que sobresalía de la pedregosa orilla. Al otro lado del muelle el *Loch Buie*, un pequeño transbordador de pasajeros y vehículos, cargaba excursionistas que regresaban a Fionnphort, en la isla de Mull, a kilómetro y medio de distancia al otro lado del angosto estrecho, hacia el este.

A juzgar por las nubes color gris acero y la cortina plateada que se tendía sobre Mull, allí estaba lloviendo a cántaros, pero un suave y cálido sol se dignaba acompañar a Iona, justo con la brisa suficiente para hinchar las velas de un escuadrón de *scouts* marinos que, en veleros de clase Láser Bug, hacían una carrera en torno a la pequeña isla.

—Es preciosa —dijo Meg mientras bajaban del barco.

Holliday, que iba tras ella, se volvió a mirar la timonera del *Mary Deare* y vio que O'Keefe seguía al timón. Cuando había declinado la invitación de Meg para que fuera con ellos les dijo que tenía trabajo que hacer en la sala de máquinas, pero allí estaba, hablando por el micrófono de la radio.

Holliday no se molestó en comentarle a Meg sus crecientes sospechas; estaba prendada de la zalamera y sonriente simpatía de aquel hombre. El día antes, de pie al timón, O'Keefe había canturreado en voz baja una serie de lloronas baladas irlandesas como *Four Green Fields* y *The Rising of the Moon*. Holliday había intentado provocarlo para que revelara cómo era de verdad, y comentó en tono despreocupado que, a su juicio, si los irlandeses se peleaban tanto era, sencillamente, porque les gustaba mucho pelearse; después de todo, eran la única nación del mundo que le había puesto nombre a un barrio de la capital por un estilo de trifulca de borrachos: Donnybrook. O'Keefe se había limitado a sonreír diciendo: «Bueno, pues es la puñetera verdad, ¿no?».

Holliday se volvió de nuevo y siguió a la hermana Meg por el muelle. O'Keefe no era un irlandés de Hollywood; allí pasaba algo más grave y más siniestro. Cuando regresaran al *Mary Deare* iba a averiguar exactamente lo que era. Tal vez el primer paso fuese echar un vistazo por la bodega del viejo *puffer*.

Holliday y Meg se abrieron camino por entre la multitud de pasajeros que iban y venían, y llegaron al final del muelle. Delante de ellos alrededor de una docena de hombres que lucían cortes de pelo a lo «marine» y llevaban inmensas bolsas negras de deporte exactamente iguales reían y hablaban juntos.

Holliday se mantuvo a bastante distancia y los observó con atención hasta que vio que vestían cazadoras negras a juego; en la espalda, estampadas con grandes letras, se leían las palabras: «Equipo de paintball 48.<sup>a</sup> Ala de cazas, Lakenheath». Pilotos de las fuerzas aéreas, del Ala Estatua de la Libertad, con base allá abajo en Suffolk. Una vez en el extremo del muelle, Holliday se dirigió a un hombre con pinta de lugareño vestido con botas de goma y un andrajoso jersey de cuello vuelto, y le preguntó cómo llegar a la abadía. El lugareño señaló un pequeño edificio blanco que había cerca de la orilla, a izquierda del muelle.

—Esa es la *oficina'e correos* —dijo con sorna—. Él le dirá bien por'onde ir...

Se rio de su chistecito, carraspeó y escupió en el agua. Holliday y Meg fueron a la oficina de correos. Un hombre de aspecto serio llamado Mockitt les indicó el camino hasta la abadía donde trabajaba el pastor Walker. Holliday compró una barrita Mars de un expositor que había en el mostrador y salieron de la oficina.

Subieron por un camino de grava hasta la carretera principal que iba de norte a sur. No se veía ni un solo coche; la carretera estaba llena de excursionistas, con alguna tambaleante bicicleta de alquiler aquí y allá. El viento arreciaba, y Holliday se volvió a mirar hacia Mull. Luego partió la pegajosa barrita Mars en dos y le pasó el trozo más grande a Meg.

—Aquí fríen las barritas Mars —comentó.

Le dio un bocado a la chocolatina, tan dulce que dolían los dientes.

—¡Venga ya! —respondió Meg.

—De verdad de la buena. Con el mismo aceite de las patatas fritas.

—Eso es repugnante —respondió Meg.

—Adonde fueres... y todo lo demás —dijo Holliday, y dejó ver una amplia sonrisa. Le dio otro bocado a su porción y se relamió—. Ñam, ñam.

—Ahora el que resulta repugnante es usted.

Los *scouts* marinos habían desaparecido detrás de la lluvia torrencial, frente a la costa de la isla más grande. Holliday dejó ver una amplia sonrisa; estarían empapados y pasándose en grande, libres de la preocupación de sus madres por si cogían un resfriado de muerte.

Con los cadetes de West Point pasaba exactamente lo mismo: les sentaban de maravilla las enfangadas maniobras bajo la lluvia o la pista de obstáculos; allí se les ponían los uniformes muy sucios, las caras más sucias todavía y los ojos brillantes.

Echaba de menos a los chavales y la enseñanza. Echaba de menos West Point, algo que no creía que fuese posible. Y sobre todo echaba de menos a Amy, como supo que le ocurriría ya cuando ella agonizaba, más de diez años atrás. Miró hacia la carretera que tenía delante; Meg se había adelantado unos cuantos pasos, y Holliday fue pensando en Amy todo el camino hasta la abadía.

Las señas que les había dado Mockitt eran correctas; la abadía estaba situada en terreno un poco en pendiente, más o menos a kilómetro y medio de la ciudad. Era un grupo de edificios de piedra gris, apiñados en la escasa tierra; una baja cerca de piedra discurría paralela a la carretera durante alrededor de un centenar de metros, rodeando un impersonal campo de aulagas.

Para como solían ser las abadías, aquella no tenía nada de excepcional salvo su emplazamiento aislado. Según la guía del pastor Walker se había construido en 1203 en el emplazamiento de la primitiva iglesia parroquial de San Columba, y con los años se había ampliado hasta contar con un refectorio, un convento de monjas cercano e incluso un *scriptorium*, en el que se decía que se había creado el magnífico manuscrito iluminado conocido como el *Libro de Kells*: la posesión más preciada de Irlanda, aunque su origen estuviera en la pequeña isla escocesa.

Encontraron a Walker en el refectorio, al otro lado del claustro: un hombre corpulento que, subido en una escalera de mano, frotaba lo que parecía ser un cuadrado del envoltorio transparente que se usa para los alimentos contra algo que había en lo alto de la pared, entre dos estrechas ventanas.

El pastor era grande en todos los sentidos de la palabra: alto, panzón, pelirrojo, con una poblada barba y un tupido bigote rizado. Al notar la presencia de los recién llegados, el grandón se volvió un poco en la escalera de mano. Como muchos hombres de su tamaño era muy airoso de movimientos. Llevaba unas anticuadas gafas de carey, y las cejas asomaban por encima de los cristales como rojas orugas peludas.

—Hola, hola —dijo, con una amplia sonrisa en el rostro—. Han venido a ver a un ministro de Dios caer en desgracia, ¿no? —soltó una resoplante carcajada—. ¡No sería la primera vez, eso sí que es bien seguro!

El acento era escocés pero el arrastrar de las erres se había suavizado a fuerza de años en otro lugar. Así a ojo, Holliday apostó por Cambridge o quizá Oxford.

—¿Pastor Walker?

—Ese soy yo —dijo el grandón.

Se bajó de la escalera, les tendió la mano y los saludó con mucha corrección. Primero estrechó la de Holliday y luego la de Meg. Estos se presentaron.

—Estoy sacando moldes de unas cuantas marcas de cantería más. Se las encuentra uno en los sitios más raros.

Alargó la mano para enseñarles las pequeñas impresiones invertidas de los enigmáticos glifos: flechas, números cuatro puestos al revés, letras metidas en un círculo, dos «X» una junto a otra.

El pastor había hecho los moldes con una especie de plastilina.

—Se llama masa-flex —les explicó—. No es masa en absoluto, claro, es una especie de plástico. Lo utilizan quienes han sufrido un derrame cerebral para ejercitar las manos, pero es una matriz perfecta para sacar impresiones de molde. Con ella hago reproducciones de yeso de todas las marcas.

—¿Para qué servían? —preguntó Meg—. Las marcas, quiero decir.

—Cada maestro cantero tenía una marca distinta —explicó el pastor—, y a todos los sillares que ponía les grababa la marca con vistas al pago. A veces también se utilizaban como adorno, o para mostrarles a los canteros posteriores quién los había precedido. También se empleaban muchísimo en la francmasonería. Sígueme y les enseñaré unas que saqué ayer. La verdad es que es muy divertido.

El pastor fue a la parte delantera del refectorio donde había un gran crucifijo en la pared. Debajo del crucifijo se había construido una mesa con una puerta colocada encima de dos borriquetes. Holliday y Meg fueron detrás, y él les enseñó al menos un centenar más de aquellas enigmáticas marcas, *graffiti* de hacía casi mil años. De pronto Holliday se quedó completamente inmóvil.

—Esa —dijo, señalando una de ellas—. ¿De dónde era?

—¿Esa? Sí, es un poco rara. En realidad es la primera vez que veo una así.

—¿Es la única que hay en la iglesia? —preguntó Holliday.

—Que yo sepa, sí —dijo Walker—. ¿Qué ocurre, joven? Está blanco como el papel.

Holliday estuvo a punto de echarse a reír. Hacía mucho tiempo que no lo llamaban «joven».

—He visto un fantasma —dijo, esbozando una sonrisa. El pequeño pegote de masa-flex color rojo vivo llevaba la marca de Saint-Clair: una cruz engrialada. Era inconfundible—. Esa de la cruz, ¿dónde la encontró usted?

—En el bajotierra —contestó el reverendo Walker.

—¿Qué es el «bajotierra»? —preguntó Holliday.

—Una cripta, si está debajo de una iglesia; una zona de almacenamiento en el sótano en cualquier otro lugar —explicó Meg.

—Muy bien, hija —dijo Walker, impresionado.

—¿Y aquí? —preguntó Holliday.

—En tiempos el refectorio era el comedor de la abadía, y en un principio el bajotierra era la cocina. Al final el bajotierra se usó como cripta, tal como ha dicho su amiga —respondió Walker—. Saqué esa impresión justo de encima de una de las viejas losas sepulcrales.

—¿Era de un caballero? —se apresuró a decir Meg.

—¡Dios mío! —dijo Walker—. ¿Cómo diantres lo ha sabido?

Meg se quitó la mochila, rebuscó en ella y sacó el pequeño libro de rezos que había comprado en Wicklow. Hojeó las páginas hasta que llegó a la oración que buscaba, y empezó a recitar:

«Señor Dios, en el templo de Jerusalén coronado,  
A nuestro firme soldado y a Tu doncella pedimos,  
Solo por Tu gracia y favor encontrados,  
Que como criados tuyos terminemos la tarea.  
Sálvanos de nuevo de la regia venganza de Satanás  
Y danos las santas alas de María para que volemos  
Hasta la más lejana orilla de arena,  
Y que así guardemos Tus tesoros en lugar seguro  
En el abrazo de los pálidos brazos de la Arcadia una vez más».

—Asombroso —dijo Walker—. La plegaria del Caballero. Una de las oraciones documentadas más antiguas de la abadía.

—De 1307, para ser exactos —dijo Holliday.

—Esto se pone cada vez más curioso —dijo entre dientes Walker, al tiempo que clavaba la vista en ellos con gesto de atención—. ¿Cómo es posible que sepan ustedes cuándo se escribió la plegaria? Ni siquiera yo lo sé.

—Porque sabemos quiénes eran la «doncella» y el «firme soldado», y además sabemos exactamente cuándo vinieron aquí y por qué —dijo Holliday—. Y ahora enséñenos, por favor, dónde encontró usted esa marca de cantería en concreto.

**E**L bajotierra del refectorio era una larga cámara de techo bajo que sostenían una serie de cuatro gruesos pilares de piedra en el centro. Había una escalera en el extremo oriental y un pequeño silo de alimentos en el extremo occidental. Entre la escalera y el silo subterráneo había veinte losas sepulcrales de piedra pegadas a la pared norte, con las superficies casi borradas. En la pared, encima de cada losa, colgaba un calco hecho en latón, en blanco sobre negro.

Walker, Holliday y la hermana Meg recorrieron el pasillo que quedaba entre las losas y los pilares, y Holliday fue mirando con atención los calcos de las planchas sepulcrales. Al llegar a la novena losa se detuvo y miró fijamente el calco.

—Esta es —dijo.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Walker, fascinado por la historia que le habían contado.

—El escudo está cuartelado —dijo Holliday señalando la borrosa imagen del calco—. En el cuartel superior izquierdo tiene usted la cruz engrialada de Saint-Clair, en el superior derecho tiene la imagen de un buque veneciano con una vela latina, y en el cuartel inferior tiene dos medialunas, ambas mirando hacia dentro. Si fuera en colores, las dos medialunas probablemente serían verdes... islas.

—Imaginativo, ¿pero cómo sabe que son islas? Muy bien pudieran representar lunas, o incluso medialunas árabes.

—El poema... —dijo Meg; de repente lo entendía como Holliday—. «Y danos las santas alas de María para que volemós hasta la más lejana orilla de arena» —recitó—. «La más lejana orilla»... el otro lado del Atlántico.

—¿Y la «arena»? —preguntó Walker.

—Según el libro, en un principio los poemas se escribieron en gaélico... todos menos la plegaria del Caballero. Esa estaba escrita en francés —dijo Holliday.

—Exacto. El francés era el idioma de la caballería. Casi toda la aristocracia lo hablaba en tiempos medievales —dijo Walker, que aún parecía estar un poco perplejo.

—En francés *sable* significa «arena», como en una playa —añadió Meg.

—Ah, entonces estupendo —argumentó Walker—. Eso les facilita mucho la búsqueda, ¿no? Simplemente, busquen una playa arenosa en algún lugar de la costa oriental de América del Norte y ya está.

—Toda la plegaria está escrita como un código —dijo Holliday—. La respuesta está en ella también.

—Vaya, hombre —dijo el voluminoso pastor, y suspiró—. ¿Es que todo ha de ser una especie de código? Ya pasa de castaño oscuro, ¿no les parece? Los Iluminados de

Baviera, los masones, el Opus Dei... ¿Por qué todo el mundo ve conjuras religiosas por todas partes hoy día? —Meneó la cabeza—. Ya a nadie le importa tanto la religión, créanme.

—Pero sí que les importaba allá en el siglo XIV —dijo Holliday—. No es preciso tergiversar la realidad para ver el sentido de la plegaria. —Cogió el libro de las manos de Meg—. «La regia venganza de Satanás» es el rey Felipe de Francia que mataba a los templarios. «Las santas alas de María» son las velas del *Santa Maria Maggiore*, el barco donde ellos iban, y «el abrazo de los pálidos brazos de la Arcadia» se refiere casi con toda seguridad a Nueva Escocia, en las provincias canadienses que limitan con el Atlántico; un lugar que en un principio se conoció como Arcadia. Para colmo la inscripción de la tumba de Jean de Saint-Clair, en la vieja capilla del Mont Saint-Michel, en la costa normanda de Francia, dice: «*Et in Arcadia Ego*».

—Todo eso es muy entretenido, pero sigue pareciéndome bastante imaginativo.

—Es que es bastante imaginativo —dijo Holliday—. Imaginativo de narices.

—Así pues, estará usted de acuerdo en que su mensaje cifrado y unos cuantos viejos calcos podrían quedar en nada.

—Desde luego —dijo Holliday—. Pero hasta ahora ese mismo tipo de pistas imaginativas nos ha guiado desde el Mont Saint-Michel hasta Praga, luego hasta el Archivo de Venecia, después hasta St. Michael's Mount y, por fin, hasta aquí. Hay una pauta y una lógica en todo ello.

—Coincidencia —argumentó Walker.

—Puede ser —dijo Holliday—. Pero yo apuesto por la imaginación de Jean de Saint-Clair y por la imaginación de la beata Juliana. Estaban rescatando un tesoro oculto de reliquias, escondiéndolas de un rey vengativo y de un papa sediento de poder. Querían llevarse las reliquias lo más lejos posible de ambos hombres, pero querían hacerlo sin provocar una guerra.

»Si el rey Felipe hubiera atacado St. Michael's Mount, eso habría sido la excusa perfecta para que Eduardo II de Inglaterra atacara a su viejo rival. En cuanto a Iona, atacarla habría encendido a Escocia y habría provocado la cólera de los irlandeses, en teoría aliados de los franceses, así como de los nada desdeñables reinos escandinavos.

»Por otro lado, ni Jean de Saint-Clair ni Juliana sabían cuándo volverían para recuperar los tesoros; ni siquiera sabían si volverían. Tenían que dejar pistas de algún tipo; pistas que los sobrevivieran muchísimo tiempo, tal vez centenares de años. ¿Qué mejor lugar que el camposanto de unos reyes? —Holliday sonrió—. La plegaria del Caballero habla por sí sola. Ha sobrevivido más de setecientos años de un modo muy parecido a como ha sobrevivido el padrenuestro más tiempo todavía...

El corpulento pastor se rio de buena gana y aplaudió.

—Bravo, señor Holliday. Casi me ha convencido.

—Pero no del todo —dijo Holliday.

—Lo suficiente como para hacerle a usted otro calco de este su misterioso

caballero —replicó el pastor Walker—. Se lo tendré listo esta noche. Quizá usted y la hermanita quieran ser mis invitados para cenar. Hago un *cabbie claw* muy bueno, aunque esté feo que lo diga.

—Bueno... —empezó a decir Holliday, en tono titubeante.

—Estaremos encantadísimos —dijo Meg—. Tenemos un amigo, un irlandés que nos ha traído aquí. Quizá podamos venir con él.

—Por supuesto. —El pastor sonrió—. ¿Entonces, digamos a las seis? Vivo a mitad de camino entre aquí y la ciudad. Les queda a la izquierda, es la casita de la puerta azul con patos en el jardín. No tiene pérdida. Tengo toda una biblioteca de saber popular de Iona; a lo mejor averiguamos algo más sobre este Jean de Saint-Clair de ustedes. Soy algo así como el historiador oficioso de la isla; si el caballero templario de ustedes forma parte del pasado de Iona, yo debo saberlo.

Holliday y Meg tardaron unos minutos en despedirse de Walker, y luego tomaron el camino de vuelta a la ciudad y al *Mary Deare*. Al llegar a la carretera principal que se alejaba de la abadía se encontraron con un rezagado grupo de turistas que bajaban de Dun I, que con sus cien metros de altitud era el punto más alto de la isla y gozaba de mucho predicamento como punto panorámico para hacer fotografías. Resultaba un poco raro caminar por el centro de una carretera sin que se viera un solo coche, aunque por otra parte eso le proporcionó a Holliday la auténtica sensación de cómo sería aquello en la época de los peregrinos.

Llegaron a la casa del pastor Walker con su puerta azul; no era más que una encalada casa de campo a la que le faltaban la mitad de las tejas de pizarra. Los patos también estaban allí, tal vez una docena, metidos tras una baja cerca de piedra que evitaba que los ruidosos y enfadados animales atacaran a la gente que iba por la carretera.

Justo pasada la casa, a la derecha, Holliday vio un estrecho camino que llevaba a la zona pantanosa conocida como Lochan Mor, el «estanque de peces del Abad»; en tiempos había sido un lago artificial represado para suministrar energía a las antiguas excavaciones de granito, y ahora solo era una cenagosa marisma, atravesada por una calzada de granito que llevaba al páramo de detrás. El cielo estaba color gris acero. La lluvia los había seguido por todo el angosto estrecho.

—¿Coronel Holliday? —preguntó una voz cortés tras ellos.

Holliday se detuvo y se volvió. Justo detrás de ellos estaba un joven con corte de pelo a lo «marine» que vestía cazadora negra y pantalones «chinos» negros. Uno de los jugadores de *paintball*. Del hombro izquierdo le colgaba un par de prismáticos de campaña metido en una funda. El chaval parecía tener unos dieciocho años; demasiado joven para ser uno de sus antiguos alumnos. Tenía la mano derecha metida en el bolsillo.

—Perdone —dijo Holliday—. ¿Lo conozco a usted?

—No tiene que conocerme, señor, solo tiene que hacer justo lo que yo le diga.

Empujó la mano hacia delante sin sacarla del bolsillo y con ella se abrió la

cazadora para que Holliday y Meg vieran el pequeño subfusil metálico negro que colgaba de un portafusil. Atornillado al regordete y pequeño cañón había un grueso silenciador con forma de salchicha.

Holliday sintió que Meg se cogía a su brazo y se agarraba fuerte al ver el arma.

—¿Doc? —dijo Meg.

Holliday no perdió de vista al joven. El arma era un MAC 11 de fabricación estadounidense, la versión subcompacta del MAC 10, que en tiempos era el arma preferida de los malos de *Miami Vice* y series parecidas. El MAC 11 nunca había tenido mucha aceptación en la Policía, el Servicio Secreto o las Fuerzas Especiales. Era un arma de cerrojo abierto, difícil de controlar, y además con una pequeña munición subsónica de calibre 9 mm no tenía mucho poder de detención y solo era útil en entornos cerrados como los aviones. A Holliday no se le ocurría ningún grupo que la tuviese como arma reglamentaria. Todo lo cual quería decir que el joven que estaba delante de él probablemente no formara parte en absoluto del ejército estadounidense.

—¿Quién es usted, hijo? —preguntó Holliday, intentando ganarse al joven.

—Da lo mismo quién diablos sea —dijo el chico—. Usted simplemente dé media vuelta y siga andando. Cuando lleguemos al camino giren a la derecha. Y además no soy su hijo.

Había vehemencia en su voz y en sus movimientos tensos y rígidos. Holliday sabía que era tan probable que apretara el gatillo del MAC 11 por miedo como por cualquier otra cosa.

—¿Doc? —preguntó Meg.

—Haga lo que dice —respondió Holliday.

Llegados al camino, se metieron por él y se dirigieron hacia la zona pantanosa. Cuando salían de la carretera empezó a llover: unos cuantos goterones que caían con fuerza; en las bajas nubes oscuras que tenían encima había la promesa de que llovería más fuerte aún.

—¿Adónde nos lleva usted? —preguntó Meg.

—¡Cierre el pico! —Gruñó el chico del MAC 11.

—*Boro Bacheh Kooni* —dijo Holliday en voz baja—. *Khar Kos seh, maadar jendeh.*

Del joven que iba tras ellos no le llegó ninguna respuesta. Teniendo en cuenta lo que acababa de decirle en persa, no era probable que al chaval hubiera estado nunca en Afganistán ni en Irak.

—*Madar-e-to Gayidam* —añadió Holliday, solo para asegurarse.

Ninguna reacción en el chico de la cazadora. Era un pistolero a sueldo. Un mercenario, aunque un mercenario sin mucha experiencia. Empezó a llover más fuerte, y unos racheados aguaceros cruzaron con estrépito las marismas. Solo había un par de metros de visibilidad por delante, de modo que cabía suponer que ya no los veían desde la carretera tampoco.

—No llevas mucho tiempo haciendo esto, ¿verdad?

—El tiempo suficiente —respondió el joven concisamente, con voz tensa.

—¿Cuántos años tienes, diecisiete, dieciocho...?

—¡Tengo veintiún años!

—Claro que sí. —Gruñó Holliday; su voz rezumaba mofa.

—¡Ya se lo he dicho! ¡Cállese ya, joder!

Holliday redujo la marcha. Había llegado el momento de jugar a los soldados. Inspiró hondo; aquello le venía muy grande al joven del subfusil. Parpadeó para apartarse la lluvia de los ojos y habló.

—Hay una cosa que deberías saber si quieres vivir para ver un nuevo día, chaval: el pestillo del seguro que hay delante del gatillo en la MAC 11 debe estar en la posición trasera cuando se va tan cerca de un prisionero.

Holliday oyó cómo el joven inspiraba el aliento de repente y vacilaba al andar. Probablemente habría bajado la mirada, y su mano derecha estaría saliendo del bolsillo para comprobar el seguro. Tal vez una ventaja de tres segundos.

Holliday giró sobre el pie izquierdo y lanzó el derecho en redondo hacia la cadera del chico, en una patada lateral que hizo que este perdiera el equilibrio del golpe y trastabillara. Entonces atacó con la mano izquierda; con la palma hacia fuera, lo golpeó por debajo de la barbilla. La cabeza del joven se le torció hacia atrás con un chasquido brutal, y el empujón lo lanzó atrás. Sin pensarlo siquiera, Holliday dobló la rodilla y se dejó caer con todo su peso en el pecho del chico.

Se oyó el sonido de costillas que se partían, de hueso que se astillaba, cuando la rodilla de Holliday le metió el destrozado extremo de la tercera costilla por la arteria pulmonar y se la reventó. El joven dio una arcada y la sangre le salió a borbotones por la boca y la nariz. Murió casi antes de saber que estaba en el suelo. Los ojos color azul vivo se le volvieron, y el chico se quedó desmadejado. Holliday se puso de pie.

—¿Está muerto? —preguntó Meg con voz apagada.

—Sí —contestó Holliday.

—¿No podía usted sencillamente haberlo... desarmado?

—No —dijo Holliday, sin dar más explicación ni justificación.

Chaval o no, el joven del subfusil había puesto en peligro sus vidas. En teoría el chico era una especie de soldado, de modo que automáticamente había firmado el contrato que existía entre los enemigos desde que Caín luchó contra Abel: ojo por ojo, ni se pedía ni se daba cuartel. Matar o morir.

—¿Y ahora qué?

—Dele la vuelta y quítele la cazadora —ordenó Holliday.

Meg hizo lo que le decía. Holliday miró a su alrededor. Era imposible que los vieran desde la carretera y no se había efectuado ningún disparo. El único posible problema era que alguien procedente del otro lado de la isla pasara corriendo por el camino, ansioso por resguardarse de la fría y cortante lluvia.

Meg acabó de quitarle la cazadora al chaval y se puso de pie. Holliday se agachó

junto al cuerpo y le quitó rápidamente el portafusil King Arms Bungee y la funda de pistola, y después rebuscó en los bolsillos del chico muerto. Llaves, unas cuantas monedas, inglesas y norteamericanas mezcladas, una gruesa navaja suiza con todas las florituras. Una cartera lo identificaba como Ian Andrew Mitchell, de veintiún años y vecino de Wilmington, Delaware. También tenía un permiso de Delaware para llevar armas ocultas, una pistola ultracompacta Beretta de calibre 9 mm en una funda disimulada pegada a la columna vertebral. El permiso estaba extendido a nombre de Mitchell con autorización de Blackhawk Security Systems, de Odessa, Delaware. El pasaporte estaba extendido a nombre de Andrew Mitchell, que figuraba como asesor de seguridad.

En la cartera había trescientos euros en metálico y varias tarjetas de crédito; Holliday lo cogió todo. Se puso de pie y tiró la cartera y el resto de su contenido a la marisma, todo lo lejos que pudo. Después se puso pegada a la columna vertebral la ultracompacta metida en la funda, se colgó el portafusil y volvió a sujetar el MAC 11 a las correas. Por último se puso rápidamente la cazadora negra y se colgó al hombro los prismáticos de campaña.

—Ayúdeme a llevar el cuerpo tras esa parcela de aulagas —dijo Holliday, señalando hacia un montículo de matorrales bajos que había a unos cuantos metros a la derecha.

Meg cogió una muñeca del chico y Holliday cogió la otra, y juntos arrastraron el cuerpo boca abajo por el esponjoso barro y el césped; después volvieron a dirigirse al camino. Los dos estaban calados, pero el constante aguacero ocultaría todo indicio de pelea en unos instantes.

—Parece usted muy tranquilo —dijo Meg; en su voz había un deje de amargura—. Como si matar niños no le supusiera ningún esfuerzo.

Holliday apretó los dientes; las palabras de la monja desbloqueaban un recuerdo tan fuerte y vivo que podría haber sido del día anterior.

—Da la casualidad de que una mañana yo estaba en la Puerta de los Asesinos, en Bagdad, cuando una niña de nueve años entró por el punto de control. El soldado iraquí que estaba conmigo dijo que era raro que las crías tan pequeñas llevaran el burka completo, con velo y todo. El soldado iraquí le dijo a la cría que se parase donde estaba, pero la cría empezó a correr directamente hacia nosotros. El soldado iraquí le gritó otra vez, pero la pequeña siguió acercándose. Yo llevaba como arma auxiliar una vieja pistola automática de calibre 45. El soldado iraquí se quedó dudando, así que le disparé a la cría en el pecho.

—¿Eso hizo que se sintiera usted mejor? —dijo Meg con frialdad.

Holliday casi sentía de nuevo aquella arena como polvo de talco en la piel; aquella sensación que lo había hecho sentirse mugriento diez minutos después de que se duchara.

—La cría debía de estar a unos dieciocho metros de distancia cuando la alcancé. El chaleco suicida cargado de explosivos que llevaba debajo del burka abrió un cráter

de tres metros y medio de diámetro y un metro de profundidad en la carretera. Los trozos de metralla del chaleco mataron al soldado iraquí. La explosión también mató a dos mujeres que tenían un puesto de fruta más allá de la puerta. La onda expansiva me sacó volando de las botas de combate. Así que no me hable de matar niños, corazón.

Durante un segundo dio la impresión de que la monja pelirroja fuera a decir algo en respuesta, pero se lo pensó mejor.

—¿Bueno, qué hacemos ahora? —dijo por fin, allí de pie bajo la lluvia, con el largo cabello suelto cayéndole en lacias marañas en torno al rostro.

—Este chaval no era un asesino —dijo Holliday—. Era un repartidor.

—¿Y eso qué significa?

—Que nos llevaba a ver a alguien —contestó Holliday—. Tengo la intención de averiguar adónde y a quién.

—**L**O sabía —dijo Holliday, enfadado.

Estaba mirando por los grandes prismáticos de campaña militares Steiner que le había quitado al chaval muerto. Él y la hermana Meg se encontraban en los pedregosos riscos que había por encima de la bahía del fondo del océano, la áspera playa curva que se extendía a lo largo de la orilla occidental de Iona.

Le pasó los prismáticos de campaña a Meg y señaló hacia un punto, al tiempo que mantenía la cabeza baja por si alguien miraba. Seguía lloviendo, y hacía mucho que los dos habían abandonado toda idea de secarse. Varada en la playa estaba una vieja barquita de pesca con motor, una *dory*, pintada de rojo y con la proa vuelta hacia el liso e invariable océano; tenía la popa subida en la arena, y encaramado a la popa había un grande y antiguo motor fueraborda Mercury.

Un hombre sin identificar se acurrucaba en la parte de atrás de la barca, protegido por una pequeña lona impermeabilizada que probablemente fuese para el motor. Desde la posición ventajosa en que estaban, Holliday vio que el de la *dory* llevaba puesta una cazadora negra que era compañera de la que le habían quitado al cadáver en la ciénaga. Cabía suponer que fuese otro empleado de Blackhawk Security, y eso era algo más en lo que pensar. ¿Quiénes diablos eran Blackhawk Security y por qué intentaban matarlo a él?

—Sean... —dijo Meg con voz de sorpresa mientras miraba por los prismáticos de campaña—. Ese es el *Mary Deare*.

Holliday asintió, con la mandíbula encajada en un gesto de enfado.

—Si es que se llama Sean de verdad —dijo, mirando al mar.

Sin los prismáticos de campaña el pequeño barco no era más que una borrosa mancha en el horizonte lleno de lluvia. Con los Steiner, Holliday distinguía zonas concretas de herrumbre e imprimación en el casco. El *Mary Deare* estaba fondeado más o menos a kilómetro y medio de la orilla, anclado de proa y popa, esperando. ¿Qué? La única respuesta lógica era que el viejo barco de O'Keefe había salido del pequeño puerto de la orilla oriental de Iona y había dado la vuelta hasta la orilla occidental para reunirse con la *dory* roja.

La *dory* roja, por su parte, esperaba bajo la lluvia torrencial a que llegase Ian Andrew Mitchell con sus prisioneros recién capturados. Alguien lo tenía todo planeado al detalle. ¿Pero por qué tomarse tantas molestias? ¿Por qué no esperar, sin más, a que ellos volvieran solos al barco? No es que tuvieran ningún otro lugar adonde ir, precisamente.

—No comprendo nada de esto —dijo Meg, devolviéndole los prismáticos de campaña.

Holliday los cogió y volvió a meterlos en la funda.

—Alguien trata de detenernos de todas las formas posibles —dijo—. Y su amiguito O’Keefe, hermana, trabaja para quienquiera que nos haya elegido como objetivo. Lo más probable es que nos hicieran volver a bordo del *Mary Deare* sin que nos viese nadie. Quienquiera que estuviese esperando allí nos torturaría para averiguar lo que sabemos y luego nos echaría al océano.

—Sean no es mi «amiguito», y además me cuesta creer que hiciera algo así —dijo Meg.

—Es usted muy dueña de tener la condenada fantasía que quiera —dijo Holliday—. La cruda realidad está sentada en esa *dory* de verdad, con la misma cazadora de Blackhawk Security que llevo yo —añadió—. Y él sí que ya ha hecho algo así.

—Muy bien —respondió Meg—. ¿Y qué tenemos que hacer con lo que usted llama la «cruda realidad»?

—Amañarla —dijo Holliday.

Tras discutir por activa y por pasiva durante cinco minutos, Holliday y Meg se pusieron de pie hasta quedar completamente a la vista y bajaron despacio la mediana duna que había bajo el risco más alto, Meg en cabeza y Holliday inmediatamente detrás. Al ver movimiento en el risco, el de la *dory* roja alzó la vista y miró con atención hacia la gris cortina de lluvia. Luego se levantó, con la lona impermeabilizada por los hombros y protegiéndose los ojos con una mano. Holliday y Meg llegaron al pie de la inclinada duna y caminaron hacia la barca varada en la orilla. Mientras andaban, tanto Meg como Holliday mantuvieron las cabezas agachadas.

—Ha prometido usted no hacerle daño —le recordó Meg en voz baja, al tiempo que avanzaban hacia la barca; los pies se les clavaban en la mojada y granulosa arena.

—No a menos que él trate de hacerme daño primero —dijo Holliday, deseando que la monja cerrara el pico y lo dejara concentrarse en los segundos que se avecinaban.

—Sí que es usted un cabrón —dijo Meg en tono amargo.

—¡Eh! —gritó el hombre de la *dory*—. ¡Tenía que haber dos! ¿Dónde está el otro?

Holliday y Meg siguieron caminando hacia la barca. Holliday solo necesitaba otros tres metros y medio más o menos.

—¡Eh! —volvió a chillar el de la *dory*.

Acto seguido, con un rápido movimiento, el hombre se echó atrás la lona y fue a sacar el portafusil que tenía bajo la cazadora. Estaba armado exactamente igual que el primero.

Holliday usó el brazo izquierdo para quitar a Meg de en medio con gesto enérgico. Ella tropezó y cayó de rodillas. Entonces, a través del corte que había hecho en el bolsillo de la cazadora con la navaja suiza, Holliday disparó la pequeña Beretta 380 intentando darle al tirador en el hombro y el brazo derecho, con la

esperanza de inmovilizarlo. La Beretta tenía un cargador de hilera simple de ocho balas y una en la recámara: nueve balas en total. Holliday siguió disparando hasta que el hombre se cayó; se desplomó hacia delante sobre la popa de la *dory* hasta quedar tendido fuera de la barca, en la playa. El color negro de la cazadora impedía que se viese la sangre. El hombre se quedó retorciéndose en la arena, agarrándose fuerte el codo derecho con la mano izquierda. Tardaría algún tiempo en poder firmar un contrato, pero viviría si lo llevaban a un hospital en el plazo de la media hora siguiente. Holliday había disparado siete balas y lo había alcanzado con cuatro: una en el codo, una en la carne de la parte superior del brazo y dos en el hombro. Tres de las cuatro habían entrado y salido; la cuarta seguía alojada en el bíceps. El hombre estaba pálido y le castañeteaban los dientes. Iba a sufrir un *shock*.

—¿Qué ha hecho? —gimió la hermana Meg, y se inclinó sobre el herido.

Holliday la apartó y cogió el portafusil y el subfusil. Luego puso el MAC 11 en la arena y le dio la vuelta al hombre de forma nada suave. El hombre gritó.

—¡Está haciéndole daño! —dijo Meg, furiosa.

—Bien —dijo Holliday con tibieza. El hombre llevaba una Beretta idéntica a la que Holliday había usado para dispararle—. Empuje la barca hasta el agua. Yo voy a subir a este más allá de la línea de la marea alta.

Holliday agarró al hombre por el cuello de la cazadora y empezó a arrastrarlo playa arriba.

—¡No podemos dejarlo aquí sin más!

—Lo que es segurísimo es que no vamos a llevárnoslo con nosotros —dijo Holliday.

Llegó a la línea de la marea alta, marcada por una raya de algas secas y madera de deriva, y dejó caer al hombre. Después, sin hacer caso a Meg, volvió caminando a la barca y tiró de la popa. Al tiempo que la barca entraba rápidamente en el agua, Holliday se subió a pulso a la borda y se dejó caer en el liso banco de madera. Despacio y con cuidado, pasó el motor fueraborda por encima de la popa y empezó a buscar el motor de arranque.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Meg, mirándolo fijamente con los ojos un poco desorbitados.

—Marcharme antes de que su amigo Sean se calcule lo que ocurre y llame a la caballería —dijo Holliday—. Si va a venir usted, más vale que se monte.

Holliday encontró el motor de arranque eléctrico y le dio un puñetazo, mientras mantenía una mano en la palanca del acelerador. Las pequeñas olas ya iban metiendo la vieja barca de pesca de tingladillo en aguas más profundas. Meg vaciló un segundo más y enseguida echó a andar por el agua y tiró la mochila a la barca. Se agarró a la borda y, de un impulso, se subió a ella y se metió dentro. El motor se puso en marcha con un rugido parecido a una tos. Holliday giró la caña y puso la *dory* rumbo al mar.

Katherine Franklin Sinclair, viuda del difunto Angus Pierce Sinclair, antiguo embajador en la Corte de San Jaime londinense, y madre del senador Richard Pierce Sinclair, estaba en una mesa de esquina del comedor del Senado, almorzando con su hijo. A Katherine estaban gustándole mucho las vieiras envueltas en panceta, mientras que su hijo tomaba un sándwich de atún, con pan blanco tostado y guarnición de patatas fritas.

El líder de la mayoría del Senado estaba una mesa detrás de ellos, y el presidente de la Comisión de Servicios Armados se comía una hamburguesa con queso una mesa más allá. Era emocionante, pero si Kate Sinclair se salía con la suya, la cosa iba a ponerse mucho mejor un año después, el 8 de noviembre, fecha de las siguientes elecciones federales.

Katherine se adornaba con un vestido rojo estilo Nancy Reagan, y llevaba el blanco cabello peinado con una permanente cardada de aspecto quebradizo. Parecía una reseca, aunque en tiempos hermosa, matriarca de Palm Beach: justo lo que era. Su hijo iba vestido como un senador: traje oscuro de finas rayas blancas, zapatos Florsheim oscuros, camisa blanca con los gemelos presidenciales dorados y azul cobalto que le había regalado G. W. en persona para conmemorar su designación al Senado, y una corbata burdeos y plateada de antiguo alumno de la Phillips Exeter Academy.

—No hay nada que discutir, Richard, la ley de inmigración es clave para tu elección.

—Y el voto latino de California fue una de las claves para que Obama resultara elegido; lo perderé si voto a favor de una ley que obliga a todos los mexicanos a inscribirse en los registros de la Seguridad Nacional y a llevar un carné de identidad especial con foto. Es como ponerles estrellas amarillas a los judíos.

—Funcionará en todos los estados de la unión salvo en California, y hará que recuperes todos los estados de Bush que perdió McCain. También indicará que sabes mantenerte firme en los principios que convirtieron a este país en lo que es.

—Tus principios, madre.

—¿A quién le importa de quién sean los principios? Han funcionado en el pasado y funcionarán ahora. El país está hecho una porquería; tú lo limpiarás, y el primer paso es tirar la basura.

—Eso no beneficiará demasiado a mi prestigio en el partido —dijo el atractivo senador cuarentón.

Le dio un mordisco al rebosante sándwich y volvió a ponerlo en el plato. Luego masticó y suspiró a la vez. Kate Sinclair miró a su hijo y deseó que tuviera un poco más de carácter. Claro que ella sabía de dónde procedía aquel lado blando de su naturaleza; criarse como el único hijo varón de Angus Sinclair, eclipsado por la figura del embajador, no había sido fácil. Casi toda la vida de Richard Sinclair se había

decretado sin que él tuviese voz ni voto en el asunto. Facultades universitarias: Exeter y Yale. Disciplina: Derecho. Carrera profesional: administración pública, seguida por un estratégico y bien planeado salto al Senado. Siguiendo paso lógico: ir a por la Casa Blanca. Había sido el plan de Angus Sinclair incluso antes del nacimiento de su hijo, y también la bandera que Katherine había recogido con entusiasmo a la muerte de su esposo.

—A hacer puñetas el partido —dijo por fin la anciana—. Tú tienes auténtico poder de tu parte.

—¿Te refieres a tus pretendidos amigos bien situados? —dijo el senador Sinclair haciendo una mueca.

Sabía exactamente a lo que se refería su madre.

—Son tus amigos también —contestó Katherine—. Te han ayudado en el camino, han ayudado a prepararte el terreno para el éxito.

—Querrás decir que lo han pagado —dijo el senador—. Lo cual hace que yo esté en deuda con ellos, ¿no es así?

—Ellos solo quieren lo mejor para el país —dijo Katherine.

Partió por la mitad una vieira con el cuchillo, añadió un toque de puré de espinacas y, con esmero, se metió el bocado entre los finos labios. Masticó dando la impresión de que no movía la mandíbula, un truco que había aprendido muchos años antes en la escuela de la señorita Porter, en Framingham.

—Eso es lo que Hitler les dijo a los polacos justo antes de invadirlos —respondió su hijo con acritud. Dio otro bocado a su atún en pan tostado.

—No seas exasperante —le espetó su madre en tono brusco—. Sabes perfectamente de lo que hablo y de quién. No hay más opción en ese asunto. Tú eres el siguiente de la fila: es la historia, sencillamente, la que te hace heredero... al menos. Serás el cabeza *de facto* de la orden y de todos sus recursos. Después de eso será fácil elegirte presidente.

—¿De verdad crees que Rex Deus aún tiene ese poder? —dijo el senador Sinclair en tono de burla; se metió una patata frita en la boca y la masticó.

—Sé que lo tienen —contestó su madre—. Y tú lo sabes también.

Tenía razón, por supuesto. El senador soltó el aliento poco a poco. Desde que recordaba, Rex Deus y el puesto que él ocupaba en la organización habían formado parte de su vida. Rex Deus, en tiempos también conocida como los Desposyni, supuestamente el linaje de Jesucristo a través de María, su madre, que se remontaba a las familias reales merovingias de Europa, era una realidad histórica, al menos en lo que a su existencia histórica se refería.

Hubo un tiempo en que se consideró a los Desposyni la aristocracia de la Iglesia primitiva, pero con los siglos Rex Deus se había convertido en una sociedad secreta clandestina, organizada en torno al poder y al dinero. Como la masonería, Rex Deus les resultó interesante a los primeros colonos de Norteamérica, en particular durante los años prerrevolucionarios del siglo XVIII, y entre los firmantes de la Declaración de

Independencia había tantos miembros de Rex Deus como francmasones; entre otros, Benjamín Franklin, de quien Katherine Sinclair era descendiente directa, y Robert Payne, un antepasado de Angus Sinclair.

En 1776 los frentes de combate ya estaban claramente definidos; las relaciones diplomáticas norteamericanas con los señores coloniales se encontraban en punto muerto. Estaba claro que al final los británicos prohibirían la esclavitud, aunque solo fuera para detener el crecimiento de la industria algodonera norteamericana. Además estaba el impuesto que la corona les cargaba a los colonos para pagar la guerra franco-india, o Guerra de los Siete Años, sumado al aumento de precios de los productos manufacturados que se importaban en las colonias.

Los masones y los miembros de Rex Deus eran o bien acaudalados terratenientes o comerciantes igual de acaudalados; no por casualidad un tercio de los firmantes de la Declaración eran dueños de esclavos. El Congreso Continental y la Declaración de Independencia se crearon para estimular una revolución financiera norteamericana tanto como una revolución política. Entonces como ahora, todo era cuestión de riqueza y poder.

—Hay otras personas que desean ser elegidas cabeza de la orden —dijo el senador Sinclair—. No es que yo sea el único candidato, que digamos.

—Faltan menos de dos semanas para que se celebre el Cónclave de la Magdalena —insistió Katherine en voz baja al tiempo que se inclinaba por encima de la mesa—. Nosotros ganaremos las elecciones y tú te convertirás en el nuevo cabeza de la orden.

El senador Sinclair suspiró; no era la primera vez que veía a su madre de aquel humor. Aún recordaba cierto bochornoso incidente en unas pruebas de baloncesto en Exeter, que lo convirtió en el «golpe» final de un centenar de chistes. Suspiró de nuevo y se acarició la corbata de antiguo alumno. Era sorprendente lo fácil que le resultaba a su madre irritarlo.

—Pero por el amor de Dios, ¿por qué es tan importante para ti, madre? ¿No crees que pueda llegar a ser presidente yo solo?

—No sin la ayuda de la orden, querido. Con el respaldo de la orden le sacaremos el máximo provecho a todo, haremos que el mundo entero se avenga a nuestra forma de pensar. La orden tiene recursos ilimitados; contigo al frente seremos invencibles.

—Ni siquiera estoy seguro de querer presentarme como candidato, y mucho menos de ganar —dijo el senador, sintiendo cómo el sándwich de atún, cargado de mayonesa, se abría paso trabajosamente por su aparato digestivo.

—Por supuesto que quieres ser presidente, Richard —dijo su madre; alzó la vista y observó el comedor fastuosamente decorado—. Todo el mundo quiere convertirse en presidente de los Estados Unidos. Es la realización del sueño de toda una vida. Era el sueño de tu padre. Y además el mío.

«Mi sueño no», pensó Richard Sinclair.

—Sí, madre —dijo.

—Bien —dijo Katherine—. Entonces ya está decidido. Vamos a tomar el postre,

¿eh? ¿Tal vez el *cobbler* de melocotón con un poco de helado?

—Sí, madre.

**H**OLLIDAY y la hermana Meg llegaron a Mull poco después de la una y media del mediodía, se deshicieron de la barca y se las arreglaron para encontrar un taxi en Fionnphort que los llevara a Tobermory y al pequeño puerto de hidroaviones que había en la bahía. Desde allí cogieron una Cessna Caravan hasta Glasgow, donde consiguieron tomar un vuelo directo de Air Transat hasta el aeropuerto internacional de Toronto Pearson.

Aquella noche, hambrientos y un poco cansados, y en la otra punta del mundo respecto a la Sagrada Ínsula de Iona, se registraron en el Royal York, un imponente edificio de la década de 1920 que recordaba a un castillo, con veintiocho plantas, más de un millar de habitaciones y su propio colmenar, capaz de producir unos trescientos cincuenta kilos de miel al año... o al menos eso decía el folleto.

En tiempos había sido el hotel más grande del Imperio británico, y se había ganado honradamente el nombre de «Royal» al hospedar a tres generaciones de la Familia Real varias veces, desde el Duque de Windsor hasta la Princesa Diana, con unos cuantos reyes y reinas propiamente dichos en medio.

El hotel también tenía la ventaja de estar justo frente a la vieja Union Station de Toronto, una descomunal reliquia de granito de la época de la estación Grand Central y que se parecía al Museo Británico más que el mismísimo Museo Británico. Había trenes que salían para Montreal durante todo el día, y un tren nocturno a Halifax que salía por la tarde.

A pesar de las películas paranoicas de «ultravigilancia» que tanto le gustan a Hollywood, Holliday sabía que en la realidad los satélites no se reprogramaban para buscar a personas como ellos en lugares como Toronto, y que, además, seguirles la pista a las tarjetas de crédito no era tan sencillo como parecía con Jason Bourne y gente por el estilo. Como mínimo, le daba un plazo de un par de días a quienquiera que estuviese siguiéndoles el rastro hasta que organizara sus cartas burocráticas para una nueva jugada. Coger el tren complicaría más todavía las cosas, en particular si pagaban los billetes en metálico. Pero antes de eso Holliday tenía que ver a un viejo amigo.

Steven Braintree, profesor de historia medieval de la Universidad de Toronto, tenía un despacho en la última planta de un edificio de estilo neocorintio situado en la esquina de Bloor Street y Avenue Road, que parecía más bien un banco de los de toda la vida o una compañía de seguros que la sede de una facultad universitaria. Muy apropiadamente, el Real Museo de Ontario estaba situado justo enfrente. El edificio del Centro de Estudios Medievales se encontraba a una manzana hacia el oeste del centro exacto de la ciudad: el cruce de Yonge y Bloor, la línea divisoria entre este y

oeste, las zonas residenciales y el centro.

El despacho de Braintree era una colección de estructura libre formada por pilas de libros, nubes de carpetas y ventiscas de papeles, que inundaban todas y cada una de las superficies planas de la habitación de cuatro metros por cuatro, llenando las combadas estanterías, rebosando por los archivadores y manando de las cajas de cartón que llenaban el suelo. En el alféizar, junto a una aspidistra moribunda situada en el radiador, con una sola flor morada medio marchita, estaba la miniatura de plástico de un caballero vestido con armadura. La flor aún conservaba la etiqueta del vivero, y en lugar de escudo, el caballero ostentaba el tapón de una botella de cerveza Quidi Vidi, procedente de la microcervecera de Terranova del mismo nombre.

El despacho estaba situado bajo el alero del viejo edificio de piedra y no tenía aire acondicionado. Por lo general, en aquella época del año en Toronto hacía tanto calor como en Nueva York, pero las mugrientas ventanas estaban precintadas con ciento y pico de años de pintura y un recio respeto, propio del credo presbiteriano escocés, a la idea de no dejar escapar el calor durante el invierno.

Braintree estaba más o menos tan marchito como la aspidistra del radiador. Vestía pantalones vaqueros y una camiseta con la leyenda *Chaucer is my Homeboy*. El calor le había dejado el largo cabello oscuro lacio y greñado; desde que Holliday no lo veía, a Braintree también le habían salido unas cuantas hebras plateadas más. Sentado tras su escritorio, el profesor estuvo clavando la mirada en Holliday con expresión solemne desde detrás de un moderno par de gafas de resina oscura, con las manos unidas por las puntas de los dedos bajo la boca y la boca fruncida en un gesto severo, mientras escuchaba la historia de Jean de Saint-Clair y la beata Juliana.

—Desde luego el poema es interesante —murmuró—. Como sabe, los códigos y la criptografía medievales son algo así como mi especialidad.

—¿Cree que es un código? —preguntó Meg.

—Es lo bastante poco elegante como para serlo —dijo Braintree, echándole una ojeada a la monja pelirroja—. Una de las características por las que se distingue un código antiguo es por la falta de elegancia de su construcción. Las palabras clave han de aparecer, aunque en realidad no encajen.

—¿Por ejemplo? —preguntó Holliday.

—Sobre todo es la segunda parte —respondió el joven profesor, que repitió la segunda estrofa de la plegaria en voz alta, recalcando lo que creía que eran las palabras clave—. «Sálvanos de nuevo de la *regia* venganza de Satanás / y danos las santas alas de María para que volemós / hasta la más lejana orilla *de arena*, / y que así guardemos Tus tesoros en lugar seguro / en *el abrazo de los pálidos brazos* de la Arcadia una vez más». —Meneó la cabeza—. Es que no queda bien.

Dio media vuelta y empezó a revolver en un montón de libros a punto de derrumbarse que había en el suelo, detrás de él.

—¿Qué quiere decir? —le preguntó Meg en tono de urgencia—. ¿Es que no es correcto?

—Según ustedes esto se escribió a principios del siglo XIII. Más o menos la época del *Lay*, la trova, de Havelock el danés.

—¿Quién? —preguntó Meg.

—Más bien, «¿qué?» —la corrigió Braintree. De repente se abalanzó sobre un fino libro encuadernado en tela color marrón claro—. Ajá —dijo—. La edición de Claredon Press de 1910. Muy valiosa. Creía que la había traspapelado.

—¿Qué? —dijo Holliday.

—Exacto —dijo Braintree—. Pensé que ya se lo había dicho. El *Lay* es un «qué», no un «quién».

—¿Bueno, pero qué tiene eso que ver con nuestra plegaria? —preguntó Meg, irritada.

—Como les he dicho, está mal construida. La poesía, las canciones y las plegarias, los versos de cualquier tipo, casi siempre se escribían en pareados de octosílabos, como el *Lay* de Havelock el danés o Chaucer —dejó ver una amplia sonrisa y sacó pecho—. «*Bot I haf grete ferly that I fynd no man / Dat has written in History how Havelock his lond wan*» —declamó.

—Eso se dice muy fácil —dijo Holliday, y se echó a reír. La verdad era que el inglés medio que se usaba entre los siglos XII y XIV nunca había sido lo suyo.

—Trata de un príncipe danés que se establece en la ciudad de Grimsby, en Inglaterra... «*his lond wan*», por así decir. La fuente de Shakespeare para Hamlet. —Braintree carraspeó—. La cuestión es que su Jean de Saint-Clair y esta beata Juliana o bien no escribieron la plegaria siquiera o la escribieron por razones que no tenían que ver con la oración.

—El original estaba en francés —dijo Holliday.

—No importa —dijo Braintree—. Las convenciones de la poesía francesa de la época eran exactamente iguales: los pareados eran la única manera de escribir. Si de veras hubieran pretendido que fuese una auténtica plegaria, la habría escrito así.

»Como les dije antes, algunas asociaciones de palabras están forzadas: “Satanás” y “regia” nunca se emplearían juntas a menos que hubiera un segundo sentido, como sugería usted. Lo mismo ocurre con “la más lejana orilla de arena”. “Arena”, en francés *sable*, está de más; todas las orillas son arenosas, al menos en términos poéticos.

»Tenía que haber un motivo para usarlo. Lo mismo sucede con “el abrazo de los pálidos brazos” de la Arcadia. La Arcadia era un paraíso, un lugar donde todo crecía. Era propaganda primitiva para que la gente se desarraigara y viajara a la supuesta “más lejana orilla” para colonizar el Nuevo Mundo. Aunque eso del “abrazo de los pálidos brazos” no suena especialmente tentador.

—¿Entonces a qué se refiere la plegaria? —preguntó Meg.

—A Nueva Escocia —dijo Holliday—. La Arcadia.

—Mire un mapa: Nueva Escocia parece un bogavante al que le falte una pinza. Nada de abrazo de pálidos brazos... —Braintree hizo una breve pausa; de pronto se

le había ocurrido una idea—. Pero sí que hay un lugar que satisface todos los criterios. En realidad es perfecto. Si Jean de Saint-Clair y ese buque veneciano suyo cruzaron el Atlántico hasta la más lejana orilla, casi seguro que al menos pasarían por su lado, si es que no chocaron con él. Y además sí que tiene pálidos brazos que abrazan, de eso pueden estar seguros.

—¿Dónde está? —preguntó Meg.

Braintree apartó un montón de papeles del escritorio y dejó al descubierto un ordenador portátil negro Hewlett-Packard. Pulsó unas cuantas teclas y luego miró con ojos de miope la pantalla, bajándose bien las gafas por la nariz y mirando por encima.

—43° 95′ norte y 59° 91′ oeste —dijo—. A menudo se la denomina el «cementerio del Atlántico». Por lo menos trescientos cincuenta barcos naufragados desde 1583. Eso es mucha leña, chavales... Una barra de arena de cuarenta y cinco kilómetros de largo con forma de media luna justo en medio de la nada. La isla Sable.

Situada aproximadamente a unos ciento cincuenta kilómetros de la costa de Nueva Escocia, la isla Sable era un largo, curvo y bajo arco de arena de forma parecidísima a un arco compuesto, más grueso en el centro que en los dos extremos que se abren. El inmenso banco de arena estaba posado a kilómetro y medio o dos kilómetros del borde de la plataforma continental, y en pleno vertiginoso vórtice de corrientes, mareas y vientos, donde la corriente del Labrador se encuentra de frente con la corriente del Golfo.

La isla estaba en el camino exacto de las primeras rutas comerciales que se dirigieron hacia la costa atlántica y el Caribe, en el borde del Gran Banco de Terranova, adonde los pescadores vascos iban a pescar hace quinientos años. Es probable que la descubriera primero Eric el Rojo a principios del siglo XI.

También era la primera recalada de importantes tormentas, bancos de niebla, huracanes y olas solitarias que se aproximaban al subcontinente norteamericano. Los furiosos vientos, las corrientes y las mareas le habían modificado la forma con el paso de los años.

En la época moderna se había convertido en un centro de exploración petrolífera, y hacía años se había montado en la isla una fallida torre de perforación. Cerca había varias plataformas petrolíferas más en funcionamiento. Los únicos residentes fijos de la isla eran un grupo de cuatro trabajadores del Gobierno que mantenían en buen estado los dos faros automáticos, situados uno en cada extremo de la barra de arena, y que también cuidaban de los caballos salvajes a los que, por lo visto, aquello les sentaba muy bien.

El único otro residente era un investigador solitario que vivía en una improvisada choza y estudiaba la extraña ecología de la isla. Las visitas estaban prohibidas si no contaban con un permiso, y la única forma de entrar o salir de la isla era mediante una avioneta especial de neumáticos blandos que aterrizaba en la playa. Todo acceso no autorizado acarrearía una multa.

Las pocas personas que sí iban de visita eran ecoturistas, que se desplazaban allí

para ver los caballos salvajes en recorridos que organizaba el Sable Island Trust. La isla no se ajustaba exactamente a la descripción de isla desierta, ya que en ella había varias charcas de agua ligeramente salobre y pequeños lagos; el mayor era el lago Wallace, cerca del centro de la barra de arena. Sin agua dulce los caballos, unos cuatrocientos, no habrían sobrevivido.

Aunque nadie estaba del todo seguro del origen de los caballos, la creencia histórica era que constituían el resultado de la gran expulsión de los acadios, que tuvo lugar a principios del siglo XVIII. Los caballos eran botín, y su transporte hasta la isla Sable lo organizó Thomas Hancock, tío del mucho más famoso John Hancock, firmante de la Declaración de Independencia, un dato que pareció interesar muchísimo a Meg.

—Tenemos que ir allí —dijo en tono de urgencia—. Cuanto antes. El arca está allí, lo sé.

—Espere un momento, no estamos participando en una carrera —dijo Holliday.

—Tendrán que entrar a escondidas —les advirtió Braintree—. Podrían terminar en la cárcel.

—Me temo que eso ya nos da igual —dijo Holliday.

—Sí que es interesante... —dijo Braintree pensativo, al tiempo que se echaba atrás en la silla y ponía los pies sobre una precaria pila de libros—. El Arca Verdadera es una de esas jugosas leyendas urbanas medievales que probablemente tenga al menos un dedo gordo del pie apoyado en la realidad. Y tal vez más.

—Es completamente de verdad —dijo Meg con firmeza.

—También lo es el Sudario de Turín —dijo Braintree, y sonrió—, pero es una falsificación igual que todos esos pedazos de la Vera Cruz y los frasquitos milagrosos de la Verdadera Sangre que se encuentran en las catedrales de todo el mundo. Si se reuniera todo, la cruz habría sido tan grande como un rascacielos y Cristo habría sangrado lo suficiente como para llenar un superpetrolero.

—No es usted creyente, ¿verdad? —dijo Meg.

—Soy estudioso de la Edad Media —dijo Braintree encogiéndose de hombros—. Creo en la historia y en lo que esta nos enseña.

—¿No cree en Dios?

—Yo no he dicho eso.

—Usted no cree que la palabra de Dios sea verdadera tal como está escrita.

—Nunca he visto nada que haya escrito Dios —dijo Braintree, y sonrió; se notaba que estaba disfrutando de la polémica.

Aquello no hizo más que irritar a Holliday. Sin saber cómo, la tarea de localizar a un antiguo caballero templario había vuelto a sacarlo del fuego para meterlo en unas endiabladas brasas, y además ahora su acompañante se había enzarzado en una discusión teológica. Y para colmo, no estaba seguro de si le gustaba el tono ligeramente fanático que tenía la voz de la hermana Meg, ni el brillo de auténtica creyente de su mirada. Holliday había visto aquella misma mirada en los terroristas

suicidas talibanes de Afganistán y en los hutus que asesinaban a machetazos en Ruanda.

—¿No cree que los Evangelios sean la palabra de Dios?

—Tal vez sean la interpretación de alguien de lo que ese alguien creía que era la palabra de Dios, pero no me atrevo a ir más allá.

—¿Y no es la historia sencillamente una «interpretación», como usted lo llama?

—Desde luego —dijo Braintree, y se echó a reír—. En términos reales no existen ni el pasado ni el futuro, solo el único instante, infinitamente mudable, del presente inmediato, de modo que todo está abierto a la interpretación.

—Ahí está la palabra de nuevo —dijo la hermana Meg, como si se hubiera anotado un punto—. «Interpretación».

—¿Pero por qué nos hemos metido en esta discusión? —dijo Holliday por fin, poniéndose de pie.

—El Arca Verdadera es de verdad —dijo Meg con firmeza, casi como si intentara convencerse a sí misma—. ¡Existe! El Grial, la Corona, el Sudario y el Anillo.

—Solo hay una forma de averiguarlo con seguridad —dijo Holliday—. Vayamos a buscar ese condenado chisme y dejemos al pobre profesor Braintree con su Chaucer.

—Cuéntenme en qué queda todo esto —les dijo el joven de pelo largo cuando se despedían—. Me encanta que me demuestren que me equivoco.

Holliday y la hermana Meg cogieron el viejo ascensor para bajar a la planta principal y salieron por las pesadas puertas de roble a la brillante luz del sol. Luego bajaron la amplia escalera de granito hasta la acera.

En un abrir y cerrar de ojos, Holliday vio el montaje y supo que no había absolutamente nada que hacer. Dos hombres que estaban en la esquina empezaron a caminar hacia ellos, ambos vestidos con trajes oscuros, zapatos oscuros y gafas oscuras. Otros dos, con una vestimenta idéntica a la de la primera pareja, echaron a andar desde la dirección contraria.

En el bordillo de la acera una furgoneta Econoline azul oscuro les cerraba el paso hacia la calle; junto a la portezuela corredera abierta había un hombre de pie, con la mano metida en el bolsillo de una cazadora demasiado abrigada para aquel soleado día de verano. Detrás de Holliday y Meg, otro hombre con ropa de corredor de *footing* bajaba los escalones, con la mano apoyada en una riñonera que llevaba delante y algo que parecía un auricular de iPod en una oreja, pero que muy probablemente fuese una radio. Se acercó deprisa a ellos y les cerró el camino de regreso.

—A la furgoneta, Coronel Holliday. Usted y la mujer. Cualquier discusión, cualquier conversación y los dejo secos con la Táser. ¿Lo coge?

—Lo cojo —dijo Holliday.

El hombre que tenían detrás condujo a Holliday y a Meg hacia la portezuela abierta de la Econoline. El que estaba junto a ella se apartó un paso. Seis hombres y

una furgoneta, pero sin la menor exhibición de poderío oficial. Uno de esos secuestros discretos de los que nadie se daba cuenta hasta que lo veían en las noticias el día siguiente.

Tres pasos más y sería demasiado tarde. ¿Quiénes eran? Polis no. Los polis nunca eran tan discretos en su trabajo. ¿Los de Blackhawk? Quizá, aunque corrían un riesgo de mil demonios. Canadá tal vez fuera el mejor amigo de Estados Unidos pero seguía siendo un país extranjero, y no les haría ninguna gracia que unos paramilitares actuaran en su suelo soberano.

—¿Qué hacemos? —susurró Meg, manifiestamente asustada.

—Hacemos lo que nos dicen —dijo Holliday—. Nos metemos en la furgoneta.

Y eso fue justo lo que hicieron.

—¿HOLA? ¿Hay alguien ahí?

De la oscuridad salió la voz de Meg, carraspeante y seca por la droga, fuera cual fuese, que les habían puesto después de subir a la furgoneta.

—Estoy aquí —dijo Holliday.

Su voz estaba igual de áspera que la de ella. Tenía un terrible dolor de cabeza y la lengua pegada al paladar. La habitación estaba negra como boca de lobo. Holliday no tenía ni idea de cuánto tiempo habría pasado desde que se los habían llevado en la calle del centro de Toronto.

La parte de atrás de la furgoneta estaba oscura y olía a gasolina. Dentro estaban esperándolos, y tras ellos se había montado el hombre que estaba junto a la portezuela. Después les pusieron una inyección. Holliday había combatido sus efectos durante el tiempo suficiente como para oír voces que hablaban y alguien que decía: «Salir de la cuatrocientos uno a la cuatrocientos y luego hacia el norte». Señas para llegar a algún sitio, evidentemente, aunque no tenía ni idea de adónde. Cabía suponer que al norte de la ciudad.

—¿Doc?

De nuevo la ronca voz de Meg.

—Estoy aquí.

—¿Dónde estamos?

Sonó un golpeteo. Holliday intentó mover los brazos y oyó un chirrido de metal contra metal. Estaba esposado a una cama. Por el sonido de su voz, Meg se encontraba a unos tres metros y medio de distancia.

—¿Está esposada a una cama?

—Sí, me parece que sí —respondió ella; la voz iba aclarándosele un poco.

Holliday inspiró. Cipreses, sin duda alguna, y muchos. Sobre su cabeza, borrosas en la oscuridad, vio formarse las vigas del techo. Fuera había un sonido lejano. El chocar de agua. Un agudo gemido de motor. Una lancha. ¿Esquí náutico?

—Me parece que estamos junto a un lago o un río —dijo Holliday—. Tal vez en una casa de campo. Oigo una lancha motora.

Tras un breve silencio, la voz de Meg otra vez.

—Yo la oigo también.

Holliday volvió la cabeza a izquierda y derecha. Hacia la izquierda había un vago cuadrado de luz; una ventana cubierta con tablas tal vez. A la derecha, casi fuera de su campo visual, un punto de luz color rojo vivo. Intentó mover los brazos. Solo el sonido metálico y el duro pellizco de las muñecas con el acero. Aquellas no eran unas esposas de tienda de artículos para bromas: eran de verdad; la única forma de abrirlas

sería con una llave. Aun así, alguien estaba mostrándose muy prudente: dos juegos de esposas por persona. El mismo alguien que lo había esposado conocía su historial. Holliday habría causado mucho daño incluso con una sola mano libre.

Holliday siguió escuchando. Los sonidos de la lancha motora se desvanecieron. Oyó el viento soplando en los árboles. La susurrante nota más suave que daban los árboles de hoja perenne. Ningún ruido de tráfico. Decididamente, estaban lejos de los lugares adonde iba todo el mundo.

Una puerta se abrió y la luz del día inundó la habitación. De tres metros y medio a cuatro hasta el techo, suelos de tablas de madera y dos camas individuales de hierro, con fundas de cutí sobre unos delgados colchones. Un monitor de bebés en una mesita de noche: el foco de luz roja en la oscuridad. Alertado por sus voces, un hombre entró en la habitación; el de la ropa de *footing*, solo que ahora llevaba bermudas de tela vaquera y una camiseta donde ponía: «*Pizza in twenty minutes or a free lap dance. Now can I get into Canada?*». Una especie de broma para iniciados.

—Gracioso, supongo —dijo Holliday, leyendo la camiseta mientras el hombre le quitaba un juego de esposas.

—Escuche —le dijo el de la camiseta—: libérese de las otras esposas, saque a su amiga de las suyas y vengan al piso de abajo. El desayuno es dentro de quince minutos. Hay un cuarto de baño en lo alto de la escalera, por si tienen que ir.

Echó un pequeño llavero de plástico sobre el pecho de Holliday. El acento del hombre era monótono, y más del Medio Oeste que un maizal de Kansas.

El desayuno. Así que por lo menos había pasado un día. Holliday recogió el llavero y se puso a trabajar en su otra mano.

La planta principal de la casa era grande y lujosa. Holliday había visto casas como aquella en Vermont y Connecticut: grandes casas familiares de verano, ya sin familias, que se ponían en el mercado de alquiler por semanas o meses para pagar los gastos. La cocina era inmensa; tenía una pared toda de ventanales que daba a un gran lago bordeado de árboles. En la parte de atrás una escalera bajaba desde una espaciosa terraza entarimada hasta un embarcadero. Amarrada, había una antigua motora Chris-Craft de madera, de las que costaban tanto como un Bentley hoy día. La casa parecía alzarse sobre un afloramiento rocoso rodeado de grandes cipreses.

Un hombre trabajaba en un tajo de carnicero que usaba como mesa auxiliar, entre la hornilla y una gran mesa de cocina hecha de arce. Las sillas estaban muy brillantes: eran de las llamadas Arrowback, originales y de pino. Unas antigüedades tirando a caras, que se veían con frecuencia en torno a la década de 1960. La mesa estaba dispuesta para tres comensales, dos a un lado y el tercero justo enfrente. Junto a cada cubierto había un alto vaso de zumo de naranja recién exprimido, y en el centro de la mesa, un completo servicio de café y un gran portatostadas de plata de ley ya lleno de gruesas rebanadas, la mitad untadas con mantequilla y la mitad sin nada. No había nadie más en la habitación, pero en la terraza entarimada, sentado en una silla Adirondack, había un hombre vestido con traje. Tenía una escopeta MAG-7 de culata

corta en el regazo. Seguía sin haber el menor indicio de la nacionalidad de los secuestradores; la MAG-7 se fabricaba en Suráfrica.

El hombre del tajo de carnicero estaba cortando verduras a mano. Pimientos verdes, cebollas y apio. Ya tenía un montón de dados de jamón y un montón de queso rallado a un lado. El hombre llevaba un delantal a rayas azules y blancas como los que en tiempos se ponían los verduleros del Covent Garden de Londres. Tendría unos cincuenta y tantos años, llevaba gafas de montura de concha y un canoso corte de pelo militar. Bajo el delantal vestía una camisa blanca con las mangas remangadas.

—El secreto de un desayuno perfecto es el ritmo —dijo. La voz no tenía el menor acento, una especie de combinación de inglés británico y norteamericano que se hubiera quedado a medio camino por el Atlántico. O aquel hombre había nacido en Estados Unidos y se había educado en Inglaterra, o al revés; era imposible saber cuál de las dos posibilidades. A Holliday la voz le resultó extrañamente siniestra, casi parecida a una máquina—. Hay que tenerlo todo listo, en perfecto orden.

Como para hacer una demostración de su norma, con la punta de una espátula recogió los ingredientes del tajo de carnicero y fue echándolos uno a uno en una gran sartén de hierro colado que estaba en la hornilla, detrás de él. Parecía tener otras cuantas sartenes en danza. Incluso visto de espaldas, sus movimientos eran rápidos y hábiles. Le gustaba cocinar y se le daba bien.

—Pero siéntese, por favor, coronel —dijo, sin volverse a mirar a Holliday.

En ese momento Meg bajó la escalera y entró en la cocina, con la cara restregada y bien limpia pero todavía con ojos de sueño. Se frotaba una raya de piel rozada en una muñeca. Las esposas. Aquello era un recordatorio: tal vez llevase un delantal, pero el de la hornilla seguía siendo un secuestrador y un carcelero. Holliday se sentó, se sirvió una taza de café y esperó. La hermana Meg siguió su ejemplo. El dibujo de las tazas de café era Kutani Crane.

El del delantal traspasó la comida a los platos alineados en la encimera, junto a la hornilla, y los llevó a la mesa, dos en un brazo y un tercero en la otra mano. Los depositó con la suavidad de un experimentado camarero. Medias lunas de tortilla perfectamente vueltas, tres lonchas de panceta y un generoso montón de patatas fritas caseras con pimienta y cebolla como guarnición. El hombre se quitó rápidamente el delantal por encima de la cabeza, lo colgó en el respaldo de su silla y se sentó. Luego se sirvió una taza de café, añadió nata y, con el tenedor cerniéndose inmóvil sobre la tortilla, les sonrió a sus invitados.

—Venga, coman —dijo en tono agradable con aquella extraña y monótona voz—, antes de que se enfríe.

Trinchó un pulcro trozo de tortilla y se lo metió con delicadeza en la boca. Holliday siguió su ejemplo y Meg también. La tortilla estaba estupenda, perfectamente hecha. El café era oscuro y fuerte sin ser amargo. Exprimido, no chorreado.

—Usted sabe quiénes somos, desde luego —dijo Holliday—. ¿Quién es usted?

—¿Es de su agrado el desayuno?

—Está bien. ¿Quién es usted?

—Me llamo Quince; «membrillo» en inglés, como el dulce. Nathan Quince. —El hombre sonrió—. Estoy seguro de que mi madre soñaba con que de mayor yo fuera un profesor «gay» de inglés en una pequeña universidad de algún lugar como Nebraska. Tal vez escribiría un libro de poesía o dos. Algo de bajo impacto. Por desgracia, su sueño no se ha hecho realidad.

—¿Y si no es un poeta de Nebraska —continuó Holliday mientras se comía la tortilla—, qué es usted entonces?

—Soy promotor. Hago que las cosas ocurran. Le doy un empujoncito a la historia de vez en cuando, nada más. Usted es historiador, estoy seguro de que comprende lo importante que es eso.

—Y nosotros estamos estorbando algún empujoncito, ¿verdad?

—No necesariamente —dijo Quince. Cogió con dos dedos una rebanada de pan tostado del portatostadas y la partió por la mitad. Luego puso un trozo de tortilla en una de las mitades y se la metió en la boca. Masticó, mirando por encima de la mesa a Holliday, y después de tragar habló de nuevo—. Sencillamente, los vigilamos a ustedes.

—¿Por eso nos han secuestrado?

—Por ahí fuera hay muchas tormentas, coronel Holliday. A veces es mejor ponerse a resguardo de la lluvia.

—Yo no he notado ninguna lluvia.

—La habría notado —dijo Quince—. Hay muchas partes interesadas en esa pequeña búsqueda de usted.

—Incluidos ustedes.

—Incluidos nosotros —dijo Quince, y asintió.

Tomó un sorbo de café. Fuera, en el lago, la lancha de esquí náutico había vuelto.

—¿Y quiénes son «nosotros»?

—Una parte interesada.

—¿Alguno de los chicos de las consabidas siglas de tres letras, la CIA, el DEA y la NSA, o de la nueva cosecha que ha nacido en estos últimos diez años?

—No es federal en absoluto —dijo Quince—. El mundo ha cambiado. Piense globalmente. Corporativamente.

—Entonces son ustedes privados, sean quienes sean.

—Empleados contratados. Como le he dicho, promotores. Los problemas surgen; nosotros los resolvemos.

—Matones —dijo Holliday, dando un sorbo a su café.

—Sin duda —dijo Quince en tono agradable—. Sí hacen falta matones.

—¿Pero por qué nosotros? —preguntó Holliday.

—Según mi información, usted y la hermanita buscan algo llamado «el Arca Verdadera». Para algunas personas esta reliquia tiene una importancia simbólica muy

superior a su valor monetario. Nuestra tarea es asegurarnos de que esta Arca Verdadera, si es que existe, no caiga en malas manos.

—¿Qué entiende por malas manos? —preguntó Holliday.

—Todas las que no sean las de mi cliente.

—¿Y quién es su cliente?

—No puedo decírselo. Motivos de seguridad.

—Ya nos hemos atascado —dijo Holliday.

Cogió una tostada y empezó a untarla con la mermelada de un tarrito que estaba junto al portatostadas. El tarro tenía una pequeña etiqueta de papel: «La confitura de ciruela de Moira». Holliday le dio un mordisco a la tostada. Había que felicitar a Moira.

—¿Por qué secuestrarnos? —dijo Meg, hablando por primera vez.

—Que yo sepa, tienen ustedes a cinco organismos policiales distintos y al Servicio de Inteligencia vaticano buscándolos. Han dejado una estela de cadáveres tras de ustedes. Nosotros solo intentamos distinguirnos de la multitud, por así decir. Nuestras fuentes nos contaron que sus amigos del Vaticano estaban acercándose mucho, y decidimos sacarlos a ustedes del campo de juego durante un tiempo. Por la propia seguridad de ustedes y por la seguridad de su tarea.

—¿De modo que ustedes están de nuestro lado? —preguntó Holliday.

—Hasta que mi cliente me diga otra cosa.

—Entonces para ustedes se trata de trabajo. Nada de lealtades a nadie. Solo se trata de dinero.

—No sea ingenuo, coronel. Siempre se trata de dinero. Las guerras las libra toda clase de gente por toda clase de motivos, pero inevitablemente es la gente que les vende las balas a los guerreros la que se enriquece. La vida, coronel Holliday, es un montaje comercial, como la Navidad.

La lancha de esquí náutico se veía ya, a menos de veinte metros del embarcadero, por debajo de ellos. Los esquís del hombre que remolcaban detrás de la lancha golpeaban ruidosamente el agua, y el rugir de un par de grandes motores bastó para ahogar la conversación de la mesa de la cocina. Todo el mundo miró hacia el lago, incluso el vigilante de la terraza entarimada. Había cuatro personas en la lancha remolcadora que corría a toda velocidad, todos con chalecos salvavidas negros. De pronto, justo delante del embarcadero, el hombre que remolcaban soltó el cable de remolque y la lancha desaceleró hasta casi pararse. Los cuatro hombres que iban dentro se volvieron a mirar hacia la orilla.

¿Pero quién diablos se ponía chalecos salvavidas negros?

**C**HALECOS salvavidas no. Chalecos antibalas.

—¡Agáchese! —chilló Holliday.

Agarró a Meg por el brazo y, de un tirón, la levantó de la silla y la echó al suelo. El gran ventanal que daba al lago se hizo añicos, y la cocina estalló bajo una lluvia de silencioso plomo. El fuego automático dejó al hombre de la terraza hecho un colador antes incluso de que tuviera oportunidad de ponerse de pie.

Más disparos llegaban desde los árboles que rodeaban la casa. La lancha de esquí náutico solo había sido una maniobra de distracción. Venían por todas partes. Quince estaba en el suelo, boca abajo, con los brazos extendidos y el índice derecho aún enganchado en la delicada asa de la recargada taza de porcelana en la que había estado bebiendo café. Le faltaba casi toda la parte posterior de la cabeza. Había confitura de ciruela de Moira por todos lados. Los disparos, amortiguados por los silenciadores, seguían en un continuo torrente.

—¿Quién nos dispara? —gritó Meg.

—¡La competencia de Quince! —le chilló a su vez Holliday.

Sin soltar el brazo de Meg, con ella a rastras, cruzó rezongando el suelo. Luego se acurrucó debajo de la escalera. Probablemente fuese el lugar más seguro de la casa. Encontraron sus mochilas tiradas en el pequeño hueco; seguro que las habían registrado mientras ellos estaban sin sentido y después se habían deshecho de ellas.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Meg.

Su voz era un asustado sonido jadeante. Holliday estaba en su salsa. Aquello era el combate. Territorio conocido. Las normas decían que siempre había que atacar desde el terreno más alto, pero subir al primer piso de la casa era suicida. Las normas también decían que cuando las dificultades eran insalvables la mejor opción era efectuar un ordenado repliegue... lenguaje militar para decir batirse en retirada. Pero ahora estaban en territorio George Armstrong Custer, rodeados por todas partes.

—Eche mano a su mochila y póngasela —le ordenó Holliday, más para mantenerla ocupada que por otra cosa.

Tenía que pensar, y ella estaba a punto de perder los papeles; eso no beneficiaría a nadie.

Meg levantó la mochila del suelo y se la puso mientras que Holliday se asomaba a echar un vistazo. El vigilante de fuera sangraba por toda la silla Adirondack, y los hombres de los chalecos salvavidas negros estaban subiendo los escalones. Seis, armados con diversas marcas de escopetas antidisturbios y armas automáticas. Tenían treinta segundos a lo sumo.

Holliday sintió que Meg le tiraba de la manga. Se volvió a mirarla, irritado.

—¡Ahora no!

—Mire —insistió ella.

Le había echado a un lado la mochila y entonces, perfilada en el suelo, Holliday vio una trampilla o una escotilla. Aquello tenía sentido. Un falso sótano de servicio. La casa estaba construida sobre una placa de roca, de modo que todas las cañerías estarían debajo del suelo y tenía que haber una forma de llegar hasta ellas para ocuparse del mantenimiento. Y no es que eso importara. Ahora era la única opción.

Holliday se puso rápidamente su propia mochila y tiró de la anilla de latón incrustada en el suelo. La trampilla se abrió hacia arriba dejando ver tres escalones toscamente hechos. Holliday olió a piedra y a ciprés. Los balazos estallaban en torno a ellos, mordiendo la madera de la escalera que tenían detrás. Las ventanas hacían explosión, y en las paredes aparecían agujeros del tamaño de un puño. Incluso silenciada, tanta artillería armaba mucho alboroto. Al final alguien iba a llamar al 911, aunque casi con toda certeza lo que mandaran sería demasiado poco y llegaría demasiado tarde; un poli de casa de veraneo, corto de miras, que a lo mejor llevase un revólver calibre 38 a la cadera.

—Yo iré primero —dijo Holliday.

Con los ojos como platos, Meg asintió, estremeciéndose y dando un respingo cada vez que una bala alcanzaba las paredes de alrededor. Holliday bajó los escalones. Entre las viguetas del suelo y la roca apenas había sitio para avanzar agachado.

Miró en torno a él. Era imposible ir a la parte trasera de la casa; la roca subía en pendiente hacia la terraza entarimada, y el falso sótano se estrechaba hasta convertirse en una grieta de apenas unos treinta centímetros de altura. Casi todo el fuego parecía proceder de la escalera que bajaba al embarcadero.

Echó una ojeada por encima del hombro. Meg estaba justo detrás. Bajo el suelo de la casa, el terreno estaba cubierto de viejos desechos de construcción podridos y hojas en descomposición. Por encima de ellos había arañas, y por abajo, cosas oscuras que se deslizaban. Holliday cayó en la cuenta de que las mejores películas de miedo surgían de los sótanos y desvanes. La mayoría de la gente no tenía ni la menor idea de lo que pasaba dentro de las paredes de sus propias casas. Las pesadillas domésticas.

Holliday llegó al borde de la casa, se detuvo y se asomó al aire libre. El sol cubría el suelo de manchas de luz y sombra. Entre el lateral de la casa y la pared de árboles circundante había un claro de diez metros más o menos. De repente, mientras estaba arrodillado mirando hacia fuera, un hombre salió de la hilera de árboles vestido con uniforme completo de combate y un pasamontañas verde oscuro. Tenía las manos cubiertas de pintura de camuflaje Camtech. Llevaba una escopeta de asalto Atchisson AA-12 con un tambor de veinte cartuchos y una Glock o algo parecido en una funda a la cintura.

La Atchisson se había perfeccionado para el combate cuerpo a cuerpo. Disparaba

un cartucho Magnum capaz de matar un oso Kodiak o un elefante. Podía partir por la mitad a un hombre a treinta metros de distancia y hacer un agujero de entrada y salida que atravesara la casa de un lado al otro.

El de la escopeta se detuvo una fracción de segundo a la orilla de los árboles y luego echó a correr hacia delante a toda velocidad. «Diez puntos menos en un examen de maniobra táctica en West Point», pensó Holliday. Debería haberse acercado a su objetivo agachado. De haberlo hecho así, tal vez habría visto a Holliday al acecho en el falso sótano en sombras. El de la ropa de camuflaje avanzó corriendo y se paró junto a la casa. Por la posición de sus pies Holliday supuso que iba a bordear la pared hasta una ventana. Los pies estaban metidos en botas de combate reglamentarias Belleville color arena que pesaban un kilo cada una.

Sin pensar apenas en lo que hacía, Holliday alargó las manos, agarró los dos tobillos del hombre y tiró todo lo fuerte que pudo. Pillado completamente por sorpresa, el soldado perdió el equilibrio y se cayó hacia atrás; su cabeza chocó contra la roca y la escopeta le salió disparada de las manos. Holliday le tiró fuerte de los pies y lo metió a rastras debajo de la casa. El hombre, aturdido, forcejeó, pero Holliday le clavó fuerte el codo en la tráquea y se apoyó en ella con todo su peso. Algo en la garganta del soldado se quebró. Emitió un sonido de ahogo, de borboteo y dejó de moverse, mientras le manaba sangre de la boca.

Holliday arrastró el cuerpo más adentro todavía de la casa, y le quitó el arma auxiliar y una faltriquera de munición llena de cargadores de 9 mm. Llevaba otros dos tambores para la Atchisson en un morral de lona al hombro. Holliday le quitó el morral y se colgó el tirante metiéndoselo por encima de la cabeza.

El soldado también tenía un cuchillo Ek Commando enfundado, como el que Holliday había utilizado en los Rangers. Holliday cogió el arma y se la deslizó bajo la cartuchera. Por último echó con cuidado el cuerpo a un lado, avanzó lentamente y se asomó al sol.

Alguien dio un silbido. Al cabo de una fracción de segundo sonaron varias explosiones dentro de la casa: granadas aturdidoras de las que se empleaban cuando había que rescatar rehenes. De pronto el aire se llenó de voces que chillaban y ruido de madera que se hacía pedazos. Se oyeron más disparos, esta vez procedentes de arriba. Los hombres de Quince presentaban su última batalla en la planta alta. Había llegado la hora de la verdad.

Holliday oyó fuertes pisadas de botas cuando el grupo de asalto cruzó con paso retumbante la terraza entarimada por el lado de la casa que daba al lago. Este era el momento: toda la atención iba a estar en el interior, nadie vigilaría la parte de fuera. Agarró a Meg por la muñeca y tiró de ella hacia delante, al tiempo que salía rápidamente de debajo de la casa.

—Mantenga la cabeza agachada y sígame.

Atravesó corriendo el claro de diez metros entre la casa y los árboles. Un total de dos segundos hasta la escopeta, que recogió sin detenerse, y tres segundos más hasta

el bosque. Holliday se echó al suelo y se volvió hacia atrás. Meg se agachó a su lado. Él miró con atención hacia la casa.

De las ventanas de las dos plantas salían nubes de humo, o tal vez fuera gas lacrimógeno. De vez en cuando sonaban disparos, intercalados con silencio. Holliday oyó los sonidos del grupo de asalto limpiando cada habitación. Despacio, fue yendo hacia atrás sin perder de vista la casa mientras se internaba más entre los árboles; la hermana Meg siguió su ejemplo. Por fin Holliday se puso de pie. Ahora estaban completamente a cubierto, a salvo por el momento. Holliday tiró del cerrojo deslizante situado en el lado superior de la escopeta. Un cartucho saltó al suelo. Color verde vivo. Una bala de fragmentación, una limpiadora de habitaciones.

—Venga —susurró en tono severo al tiempo que reculaba con cuidado, adentrándose más en las sombras.

—¿Adónde vamos? —preguntó Meg.

—Lejos —dijo Holliday.

Describieron un largo arco por entre los árboles sin dejar de bajar a buen ritmo, pasando con dificultad por entre los cipreses y las grandes placas de granito, descendiendo hacia la rocosa orilla de abajo. Al cabo de un par de minutos llegaron al borde de los árboles, ya en la costa, y Holliday se dio cuenta de lo grande que era el lago en realidad. Apenas veía el otro lado: la vaga sensación de una borrosa orilla más distante. A lo lejos los barcos de vela se movían, ligeros y rápidos; las velas brillaban bajo el sol ardiente. Se oía el tenue sonido de voces hablando en voz alta sobre el agua y el zumbido de mosquito de invisibles lanchas motoras.

Holliday miró hacia la izquierda. Se encontraba al borde de un acantilado no muy alto, a unos siete metros por encima del agua. Era evidente que la casa estaba muy aislada; no se veía ningún otro embarcadero. No era extraño que no hubiese llegado la caballería. Miró a la derecha. A dieciocho metros de distancia, el embarcadero de la casa de Quince sobresalía hasta meterse en el cristalino lago. Holliday vio la lancha remolcadora de esquí náutico amarrada, y la vieja motora de recreo al otro lado.

La lancha remolcadora parecía una Bayliner antigua, un poco desvencijada pero perfecta para lo que necesitaban aquellos tipos: sitio donde apiñar al menos a media docena de hombres en el camarote de proa y otra media docena en cubierta, y dos motores fueraborda para suministrar energía. Solo se veía una persona, un hombre con traje negro de submarinismo: el esquiador que había servido de señuelo. Holliday echó una ojeada al agua. ¿Dónde se encontraba aquella casa? Trató de recordar la geografía que había estudiado en secundaria. Por lo menos les habían dado una charla sobre los Grandes Lagos.

Toronto estaba junto al lago Ontario, y la casa que su tío tenía al norte del estado de Nueva York estaba junto al lago Erie. ¿Y qué había al norte de Toronto que se viera enfrente? Un borroso detalle apareció en su recuerdo: la abolición de la esclavitud, antes incluso que en el Imperio británico. Enseguida se acordó: el lago Simcoe, uno de los mayores lagos de agua dulce del mundo. Pero ahora no

importaba. Lo que importaba era echar al tipo del traje de submarinismo fuera de la lancha antes de que volvieran sus amigos.

—Quédese aquí —le dijo en voz baja a Meg. Ella asintió en silencio y retrocedió de nuevo hasta los árboles—. Cuando oiga disparos, venga corriendo. Sin dudarle un momento. O se da prisa, o la dejo aquí.

Sin apartarse de la franja de sombras que proporcionaba la línea de árboles, Holliday avanzó con sigilo hacia el embarcadero, caminando con ojo, teniendo cuidado de no pisar una ruidosa rama o una atronadora zona de grava. Al fin llegó a un lugar que debía de estar a unos tres metros y medio por encima de la remolcadora amarrada, y se detuvo.

El esquiador estaba alerta, concentrado en la escalera que subía hasta la casa. Estaba sentado a los mandos de la lancha, y abajo y a su izquierda tenía la puerta que iba al camarote de proa. Una mano estaba en el timón y la otra sujetaba una pistola pequeña y sólida. Otra Glock.

La casa de lo alto de la escalera estaba en silencio. Holliday no tenía mucho tiempo. Se agachó, puso el AA-12 en el blando suelo y abrió la funda de la Glock que le había cogido al soldado muerto debajo de la casa. Metió una bala en la recámara y salió a la luz.

Al ver el movimiento, el de la lancha alzó la mirada. No había tiempo para el juego limpio. Holliday le disparó una ráfaga de tres disparos al pecho del hombre que lo hizo caer fuera de la lancha y en el agua. Entonces volvió a meter con energía la Glock en la funda, recogió la escopeta, y bajó resbalando la empinada placa de granito hasta el embarcadero.

Una vez allí, le dio al selector de la escopeta para ponerla en tiro único y le encajó medio ensordecedor cargador al casco de la vieja Chris-Craft. Las balas de fragmentación mordieron las barnizadas riostras, reduciendo a astillas el casco de la hermosa y antigua motora que empezó a hundirse al instante.

Holliday se apartó y desató los cables que sujetaban la Bayliner al muelle, se metió en la lancha remolcadora y avanzó hasta los mandos salpicados de sangre. Hizo girar la llave de contacto y los grandes motores fueraborda cobraron vida con estruendo.

Viendo algo por el rabillo del ojo, Holliday se volvió a mirar. La hermana Meg, con la mochila golpeándole en la espalda, bajaba deslizándose por la pared de granito, y medio se cayó, medio se metió de un salto en la lancha, chocando contra Holliday y casi haciéndolo caer. De pronto él notó otro atisbo de movimiento, más oscuro, a la izquierda. Recuperando el equilibrio, levantó la escopeta y disparó una ciega rociada de aquellas mortíferas balas hacia la escalera, mientras los vacíos cartuchos salían de golpe por el expulsor en una continua oleada; el arma sonaba como el ladrido de los perros del infierno.

Sin esperar a ver las consecuencias de sus disparos, Holliday dio media vuelta y empujó a fondo los dos aceleradores hacia delante. La Bayliner se apartó de un salto

del embarcadero, levantando tras ella un enorme abanico de espuma. A un centenar de metros de la costa, Holliday se arriesgó a echar un vistazo hacia atrás por encima del hombro. La casa que había sobre la loma rocosa, más allá del embarcadero, estaba envuelta en humo; por el embarcadero vio que pululaban unas cuantas siluetas oscuras.

Holliday inspiró hondo y soltó el aire despacio; mientras con una mano agarraba el timón de la lancha, con la otra echó atrás un poco la palanca de los aceleradores. Si hubieran permanecido unos segundos más allá atrás, habría sido demasiado tarde. Habían escapado justo a tiempo. Se le revolvió el estómago mientras la adrenalina abandonaba su organismo.

Le echó una ojeada a Meg. Parecía sorprendentemente tranquila allí a su lado, con los ojos verdes centrados en el lejano horizonte del enorme lago, como si el infierno que acababan de dejar tras ellos no fuera más que un mal sueño, concentrada tan solo en lo que los aguardaba. Por primera vez desde que conocía a la enigmática monja, a Holliday se le ocurrió que la pretendida Arca Verdadera que estaba buscando debía de tener cierta base de realidad... Suficiente para que los hombres mataran. Suficiente para que los hombres murieran.

**H**ALIFAX, Nueva Escocia, es conocida por dos cosas: porque durante la Segunda Guerra Mundial fue el mayor centro de convoyes de América del Norte, y, además, porque el 6 de diciembre de 1917 la ciudad entera saltó por los aires cuando el *Mont Blanc*, un navío francés cargado de material para municiones, hizo explosión en el puerto y mató a dos mil personas en el acto, provocando un maremoto, arrasando edificios en kilómetros a la redonda, causando un centenar de incendios y, en una palabra, destruyendo la ciudad. La explosión de Halifax aún se considera la mayor explosión no nuclear que se haya producido jamás.

A Halifax también se la conoce como la cuna del Canadá inglés, algo irónico puesto que en principio se llamaba Louisburg y la colonizaron los franceses. Por entonces a la propia Nueva Escocia se la denominaba L'Acadie o Arcadia, nombre que con el tiempo se convirtió sencillamente en Acadia. Siendo quienes eran, los británicos decidieron que querían lo que tenían los franceses; en concreto, un puerto de aguas profundas en el Nuevo Mundo aún mejor que Nueva York.

En un esfuerzo por hacerse con la hegemonía de todo Canadá, atacaron la colonia francesa y pusieron a los acadios de patitas en la calle; entonces la mayoría de los acadios se establecieron en los estados costeros de Maine y New Hampshire, mientras que otros regresaban a Francia y unos buenos cuantos, alrededor de trescientos, emigraban a la zona francófona de Louisiana y se convertían en quienes hoy día se conocen sencillamente como los «*cajuns*».

A Holliday y Meg les había resultado muy fácil llegar. Después de arribar sin más incidentes a la orilla del lago Simcoe en un lugar llamado Jackson's Point, cogieron un autocar de vuelta a Toronto, adonde llegaron poco antes de mediodía. Agotando las tarjetas de crédito y débito de ambos, Holliday reunió dinero suficiente para dos billetes de tren a Montreal con alojamiento en el *Ocean Limited*, el tren directo a las provincias marítimas.

Nadie pareció inmutarse al ver que Holliday pagaba en metálico, y además no fue necesario mostrar ninguna identificación. Por lo visto la Seguridad Nacional aún no había llegado a Canadá, y tampoco había ni rastro de presencia de personal armado de seguridad rondando por la vieja y resonante Union Station. El tren de alta velocidad que salía de Toronto era moderno y rápido, con sus correspondientes vagón comedor y vagón bar. Llegaron a Montreal con tiempo suficiente para hacer unas cuantas compras en los centros comerciales subterráneos conectados con la estación de ferrocarril, y luego se montaron en el *Ocean* poco antes de que saliera, a las seis y media de aquella tarde.

El tren era sorprendentemente sofisticado, y lo componían antiguos coches Budd

Streamliners como los del viejo 20<sup>th</sup> Century Limited. Los vagones restaurantes tenían manteles de verdad y servilletas de lino, e incluso había un vagón panorámico con una cúpula y grandes ventanales. Si no hubiera sido un fugitivo buscado en dos continentes, para Holliday el viaje tal vez habría supuesto una pequeña y agradable aventura. Tal y como estaban las cosas, pasó todo el tiempo solo en su departamento privado de coche-cama, intentando entender qué ocurría de verdad. Apenas vio a Meg salvo en las comidas, y los dos evitaron hablar sobre Quince y los acontecimientos que habían envuelto su secuestro.

Casi no cabía duda de que los hombres que habían atacado la casa eran más de aquella misteriosa pandilla de Blackhawk Security, aunque según Quince él no era sino un pistolero a sueldo también. Pero a los grupos como Blackhawk los contrataban los gobiernos, o como mínimo las gigantescas sociedades anónimas multinacionales. En realidad, los dueños eran sociedades anónimas multinacionales.

¿Y qué multinacional se interesaba por un mito de la Edad Media hasta el punto de enviar a gente como Quince y sus matones de los Blackhawk? Es que aquello no tenía sentido ninguno.

Alguien les pisaba los talones desde aquel tipo calvo que los había seguido todo el camino desde Mont Saint-Michel a Praga. A veces daba la impresión de que supieran más sobre la supuesta Arca Verdadera que él y Meg.

Lidió con el problema todo el camino mientras atravesaban las provincias canadienses de Québec y New Brunswick y entraban en Nueva Escocia, pero no encontró una solución razonable. Para cuando llegaron a Halifax a las tres y media de la tarde siguiente, la única conclusión que tenía Holliday era que en algún momento había pasado algo por alto, la pieza que faltaba en el rompecabezas y que resolvía el problema.

La misma Halifax había dejado atrás buena parte de su pasado marítimo y ahora se concentraba en ser un centro gubernamental y una trampa para turistas modernos y forrados de dinero, incluidos las cartas de menú sin precios, los camareros rastreros que te decían su nombre de pila antes de tomar la comanda, un surtido de recorridos turísticos por la ciudad en variopintos autobuses de dos pisos, e incluso una flota de vehículos anfibios Lark procedentes de la guerra de Vietnam que atravesaban con paso cansino la ciudad y se metían en las aguas del puerto, con ranas de vivos colores verde y amarillo pintadas en los cascos de aluminio.

Por desgracia las ranas de verdad no sobrevivían en el puerto. Más de trescientos millones de litros de aguas residuales sin tratar se bombeaban al mar cada día debido a una avería en la planta depuradora de agua, y ahora se utilizaban discos desodorantes gigantescos para controlar el pestilente olor que a menudo barría los revitalizados muelles, con sus hoteles y casinos y todo.

Al final Holliday y Meg encontraron lo que buscaban al otro lado del amplio canal del puerto, en la ciudad de Dartmouth, centro industrial de Halifax y sede atlántica de la marina de guerra canadiense. Dartmouth siempre había sido el borde

áspero de Halifax que se mantenía lejos de la buena sociedad de la provincia, aunque esta no fuera gran cosa. En Dartmouth no había alicientes turísticos ni restaurantes Tony's, pero había mucha gente de mar que hacía funcionar el puerto y los astilleros de la marina, y muchos bares en los muelles para apagar la sed después de una larga jornada de trabajo.

El almirante Benbow estaba situado en una bocacalle, hacia la mitad de una empinada cuesta que subía desde los muelles a la altura de Tuft's Cove; uno de la docena de olvidados caminos apartados que se empleaban para el transporte de mercancías de los muelles de Dartmouth. Hubo un tiempo en que Tuft's Cove era un floreciente puerto para los pescadores de bogavantes de la zona, pero hacía mucho que las grandes empresas habían hecho de la pesca del bogavante a pequeña escala un oficio marginal en el mejor de los casos, y tal como estaba la economía, era más fácil ponerse a vivir de las prestaciones de la seguridad social que desperdiciar gasolina y arriesgar la vida vagando por el Atlántico.

Por raro que parezca, el Benbow, que se llamaba así por la taberna de Jim Hawkins que aparecía en *La isla del tesoro*, había adoptado un eje temático del Oeste, con sus correspondientes camareras con espuelas, *minishorts* color amarillo vivo y grandes sombreros vaqueros de ala ancha y copa alta, además de una cosa llamada «*The Gal Corral*» para el baile *country* en línea y un toro mecánico de nombre Old Tex, de uso limitado a señoritas con una medida de busto que sobrepasara los noventa centímetros. Hasta la comida de la carta del bar se había adaptado al Oeste. Los perritos calientes con aderezo de chile eran «mordeduras de serpiente», las frituras de jalapeño eran «buñuelos de bichos» y las alitas de pollo, «*wang dang gracias*». Según un rótulo bien visible que había sobre la barra, las *wang dang gracias* eran cortesía de la casa si se pedía una jarra de cerveza de barril entre las siete de la tarde y la medianoche de los miércoles. Se habían jugado la vida redecorando aquel antiguo almacén de redes, grande y de techo alto, para que pareciese el interior de un granero, pero en el aire flotaba aún un resto de olor a pescado.

Empezaba a oscurecer y el local estaba abarrotado. Camareras de grandes senos con botas camperas acarreaban con esfuerzo espumeantes jarras de cerveza, Old Tex marchaba a toda máquina y el *Gal Corral* estaba lleno de mujeres solas, por lo general faltas de atractivo, bailando en línea como si fueran hileras de pingüinas vaqueras que intentaran atraer a un macho. Era un espectáculo bochornoso.

—No estoy segura de estar cómoda aquí —dijo Meg cuando se sentaron ante la barra.

Vestía unos vaqueros razonablemente modernos y una camisa blanca de hombre con los faldones por fuera, pero la expresión de desaprobación que se pintaba en su cara lo decía todo: aquella no era una mujer que pasara mucho tiempo en los bares.

—Es que tampoco lo parece —dijo Holliday—. Más vale que se anime o esto no va a funcionar.

—¿Por qué tenemos que venir a un lugar así para buscar un barco? —preguntó

Meg.

Un camarero que llevaba puesta una camiseta con la leyenda «*Cross the Line Your Ass is Mine*» y la imagen de un toro de aspecto malvado tras una valla de alambre de espino, les tomó la comanda: un Caesar sin alcohol para Meg (el Caesar parecía ser una versión exclusivamente canadiense del Bloody Mary, pero hecho con caldo de almeja además de tomate), y un Glen Breton local a palo seco para Holliday. Holliday esperó a que llegaran las bebidas antes de contestar la pregunta. De pronto por los altavoces gigantes empezó a sonar grito pelado una berreante interpretación de *Bud the Spud* a cargo de Stompin' Tom Connor; se trataba de una canción sobre un camionero que transportaba patatas.

—Ya lo hablamos en el tren —dijo Holliday—. Esa isla Sable está protegida. La ley no permite recalar allí, de manera que un barco alquilado legalmente no la llevaría a usted; se incautarían de él. Aunque, de todos modos, es casi imposible que llegue ningún barco debido a las corrientes y las mareas; por eso todo el que va a la isla lo hace en avión.

—Pues alquilamos un avión.

—Yo no sé pilotar. ¿Usted sí?

—Pues mire por dónde, sí —dijo ella con afectación—. Avionetas en todo caso. Me saqué la licencia cuando era una cría. De un solo motor. Mi padre tenía una Piper Cherokee.

—¿Cuándo fue la última vez que pilotó usted una avioneta?

—Hace bastante.

—¿Cuánto tiempo es «bastante»?

Meg se encogió de hombros.

—Cuando estudiaba secundaria.

—No, gracias. Los aviones que usan por aquí tienen neumáticos blandos especiales para aterrizar en la playa. ¿Está usted dispuesta a aterrizar sobre arena?

—Creo que no.

—Pues entonces iremos en barco.

—¿Pero por qué aquí?

—Porque el tipo con el que estuve hablando en el último bar sugirió que viniéramos aquí.

El último bar, un cuchitril de mala muerte llamado Buddy's Bar and Grill, estaba situado allá en Bedford Basin, en el extremo más hondo del puerto. El dueño había sido sorprendentemente claro; después de echarles un vistazo a Holliday y a Meg, les dijo que si alguna vez uno quería trasladar cosas entre el punto A y el punto B sin que se entrometiera el Gobierno, había que ir al Benbow y esperar a Arnie Gallant.

El apodo de Arnie era *Súper Mario*, y con razón; era achaparrado, moreno, ancho de espaldas y tenía un tupido bigote a lo Groucho Marx, exactamente igual que el personaje del videojuego, y además, para acentuar todavía más el parecido, la mayor parte del tiempo vestía un mono de trabajo color marrón. Por lo visto a Arnie Gallant

le gustaban las *wang dang gracias* más que la vida misma, y como era miércoles por la noche, casi seguro que aparecería.

Holliday se había tomado su tiempo para buscar en una librería, cerca del hotel de Toronto, un libro sobre la isla Sable, y se lo había leído a bordo del tren, camino de Halifax. El libro se llamaba *Una duna a la deriva* y era una crónica de la curiosa historia del mortífero bajío, desde su origen glacial hasta el presente.

Era una historia fascinante, aunque desde luego no resultaba agradable. Posada al borde de la plataforma continental, la cambiante medialuna de arena que en tiempos medía unos ciento cincuenta kilómetros de largo estaba situada en el centro de todas las corrientes y todos los vientos peligrosos del Atlántico; su oculto bajío se encontraba justo en la trayectoria de los huracanes en vías de expansión y las «tormentas perfectas» que aparecían de sopetón frente al Gran Banco de Terranova y las Bermudas, y constituía una trampa latente para toda clase de navíos desde que el hombre cruzó por primera vez el océano Atlántico. Muchas vidas y muchos sueños habían acabado en la isla Sable.

Aquel lugar parecía decididamente desagradable, y cuanto más leía Holliday menos quería ir allí. Si la búsqueda el Arca Verdadera en que andaban empeñados no hubiera despertado en él aquel torbellino de interés que lo tenía atrapado, haría mucho que habría optado por no continuar la persecución. Ahora era demasiado tarde; había ido demasiado lejos y estaba demasiado implicado para darse por vencido. Seguía sin estar seguro de si creía o no en la existencia del arca, pero otras personas (y personas poderosas) segurísimo que se lo creían.

—Una Keith's IPA, guapa, y un cubo de *gracias*.

Un hombre de unos cuarenta y muchos o cincuenta y pocos años se dejó caer en el taburete de la barra al lado de Holliday. Parecía una versión a escala reducida de un placaje defensivo: puro hombros y pecho. Tenía el pelo rizado y oscuro, canoso en las sienes; el cuello corto y ancho, grandes manos y un poblado bigote que era casi una broma. Llevaba unas pequeñas gafas bifocales color rojo vivo, y a sus negros ojos asomaba un brillo de regocijo como si acabara de contar un chiste especialmente verde. Su Keith's llegó en una botella regordeta sin acompañamiento de vaso, y el hombre se echó un buen trago. Dejó la botella con un satisfecho suspiro y se chupó la espuma del bigote con el labio inferior. Luego le echó una ojeada a Holliday.

—Usted es el Doc de Buddy —dijo, atisbando por encima de las cómicas gafitas.

—¿Cómo lo sabe?

Holliday sonrió.

—El parche en el ojo a lo *Piratas del Caribe* lo dice todo —dijo el hombre. Le dio otro tiento a la Keith's. En ese momento le pusieron delante una cesta roja de plástico forrada con papel encerado y llena de relucientes alitas de pollo cubiertas de salsa. Con soltura de experto, descarnó una, se limpió la boca con una servilleta, regó la alita de pollo con más cerveza y volvió a echar los limpios huesos en la cesta—. Según tengo entendido, quiere contratarme a mí y a mi barco por algún motivo ilícito

—dijo.

Su curioso acento nasal se parecía bastante a Stompin' Tom y «Bud the Spud».

—¿Quién ha dicho nada de ilícito? —respondió Holliday.

Arnie se echó a reír. Por cómo sonaba la risa del hombre, era de los que se fumaba al menos un paquete al día.

—Entonces es que quiere que le dé una lección sobre cómo no pescar los bogavantes que ya no hay allí y que nadie puede permitirse hoy día, ¿no?

Gallant cogió otra alita, se ventiló la carne y tomó otro buen sorbo de cerveza.

—A lo mejor queremos hacer turismo —dijo Holliday, y se encogió de hombros.

Tomó un sorbito del *whisky* puro de malta. Estaba bueno, con un curioso regusto a caramelo de mantequilla. *Bud the Spud* llegó a su fin, pero Stompin' Tom continuó; algo donde rimaban *glory* y *dory*.

—Mire: yo no soy un poli, usted no es un poli, de modo que, ¿por qué no nos dejamos de gilipolleces y vamos al grano?

Gallant volvió a realizar su ritual de las alitas.

Holliday clavó la mirada en Gallant un instante. El achaparrado hombrecillo parecía salido de un cuento de hadas de los hermanos Grimm. Tenía que ser de verdad.

—Queremos que nos lleve a la isla Sable.

—Eso va contra la ley —dijo Gallant, con un brillo alegre en los ojos. Se comió otra alita. Por lo que Holliday dedujo, la canción del *glory-dory* era una versión de pescador del espiritual *Swing Low, Sweet Chariot*.

—Como usted ha dicho: ilícito.

—Lo ilícito es caro —dijo Gallant.

—Puedo pagarlo.

—¿Por qué quieren ir a Sable?

—¿Eso es asunto suyo?

—Es mi barco, así que es asunto mío —dijo Gallant encogiéndose de hombros—. Y es mi precio.

—Buscamos una cosa —intervino Meg—. Una cosa perdida en la isla Sable.

—¿Un tesoro enterrado en la isla Sable? Bueno, eso sí que es original... ¿Buscan algún buque en particular? Hay alrededor de quinientos. —Se comió otra alita—. Hasta hay un barco que, allá por los años veinte, chocó con los restos sumergidos de un naufragio y se hundió también. —Echó los huesos en la cesta y se sopló otro trago de la cerveza color miel—. Están ustedes locos. La isla entera se mueve, nada se queda en el mismo lugar, por eso es tan peligrosa.

—Sabemos dónde buscar —dijo Meg.

Holliday le echó una ojeada de extrañeza; aquella era la primera noticia que tenía de un posible emplazamiento. Bueno, ¿qué pasaba allí?

—¿Qué es lo que están buscando? —preguntó Gallant.

—Una reliquia religiosa. En realidad no es un tesoro.

—De modo que no son doblones de oro ni las perlas de Barbanegra ni nada por el estilo —dijo Gallant, dejando ver una amplia sonrisa.

—No —dijo Meg con voz seria.

Gallant se comió otra alita de pollo, y luego otra más, con gesto pensativo y con la vista clavada en las hileras y gradas de botellas que había detrás de la barra. Finalmente miró a Holliday.

—No hay nada parecido a eso en la isla Sable —dijo—. Hay un montonazo de arena y unos cuantos caballos que quedan de sabe Dios cuándo, pero allí no hay ninguna reliquia religiosa. De haberla habido, la habrían encontrado hace mucho. No hay nada ni siquiera ligeramente religioso en Sable. Eso que dicen son cuentos de hadas. —Hizo una breve pausa—. Pero eso es cuestión de ustedes, no mía. Están jugando a algún juego o cumpliendo alguna fantasía o siguiendo el mapa del tesoro que algún capullo les ha vendido por internet, y eso también está bien, pero sepan una cosa: sean quienes sean ustedes, la isla Sable no es cosa de broma y tampoco es ninguna fantasía. Es un sitio muy serio y peligroso, rodeado por aguas muy serias y peligrosas. Si van allá, van por su cuenta y riesgo.

—¿Cuándo salimos? —dijo Meg.

**J**OSEPH Patchin estaba sentado a la elegante mesa del Salón Domingo en el Café Milano de Georgetown; devoraba tranquilamente su langosta a la parrilla con ensalada de palmitos sabiendo que pagaba Kate Sinclair, ya que era ella quien había convocado la reunión. Él y Kate eran los únicos comensales de la apartada sala que daba al restaurante principal; la discreción la garantizaba una hilera de contraventanas de madera que proporcionaban intimidad. Joseph Patchin tomó un sorbo de su carísima copa de Gaja Alteni di Brassica Sauvignon Blanc y se limpió los labios de mantequilla a las finas hierbas dándose unos toquecitos con la almidonada servilleta de lino.

—Llevamos aquí casi una hora entera, Kate. Tiempo suficiente para que hasta el último reportero de la *CNN* y el último articulista del *Washington Post* interesados por lo que se cuece en los círculos oficiales de Washington sepa que el director de operaciones de la Agencia Central de Inteligencia está cenando con la mayor y última esperanza del Partido Republicano, y para que exprese abiertamente su curiosidad acerca de este encuentro. ¿Por qué no vamos al grano?

La frágil mujer de rostro enjuto y anguloso hizo caso omiso de la chuleta de ternera de aspecto espléndido que había en el plato delante de ella y metió la mano en el bolsito sin asa Lana Marks, modelo único, que descansaba en su regazo. Sacó una sencilla pitillera de oro Van Cleef & Arpels que había pertenecido a su madre y el encendedor a juego. Cogió un cigarrillo y lo encendió.

—Creía que estaba prohibido fumar en los restaurantes de Washington —dijo Patchin.

—Por el precio que voy a pagar por esta comida y esta sala, Franco se tragará la multa —dijo Sinclair secamente. Dio una gran chupada al cigarrillo y se puso cómoda en la butaca—. Hábleme del fiasco de ustedes en Canadá —dijo.

—¿Cómo que nuestro fiasco? No hemos tenido nada que ver con eso —respondió Patchin, sinceramente sorprendido.

—¿Intenta decirme que Quince no era un hombre de la Compañía?

—La palabra clave es «era» —respondió Patchin—. Hace veinte años. Salió cuando entró Clinton; uno de los que desfiló con la nueva política de George Tenet. Desde entonces trabajaba de forma privada.

—Si Quince no era de ustedes, ¿quién era?

—No tengo ni idea. Usted sabe tan bien como yo que en este asunto hemos adoptado una actitud de esperar a ver qué pasa.

Aquella era la réplica oficial de todo hombre de la CIA, y la madre del senador no tenía la mínima intención de creérsela.

—No juegue conmigo, Joseph: perderá siempre. Si mi hijo no se convierte en *adelphos* principal de Rex Deus carecerá de influencia para que lo proclamen candidato el año que viene. A su vez, eso significa que no llegará a ser presidente, y que usted perderá el turno como secretario de Estado. Esto es como hacer construcciones con las fichas del dominó, Joseph: si cae una, les pasa lo mismo a todas las demás.

—Tenemos medidas para prever esa eventualidad —dijo Patchin en voz baja.

—¿Ironstone? —preguntó Sinclair—. Eso es prácticamente una traición.

—A pesar de todo —dijo Patchin, apartando el plato; de repente se había quedado sin apetito—. Si el senador no obtiene la candidatura, Ironstone tal vez sea nuestra única opción. Otros cuatro años con ese cándido socialista en la Casa Blanca y la Constitución podrá usarse como papel higiénico. Ya ha tirado el país por el cagadero.

—¿Me garantiza usted el éxito de Ironstone? —preguntó Sinclair. Apagó el cigarrillo en una copa de vino de sesenta dólares.

—¿Con ayuda de los amigos de usted? Sí. —Patchin se encogió de hombros—. Sin embargo, sería mucho mejor si él llegara a ser jefe de la... organización de ustedes. Ironstone alteraría la esencia de los Estados Unidos para siempre.

—Algunos dirían que para mejor —dijo Sinclair.

—Y algunos lo llamarían las últimas boqueadas de un imperio que hace aguas —respondió Patchin—. Ironstone no es una alternativa, sino algo que es preciso evitar a toda costa.

—Pues ayúdeme —dijo Kate Sinclair—. Si se descubre el arca, ayúdeme a asegurar que no caiga en malas manos.

—Hablando de malas manos —dijo Patchin—, ¿exactamente a quién nos referimos?

—Hay siete familias de la sangre dentro de Rex Deus, todas descendientes de los Desposyni, parientes consanguíneos de Cristo; todas son familias de sangre real.

—La verdad es que me dan igual todo ese galimatías religioso y los apretones de manos secretos, solo quiero saber a qué nos enfrentamos. ¿Esas siete familias están igualadas a la hora de querer tomar el poder?

—No —dijo la anciana Sinclair—. Todas descienden de los hijos de María, los hermanos y hermanas de Cristo, pero desde la disolución de la Orden Templaria, Rex Deus solo acepta a los miembros de las familias que sobrevivieron y vinieron a Norteamérica. De los cincuenta y seis signatarios de la Declaración de Independencia, ocho eran miembros de Rex Deus y se conocían. Fueron esos ocho los que constituyeron Rex Deus tal como hoy día existe.

—No recuerdo que nadie llamado Sinclair firmara la Declaración —dijo Patchin.

—Rex Deus y los Desposyni siguen un criterio matriarcal, como los judíos; por supuesto, Cristo era judío de nacimiento. Son más descendientes de María Magdalena que hijos de Jesús.

—¿Todavía se cree la gente este cuento? —dijo Patchin—. Pero si parece salido

directamente de una novela...

—¿Y han salido de una novela los francmasones, o el Club Bilderberg, o la Iglesia católica romana, o los «Calaveras y Huesos» de la Universidad de Yale, Joseph? Según recuerdo, usted es un *bonesman*. Del curso del ochenta y cuatro, ¿no?

—Del ochenta y dos —respondió Patchin. Dio un buen trago al costoso vino, sin saborearlo apenas.

—Rex Deus es igual que todas esas instituciones, Joseph; aparte de la parafernalia, se trata de dinero. Muchísimo dinero y un poder casi infinito.

—Sin embargo es de la parafernalia de lo que hablamos —argumentó Patchin.

Kate Sinclair encendió otro cigarrillo.

—Es lo único que el señor Brown acertó en su libro, y probablemente eso explique su éxito: el poder de los símbolos en la vida de las personas, aunque esas personas no tengan ni idea del origen de los símbolos.

»Las herraduras de la suerte son en realidad los restos dorados de pintura de las aureolas de los santos cuando se borraba todo lo demás del cuadro. La cruz se utiliza desde la Edad de Piedra y no tiene nada que ver con el cristianismo. En Japón el color blanco se emplea para los funerales, no para las bodas. La esvástica se usaba en Islandia ya en el siglo VIII y era conocida como el Martillo de Thor... y se usaba en la India mucho antes. Pero muéstrole una esvástica a un israelí y observe su reacción. Ya lo dijo hace años una persona que estaba en publicidad: la percepción lo es todo.

La anciana hizo una breve pausa y con un golpecito del dedo dejó caer la ceniza en las sobras de ternera.

—La percepción en Rex Deus es que el Arca Verdadera y su contenido son los iconos y símbolos más sagrados de una antiquísima y santa orden. No se puede coronar al rey o a la reina británicos sin el cetro, el orbe y la corona. Desde el punto de vista filosófico, le corresponde a Rex Deus, es su santo objetivo, salvar a Norteamérica hasta el Apocalipsis y el Juicio Final. Los mismos Estados Unidos son el navío por el que sobrevivirá la Humanidad, y el Arca Verdadera es el símbolo de esa supervivencia.

—¿Usted cree todo eso? —dijo Patchin, boquiabierto.

—No importa lo que yo crea, Joseph. Lo que importa es que a la persona que devuelva el Arca Verdadera al lugar que se merece, se le garantice el ser nombrado *adelphos* o dirigente principal de Rex Deus, con todo el correspondiente poder que tal puesto conlleva.

—¿Y la competencia?

—De las ocho familias solo hay tres que de verdad tengan posibilidades de ganar.

—¿Quiénes son?

Kate Sinclair abrió el costoso bolsito y sacó un papel doblado. Se lo pasó a Patchin. Este desdobló la nota y leyó la breve lista de nombres. Luego abrió mucho los ojos.

—Dios mío —susurró, clavando la vista en la pequeña tira de papel.

—Exacto.

Sinclair sonrió con frialdad.

—Pero el primero, es...

Kate Sinclair se llevó un huesudo dedo a los labios color rojo vivo, haciéndolo callar.

—¿Aun así, me ayudará usted? —preguntó Sinclair.

Joseph Patchin la miró fijamente, al tiempo que se preguntaba con qué horrible nido de víboras se había topado. Intentó quitarle importancia. De perdidos, al río... Esa era la clase de ideas que le buscaron a Bernie Madoff ciento cincuenta años en chirona. Patchin tragó saliva.

—Veré lo que puedo hacer.

El mar era de vidrio negro. El único movimiento del agua oscura era un lento y ondulante oleaje que imprimía al barco langostero de diez metros y medio un giro de sacacorchos levemente incitador del mareo, y que estaba dándole a Meg una ligera tonalidad verde. El *Deryldene D* iba a una velocidad constante de doce nudos, algo que llevaba haciendo desde que saliera de Halifax al alba, hacía casi siete horas. Encima de ellos el cielo era una monótona losa gris.

—Me esperaba peor tiempo —dijo Holliday, que estaba junto a Gallant al lado del timón y miraba el lento ondular del mar.

Dispuestos en la repisa del parabrisas, delante del timón, había unos cuantos instrumentos de alta tecnología, incluidos un medidor de profundidad, un sonar de barrido lateral, un localizador de peces, una pantalla de radar en color y una emisora de radio marina.

—¿Le suena la expresión «la calma que precede a la tormenta»? —dijo el canadiense.

—Claro —dijo Holliday.

—Pues esto es —repuso Gallant en tono inexpresivo.

—¿Se avecina una tormenta? —preguntó Meg con preocupación; iba sentada en la caja del cebo, cerca de la popa.

—Estamos bajo un sistema de altas presiones que se mueve con el oleaje. Si encontramos un sistema de bajas presiones se producirá lo que se llama una ciclogénesis explosiva. Por allá abajo lo llaman una tormenta tropical. Así se crean los huracanes.

—Por favor, dígame que no vamos a meternos en un huracán —le imploró Meg.

—Tal vez no sea un huracán todavía, aunque lo más probable es que no tarde mucho en serlo. Ya han evacuado la isla y las plataformas petrolíferas que están cerca; eso no lo hacen por una tormenta corriente. Lo único es cuándo llegará —respondió Gallant.

—¿Y usted qué cree? —preguntó Holliday.

Gallant se encogió de hombros y se acarició el bigote.

—Tratar de adivinar lo que va a hacer el mar es una estupidez —dijo el pescador de bogavantes—. Pero por mi experiencia y el radar Doppler, yo diría que aún tenemos unas cuantas horas.

—¿Quiere decir que la isla Sable está desierta ahora? —preguntó Meg.

—Por si le interesa —contestó Gallant—, yo no he visto ninguna, pero el capitán del transatlántico *Queen Elizabeth 2* ha dicho que hay una ola de más de treinta metros cerca. Es la altura de un edificio de diez plantas, y Sable tiene apenas cuatro metros y medio sobre el nivel del mar. Segurísimo que yo no quisiera estar en la isla cuando llegue una ola como esa.

—Deberíamos revisar todo ese material que ha comprado usted —le dijo Holliday a Meg con intención.

Meg asintió. Holliday pasó el primero por la pequeña puerta parecida a una escotilla que había a la izquierda del timón, una vez bajados tres estrechos escalones.

A la izquierda había una cocina con hornilla y quemadores de propano, y una mesa abatible de formica a la derecha, con un banco alargado tapizado de vinilo pegado al mamparo de estribor. Todo lo que había en aquel pequeño espacio parecía cubierto con un ligero y veterano brillo de viejo aceite de cocinar, y en el aire se respiraba un inconfundible olor a pescado hervido. Holliday cruzó despacio la cocina, agachando mucho la cabeza, y se metió en el camarote de proa.

El material lo componían dos palas de *camping* desarmables, un par de receptores GPS de mano Lowrance Safari color amarillo vivo y dos detectores de metales Garret de gama muy alta; versiones más pequeñas, y con aspecto de detector de minas, de los grandes arcos detectores de metales Garret que se usan en los aeropuertos y en las instalaciones y servicios de seguridad. Pesaban poco y estaban informatizados.

Holliday se sentó en la litera impecablemente hecha que estaba pegada al mamparo de babor y esperó a que Meg se reuniera con él. Ahora iban en la proa, y el ligero movimiento de deslizamiento del *Deryldene D* por el suave oleaje, estilo montaña rusa, se notaba más. El color verde de Meg se hizo más intenso, y se puso una mano en el estómago.

—¿Qué quiere usted revisar? —dijo, manifiestamente irritada—. Las baterías están cargadas del todo y el vendedor graduó los detectores para cobre, bronce y hierro, además de oro y plata. Lo más probable es que esos sean los metales con los que se recubriera el arca.

—Quería hablar con usted en privado —contestó Holliday.

—¿De qué? —Meg tragó saliva—. Y dese prisa. Necesito aire fresco cuanto antes.

—Muy bien. Una pregunta rápida. Cuando estábamos en aquel bar donde conocimos a Gallant, usted dijo que sabía dónde estaba enterrada el arca. ¿Cómo es posible, si hasta hace unos días no sabía nada de la isla Sable?

—Caramba, caramba, pues sí que es usted desconfiado —dijo Meg. Volvió a

tragar saliva y cerró los ojos un instante al sentir una oleada de náuseas.

—Lámelo curiosidad profesional —dijo Holliday.

—De acuerdo —dijo ella, y asintió—. Para satisfacer su curiosidad. —Inspiró un hondo y tembloroso aliento tratando de controlar el mareo—. Esperemos que esto no hiera ese frágil ego masculino suyo, pero yo también soy historiadora, y a veces también resuelvo los enigmas.

—¿Qué enigmas? —preguntó Holliday.

—El cuadro de Praga. El de Cranach. Usted no entendía lo de los seis monjes en torno al pozo, ¿recuerda?

—Hasta ahora la sigo.

—Usted me dijo que hay un lago de agua dulce en la isla Sable, ¿verdad?

—El lago Wallace. Hay un manantial en algún sitio pero sobre todo se trata de agua de escorrentía producto de la lluvia, y por eso el nivel del agua sube y baja de manera tan radical, por lo menos según el libro que he leído.

—¿Pero estaría allí en la época de la beata Juliana y Saint-Clair?

—Me imagino.

—¿No lo entiende? El lago Wallace es el pozo —dijo Meg, consiguiendo esbozar una sonrisa de triunfo.

—¿Y los seis monjes?

—Sexta —contestó Meg.

—¿Cómo?

—La más importante de las horas canónicas —explicó Meg—. Es sagrada incluso para los judíos. Sexta es la sexta hora de la jornada. En un principio se entendió como el amanecer, pero en tiempos de la beata Juliana y la llegada de los relojes, Prima, la primera hora del día, se fijó de forma arbitraria a las seis de la mañana. Y Sexta se convirtió oficialmente en mediodía, la hora en que crucificaron a Cristo. Según san Benito, Sexta era también la hora más sagrada para la oración, y san Benito era el patrón de los templarios. Allí es donde Jean de Saint-Clair y la beata Juliana escondieron su santo tesoro: en la posición de las seis en punto en la esfera de un reloj de sol o de un reloj. Encontraremos el Arca Verdadera en la posición de las seis en punto de la orilla del lago Wallace.

—Vaya —dijo Holliday en voz baja.

**E**L doctor Raffi Wanounou, profesor de arqueología medieval en la Universidad Hebrea de Jerusalén, estaba sentado bajo la precaria tienda militar (poco más que un trozo de lona) que le servía de despacho, sudando copiosamente y dedicado al papeleo, la mayor parte del cual estaba desperdigado sobre la tosca mesa de madera contrachapada que tenía delante.

Por el extremo abierto de la tienda de campaña veía todo el yacimiento arqueológico: un templo del año 4000 a. C. que había servido de centro de culto a las tribus nómadas que atravesaban el desierto. Pasadas las ruinas del antiguo templo, donde sus alumnos trabajaban afanosamente como atareadas hormiguitas bajo el sol abrasador, Raffi veía la blanca escarcha de sal en las playas y la extensión azul-verdosa del mar Muerto.

Si entornaba los ojos, al otro lado, a quince kilómetros de distancia, veía el Jordán, y con un par de buenos prismáticos de campaña incluso divisaba el bloque de sal gema de ciento sesenta y cinco metros que solía denominarse «monte Sodoma».

Hacía bastante más de treinta y ocho grados, y ya casi era hora de llamar a los chavales para almorzar, para que se tomaran un descanso hidratante y, tal vez, incluso para que hicieran una excursión a uno de los manantiales que rodeaban el cercano oasis de Ein Guedi y fueran a bañarse. Raffi suspiró. La Edad del Cobre no era precisamente su área específica de conocimientos dentro de la historia hebrea pero, como el resto de sus colegas de departamento, tenía que dirigir bastantes salidas para realizar trabajos de campo con el fin de proporcionarles a los alumnos experiencia en el trabajo de yacimientos.

Raffi suspiró de nuevo; también estaba preocupado por Peggy. Solo se encontraba en el primer trimestre de embarazo, pero ya estaba muerto de inquietud por ella. Incluso había considerado la posibilidad de hacer el penoso viaje de vuelta de cien kilómetros a Jerusalén esa misma tarde, aunque Ein Guedi no se encontraba lo que se dice a una distancia que le permitiera ir y volver a casa diariamente. Setenta y cinco kilómetros de carreteras secundarias por el desierto en Israel no eran como la misma distancia por una autopista de Estados Unidos. Por otra parte, Peggy se merecía aquel esfuerzo. En realidad, conocer a Peggy y enamorarse de ella había sido lo mejor que le había ocurrido nunca; hasta su madre lo pensaba, aunque Raffi se hubiera casado con una *shiksa* que no se había cambiado el apellido cuando se casaron. Raffi sonrió; convencer a Reyna Wanounou de algo, de cualquier cosa, era un pequeño milagro, incluso su padre lo decía.

Alargó la mano hasta la nevera portátil que estaba debajo de la mesa, cogió una botella de plástico de agua mineral Neviot y desenroscó el tapón. Dio un buen trago y

después otro. Peggy no estaba acostumbrada al calor extremo de un verano israelí y eso también lo preocupaba. Dejó ver una amplia sonrisa. Una parte fundamental de la psique judía era preocuparse por una cosa o por otra. Presumiblemente, Peggy aún no había llegado a esa parte del proceso de conversión.

Raffi oyó un vehículo que bajaba por la vía de acceso al yacimiento del templo. El motor sonaba fuerte, más bien como sonaba un todoterreno. Raffi se puso sus viejas gafas de sol Serengeti Driver y se levantó. Fue hasta el extremo abierto de la tienda de campaña y se quedó bajo la cegadora luz del sol. Estuvo mirando mientras el vehículo avanzaba por la tortuosa vía de acceso. Era un Humvee y llevaba un moteado camuflaje de desierto. El Humvee era de las Fuerzas de Defensa israelíes.

El achaparrado y cuadrado vehículo blindado polivalente se detuvo junto a la tienda. Era un modelo M1145, el que utilizaba el ejército estadounidense para reemplazar a la versión original. Fuera cual fuese la división del servicio de que procedía, tenía influencia en el parque móvil. Hasta donde Raffi sabía, no había más que un puñado de vehículos como aquel en el país. Cuando él realizó su período de servicio obligatorio en el ejército, aún usaban Jeeps.

Un oficial salió del asiento del copiloto y dos soldados de infantería se bajaron de la parte de atrás. Todos vestían idénticos uniformes color marrón claro, pero el oficial tenía tres estrellas en las verdes insignias de las hombreras; todo un coronel. Los soldados de infantería tenían en las mangas los triples galones de sargento primero. Los tres llevaban las boinas verde oscuro del Mando de Inteligencia Militar.

Metida en el cinturón, el coronel tenía una pistola Desert Eagle enfundada; los dos sargentos llevaban fusiles de asalto Tavor de aspecto futurista. El coronel se acercó a Raffi. Parecía rondar los sesenta años, tenía el cuadrado rostro lleno de costurones y arrugas, el pelo entrecano en las rapadas sienes. Los dos soldados de infantería tomaron posiciones a ambos lados de él y un poco por detrás. Sus ojos cambiaban de dirección como los de los lobos, sin parar un momento. Eran la escolta del coronel; fuera quien fuese, aquel coronel era un alto gerifalte.

—Me llamo Abraham Ben-El'azar. Pertenezco a la Inteligencia Militar de las IDF —dijo el coronel—. Busco al profesor Raffi Wanounou.

—Ese soy yo —respondió Raffi—. ¿Qué desea? —preguntó con curiosidad.

—Se trata de su esposa, doctor Wanounou. Me temo que la han secuestrado.

Peggy Blackstock caminaba despacio por Mahane Yehuda Street, en el centro de Jerusalén, tan pronto tomando fotos como haciendo compras para la cena o comprando cualquier otra cosa que tuviera buen aspecto en el *shuk* Machanech Yehuda, el famoso mercado al aire libre de la ciudad. Ya había comprado dátiles frescos, pistachos y una bolsa de «cigarros» rellenos de carne y patata, la versión marroquí de los *pierogis* y uno de los platos preferidos de Raffi.

Peggy sonrió al pensar en su, a veces, demasiado serio marido. Estaría

preocupadísimo allá junto al mar Muerto si supiera que iba de compras sola.

En opinión de Raffi, ya no era la joven fotógrafa aventurera que había pasado dos meses en la selva tropical amazónica con los indios matis, aprendiendo a usar una cerbatana y pasando por el ritual del veneno de rana *Kampo* (el *Kampo* era el aceitoso sudor de la rana mono amazónica y también una droga: una combinación de metanfetamina y el más poderoso laxante del mundo), solo para conseguir su reportaje fotográfico.

Por alguna razón, el hecho de quedarse embarazada la había despojado de su dureza y la había convertido en una delicada flor de femineidad que se marchitaría si le daba el sol. Por un lado, aquello era dulce y romántico; por otro, resultaba un poquito sobreprotector y claustrofóbico, por no hablar de completamente ridículo.

A su profesoral marido le parecería aún más preocupante el hecho de que estuviera comprando sola en el *shuk*. Entre 1995 y 2002 el *shuk* Machanech Yehuda había sido escenario de tres atentados terroristas suicidas en dos ataques, y seguía teniendo controles de barrera con guardias armados tanto en la entrada de Agripas Street como en el extremo del mercado que daba a la entrada de Jaffa Road. Era una precaución absurda, desde luego, y en el fondo tan solo decorativa. El *shuk* era un laberinto de callejones y bocacalles, y todo el que quisiera entrar en el mercado sin que se dieran cuenta no tenía el menor problema en hacerlo.

Peggy deambuló por entre la ruidosa multitud mirando las minúsculas tiendas, unas pegadas a otras. Una tienda que solo vendía *halvah* de distintos sabores junto a un comerciante de material y literatura relacionados con el judaísmo; una barbería al lado de un club de backgammon, tan abarrotado que sus mesas invadían la ya abarrotada calle; una tienda de cedés de saldo junto a una lujosa y elegante joyería... Peggy alzó la mirada hasta las plantas primera y segunda de los antiguos edificios. Sabía por sus investigaciones que en muchos de los pisos y desvanes de encima de las tiendas ahora vivían artistas, escritores y músicos. El *shuk* se encontraba en transición: estaba pasando de ser sencillamente popular a moderno. Greenwich Village en el desierto. Era un poco patético.

Avanzando sin dificultad por entre el gentío, dos policías iban acercándose adonde ella estaba. Vestían uniforme de verano, azul claro de mangas cortas, que chocaba con el surtido de trajes exóticos de vivos colores que los rodeaba por todas partes. Uno era un hombre poco agraciado, de mediana edad; la otra, una mujer más joven.

Peggy levantó la Nikon e hizo unas cuantas fotos rápidas. Los dos polis se detuvieron justo delante, cerrándole el paso. La multitud se abrió en torno a ellos como la corriente de un río que cediera ante una roca en medio del cauce. Los tenderos se pararon en mitad de sus ruidosos discursos, presintiendo que allí pasaba algo fuera de lo normal. Peggy se quedó un poco desconcertada; que ella supiera, en Israel no había ninguna ley que prohibiese tomarles fotografías a unos polis. No es que fueran del Mosad ni nada parecido.

—¿Peggy Blackstock? —preguntó el poli.

Peggy se fijó en que la mujer tenía la mano puesta sobre la enfundada culata de la Jericho 915 que llevaba a la cadera. También advirtió que ninguno de los dos tenía insignias de rango.

«¿Cómo diablos saben mi nombre?», pensó Peggy.

—Sí —dijo.

—Soy *Pakad* Yakov Ben-Haim, de la policía israelí, división de jefatura.

Un *pakad*... ¿qué hacía un oficial de rango tan alto como un inspector jefe vestido con uniforme de guardia?

—¿Qué desea, inspector jefe? Espero que no le importe que le haya tomado una fotografía.

El poli hizo caso omiso de la pregunta.

—Haga el favor de venir con nosotros —dijo Ben-Haim en voz baja—. Se trata de su esposo. Me temo que ha tenido un accidente.

El primer avistamiento de la solitaria isla no fue más que un lejano borrón en el horizonte oriental, puesto en equilibrio sobre el curvo borde del mundo. Al fondo había una masa de nubes alarmantemente oscura; tan oscura en la base, cada vez más extensa, que era casi negra.

—Cuando toquemos tierra no van a tener mucho tiempo —les advirtió Gallant—. Un par de horas como mucho. —El fornido pescador de bogavantes del bigote a lo Groucho meneó la cabeza—. Si tardan más, se quedan solos y yo me voy.

Holliday le echó una ojeada a Meg, esperando que reaccionara con alguna petición o discusión, pero ella no dijo nada; se limitó a mirar por el parabrisas de la cabina del *Deryldene D* con la mirada perdida y gesto inexpresivo, clavando la vista en el borrón que iba formándose despacio en el horizonte. Holliday se sorprendió al sentir que lo hipnotizaban aquellas vertiginosas nubes frías y negras que constituían el fondo de la imagen de la isla. Era como estar mirando fijamente una visión del futuro, y el futuro no era bueno.

Durante otra hora y media continuaron hacia el este, y la isla fue haciéndose cada vez más visible a medida que se aproximaban. Meg se había ido abajo, vencida por el mareo. Al principio Sable parecía mucho mayor de lo que era en realidad: una ilusoria isla desierta, con forma de larga medialuna y dos brazos que se estrechaban señalando hacia el Nuevo Mundo, la Arcadia.

De forma lenta pero segura, la ilusión se desvaneció. Aquella no era una isla de palmeras y hermosas muchachas nativas: era un desolado bajío azotado por el viento y vuelto de espaldas al mar abierto; su centro era un lomo de sinuosas dunas, que apenas mantenían unidas las resistentes hierbas y matorrales que, sin saber cómo, se aferraban a la vida a lo largo de las estaciones.

Soplaba un constante viento del este, y al acercarse a la orilla, Holliday vio las

flotantes volutas de arena que se levantaban de las crestas de las dunas, como si fuera nieve llevada por el viento en mitad de una ventisca.

De pronto el *Deryldene D* pareció dar un bandazo en su rumbo hacia delante, y la proa viró bruscamente hacia el sur. Gallant soltó una maldición por lo bajo y dio la vuelta al timón todo a babor.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Holliday.

—Eso es el motivo de que se hayan hundido tantos barcos en Sable —dijo Gallant con un gruñido de esfuerzo al tiempo que tiraba del timón, con un ojo mirando al frente y el otro concentrado en el medidor de profundidad digital—. Se llama un giro de corrientes. Allá por el oeste lo llaman «*skookumchuck*».

—¿Qué diablos es un *skookumchuck*?

—Un vórtice, un remolino —dijo Gallant, peleando con el timón.

Cuatro corrientes principales circulan en torno a la isla Sable: la corriente del Labrador, la desembocadura del río San Lorenzo y la corriente de Nueva Escocia, que van hacia el sur en paralelo con la orilla suroriental de la isla, y la mucho más fuerte y más profunda corriente del Golfo, que fluye hacia el norte siguiendo la orilla exterior.

Al pasar a gran velocidad por delante de la isla, esas inmensas cantidades de agua provocan un efecto giratorio, el efecto Coriolis, y crean corrientes de agua que dan vueltas justo bajo la superficie. Los barcos de vela del pasado que subían con la corriente del Golfo desde el mar Caribe en el camino de regreso a Europa, se encontraban de repente arrancados de un tirón de su rumbo y lanzados al océano, de cara a los bancos y barras de arena, mientras que los buques que seguían la costa atlántica hacia Nueva York y otros lugares del sur se veían arrojados a la costa de las playas interiores.

Un mapa de la isla Sable muestra los centenares de naufragios que se conocen, repartidos casi por igual entre las dos orillas, con una ligera ventaja para la costa de la corriente de Golfo, probablemente debido a los barcos que escapaban corriendo antes de que se desataran las tormentas. Gallant señaló con la cabeza los instrumentos que tenía delante mientras luchaba con el timón.

—Vigile la sonda acústica —le ordenó a Holliday—. Léame las profundidades cada diez segundos. Si ve una zona de un blanco amarillento delante de nosotros, dígamelo, y lo mismo para babor y estribor, ¿lo coge?

—Lo cojo —dijo Holliday y asintió.

Mientras Holliday iba diciendo los números, avanzaron a un ritmo constante hacia la isla, y Gallant fue conduciéndolos hacia el extremo de estribor de la franja de arena con forma de medialuna. En algún momento Meg salió del camarote, pero Holliday apenas se dio cuenta. Ella miró hacia la orilla y volvió a bajar al camarote para recoger los dos detectores de metal y las mochilas. Holliday siguió leyendo en voz alta los números.

Todas las escondidas barras de arena que amenazaban con hacerlos encallar estaban en ángulo recto respecto a la orilla, algo que a Holliday le pareció raro, pero

aquel no era momento de hacer preguntas; Gallant estaba muy concentrado en la costa que se aproximaba. Debajo de ellos el agua era cada vez menos profunda. A doscientos metros de la orilla tenía apenas dos metros y medio de hondo. A un centenar de metros tenía poco menos de dos, y a veinticinco, apenas metro y cuarto.

—¿Qué calado tiene este trasto? —preguntó Holliday.

—Un metro y diez centímetros —dijo Gallant—. Encallaremos dentro de unos segundos.

—¿No teme quedarse atascado? —preguntó Meg con cautela.

—A esta hora del día la marea está subiendo, no bajando —dijo Gallant, y dejó ver una amplia sonrisa.

Se oyó un áspero sonido rechinante cuando el *Deryldene D* se subió sobre la arena. Gallant empujó el acelerador hacia delante para hacerlos varar todavía más y luego apagó el motor.

Habían llegado.

**E**L cardenal Antonio Niccolo Spada, secretario de Estado del Vaticano, estaba sentado junto a la gran piscina de su casa de campo, justo pasado el extremo norte de la carretera de circunvalación de Roma. Estaba envuelto en un grueso albornoz blanco de felpa con las llaves cruzadas y el fénix bicéfalo del escudo de su familia. Aquel era uno de los extraños giros de la vida que fascinaban a Spada.

El papa actual era hijo del policía de un pueblo bávaro, mientras que Spada descendía directamente de los Borgia. Sin embargo el hijo del policía y antiguo miembro de las Juventudes Hitlerianas era papa, y Spada solo era segundo de a bordo del pontífice. Bueno... a menudo el verdadero poder se encontraba detrás del trono, aunque el trono fuera la Cathedra Petri, la Silla de San Pedro.

Spada se ciñó más el albornoz en torno al encogido pecho. Aún le gustaba nadar todos los días, pero aunque hacía una tarde calurosa, sentía frío. Otro indicio de que iba para viejo; el primero era que sus más antiguos amigos empezaban a morir a su alrededor.

Se preguntó si iría al infierno por sus pecados cuando muriera. La doctrina católica oficial decía que si hacía una última confesión y recibía la extremaunción iría al cielo, pero no estaba seguro de creer en el cielo ni en el infierno. A veces el anciano esperaba que la muerte fuese algo más sencillo... un simple acabarse de la consciencia y después la perpetua oscuridad.

Para el cardenal Spada el catolicismo era un asunto mucho más político que espiritual. Para un verdadero católico de la Santa Cruz su ambición personal debería limitarse, casi por definición, a querer ser un humilde párroco. Aquello hizo sonreír a Spada.

Como abogado titulado, su primer nombramiento en la Santa Sede había sido en calidad de ayudante del cardenal Pietro Ciriaci, presidente del Consejo Pontificio para la Interpretación de los Textos Legislativos, el órgano interpretativo del Derecho canónico. Aquel había sido el principio; desde allí no había hecho más que progresar y ni una sola vez se había arrepentido de su largo, y a veces feroz, ascenso hasta el cardenalato y hasta lograr un puesto en el Colegio Cardenalicio.

El Padre Thomas Brennan, director de Sodalitium Pianum, el Servicio Secreto vaticano, salió por la abierta puerta cristalera de la casa de campo y cruzó el patio hacia donde Spada descansaba tras su breve baño. Era poco después de mediodía, y bajo los luminosos rayos del sol la superficie de la piscina azul celeste, rizada por la brisa, brillaba como un campo de diamantes.

La zona de la piscina era completamente segura. Cada día los hombres de Brennan la registraban para ver si había algún dispositivo electrónico, y además por

tres lados la rodeaba un alto seto; la casa de campo en sí estaba protegida por un elevado muro de piedra reforzado con púas metálicas, cámaras de seguridad y agentes armados del Corpo Della Gendarmeria, la Policía vaticana.

Como de costumbre, la lúgubre figura del sacerdote irlandés estaba un poco encorvada, como si sobre sus caídos hombros se apoyara todo el peso del mundo en forma de un ataúd cósmico, y, como de costumbre, iba fumando; un rastro de ceniza de cigarrillo cubría las solapas de su mal cortado traje negro. Al llegar junto a Spada se sentó a la mesa de hierro forjado con tapa de cristal.

Un criado apareció con una bandeja en la que había un pesado cenicero de cerámica y dos vasos altos. Uno era un cóctel Negroni color frambuesa y el otro, un marrón-rojizo Long Island Iced Tea. El criado puso el cóctel Long Island Iced Tea y el cenicero delante de Brennan y el Negroni delante del cardenal. Luego le hizo una leve reverencia al cardenal y se retiró. Los dos hombres sentados a la mesa se quedaron en silencio un instante, observando las chispas de luz bailotear aquí y allá por toda la piscina. Finalmente, con cierta tristeza en la voz, el cardenal habló.

—¿Ha descubierto usted algo nuevo?

—Después de escapar del inmueble del lago cogieron un tren hacia Halifax, Nueva Escocia.

—¿Un tren? —preguntó Spada, sorprendido.

—Muy inteligente, la verdad —respondió Brennan. El sacerdote tomó un largo trago de su bebida—. Nada de medidas de seguridad aeroportuarias, no hace falta documentación para comprar los billetes, apenas hay policía de ferrocarril... en todo caso dentro de los trenes no.

—¿Aún están allí?

—Se han visto con un hombre llamado Gallant.

—¿Quién es? —preguntó Spada.

—Un pescador. Un pescador de bogavantes para ser concretos.

—¿Un pescador?

—Este Gallant tiene una reputación un tanto dudosa —dijo Brennan. Aplastó el cigarrillo en el cenicero y encendió otro—. Se rumorea que pasa cosas de contrabando entre Maine y Nueva Escocia: cigarrillos, productos farmacéuticos canadienses baratos y cosas por el estilo. Ahora ha desaparecido junto con su barco. Y Holliday y la mujer también.

—¿Estará pasándolos de contrabando a Estados Unidos?

—Es una posibilidad. Resulta mucho más difícil colarse por las travesías corrientes: todo el mundo ha de mostrar el pasaporte a ambos lados de la frontera.

—¿Pero por qué ahora? —preguntó Spada—. Renunciar a la búsqueda a estas alturas no parece lógico.

—Tal vez los asustara el ataque al inmueble del lago —insinuó Brennan.

Spada frunció la boca para dar un sorbo a su bebida y negó con la cabeza.

—Sigue en pie el problema esencial de por qué se les ocurrió ir a Canadá —dijo

el cardenal—. ¿Y por qué a ver a ese Braintree?

—Braintree era colega del tío de Holliday. Ya ha ayudado a Holliday otras veces.

—Ah, sí —dijo Spada y asintió—. Henry Granger, de infausta memoria: espía, asesino de nazis, académico y el último de los templarios, todo en uno.

Los finos labios de Brennan se torcieron en una mueca, y habló en tono siniestro.

—El último de los templarios no, al menos esto lo sabemos gracias a los esfuerzos de su sobrino, el teniente coronel Holliday.

La expresión del rostro de Brennan bastó para hacer sonreír al cardenal Spada, algo que rara vez sucedía en los últimos tiempos.

—*Stare calmo, Tomasso, stare calmo*. Holliday lo venció a usted, así que acéptelo. Pero tendrá oportunidad de darle su justo castigo, se lo aseguro. —El cardenal se quedó pensando un instante y habló de nuevo—. ¿Cree que Holliday tiene la menor idea de dónde está metido, del alcance de este asunto?

—Lo dudo —respondió Brennan—. No me extraña que crea que él ha metido a la mujer en sus problemas en lugar de al revés.

—Desde que se aliaron los han atacado en seis ocasiones distintas: el hombre que los siguió en Praga, los Peseck en Venecia, St. Michael's Mount en Cornualles, la tentativa de secuestro en Iona y, por último, el ataque en Canadá. Me imagino que no será tan ingenuo como para creer que nosotros somos responsables de todo eso, ¿no?

—No era la primera vez que tropezaba con los Peseck; aquella desafortunada serie de acontecimientos en Libia el año pasado, si recuerda usted.

—Con toda claridad.

Brennan encendió otro cigarrillo.

—De modo que cree que los Peseck son cosa nuestra, y quizá también el mercenario de la CIA de Praga. Casi con toda seguridad también supondrá que la intervención policial de Cornualles la fraguó la Compañía; son los únicos que podían organizar algo así tan rápidamente.

—¿Y lo demás?

—Sabe que el secuestro fallido lo hicieron los de Blackhawk. Como un imbécil, el hombre que Holliday despachó llevaba encima la documentación. La policía interrogó al que dejó herido, de modo que indudablemente el MI-5, y por tanto la CIA, saben de su implicación.

—¿Sabrá Holliday de la implicación de Rex Deus con ellos?

Brennan hizo un gesto negativo.

—Blackhawk es pequeña, nada parecido que ver con el tamaño y el perfil de grupos como Halliburton o Blackwater.

—Por desgracia, desde luego, nosotros sí que los conocemos —murmuró el cardenal—. Demasiado bien, en realidad.

—No debería haber permitido usted que el banco lo hiciera —dijo Brennan—. Si recuerda, lo informé a usted de ello en aquel momento, eminencia.

—Yo no podía hacer nada en ese asunto —explicó Spada—. Tanto

RhineHydraulik como Aquadyn eran empresas europeas e invertían mucho en nosotros. No había forma de que el Istituto per le Opere de Religione supiera que la empresa de Sinclair llevaría a cabo una OPA hostil y una fusión de ambas.

—El Banco Vaticano sí que debía de saberlo —replicó Brennan con severidad.

—¿Lo sabía usted? —le espetó Spada en tono brusco—. ¿El Istituto le confía a usted semejante información?

—No —dijo Brennan—. Pero yo sabía que RhineHydraulik era débil y que Aquadyn era vulnerable. Además se lo dije entonces, igual que se lo dije a Bertone el del banco. —El irlandés meneó la cabeza con tristeza—. Ahora una organización fundamentalista cristiana que tiene un ejército privado propio es socio comercial de la Santa Sede. Si retiráramos nuestra participación en Rhine-Aqua en este mercado perderíamos miles de millones. Si Rex Deus vendiera su participación habría una venta apresurada de las acciones y de nuevo perderíamos miles de millones... Si Rex Deus lo quiere, puede hacer que la Iglesia católica entera esté con el agua al cuello.

—Soy consciente de todo eso —respondió Spada—. Precisamente por ese motivo necesitamos tener influencia sobre ellos. Es preciso controlarlos o manejarlos de otra manera.

A Brennan pareció hacerle cierta gracia que el cardenal empleara un lenguaje tan contundente.

—Tendrá que hablarme más claro —dijo el sacerdote—. No es que tenga demasiados Antonin Peseck por ahí, que digamos. No encargo asesinatos como si fueran comida en un restaurante.

—Olvídese de eso por ahora —dijo el cardenal, cambiando bruscamente de tema—. Estábamos hablando de Holliday. ¿Y el incidente canadiense?

Brennan se encogió de hombros.

—En este preciso instante todavía no está muy claro. El grupo que secuestró a Holliday y la mujer no se ha identificado, aunque es probable que los atacantes del inmueble fueran de Blackhawk.

Brennan apuró lo que le quedaba de la bebida y empezó a masticar cubitos de hielo ruidosamente.

—Estamos pasando algo por alto —dijo el cardenal—. Es una concentración de fuerzas demasiado grande y desde demasiadas direcciones para que se trate de una reliquia religiosa medio mítica.

El anciano frunció el ceño, con los finos labios marcando un rictus descendente y los ojos fríos y pensativos.

Una repentina ráfaga de viento agitó las ramas del seto que rodeaba la piscina. De niño, Spada estaba seguro de que aquel sonido eran las voces de los muertos que susurraban y anunciaban una catástrofe. Se estremeció y se encogió dentro del grueso albornoz. Quizá lo creyera aún.

—«Idos ahora, vosotros los ricos, llorad y gritad por vuestras miserias que caerán sobre vosotros. vuestras riquezas están corrompidas y vuestras vestiduras están

apolilladas».

—¿Cómo dice, eminencia? —dijo Brennan, desconcertado.

—Un versículo de las Sagradas Escrituras, padre Brennan. Biblia del rey Jacobo, capítulo cinco para ser exactos.

—No sé si entiendo lo que quiere usted decir.

—Todo este asunto tiene que ver con el dinero. Me lo huelo. —El cardenal pensó unos instantes con la cabeza inclinada, casi como si estuviese rezando, algo que no hacía desde mucho tiempo atrás—. Hace un año más o menos oyó usted un rumor que corría por Washington sobre una cosa llamada Ironstone. El nombre de Sinclair estaba metido en él. ¿Llegó usted a descubrir algo más acerca de ese asunto?

—Un poco, y no tenía que ver con el dinero. Que yo sepa era el nombre en clave de una especie de respuesta militar a la amenaza de un atentado terrorista a gran escala en suelo norteamericano.

—Pero no era nada que nos afectara.

—No directamente, no —dijo Brennan.

Un joven sacerdote apareció en la entrada del patio que llevaba a la casa. Se quedó parado con gesto indeciso un momento y luego avanzó hacia donde Spada y Brennan estaban sentados. Uno de los muchachos de Brennan, desde luego, a juzgar por su morena apostura. Se detuvo para saludar con una inclinación de cabeza a Spada y después se volvió hacia Brennan.

—*Is ea anois, an bhféadaim cúnamh leat, Michael?* —preguntó Brennan.

Spada sonrió por segunda vez desde que había llegado Brennan. El irlandés estaba hablando en gaélico, requisito obligatorio para todos sus mensajeros. Un buen detalle para guardar secretos, incluso ante un cardenal, como los soldados navajos «habladores del código» que había empleado la Infantería de Marina estadounidense durante la Segunda Guerra Mundial. El joven respondió con rápidas frases. Spada no entendía ni una palabra. El mensaje fue breve. Cuando el joven terminó, le hizo una respetuosa reverencia a Spada y se marchó.

—¿De qué iba todo eso? —dijo el cardenal Spada mientras el joven desaparecía en la oscuridad de la casa, más allá de las puertas cristaleras—. ¿Si es que se me permite preguntar?

—La situación con respecto a Holliday ha cambiado de rumbo. Su prima Peggy y el marido de esta se han esfumado.

**H**OLLIDAY puso el bisel de sincronización de su viejo reloj de pulsera Luminox en dos horas, y luego él y la hermana Meg introdujeron su posición en los dos GPS portátiles, utilizando el GPS mayor del *Deryldene D* como base fija. Según el receptor grande, el lago Wallace estaba situado a poco más de dos kilómetros siguiendo la playa y a seiscientos metros hacia el interior, al otro lado de las bajas y desaliñadas dunas.

El observatorio meteorológico donde trabajaban cinco de los seis residentes estables de la isla Sable, estaba a kilómetro y medio más adelante por el curvo brazo de la medialuna. En el océano, a varios kilómetros de la isla, había un puñado de plataformas petrolíferas, pero una vez evacuado el bajío en vista de la amenaza de huracán, era poco probable que nadie fuera a interrumpirlos.

Tardaron casi media hora en llegar a la desviación que indicaba el GPS. Resultaba más difícil andar por la fina arena oscura de lo que ninguno de los dos se esperaba. Tardarían otros diez minutos en llegar al lago. Y eso, a su vez, significaba que se tardaría la misma cantidad de tiempo, si no más, en hacer el recorrido de vuelta, y aún no habían llegado al lago.

Aquello les dejaba una hora como mucho para descubrir un objeto que probablemente no existiera y que a lo mejor ni siquiera estaba allí... y que, incluso si es que estaba, llevaba setecientos años enterrado en la arena. Las probabilidades de encontrarlo eran infinitesimales. Tras dar con un angosto camino azotado por el viento que subía entre las dunas, finalmente llegaron a la cumbre y se detuvieron para tomar aliento.

Delante de ellos el celaje del horizonte ya era una turbulenta visión del caos, como si estuvieran desgarrando e hiriendo al mismo cielo. En la isla veían ahora el estrecho y alargado lago y la amplia extensión de la playa meridional, diez veces más ancha que la playa del norte donde el *Deryldene D* había encallado.

Entre la playa y el horizonte el mar era un espumeante horror: unas olas enormes se levantaban en los bancos de arena que estaban más lejos y, bramando como trenes de mercancías, cargaban cruzando las barras de arena interiores hasta romper por fin con estrépito en la arena.

No era de extrañar que hubiera habido tantos naufragios allí a lo largo de los siglos; cualquier barco que chocara contra los bancos de arena más lejanos quedaba reducido a astillas, y todo el que sobreviviese al propio naufragio se ahogaba sin duda alguna antes de llegar a la orilla.

—Esto es una locura —dijo Holliday—. Nunca encontraremos esa condenada cosa. Deberíamos volver a Halifax para esperar a que pasara la tormenta y regresar

después.

—No hay tiempo para eso —respondió Meg en tono grave—. El huracán hará que se desborde el lago y el Arca Verdadera volverá a quedar bajo el agua.

Avanzó penosamente, subiéndose más la mochila en los hombros, mientras los pies se le hundían en la blanda y fina arena. En la cresta de una duna, cubierta de una especie de cardo y áspera seda de mar, un trío de greñudos caballos de la isla Sable los observaba con las largas y descuidadas crines ondeando alborotadas al viento, cada vez más fuerte.

¿A cuántos huracanes y durante cuántas generaciones había sobrevivido la estirpe de aquellos caballos salvajes? ¿Y cómo estaba la hermana Meg tan segura de que el tesoro que su dichosa beata Juliana había llevado allí quedaría sumergido? Según el libro que él había leído en el tren, el lago Wallace no había dejado de empequeñecerse con el paso de los siglos. El primitivo nivel de la pleamar estaba muy alto ya respecto al lago moderno.

Holliday sabía exactamente por qué, desde luego, y además no era la primera vez que veía aquella increíble vena de testarudez en la monja pelirroja. La fe de hierro del Verdadero Creyente. Darwin no llevaba razón porque en la Biblia no se mencionaba la evolución, los dinosaurios ni los hombres de las cavernas, y además se insinuaba con firmeza que el sol giraba alrededor de la tierra. Holliday miró el reloj otra vez. Estimó que en llegar al punto medio del lago tardarían otros cinco minutos de penosa marcha. Entonces hizo un sencillo cálculo.

A fin de cuentas, la caminata desde el *Deryldene D* se llevaría un total de cuarenta minutos. Eso los dejaba apenas con la misma cantidad de tiempo para la búsqueda, si querían regresar al barco dentro de las dos horas de límite. Por alguna razón, dudaba de que Gallant fuera muy aficionado a los períodos de gracia.

Holliday miró la ondulante monstruosidad color verde intenso del Atlántico abierto y el huracán que, implacable, se precipitaba a toda velocidad sobre ellos. Ya estaba lo bastante cerca como para ver las cegadoras y dentadas puntas de los rayos relampagueando por toda la base de las nubes, de un negro azabache, como una visión del Apocalipsis pintada por Goya.

Holliday sintió que algo se le agitaba y se le helaba en las tripas. ¿Miedo o advertencia? Tal vez las dos cosas. Era el instinto, indeciso entre luchar o huir, que sintió el cazador Neanderthal la primera vez que se vio ante un mamut o un tigre de dientes de sable que se abalanzaba contra él. Meg y Holliday bajaron resbalando por el camino que llevaba a la llanura aluvial del lago. El viento aumentaba por ráfagas, levantando pequeñas nubes de granulosa arena que les daban en la cara. Holliday miró el reloj una vez más. Otros cinco minutos perdidos. Soltó una maldición por lo bajo y Meg se volvió a medias.

—¿Ha dicho algo?

—No, nada —respondió él.

Ella continuó el resbalar de bajada hacia el pie de la duna y Holliday fue detrás

sin rechistar.

El infierno que se avecinaba en el horizonte casi le bastaba para apretarle las tuercas a Meg con la amenaza de abandonarla, pero sabía que no tenía valor para hacerlo. Llegaron a la llanura aluvial y cruzaron por la dura capa de detrito incrustado de sal hacia el borde del agua. Era verano, y la orilla del lago estaba bordeada de hierbas y hierbajos.

El viento empezaba a soplar fuerte ya, levantando pequeñas olas en el agua oscura. Meg miró a derecha e izquierda y luego detrás de ella. La línea de pleamar del invierno se veía claramente. Había un saliente no muy alto y tal vez unos siete metros de arena algo más oscura entre el saliente y la orilla del lago. Meg retrocedió midiendo la distancia con pasos hasta llegar al reborde de la pleamar en la arena, y luego retrocedió otros siete metros. Allí volvió a mirar a derecha e izquierda, calculando el punto medio aproximado del lago. Entonces midió con pasos diecisiete metros y medio hacia la izquierda y se detuvo.

—Este es el punto medio —dijo en tono categórico.

Dejó la mochila en el suelo y soltó la pala plegable; después sacó de la mochila los auriculares del detector de metales y los conectó a la consola del aparato. Holliday cruzó la arena tras ella e hizo lo mismo. Por fin estuvieron listos. Holliday miró el reloj.

—Tenemos treinta y siete minutos para localizar ese trasto y desenterrarlo. Si dentro de media hora no hemos dado con un filón, nos vamos. ¿De acuerdo?

—Lo que usted diga.

Meg asintió con gesto distraído; su atención se concentraba en ajustarse la abrazadera del detector de metales en el brazo.

—Hablo en serio —le advirtió Holliday—. Como se pase un minuto, la dejo a usted aquí —señaló con un movimiento de cabeza el inmenso frente tormentoso que se lanzaba rápidamente sobre ellos—. No quiero estar aquí cuando esa cosa llegue.

—Ya lo oí a usted la primera vez —respondió Meg. Recogió como pudo la mochila con la mano libre y se la colgó en un hombro—. Yo iré hacia la derecha, usted vaya hacia la izquierda.

—De acuerdo —dijo Holliday, pero ella ya iba andando, con los auriculares sujetos en torno a las orejas.

Holliday meneó la cabeza mientras la veía irse, y luego se colocó la abrazadera y se puso los auriculares. Dio media vuelta y empezó a andar, avanzando despacio y de forma metódica, pasando el disco del detector de acá para allá en un amplio barrido, unos cuantos centímetros por encima de la arena.

El libro de la isla Sable que había leído en el tren entraba en minucioso detalle sobre la geología del lugar. La isla era producto de la última glaciación. A medida que los glaciares se retiraron, delante del hielo que retrocedía se depositaba la arena. En el caso de Sable esa formación se denominaba un vertedero de arena, y además muy grande, que se había depositado sobre un grueso estrato de sedimento de la Era

Terciaria que con el tiempo generó depósitos de petróleo, de ahí las plataformas de perforación petrolífera.

La cuestión era que no había lecho rocoso ni ningún otro tipo de roca en la isla Sable y, por tanto, no había minerales. Si el detector de metales producía un pitido metálico y el medidor *led* de la consola le daba una lectura, se trataría o bien de los restos de un antiguo barco naufragado, o del Arca Verdadera de Meg.

Holliday levantó la muñeca y le echó un vistazo al reloj una vez más. Sintió que se le tensaba la mandíbula. Diez minutos consumidos, y el huracán diez minutos más cerca; aquello pasaba de descabellado a peligroso. Una mujer en las garras de un éxtasis religioso iba a hacer que muriesen todos. No había ninguna Arca Verdadera... En ese momento oyó un agudo grito, apagado por el viento y amortiguado por los auriculares. Dio media vuelta. A trescientos metros, Meg agitaba los brazos y gritaba. Holliday se quitó de un tirón los auriculares mientras que ella volvía a gritar. Apenas distinguió las palabras.

—¡He encontrado una cosa!

Holliday clavó la vista en la pequeña figura que hacía gestos frenéticos con la mano en la lejanía.

—Debes de estar de broma —dijo en voz baja.

Holliday la vio caer de rodillas y ponerse a escarbar en la arena y a sacarla con la pequeña pala plegable. Entonces se echó el detector de metales al hombro y empezó a correr. Al cabo de un minuto llegó adonde estaba ella; el pecho le palpitaba. El viento, cada vez más fuerte, levantaba la arena, que se le metía en los ojos. Miró en el hoyo de unos treinta y cinco centímetros de profundidad que había en la arena.

—¡Ha sido como un milagro! —dijo Meg con voz entrecortada, sin dejar de cavar—. ¡El medidor se salió de la escala, y en un instante los auriculares pasaron de un pitido regular a un tono largo, y supe que estaba aquí! ¡Lo sabía!

—¿Qué metales? —preguntó Holliday.

—¡Todos! ¡Eso es lo increíble! ¡Bronce, oro, plata! Incluso estaño. Estaba marcando algún metal pesado también, seguramente cobre o níquel o plomo.

—Muy probablemente plomo; antiguamente lo utilizaban para los imbornales de los barcos, o estaño quizá.

—Ayúdeme a cavar —le ordenó Meg.

Holliday se quitó la mochila y montó su pala. Miró el reloj. Quedaban veinte minutos. Se arrodilló frente a Meg y empezó a trabajar en la endurecida arena oscura, ampliando y ensanchando el agujero. A unos setenta centímetros de profundidad la pala de Meg golpeó algo con un hueco ruido seco.

Holliday se dejó caer hacia delante boca abajo. Alargó la mano en el hoyo y, con los dedos extendidos, empezó a quitarle la arena a lo que quiera que aquello fuese. Al cabo de unos segundos apareció un dibujo tallado, profundamente grabado en una plancha metálica color gris oscuro. Una cruz engrialada, la antigua marca de los Saint-Clair. Debajo había una secuencia de letras que casi parecían runas. Una

especie de lema: «ΕΥ ΤΟΥΤΩ ΝΙΚΑ».

—Eso no es latín ni francés —dijo Meg, con una expresión desconcertada en la cara.

—Es griego antiguo —dijo Holliday, que ya había visto aquella frase otras veces—. En latín suele traducirse como «*In hoc signo vinces*», «con este signo vencerás», refiriéndose a la cruz. El emperador Constantino vio la frase en un sueño la noche antes de la batalla del puente Milvio en el año 312 d. C. Ganó la batalla, y a partir de entonces la frase se convirtió en su lema. También era la divisa de los Caballeros Templarios.

—Es el Arca Verdadera —susurró Meg en voz reverente—. De verdad la hemos encontrado.

—Caramba, caramba —dijo Holliday—. Figúrese.

La hermana Meg le echó una mirada severa.

—Ayúdeme a cavar —dijo.

Retiraron más arena y después cavaron con cuidado alrededor de la plancha. Tardaron diez minutos, la mitad del tiempo que les quedaba, en dejar a la vista que en realidad la plancha era una caja rectangular de más o menos un metro de largo, cuarenta y cinco centímetros de ancho y treinta y cinco centímetros de alto, más o menos el tamaño de una arqueta-osario de las que se utilizaban para meter huesos de reliquias en la época medieval; al parecer estaba hecha de plomo y con la tapa puesta y bien soldada. Se las arreglaron para sacar del hoyo el recipiente, sorprendentemente ligero, y colocarlo en el suelo. Holliday y Meg lo examinaron con atención. La caja estaba perfectamente precintada.

—Una sencilla taza de carpintero —dijo Meg en voz baja, con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo? —dijo Holliday.

—El Grial —dijo Meg—. Era una sencilla taza de carpintero, no una hermosa joya. El Arca Verdadera es igual.

—Creí que citaba usted una frase de una película de Indiana Jones, aquella en la que trabajaba Sean Connery.

Holliday miró el reloj. Quedaban cinco minutos. Muy oportuno. Se puso de pie y con la mano se quitó la arena de los pantalones vaqueros. Había sido un completo idiota.

—¿Cómo puede ser tan blasfemo en un momento como este? —preguntó Meg, frunciendo el ceño, aún arrodillada delante de la caja.

—Porque no me creo nada de esto —dijo Holliday con voz amarga—. Todo el condenado asunto ha sido extraordinariamente oportuno. El tipo calvo de Praga para darle una sensación de urgencia, el irlandés O’Keefe y el *Mary Deare* justo donde tenían que estar, el calco de Iona, el himno... y luego usted encuentra justo lo que andaba persiguiendo, al cabo de diez o quince minutos de búsqueda y enterrado solo a poco más de medio metro de profundidad. Hay un dicho para eso: «Si es demasiado

bueno para ser cierto, es que probablemente no sea cierto». —Holliday meneó la cabeza con aire de cansancio—. Dejémonos de gilipolleces, corazón. Todo este asunto ha sido un engaño desde el mismo principio, y yo me he tragado el bendito y puñetero anzuelo.

Se agachó, cogió la mochila y se la colgó de un hombro. Luego miró a Meg. Estaba hurgando en su mochila, buscando alguna cosa.

—Todo ha sido pura fachada, y además una fachada bastante costosa —añadió Holliday—. No sé exactamente lo que se trae usted entre manos, pero espero que le haya valido la pena.

Empezaba a dar media vuelta cuando Meg levantó la cabeza, y en ese instante Holliday se quedó completamente inmóvil. Agarrada con pulso firme en las dos manos, Meg tenía una pesada pistola Stechkin APS de 9 mm, y le apuntaba más o menos hacia la zona del corazón. Era la pistola preferida de las Fuerzas Especiales rusas en Afganistán, y Holliday había visto muchas en las manos de los insurgentes talibanes. Trofeos de una guerra perdida.

—Mi madre me advirtió que esto no funcionaría —dijo Meg, sosteniendo la pistola perfectamente quieta—. Pero creí que merecía la pena intentarlo.

—**RECOJA** el arca —ordenó Meg.

Holliday hizo lo que le mandaba; cogió la caja de plomo y la levantó con las dos manos. Pesaba unos veinte kilos, demasiado poco para ser de plomo, a menos que fuera una plancha muy fina o solo una chapa protectora sobre otra cosa, probablemente madera. No era la carga más pesada que hubiera llevado jamás pero iba a retrasarlos.

—No conseguiremos volver a tiempo al barco si llevo esto —dijo Holliday mirando a Meg.

El rojo cabello de la monja ondeaba descontroladamente al viento, cada vez más recio, y ella lo miraba con los ojos entornados para resguardarse de los remolinos de arena. Recogió la mochila y se la echó por encima de un brazo. La pistola no vaciló en ningún momento, y ella tampoco dejó de mirar a Holliday. Apenas parpadeaba.

El fervor religioso había desaparecido, sustituido por algo frío y duro. Aquel era un ser completamente distinto de la guapa monja pelirroja, siempre a la defensiva, que él había conocido en el Mont Saint-Michel. Esta hermana Meg era capaz de meterle una bala entre los ojos sin pensárselo dos veces.

Holliday no tenía nada de psiquiatra, pero «chiflada» le pareció un diagnóstico bastante bueno. Tras ellos el océano rugía y retumbaba mientras las gigantescas y ondulantes olas entablaban un combate a muerte en la extensa playa, cada una de ellas encaramándose con esfuerzo un poco más alto en la arena.

—A hacer puñetas Gallant y su estúpido barco —respondió Meg—. Nosotros vamos a establecer nuestro propio horario. Eche a andar.

Empezaron a regresar caminando por la capa sólida de detrito, y luego torcieron a la izquierda justo en el lugar por donde habían bajado antes hasta la orilla del lago. Holliday lo supo al ver las huellas de las botas de ambos en la accidentada costra de la arena. Siguieron sus propias pisadas hasta el pie de las bajas dunas, parecidas a lomas, y encontraron el camino bien marcado que los había llevado hasta allí. Empezaron a subir por él.

La sensación de la Stechkin apuntando entre los omóplatos de Holliday era casi física, como el súbito foganazo de las quemaduras del sol o como un picor. Si recordaba bien, la pequeña y resistente pistola automática tenía un cargador de veinte balas y una cadencia de tiro de unas seiscientas balas por minuto. Eso quería decir que Meg podía vaciarle la pistola en la espalda en dos segundos.

—Inteligente —dijo Holliday, hablando con el aire que tenía delante—. Lo de emplear plomo. No hay forma de datarlo con certeza, y además estoy seguro de que lo que quiera que tenga usted escondido ahí dentro es muy auténtico.

—Cierre la boca —le espetó Meg en tono brusco.

—No va a dispararme —dijo Holliday, que no estaba del todo seguro de creérselo—. Si fuera a matarme ya lo habría hecho. Sea por el motivo que sea, aún me necesita. —Hizo una breve pausa—. Y, por cierto, ¿quién es su madre?

—Nunca se le ocurrió preguntarme cuál era mi apellido, ¿verdad? —dijo Meg detrás de él.

—No creía que las monjas tuviesen apellido —dijo Holliday.

—Las monjas eran personas normales antes de hacer los votos, y de todos modos, ¿quién le ha dicho que yo fuera monja?

—¿Lo es?

—Lo fui en tiempos, ya no.

—¿Y cuál es su apellido? —preguntó Holliday.

—Sinclair. Mi madre se llama Katherine, por si eso aclara las cosas.

Holliday recordó un artículo que había leído en la revista *Time* hacía unos meses, algo sobre que solo había una docena de presidentas en las quinientas empresas de la revista *Fortune*. Kate Sinclair era el número cuatro de una lista que encabezaban Angela Braly de WellPoint, Indra Nooyi de PepsiCo e Irene Rosenfeld de Kraft Foods. Kate Sinclair dirigía una amorfa multinacional que tenía algo que ver con el agua.

—¿La dama del agua?

—Dudo de que a ella le hiciera ninguna gracia esa descripción —dijo Meg Sinclair—. Mi madre es la presidenta y accionista mayoritaria de la American Fluid Dynamics Corporation. Una empresa de servicios públicos. Su hijo, mi hermano, es Richard Pierce Sinclair.

—¿El senador?

—Exacto —dijo Meg—. El próximo presidente de los Estados Unidos.

—Ya le gustaría a usted —dijo Holliday—. Es el senador más joven de un estado provinciano, algo así como Tennessee.

—Kentucky —corrigió ella—. Pero lo sorprenderá a usted ver lo que tres años y mil millones de dólares hacen por la imagen de una persona. Deténgase aquí.

Holliday se detuvo. Estaban en la cima de la duna. Bajó la mirada hacia la playa más estrecha del norte y luego hacia atrás, hacia el mar. El *Deryldene D* no se veía; estaba a más de kilómetro y medio de distancia, más adelante. A su espalda oyó un movimiento. Parecía que Meg estuviera echando un vistazo a su mochila, tal vez distraída... Sin saber por qué, lo dudaba, y no merecía la pena arriesgarse para intentar averiguarlo.

Holliday oyó algo vagamente familiar y recordó dónde lo había oído antes: era el sonido de alguien que abría el cilindro de un revólver y luego volvía a colocarlo en su sitio con un chasquido. ¿Qué estaba haciendo Meg? En el fondo la Stechkin era una pistola parecida a una metralleta, ¿para qué necesitaba un revólver?

En ese momento escuchó una fuerte y fulminante explosión a su espalda, seguida

de un chisporroteante siseo que le recordó a los fuegos de artificio que estallaban en la fiesta del Cuatro de julio.

Holliday alzó la mirada mientras que un rastro de humo blanco subía formando un arco hasta el oscuro cielo que tenían encima, cambiando de dirección y desdibujándose con el viento. En lo alto del arco, el humo estalló en una bola de luz de un rojo vivo. Claro, se dijo Holliday: una bengala. Entonces pensó en Gallant. Vería la llamarada, por supuesto, y se preguntaría a qué venía todo aquello, aunque dudaba de que el pescador de bogavantes sacara nada en limpio.

—Camine —dijo Meg.

Una vez más, Holliday hizo lo que le decían y empezó a bajar por la inclinada superficie de la duna.

—¿De qué iba eso?

—Ya lo verá —dijo Meg.

A Holliday empezaban a dolerle los brazos del peso del arca. Bajó la vista y miró la chapa de plomo de la caja y su inscripción. «Con este signo vencerás». A lo mejor podía simular una caída, bajar rodando, soltar la caja según bajaba y salir por piernas. De pronto, desde lo alto oyó un leve sonido zumbante: el familiar gemido de un avión de hélice, y además bastante grande.

—¿Vienen a recogerla a usted? —preguntó Holliday sin darse la vuelta.

Agarró más fuerte la caja. Si en algún momento iba a haber una posibilidad de salir de aquello era ahora. Se puso tenso, tratando de calcular el instante exacto.

—Cállese —dijo Meg; su voz era monótona e impasible.

El zumbido se hacía cada vez más fuerte encima de sus cabezas, y de repente Holliday vio el avión. Era una especie de avión de transporte con ala alta parecido al Defender, el que utilizaba el ejército británico. Quedaba claro que estaba a punto de utilizar la playa como pista de aterrizaje.

—Y ni se le ocurra intentar escaparse —prosiguió Meg—. Su lenguaje corporal lo traiciona. Toda esa tensión de los hombros y esa forma de bajar el cuello.

—No creo que sea usted capaz de hacerlo —dijo Holliday, sabiendo que el instante había pasado—. A lo mejor se considera un hueso duro de roer, pero no creo que sea una asesina desalmada.

—¿Quién sabe? —respondió Meg Sinclair—. Póngame a prueba y lo verá.

Lejos, a la izquierda, el avión terminaba la maniobra de aproximación; la cola se meneaba de un lado para otro con la fuerza del viento racheado. Holliday y Meg llegaron al pie de la duna y salieron a la playa. Meg Sinclair seguía detrás de Holliday, impidiéndole toda posibilidad de atacarla. Llevar la caja forrada de plomo era casi como estar esposado.

Los primeros goterones de lluvia golpearon la arena, lo bastante grandes como para hacer pequeños cráteres al estrellarse. Gallant iba a pasarlas moradas; su única ventaja era que navegaría con viento en popa.

—¿Cómo sabía el avión cuándo pasar a por usted? —preguntó Holliday.

—Un teléfono vía satélite, un Ericsson R-290 —contestó Meg—. Llevan una hora volando en círculos, esperando mi señal.

—¿Un teléfono vía satélite? ¿Dónde diablos ha cogido usted uno de esos chismes?

—Piénselo —dijo Meg. Holliday vio que sonreía de oreja a oreja—. Ya se le ocurrirá.

Holliday se lo pensó y lo entendió. No había otra respuesta.

—Nathan Quince —dijo por fin—. Era uno de los suyos.

Holliday soltó una maldición en silencio. Debería haberlo deducido hacía mucho tiempo.

—Y que lo diga, profesor —dijo Meg, y se echó a reír; se notaba que estaba muy satisfecha consigo misma—. Todo el secuestro fue tan solo para asegurarse de que usted siguiera desconcertado y no se cuestionara demasiado las cosas. Además, yo tenía que poner al día a mi madre y a sus amigos. Quince me dio el arma y el teléfono mientras usted aún estaba sin sentido. —Se produjo un breve silencio—. Sin embargo no estábamos preparados para un ataque en el lago. Aquello no era parte del plan en absoluto.

El bimotor turbohélice aterrizó; el tren de aterrizaje de tres ruedas, con aspecto de vara, y los gruesos neumáticos apenas dejaron marca en la arena. El color distintivo era un austero blanco y negro, y el nombre que se leía en el costado, Skybus Air Express.

—¿Una de las empresas de mamá? —aventuró Holliday.

—Camine —dijo la joven Sinclair.

—¿Por qué no me limito a dejar el arca en el suelo y me voy? —propuso Holliday—. Me voy y aquí no ha pasado nada. Usted ya tiene lo que quería.

—Todavía no —contestó Meg—. Necesitamos que autentifique el hallazgo.

—¿Qué le hace pensar que voy a hacerlo?

—Tiene un incentivo —dijo Meg Sinclair.

—¿Y qué incentivo es ese? —preguntó Holliday.

—Su supuesta sobrina Peggy Blackstock y el marido arqueólogo.

—¿Qué les pasa? —preguntó Holliday; el corazón empezó a palparle aceleradamente.

Dio media vuelta para mirar a Meg Sinclair al tiempo que el agrio sabor de la bilis le subía por la garganta. Sinclair tenía la cara inexpresiva, y la pistola seguía sin vacilar en su mano.

—Dígame qué ha hecho usted —dijo Holliday.

—Qué conmovedor, tanto interés por la familia... —Meg hizo una breve pausa—. ¡Ah, claro! Peggy está embarazada, ¿no?

—¡Dígamelo!

—Hoy a mediodía, hora local israelí, secuestraron a Peggy y a su marido. Por ahora están seguros e ilesos. Cuánto tiempo dure esa circunstancia depende por

completo de usted.

Holliday se quedó inmóvil.

—Así Dios me ayude...

—Dios no lo ayudará a usted —dijo Meg Sinclair—, pero yo sí. Colabore y ellos seguirán vivos. Un movimiento en falso y estarán muertos. Los tres. Venga, camine.

Holliday clavó la vista en ella. Jamás en toda su vida había experimentado la absoluta furia y cólera que sentía subirle por el alma; ni siquiera en el calor de la batalla, ni siquiera al notar el grueso filo de su cuchillo deslizarse por el desprotegido cuello de uno de los vigilantes de aquel piquete apostado a la orilla de una plantación de opio a las afueras de Garmsir, en la provincia de Helmand, en Afganistán.

—Si les hace daño, sea en la forma que sea, cuando esto haya terminado la buscaré dondequiera que esté, bruja psicótica, y he de verla muerta y enterrada.

—¿Mataría usted a una mujer? —preguntó Meg Sinclair, pestañeando y sonriendo—. No creía que su código caballeresco se lo permitiera.

—En su caso haré una excepción.

—Muy bien —dijo Meg Sinclair—. Ya ha tenido su momento de pose masculina heroica, pero ahora mismo quiero que camine por la playa y suba a ese avión.

La lluvia empezaba a caer más fuerte. Holliday se concedió otro segundo para grabarse a fuego el rostro de Meg en la mente y luego dio media vuelta e hizo lo que le decían.

Cinco minutos más tarde, buscando el viento de cara, el avión se elevaba en el aire en un duro ascenso y después se ladeaba y se dirigía hacia el sur. Cuando daban la vuelta, Holliday vio fugazmente el *Deryldene D* que se hacía a la mar, dejando una agitada estela tras él mientras se alejaba de la playa. Le echó un vistazo al reloj. El tiempo del bisel se había agotado y, fiel a su palabra, Gallant había esperado hasta el último minuto. En silencio, Holliday le deseó feliz viaje, y siguió mirando el pequeño barco langostero todo el tiempo que pudo hasta que desapareció tragado por la lluvia torrencial.

**E**L moderno Rex Deus llegó a Norteamérica antes de que los Estados Unidos existiesen siquiera, en la figura de un hombre llamado Jonathan Edwards, pastor puritano, teólogo y misionero de los indios... y de todo el que quisiera escucharlo.

Edwards estaba orgulloso de su pasado y casi obsesionado con su genealogía. Como pasaba con casi todos los miembros de Rex Deus, su árbol genealógico se remontaba claramente hasta los doce primeros reyes merovingios, soberanos de los doce reinos de los francos que abarcaban todo lo que hoy es Francia, Alemania y la mayor parte de Italia, incluida Roma.

A través de los reyes merovingios, las investigaciones de Edwards lo llevaron a localizar su historia pasada remontándose hasta los Desposyni y los *adelphoi*, los hermanos y hermanas menores del propio Cristo y transmisores de su linaje hacia el futuro. Edwards creía firmemente que la obra de su vida era descubrir más descendientes de los Desposyni en Norteamérica y forjar con ellos una nación.

Para cuando murió en 1758 había descubierto otras siete familias de Desposyni en el Nuevo Mundo, y de la coalición de estas familias volvió a nacer Rex Deus. El objetivo final de aquel grupo secreto de familias interrelacionadas era infiltrarse del modo más discreto y eficaz posible en todos los aspectos de la sociedad, la política y la industria; luego, con el tiempo, llegar a ostentar una benévola hegemonía verdaderamente cristiana sobre Norteamérica, y tal vez, por fin, en nombre de Dios y en calidad de su familia, gobernar el mundo entero.

Eran partidarios de una interpretación literal y estricta de la Biblia, y casi todos eran dueños de esclavos: los «cortadores de leña y porteadores de agua» de Josué. Creían, asimismo, en un estricto sistema aristocrático de gobierno en lo referente al derecho al voto, y además se les podría calificar de revolucionarios, pues juraban lealtad únicamente a Cristo y a ningún otro rey, incluido el rey de Inglaterra. Ante todo, valoraban el secreto y la obediencia absoluta. Las leyes de *omertá* de la mafia siciliana no eran sino un juramento informal para los miembros de Rex Deus.

En 1776 Rex Deus ya había crecido considerablemente en riqueza y poder. Hubo ocho firmantes de la Declaración de Independencia norteamericana que pertenecían a Rex Deus, y otra docena dentro del Congreso Continental. Cuando estalló la Guerra Civil, había un montón de miembros, asociados y acólitos de Rex Deus en los dos bandos, así como en cada estado y territorio del país.

Cuando quedó claro que los socios comerciales de Norteamérica en el mundo exterior iban a respaldar al ya industrializado Norte, los miembros sureños de Rex Deus hicieron todo lo posible por garantizar el fracaso de la confederación. Justo después la guerra, Rex Deus, que estaba rotundamente en contra de la liberación de

los esclavos que decretó Lincoln, procuró que no se promulgaran más medidas radicales como aquella durante su mandato. Fue el primer asesinato político en el que se implicó Rex Deus, aunque no sería el último.

A principios del siglo xx, Rex Deus elegía alcaldes, gobernadores, senadores y congresistas, y era un poder entre bastidores que respaldaba cualquier cosa, ya fuera el aislacionismo ante la Primera Guerra Mundial o el apoyo al mantenimiento del comercio con Alemania hasta 1917, aunque en teoría los Estados Unidos eran neutrales hasta entonces.

En el período de entreguerras fueron firmes defensores de la ley seca, aunque no veían nada malo en realizar enormes inversiones en las destilerías canadienses, principal fuente de la bebida ilegal de Estados Unidos durante casi quince años. En 1929, y avisado mucho antes del inminente desplome del mercado bursátil, Rex Deus retiró casi todos los intereses que tenía en las bolsas de Nueva York y Chicago, salvando así miles de millones de dólares de los miembros de aquel hermético grupo.

Con el ascenso de Hitler en 1933, los elementos de Rex Deus que había en Europa o bien empezaron a hacer alianzas con el Partido Nazi o bien empezaron discretamente a liquidar sus haberes y a reinvertir en las industrias bélicas de Gran Bretaña y Estados Unidos.

Si bien desde un punto de vista filosófico estaban en contra de Hitler en varios niveles, para los miembros de Rex Deus sus métodos y su forma de gobernar eran acertados: coger un pequeño grupo de hombres y transformarlos casi de la noche a la mañana en una implacable fuerza política, económica y militar. Resultaba un hombre excepcional con mucho que admirar respecto a su organización, pero evidentemente loco y nada de fiar, y además sin rastro de sensatez ni de conocimientos tácticos o estratégicos en lo que se refería a librar una guerra.

A través de sus miembros políticos que se encontraban dentro del Gobierno de Roosevelt, y con la total colaboración de sus amigos y colegas de la Big Oil, Rex Deus también fue responsable en gran medida de las decisiones de política exterior que llevaron al corte total del suministro de petróleo a los «bárbaros japos». No extrañaba demasiado si se sabía que Rose Francis Whitney Hull, la esposa del secretario de Estado Cordell Hull, provenía de un dilatado linaje de miembros de Rex Deus.

Una vez instaurada su política preferida, Rex Deus empezó a invertir mucho en industrias bélicas como las armas ligeras, caucho, acero y aluminio; eran plenamente conscientes de que Estados Unidos se veía atraído de forma inexorable hacia la guerra. Cuando llegó Pearl Harbor ya estaban preparados, todos en nombre de Dios y, especialmente, del *big-dollar*, el Dios norteamericano de Rex Deus.

Después de la guerra algunos miembros de Rex Deus, y los Sinclair en particular, empezaron a acaparar la totalidad de los servicios públicos, tanto en Estados Unidos como en el extranjero. Otros siguieron invirtiendo en petróleo, y otros en bienes inmuebles y en el sector bancario. A medida que Norteamérica se volvía más rica y

más fuerte, lo mismo hacía Rex Deus.

Los miembros de Rex Deus no eran predicadores majaretas que aseguraban que la oración le daba a uno fama y riqueza y aceptaban todas las tarjetas de crédito imaginables, hasta la tarjeta Discover, solo con que se llamara a un número de teléfono gratuito «ahora mismo» con sus ofrendas de fe. Los miembros de Rex Deus eran verdaderos creyentes, tan convencidos y fanáticos como el más ferviente yihadista.

Al comienzo del nuevo milenio los miembros principales de la orden de Rex Deus eran, colectivamente, la fuerza económica individual más grande de Estados Unidos, así como la mayor organización religiosa; con todo, después de más de doscientos años de permanecer totalmente en secreto y fuera de la atención pública, la existencia de Rex Deus apenas se rumoreaba, y cuando sí que circulaba algún rumor siempre se descartaba sin más, calificándolo simplemente de delirio paranoico impulsado por los medios de comunicación liberales de izquierdas y por unos cuantos descerebrados y fumadores de «maría», seguidores de una teoría de la conspiración.

En 2008 lo único que Rex Deus aún no había hecho era elegir a un presidente, y a finales de ese año, con el escándalo de un negro instalado en la Casa Blanca, la élite de Rex Deus se dio cuenta de que había que hacer algo antes de que el país quedara herido de forma irrevocable, antes de que el núcleo mismo del espíritu del país quedara infectado por los cancerosos tentáculos de la impiedad y la blasfema corrupción. Para combatir aquella espantosa plaga Rex Deus necesitaba un nuevo dirigente y un nuevo proyecto para el país, si es que este había de sobrevivir. Era preciso tomar medidas drásticas, y tomarlas pronto. Y se convocó un cónclave secreto de los Desposyni.

El turbohélice de Skybus Air Express reanudó la ruta normal correspondiente al plan de vuelo que se había presentado con anterioridad y llegó a Bangor, en el estado de Maine, hora y media después de partir de la isla Sable y muy por delante del recién bautizado Huracán Otto que ya arrasaba la pequeña y remota isla del Atlántico.

Para cuando llegaron al Aeropuerto Internacional de Bangor el arca se había pasado a un cajón de madera, ya sellado por la aduana e incluido en el manifiesto de carga en calidad de isótopos médicos. A Holliday le habían proporcionado lo que parecía ser un auténtico pasaporte estadounidense a su nombre; en el apartado de «profesión» figuraba como copiloto.

Con un gesto los hicieron pasar por el control de aduanas e inmigración como tripulación, e inmediatamente llevaron a Holliday a una sala privada. Los dos perros guardianes que iban en el vuelo de Skybus los acompañaron, y en la sala se los entregaron a un nuevo grupo de cuidadores. A juzgar por su actitud y su porte, Holliday supuso que eran antiguos militares, y también supuso que iban armados.

Media hora después hicieron transbordo a un reactor privado Gulfstream G550

con el distintivo negro y rojo de American Fluid Dynamics Corporation. Al cabo de poco menos de dos horas llegaban a Lexington, Kentucky. En la pista los recibieron tres negros de expresión dura vestidos con camisas blancas y trajes oscuros, y tres monovolúmenes Cadillac Escalade negros con las ventanillas tintadas de oscuro.

Solo por el fugaz instante en que les vio las caras, Holliday supo que aquellos hombres habían visto la guerra en algún lugar, bien en Irak o en Afganistán. En los ojos tenían la expresión de los soldados que aún veían cosas que los acosaban en sueños. Todo el mundo subió a los tres vehículos y luego, como una versión reducida de una caravana presidencial, salieron a toda velocidad del aeropuerto y se metieron en la autopista interestatal 64.

Tras salir de la autopista interestatal realizaron un breve trayecto de treinta minutos hasta la capital estatal de Frankfort y por fin, sin atravesar la pequeña ciudad de apenas veintisiete mil habitantes, llegaron a Poplar Hill, hogar de la familia Sinclair durante casi doscientos años.

En un principio Poplar Hill se llamaba Stoneacre Farm, por las rocas redondeadas que los primeros Sinclair habían sacado de la tierra, y la casa de labranza se parecía más bien a la pobre cabaña que se mencionaba en la canción *My Old Kentucky Home*.

A medida que los Sinclair prosperaron en compañía de Rex Deus, la vieja cabaña de la colina con vistas al río Kentucky y a la ciudad de Frankfort, que no paraba de crecer, se había visto sustituida por sucesivas granjas cada vez más grandes, hasta que finalmente se convirtió en el gigantesco castillo-mansión de estilo combinado entre neorrománico, gótico y de *baronía* escocés que en la actualidad se extendía sobre la cumbre de la colina. Una pétrea fantasía arquitectónica a la que no le faltaban su correspondiente pórtico de granito para carruajes junto a la entrada principal, varias torrecillas propias de Disneylandia, una habitación acristalada adosada a la casa y tan grande como una bolera, dos pasadizos secretos (uno a cada lado de la enorme chimenea de la biblioteca), el escudo de armas de los Sinclair hecho con taracea de mármol en el suelo del salón principal y un paso subterráneo que iba desde la cocina del sótano hasta las caballerizas-cochera de piedra situadas detrás del edificio principal. La mitad de las primitivas caballerizas seguía utilizándose para su finalidad original y albergaba a los purasangres Sinclair; la otra mitad se utilizaba como garaje.

El edificio lo había levantado, a un coste escandaloso, Richard Oswald Sinclair, tatarabuelo del actual Richard Sinclair. La acastillada mansión la construyó entre 1888 y 1895 en competencia directa con su colega en el coleccionismo de arte George Washington Vanderbilt, que construyó la célebre mansión Biltmore en ese mismo plazo de tiempo. Los dos habían apostado a ver quién construía la mansión más grande del país. Vanderbilt ganó, pues Biltmore resultó tener ciento setenta y cinco mil pies cuadrados frente a los ciento sesenta y cinco mil pies cuadrados de Poplar Hill. Sinclair alegó que de haber contado las caballerizas, directamente conectadas por el paso subterráneo con la casa principal, tendría que haber ganado él. Los dos hombres ya no volvieron a hablarse más.

Holliday se quedó en el asiento del coche mucho tiempo (o al menos eso le pareció), y luego uno de los «canguros» que los había acompañado en el reactor lo acompañó hasta el interior del edificio y al otro lado del salón principal. El vestíbulo de entrada, muy ornamentado, con su suelo de mármol, su altísimo techo y su escudo de armas taraceado, hizo que Holliday tuviera plena consciencia de que aún iba vestido con los pantalones vaqueros, la camisa basta de franela y las gruesas botas que llevaba en la isla Sable. Miró el reloj y reparó en que apenas cuatro horas antes estaba mirando desde el aire la garganta de un huracán.

Se preguntó si Gallant habría logrado atravesar la tormenta y, en silencio, se juró que se informaría de la suerte que había corrido el pescador de bogavantes si es que salía vivo de las actuales circunstancias... algo que empezaba a dudar. Si les autentificaba el arca falsa a los Sinclair, el que continuase viviendo solo sería un lastre. Al entrar en coche en la hacienda había visto centenares de acres de campo y bosques, todos ellos lejos de cualquier carretera pública; mucho sitio donde deshacerse discretamente de un cadáver.

Doblaron a la izquierda al salir del vestíbulo y fueron por un corredor que parecía sacado del palacio de Buckingham, incluidas las alfombras persas de tonos apagados en el suelo de teca y los cuadros al óleo, con grandes marcos e iluminación individual, que colgaban de las verdes paredes tapizadas de seda que hacía aguas. Todos los cuadros eran europeos y principalmente de caballos en medio de una batalla, con los ollares dilatados por el aroma de la sangre fresca y los ojos enloquecidos, mientras sus jinetes se hacían pedazos con los curvos sables.

Pasaron junto a lo que parecían ser las puertas de un ascensor, y un poco más adelante entraron en una sala de estar, relativamente pequeña y de aspecto cómodo, amueblada con sofás y sillones dispuestos en torno a una chimenea de tamaño bastante razonable. Encima de la repisa, enmarcado con sencillez, había un cuadro de un perrillo parecido a un terrier en plena carrera.

—Es un Galla Creek Feist —dijo una elegante anciana que estaba sentada en uno de los sillones al darse cuenta del interés de Holliday. Tenía la voz áspera de una fumadora empedernida—. El tipo de perro que empleaba Daniel Boone cuando cazaba ardillas. Se llamaba Langford's Rowdy. Era mi preferido.

Holliday observó que el arca, ya desembalada, estaba sobre la mesita de centro que la mujer tenía delante.

—Usted debe de ser la madre —dijo.

—Me llamo Katherine Pierce Sinclair. —Alzó una mano y señaló hacia el sillón que estaba frente a ella, al otro lado de la mesa—. Siéntese, coronel Holliday, debe de estar muy cansado después del viaje.

Le echó una mirada al «canguro», y este se retiró y cerró la puerta tras él. Holliday tuvo la sensación de que no se iba lejos.

—Usted le dijo a Meg que la pequeña estratagema de la caja no me engañaría.

—La verdad es que no era necesario que lo engañara. Desde el principio teníamos

gente vigilando a la señorita Blackstock. Soy gran partidaria de ejercer presión, coronel.

—Ya le he dicho a Meg lo que haré si les hacen algún daño a Peggy o a Raffi.

—No hace falta que amenace, coronel Holliday —dijo la anciana. Encendió un cigarrillo y echó un rizado chorro de humo al aire. Sostenía el cigarrillo como un hombre, entre los nudillos más bajos de los dos primeros dedos—. No sufrirán ningún daño siempre que usted autentifique el Arca Verdadera.

—¿Cuándo la colocaron ustedes allí?

—Hace más de un año. Entre otras cosas, Margaret es arqueóloga titulada. Era muy capaz de seguir sola las pistas que llevaran hasta donde se encontraba del arca. Por desgracia, esas pistas se acababan en Iona. Desde allí Saint-Clair y la beata Juliana pudieron haber viajado a cualquier lugar, incluida la isla Sable, de modo que fabricamos unas pruebas para conducirlo a usted allí. Sable era la posibilidad más atractiva, porque demostraba que la afirmación de Rex Deus de que el arca vino al Nuevo Mundo era viable. Mandamos crear la caja utilizando herramientas y técnicas medievales auténticas y la enterramos a la orilla del lago Wallace. Margaret tenía las coordenadas de GPS exactas, así que sabía justo dónde cavar.

—La inscripción en griego fue un buen detalle.

—Eso pensamos. Margaret estudió lenguas clásicas en Columbia.

—Una verdadera mujer del Renacimiento.

—Una hija de la que una madre puede estar orgullosa.

—Y sabe manejar un arma también —dijo Holliday en tono mordaz.

—Lleva cazando en Poplar Hill desde que era niña. Es mejor tiradora que su hermano mayor.

—¿El próximo presidente de Estados Unidos?

—Así es —respondió ella.

—¿Por qué yo? —preguntó Holliday—. Hay muchos medievalistas más conocidos por ahí.

—Me interesa usted desde su viaje a las Azores, ya hace tiempo —dijo ella. Su poco convincente sonrisa le recordó a Holliday a una serpiente tragándose un animalillo—. Tanto como necesitamos que autentifique su pequeño hallazgo de encima de la mesa, me encantaría hojear ese pequeño cuaderno que el hermano Rodrigues le dio a usted cuando exhalaba su último aliento en Corvo. Supongo que lo tiene escondido a buen recaudo.

En la caja de seguridad de un banco de Ginebra, aunque Holliday no pensaba decírselo.

—Supone bien.

—Excelente. Irá a buscarlo para nosotros después de la autentificación, que tendrá lugar en el cónclave de mañana. Cogemos el G5 y haremos de ello una pequeña fiesta.

—¿Qué le hace pensar que lo haré? —dijo Holliday, aunque ya lo sabía.

Kate Sinclair sonrió y dio una fuerte chupada al cigarrillo, inspirándola bien hasta llevarla a los pulmones. Cuando habló, el humo salió bruscamente de su boca como si fuera el aliento de un dragón. Un demacrado dragón al final de su marchita y correosa vida.

—Lo hará porque su vida depende de ello... y también las vidas de la señorita Blackstock y de su flamante marido.

**T**RAS la breve conversación de Holliday con Katherine Sinclair, lo condujeron a una de las torres de la segunda y última planta, que daba al pórtico para carruajes y a los espléndidos jardines de estilo francés en terraza de la parte delantera del castillo. Las vistas eran tan imponentes como el propio castillo. Desde el sofá «confidente» situado bajo los curvos ventanales, Holliday veía toda la ciudad de Frankfort enclavada en el valle que quedaba debajo de la hacienda, rodeada por todos lados de bajas montañas con las laderas cubiertas de exuberantes bosques verdes. Desde la alta habitación redonda veía la cúpula del Capitolio estatal y el serpenteante curso del río Kentucky, que avanzaba lentamente hacia el norte para desembocar en el más ancho curso del Ohio.

El cuarto de la torre estaba lujosamente decorado; había alfombras persas desperdigadas por el suelo, una enorme cama de dosel al fondo de la habitación, una repisa de mármol con primorosas volutas sobre una chimenea bastante grande y un gigantesco televisor de pantalla plana en una pared con un cómodo y mullido sofá delante. Junto a la enorme cama había un cuarto de baño *en suite* y al lado del sofá, una mesa de desayuno redonda, antigua, con dos sillas a juego. Incluso había un pequeño frigorífico lleno de botellitas de alcohol como las de los aviones, refrescos para preparar combinados, latas de agua de seltz y un gran tarro de nueces de macadamia. Todas las comodidades del hogar, si diera la casualidad de que el hogar fuese un hotel Hilton.

Después de ir a ver si la gran puerta de roble estaba cerrada con llave (por supuesto lo estaba), Holliday pasó un buen rato midiendo a pasos las dimensiones de la habitación y estudiando mentalmente las opciones que tenía. Sabía que casi con toda certeza podía forzar la antigua cerradura de la puerta, pero ¿qué conseguía con eso? Tal vez hubiera un vigilante apostado junto a la puerta, y aunque no fuera así, casi seguro que había muchos vigilantes armados por toda la finca.

Por lo general el último piso de las mansiones como aquella se destinaba a las dependencias de los criados, pero muy bien pudiera ser un cuartel para los de seguridad. Y la palabra «cuartel» era la indicada; todos los de seguridad que había visto hasta ese momento eran antiguos militares, estaba seguro. Nada de la mescolanza de aprendices de mercenario de aquella panda de los Blackhawk; estos tipos eran de verdad.

Al final Holliday se cansó de ir de un lado a otro y se dejó caer en el sofá. Cogió el mando a distancia de la mesita baja que tenía delante, lo dirigió hacia la pantalla plana y empezó a cambiar de canal, pasando de los *reality shows* de estrellas del *rock* al programa de Maury Povich, que lidiaba con un caudal inagotable de embarazadas,

salidas de la gente que vive en una caravana fija, deseosas de pruebas de ADN para saber quién era el padre, y reposiciones de *CSI* y *Ley y Orden*.

Vio diez minutos de la primera versión de 1934 de *Cleopatra*, con Claudette Colbert en el papel principal y Henry Wilcoxon como Marco Antonio, en Turner Classic Movies, y finalmente se decidió por la *CNN*. No hicieron la menor alusión a ningún secuestro en Israel, aunque la verdad es que eso no quería decir nada; por lo visto la *CNN* creía que las únicas noticias internacionales sobre las que valía la pena informar eran plagas, inundaciones, terremotos y guerras. Fuera caía el crepúsculo, y hasta el aire resplandecía con esa extraña luz amarilla, cargada de ozono, que suele preceder a una tormenta.

A las seis en punto de la tarde oyó que abrían la puerta. Segundos después aparecieron dos de los «gorilas» de Kate Sinclair; el primero llevaba una gran bandeja de plata. Detrás de los dos hombres apareció Meg Sinclair. Vestía un completo traje de hípica, incluidas las altas botas negras y los pantalones de montar. Llevaba el pelo recogido atrás con una cinta de terciopelo negro. El de la bandeja dejó esta en la mesa redonda que había al lado del sofá y empezó a preparar la mesa para dos y a disponer la comida, que también incluía una jarra-termo de café.

—¿Ha venido a regodearse? —preguntó Holliday.

—No soy de la clase de gente a la que le gusta el regodeo —dijo Meg—. Solo pensé que tal vez le gustara cenar acompañado.

—Muy hospitalario por su parte.

—No tenemos por qué mostrarnos hostiles por este asunto, Doc.

—Sí que tenemos —respondió Holliday—. Su madre ha mandado secuestrar a Peggy y a su marido. Ustedes me retienen contra mi voluntad. No sé si hay posibilidad de ponerse más hostil.

—No se les hará daño, y a usted tampoco.

Meg se sentó a la mesa.

—Siempre que yo haga exactamente lo que usted y su madre desean.

—Venga a cenar, debe de estar muerto de hambre.

—No ha respondido usted a mi pregunta —dijo Holliday, al tiempo que se sentaba.

La cena estaba a la altura de un restaurante de cuatro tenedores: solomillo de ternera relleno de *funghi porcini* y glaseado con vinagre balsámico, con una patata asada y champiñones a la parrilla como guarnición. La sopa era crema de langosta; seguro que una irónica bromita de Meg. El postre parecía flan.

Holliday tomó una cucharada de la crema; estaba perfecta, incluso en el detalle del leve regusto a *brandy*, el pegote de nata y los tallos de perejil que flotaban en la superficie rosa pálido del blanco cuenco de cerámica.

—¿Por qué es tan difícil que haga lo que le pedimos?

—Porque es una mentira. Un montaje. Una falsificación.

—Aun así, es por una buena causa.

—¿Quién lo dice? —preguntó Holliday, hundiendo el cuchillo en el solomillo de ternera y haciendo rebosar el sustancioso relleno.

—Lo digo yo —contestó Meg, y empezó a ocuparse de su plato.

—Por lo que entiendo, usted va a utilizar el falso contenido de la caja como medida de presión para conseguir que hagan a su hermano jefe de su pequeña secta.

—La pequeña secta, como usted lo llama, tiene un activo neto conjunto de medio billón de dólares, y eso está convirtiéndose en un problema. El poder tiende a corromper —dijo Meg.

—«Y el poder absoluto tiende a corromper absolutamente» —dijo Holliday, terminando la cita—. El primer barón Acton. Es lo único destacable que dijo nunca. Fue en respuesta a la bula de Pío IX sobre la infalibilidad del papa, allá por la década de 1860.

—Bueno, pues eso es lo que está pasando con Rex Deus. La orden tiene tanto poder concentrado en un grupo tan pequeño de personas que se ha corrompido. Dentro de la orden hay personas que la consideran un medio para lograr un fin, y ese fin es el beneficio propio. Han perdido de vista los principios que hicieron grande esta nación. No saben adónde van, exactamente igual que el resto de Norteamérica.

—¿Y su hermano va a encarrilar de nuevo el país?

—Sí.

—¿Qué le hace pensar que lo hará mejor que cualquier otro del Senado o de cualquier otro sitio?

—Doc, si eligen al presidente para un segundo mandato será demasiado tarde. El país se convertirá en un infierno socialista donde el Gobierno meterá las narices en todas partes, en los negocios, la asistencia sanitaria, la industria, Wall Street... Otro Kremlin.

—¿De veras cree usted eso? —dijo Holliday.

—No solo lo creo, es que lo sé —contestó Meg con ojos llameantes—. Algunos miembros de Rex Deus lo saben también y planean aprovecharse de ello.

—¿Cómo?

—Entre otras cosas, ese grupo en cuestión, si logra convencer a los demás miembros de la orden, quiere manipular otro *crack* de la bolsa. Cuando las aguas se calmen, serán todavía más ricos y el país entero estará *in extremis*. Tal vez no se recupere, y entonces nos convertiríamos en una potencia de tercera categoría de la noche a la mañana. No podemos permitir que eso ocurra, Doc; usted no puede permitir que eso ocurra.

Holliday asintió con gesto pensativo. Desde que había entrado en la habitación, ella había utilizado su apodo tres veces, algo que no había hecho ni una sola vez, que él recordara, cuando iban juntos.

—De modo que quiere que yo mienta por usted.

—No será mentir sobre nada auténtico, sino sobre un mito, algo que probablemente no existiera nunca. ¿Es tan difícil?

—¿Y quién dice que yo quiera poner a su familia al frente de la nave del Estado?  
—dijo Holliday.

—Eso es mejor que hundirla —respondió Meg Sinclair.

—Este asunto ha sido una mentira desde el principio. ¿Usted me mintió y ahora quiere que yo mienta por usted?

—Yo mentiría si estuvieran en juego las vidas de los miembros de mi familia —dijo Meg.

—De acuerdo —dijo Holliday—. Si me promete poner en libertad a Peggy y Raffi tan pronto como haya hecho lo que ustedes desean.

—Por supuesto —dijo Meg—. Tiene mi palabra.

Holliday no se la creyó ni por un instante, pero no dijo nada. Era mejor perder una pelea con la intención de volver a luchar.

—De acuerdo —dijo. Dejó el tenedor en el plato; se había quedado sin apetito.

—¿Qué necesitará para abrir la caja cuando llegue el momento?

Holliday se quedó pensando un momento y después habló.

—Un pequeño soplete de butano y un cortaplumas o un cúter muy resistente.

—¿Por qué el cúter? —preguntó ella en tono ligeramente receloso.

—Es que voy a secuestrar a su madre para llevármela en avión a Cuba, desde luego.

—Por favor... —dijo Meg. Clavó la mirada en Holliday por encima de la mesa con una extraña expresión en la cara—. Podría haber sido distinto entre nosotros, ¿sabe, Doc? —añadió.

—No, no podría haber sido distinto —respondió él, y ese fue el final de la cena.

Sin decir una palabra más, la pelirroja se puso de pie y fue hacia la puerta. Llamó con un código de tres golpes seguidos de dos y al instante abrió uno de los «gorilas» que había metido la bandeja de comida. Ella se marchó sin darse la vuelta ni decir adiós, y la puerta volvió a cerrarse.

Pensando en lo que había dicho Meg Sinclair, Holliday se terminó la cena. El primer axioma de un soldado: come cuando tengas ocasión; tal vez tardes en volver a comer. Se comió los dos postres y se bebió casi toda la jarra de café. Aun así no le costó trabajo quedarse dormido, completamente vestido, en la gran cama mientras las primeras gotas de lluvia tamborileaban en las alargadas ventanas de la habitación, como un vago recuerdo del huracán que se acercaba a la isla Sable.

Eran poco más de las siete cuando Holliday despertó de un profundo sueño desprovisto de sueños. Seguía lloviendo; un continuo aguacero que se derramaba con fuerza desde un cielo color pizarra. Formando largos e imprevisibles chorros de lágrimas, el agua bajaba ondulando por las ventanas del cuarto de la torre y goteaba del alero. Las vistas habían desaparecido y Holliday no veía más allá de las vivas manchas de color del jardín francés. Pasado el jardín, todo era de un gris universal.

Holliday se apartó de las ventanas, se quitó la ropa y cruzó sin hacer ruido la habitación hasta el cuarto de baño. Allí había de todo, como en un buen hotel:

champú, jabón, toallas, artículos de afeitado, desodorante, cepillo y pasta de dientes e incluso un albornoz blanco, grande y esponjoso. Abrió el agua caliente de la ducha, se lavó con champú la arena del pelo y luego repitió la operación.

Después se enjabonó todo el cuerpo, se enjuagó y repitió la operación otra vez. Chirriante de limpio al fin, se puso el albornoz y pasó otros quince minutos afeitándose con esmero. Se preguntó si los Sinclair irían a proporcionarle ropa nueva. Cabía suponer que no querrían que se presentara en su pretendido cónclave con aspecto de vagabundo. También se sorprendió al notar que tenía hambre de nuevo, y se preguntó si le concederían una última comida al condenado.

Cuando terminó en el cuarto de baño se sentía tonificado y completamente despierto. Al volver a entrar en el cuarto de la torre vio que los Sinclair iban un paso por delante. Mientras estaba en la ducha, alguien había retirado las cosas de la cena y había dispuesto cubierto para uno. La cama estaba hecha con cuidado, y encima del mullido edredón había un traje, una camisa, una corbata, calcetines e incluso ropa interior.

La camisa blanca era de seda, el traje era de oscura y conservadora raya diplomática con etiqueta de Zegna, y los zapatos, unos «oxford» negros de Crockett & Jones. La corbata, de seda azul oscuro y hecha a mano, tenía un estampado de diminutas cruces engrialadas de Saint-Clair en un dorado suave. Los calcetines eran negros y también de seda.

Aún con el albornoz, Holliday se sentó a la mesa y levantó la cubierta de plata de una de las fuentes. Huevos revueltos, ni demasiado claros ni demasiado hechos. Abrió los demás platos tapados. Crujiente panceta, salchichas, patatas fritas caseras, tomates verdes fritos y, en lugar de pan tostado, las bolas de pan de maíz rebozadas de unos *hushpuppies*. Se llenó el plato, se sirvió café y se puso a comer.

El desayuno resultó ser un anticlímax. Después Holliday se vistió sin prisas, disfrutando del tacto de la ropa nueva e incluso de la ligera estrechez de los caros zapatos británicos. Todo le quedaba perfectamente. Las nueve en punto llegaron y pasaron, y nadie fue a buscarlo. A las nueve y media el primero de una docena de vehículos salió de la empañada lluvia y se detuvo bajo el pórtico para carruajes, debajo de la ventana de la torre. El primer coche era una limusina Lincoln negra de seis plazas.

Los vehículos que llegaron detrás durante las dos horas siguientes fueron un espléndido surtido de grandes turismos Town Car, Escalade, Mercedes y Jaguar. Incluso hubo un Bentley y un Rolls-Royce. El color preferido parecía ser un discreto negro. Viéndolos aparecer desde su atalaya del cuarto de la torre, Holliday se preguntó si tantos coches de gama alta no despertarían una indeseada atención, pero enseguida descartó la idea.

Aquel era el Kentucky donde se pagaba más de un millón de dólares por el servicio de monta de un semental y el de los ganadores de la triple corona. Probablemente hubiera por allí más príncipes del petróleo saudíes que

norteamericanos en coches como los que acababa de ver. El mundo había cambiado en los últimos decenios. ¿Estaba en lo cierto Meg Sinclair? ¿Los Estados Unidos no sabían adónde iban, o simplemente se adaptaban a las nuevas realidades? ¿De veras quedaba sitio para el concepto de potencia mundial? No importaba; él iba a darle a Meg lo que quería, si es que con ello había la más remota posibilidad de evitar que les hicieran daño a Peggy y a Raffi. Él había sobrevivido todo aquel tiempo... y, sin saber cómo, siempre daba la impresión de que sobrevivía. A ver ahora.

A mediodía le dieron una ensalada Cobb para almorzar, y a la una menos cinco fueron a buscarlo. Una pareja de los «gorilas» de Katherine Sinclair lo condujeron abajo al comedor de la planta principal, una sala inmensa, estrecha y de techo alto, que se parecía más a la nave central de una catedral que a un lugar donde disfrutar de una comida.

Al fondo del aposento, que hacía una curva, había tres altas vidrieras en forma de arco y una larga mesa de refectorio con capacidad al menos para veinte personas, pero dispuesta solo para dieciséis.

El tríptico de vidrieras tenía en el centro a un san Miguel con su espada; lo flanqueaban a ambos lados sendos caballeros vestidos con armaduras del siglo XIII que llevaban escudos adornados con la cruz engrialada de los Saint-Clair. Hoy el comedor iba a utilizarse como sala de juntas, y en lugar de cubiertos había copas y jarras de agua y blocs para tomar notas.

Cuando llevaron a Holliday a la sala con aire de iglesia, súbitamente se convirtió en el centro de la atención general. Katherine Sinclair estaba sentada justo a mitad de la mesa que quedaba a la derecha, flanqueada por Meg Sinclair a un lado y al otro, por un hombre de buena presencia y pelo castaño-rojizo. El parecido con Katherine y Meg era evidente, de modo que, según cabía suponer, era el hermano de Meg, Richard Pierce Sinclair, el aspirante a la presidencia.

Tenía la expresión convenientemente sombría que pedía el trabajo y las sienas jaspeadas de gris, así que, por lo menos, daba el tipo para el papel. A la derecha de Meg Sinclair había una silla vacía, la única de la mesa. Los dos «gorilas» condujeron a Holliday hasta el asiento libre y después se retiraron. Holliday se sentó y miró a su alrededor.

De las otras doce personas que estaban a la mesa identificó a algunas, pero no a todas. Había un general de cuatro estrellas al que reconoció de sus años del Pentágono y que era ya miembro del Estado Mayor Conjunto, y varios congresistas, hombres y mujeres. También estaban Miles Bainbridge, con su pelo al estilo embetunado de Ronald Reagan, y Beth, su esposa: un clon de Shirley Jones pero con el rostro enjuto y anguloso; los dueños de la Iglesia de la Prosperidad de los Dones de Dios y distribuidores de sus privilegios.

La IPDD era un negocio de mil millones de dólares que contaba con sedes en veintisiete países y con setecientos cincuenta mil «socios» que seguían el sencillo credo de la iglesia: la mejor forma de conseguir que Dios te dé dinero es darles dinero a los Bainbridge antes. Entre otras cosas ese mensaje les había agenciado media docena de casas distribuidas por todo el país y una Cessna Citation XLS con la que

llegar a ellas.

Al lado de los Bainbridge estaba un conocido magnate de bienes raíces que, entre otras cosas, era dueño del mayor casino de Las Vegas, y al lado de él estaba la presidenta de la mayor empresa conjunta de tabaco, agroindustria y refrescos del mundo. Había más personas a la mesa a quienes Holliday no reconocía pero, reconocibles o no, todos rebosaban confianza en sí mismos, completa seguridad en su propia valía e inmutable poder.

Y además no había ni un solo Timex en la sala. Todas las muñecas se adornaban con Rolex, Omega, Patek Philippe o, como mínimo, Cartier. Miles Bainbridge y su esposa se llevaban el premio con sus respectivos relojes de señora y caballero a juego Jules Audemars Grande Complication con caja de platino y a setecientos mil dólares el pelotazo. Aunque no fuera más que por eso, al menos Dios había atendido sus plegarias.

Cuando Holliday estuvo sentado por fin, Katherine Sinclair acalló el parloteo en voz baja dando golpecitos con los nudillos en la antigua y baqueteada mesa de nogal.

—Antes de que empecemos, quiero expresar mi pésame a todos los miembros de la familia de nuestro difunto líder y hermano de orden, William Henry Adams. Lo echaremos muchísimo de menos.

»En vista de su fallecimiento, y según las reglas y la Constitución de la Orden, es obligatorio que pidamos inmediatamente un cónclave para elegir a un nuevo líder, y ese es el motivo de que se nos haya reunido a todos como cabezas de todas las familias supervivientes de Rex Deus.

»Sin embargo, antes de iniciar los trámites de la votación, quisiera presentaros a mi hija, Margaret Sinclair, quien, como todos sabéis, es una arqueóloga de cierto renombre y especialista en la Biblia. Durante los últimos dos años, y recientemente con ayuda del teniente coronel Dr. John Holliday, famoso historiador especializado en la época medieval, Margaret ha ido en busca nada menos que del Arca Verdadera; estoy segura de que ya hemos sido informados todos cuantos estamos aquí. Dejaré que sea Margaret quien diga lo que tiene que anunciar.

Meg se puso de pie. Vestía un oscuro traje pantalón de aspecto caro, y llevaba el cabello color rojo vivo recogido en un formal moño italiano. Colgadas al cuello con un cordón de terciopelo tenía unas gafas de estética «retro» con la montura en punta hacia arriba; un toque adicional que le daba una apariencia seria y sensata, aunque Holliday estaba más que seguro de que no las necesitaba.

—Como todos ustedes saben —comenzó a decir Meg—, el Arca Verdadera es una pieza fundamental de la mitología de Rex Deus: un relicario o caja que contenía el Santo Grial, la Corona de Espinas, el Santo Sudario y el Anillo de Cristo. Estoy segura de que algunos de ustedes piensan que en realidad el arca no es más que un mito; otros comparten la teoría de que el arca está metida dentro del relicario de oro de los Tres Reyes Magos, mucho más grande y que hoy día se encuentra en el altar mayor de la Catedral de Colonia, en Alemania, y que también se cree que contiene

los huesos de los tres magos que le llevaron al Niño Jesús sus santas ofrendas de oro, incienso y mirra.

»Los más escépticos de entre ustedes tal vez crean que el Arca Verdadera y su viaje al Nuevo Mundo no son más que un cuento; un bulo que inventó Jonathan Edwards, fundador de nuestra organización, y a quien hoy representa en esta misma mesa nuestra hermana de orden Jane Campbell Edwards, su descendiente.

Con un movimiento de cabeza señaló hacia la presidenta de Big Tobacco, sentada junto al rubicundo magnate de bienes raíces que llevaba el exagerado peluquín.

—En pocas palabras, la respuesta es que todos ustedes se equivocan. Lo sé a ciencia cierta porque, tras un largo y a veces peligroso viaje, yo y mi buen amigo y colega el Dr. John Holliday, últimamente profesor de Historia Militar en la Academia Militar de West Point, hemos localizado el Arca Verdadera y la hemos sacado de su escondite en la isla Sable, donde la enterraron hace casi setecientos años *sir* Jean de Saint-Clair y la beata Juliana de Navarra, abadesa del convento de Santa Inés de Bohemia y la capilla de Santa María Magdalena, en Praga. Si se me permite añadir una cosa, lo realizamos bajo la amenaza de un huracán que se aproximaba, aunque esa historia queda para otro día.

Llegada a este punto, Meg se calló un instante para dejar paso a las oportunas risillas sofocadas y a las risas.

A media distancia, y amortiguado por la incesante lluvia torrencial, Holliday creyó oír el vibrante traqueteo de los rotores de un helicóptero... ¿un accidente en Frankfort, tan grave que requería una operación de evacuación médica? Lo cierto es que no era de extrañar considerando cómo estaba el tiempo... Volvió a centrar su atención en la jugada ensayada y convenientemente corregida de Meg acerca de las aventuras de ambos, un relato donde combinaba sus investigaciones sobre la beata Juliana y el interés de Holliday por Jean de Saint-Clair.

Al final del parlamento, Meg Sinclair alzó un poco la voz y, con tono emocionado, anunció:

—Señoras y señores, les entrego el Arca Verdadera, por fin devuelta a sus legítimos herederos y propietarios, los hermanos y hermanas de Rex Deus aquí congregados, últimos miembros que quedan de los Desposyni en Norteamérica.

Alguien debía de haber tenido la oreja pegada a la puerta, o, lo que era más probable, en la sala había micrófonos ocultos, porque casi en ese mismo instante dos de los matones de traje oscuro de Katherine Sinclair entraron con el arca, envuelta en una gruesa manta color azul claro, seguidos por un tercero que llevaba el minisoplete y el cúter que Holliday había pedido.

Los tres colocaron la caja delante de Meg Sinclair y de Holliday, y se retiraron en silencio. Meg Sinclair quitó la acolchada manta de la caja e inclinó el artefacto entero revestido de plomo hacia las personas reunidas a la mesa. Luego se puso sus gafas de erudita.

—Como ven —dijo—, el arca sigue cerrada herméticamente. La tapa lleva el

antiguo escudo de la cruz engrialada de los Saint-Clair y una inscripción en griego que se traduce como «*In hoc signo vinces*», «con este signo vencerás», el lema de los Caballeros Templarios. —Eché una mirada en torno a la mesa—. Hemos mantenido la tapa herméticamente cerrada para que todos los que están aquí vieran con sus propios ojos cómo la abrimos.

Le hizo una señal con la cabeza a Holliday y este se levantó sin rechistar. Con Meg Sinclair aún de pie a su lado, cogió el minisoplete. Era un pequeño BernzOmatic con un quemador que parecía la boquilla en miniatura de un surtidor de gasolinera.

El aparato tenía un sistema de encendido automático en el pequeño mango que Holliday se colocó entre el pulgar y el índice de la mano derecha. Con la mano izquierda hizo girar el diminuto botón de emisión de la válvula para dejar salir el gas y apretó el gatillo de encendido. La respuesta fue un sonido siseante y una inmediata ráfaga de llama de un azul vivo.

A continuación cogió el cúter y se puso manos a la obra: fundió parte de la soldadura de plomo que rodeaba la tapa y pasó el cúter a través del ablandado metal. Tardó diez minutos en rodear poco a poco la tapa entera. Cuando terminó, dejó el soplete y el cúter en la mesa y, en silencio, miró a Meg.

—Ábralo usted —le dijo ella con una sonrisa que no se correspondía con la expresión dura, casi peligrosa de su mirada—. Usted ha sido tan responsable de su encuentro como yo.

Holliday asintió. El grupo sentado en torno a la mesa lo miró con atención. De algún sitio llegó el sonido amortiguado de una tos. La Edwards tenía un gesto fríamente escéptico, y Miles Bainbridge levantaba una sola ceja con expresión de afable y condescendiente incredulidad. Su esposa se limitaba a sonreír, con su mejor aire de compinche a la vez de la familia Partridge y la cantante Dale Evans. Viendo a la rubia sesentona, con su vestido rojo y su cara de bótox, se tenía la sospecha de que su marido había rezado pidiendo que a su mujer le hicieran una lobotomía y había conseguido su deseo.

Holliday vio un borroso atisbo de movimiento al otro lado de la ventana. No le hizo caso y, con cuidado, quitó la tapa y la apartó. La sala estaba completamente en silencio. De nuevo se oyó otra suave tos. Holliday miró con atención dentro de la caja y estuvo a punto de soltar una carcajada.

El contenido era una genialidad y una maravilla de desorientación. Holliday se retiró un poco para dejar que Meg Sinclair hiciera los honores, ya que estaba claro que ella había sido el cerebro de aquel genial engaño. Volvió a sonar una tos, y esta vez Holliday se dio cuenta de que procedía de la puerta pero desde fuera de la sala; todas las miradas estaban fijas en Meg.

Uno por uno, Meg sacó los objetos que había dentro del Arca Verdadera y los puso sobre la blanda superficie de la gruesa manta. El Santo Grial era exactamente como ella lo había descrito: una taza de madera toscamente torneada que parecía hecha en un torno antiquísimo, algo que seguramente fuera cierto; los egipcios

utilizaban tornos de arco mil años antes del nacimiento de Cristo. Eran bastante fáciles de encontrar en el mercado negro de la arqueología.

La Corona de Espinas, un instrumento de tortura bastante común entre los antiguos romanos, era de hierro viejo y oxidado. La parte de tela del artefacto hacía mucho que había desaparecido, aunque su propósito seguía estando claro. Se encajaba una tela de saco sobre la cabeza, que llegaba hasta las cejas por delante y hasta mitad del cuello por detrás, cubriendo las orejas. Luego se le cosía una gruesa cadena de hierro en el bajo, de forma que la cadena quedase justo por encima de los ojos, alrededor de las orejas y hasta mitad del codo por detrás.

Con esto se pretendía dar peso al saco y generar de cuatro a cinco kilos de presión descendente. Porque por dentro de la tela, a la altura de los ojos y rodeando toda la cabeza, había unas espinas de hierro que miraban hacia dentro y estaban dirigidas un poco hacia abajo. El peso de la cadena hacía que las espinas de hierro se clavaran en la carne de la cabeza, y a veces incluso en el cráneo y hasta en el cerebro. Aquel artefacto se utilizó hasta bien entrada la Edad Media y era un instrumento muy apreciado por la Inquisición española.

El Anillo de Cristo era tan imposible de datar con fines de autenticación como el cáliz y la corona. Era un sencillo anillo de bronce, justificadamente deslustrado con los años y con la superficie de arriba parecida a una moneda. Lo más probable era que en el siglo I los romanos y los pueblos a los que estos vencieron en Tierra Santa llevaran anillos como aquel.

El dibujo de la moneda que había en la parte superior mostraba un crismón: el símbolo ji-ro en forma de «X» que era la combinación de las dos primeras letras del nombre de Cristo en griego antiguo. Entre los brazos de la X estaban las letras alfa y omega, los símbolos del principio y el fin. El símbolo del crismón lo empleaban como *sigillum*, o sello mágico, los primeros cristianos. A Holliday el anillo le resultó muy familiar, y de pronto recordó que había visto uno casi exactamente igual en un pequeño museo de Kourion en la isla de Chipre.

Meg Sinclair dejó lo mejor para el final; con gesto reverente sacó el sudario, que en realidad no era más que un gran jirón de tela podrida. Holliday dejó ver una amplia sonrisa.

No tenía la menor duda de que, si se analizara, la tela mostraría restos de tejido humano y diversas manchas orgánicas, y si se datara, resultaría ser de la época de Cristo. La tela era casi con toda seguridad biso, el fino lino blanco que solía emplearse para las envolturas de los enterramientos egipcios de la época faraónica tardía. Tomadas en conjunto, las reliquias eran un *tour de force*. En ese momento Meg miró dentro de la caja por última vez y sacó otra cosa: dos trozos de madera entrelazados, probablemente de cedro importado de las laderas montañosas de Siria. El Instrumento de Dios de Jean de Saint-Clair, la ballestilla primitiva que le había permitido navegar hasta la «más lejana orilla» y copia exacta de la que Holliday había encontrado el año anterior en la tumba del antiguo visir, en Libia.

Meg se volvió hacia él, sonriente, y le guiñó un ojo. Holliday palideció mientras asimilaba la verdad. Meg había sabido lo del instrumento de navegación desde el primer momento. Eso quería decir que Rex Deus tenía en el bolsillo a Bernheim, el historiador naval francés, desde mucho antes de que se vieran en Le Malakoff de París.

Y además había sido Bernheim quien lo encaminó hacia el hermano Morvan e, inevitablemente, hacia su encuentro con Meg Sinclair en la capilla del Mont Saint-Michel. Holliday se maldijo por idiota. Le habían tendido una trampa desde el principio y no lo había visto, aunque en el fondo sí que debía saber que aquel encuentro en la fortaleza de la isla era demasiada casualidad; la primera de muchas casualidades, en realidad. Ahora aquello iba a costarle la vida a él, además de a Peggy y a Raffi.

La Operación Asirio comenzó tal como relataba el poema de Byron: como un lobo que cae sobre el redil, aunque en este caso las ovejas fueron los miembros de Rex Deus. La única señal de advertencia fue el rapidísimo triple ladrido de los lanzagranadas montados en fusiles Galil y el estallar de vidrios al romperse. Instintivamente, Holliday se echó al suelo, al tiempo que cerraba muy fuerte los ojos y se tapaba las orejas. Tenía una idea bastante clara de lo que se avecinaba.

Tres soldados fuertemente armados y vestidos con chalecos antibalas negros, pasamontañas negros y gafas protectoras oscuras, entraron rodando por las reventadas vidrieras detrás de las tres granadas que seguían dando vueltas por toda la mesa del refectorio.

Dos eran granadas aturdidoras y la otra, una granada de humo. Las aturdidoras explotaron primero, cegando a todos cuantos estaban a la mesa cuando todos los receptores de la retina sufrieron un cortocircuito y, además, soltando un ensordecedor sonido de explosión de 180 decibelios, absolutamente desorientador. Una fracción de segundo después explotó la granada de humo, y la sala empezó a llenarse de un denso humo amarillo.

Se oían gemidos y gritos por todas partes cuando Holliday se puso de pie y miró con precaución por entre el humo. La gente daba bandazos a ciegas y tropezaba con él mientras él se esforzaba por encontrar la puerta. De pronto se oyó un estruendo, la puerta de la sala se abrió de golpe y Holliday oyó una fuerte voz que gritaba a voz en cuello: «¡*Sa'al* Holliday, hacia mí!».

*Sa'al* era como se decía teniente coronel en hebreo. Holliday se abrió paso hasta la puerta junto con el resto de los aturridos, ciegos y ensordecidos miembros de Rex Deus que aún seguían en pie.

Uno de ellos era el general del Pentágono. Holliday le dio un codazo en el cuello y el corpulento militar se desplomó. Ahora lo único que se interponía entre él y la puerta era la tambaleante figura de Miles Bainbridge; el telepredicador que aceptaba dinero en efectivo o tarjeta de crédito gemía, frotándose las mejillas manchadas de lágrimas. Holliday levantó el puño y le dio un puñetazo en la boca todo lo fuerte que

pudo, sintiendo cómo las caras fundas de los dientes se hacían añicos bajo sus nudillos. Por fin llegó a la puerta.

Una figura con traje negro lo agarró por el brazo.

—¿Coronel Holliday?

—Sí.

—Mucho tiempo sin verlo, señor; por favor, venga conmigo y dese prisa, que corre el reloj.

El de negro lo sacó prácticamente a rastras de la sala. Holliday se fijó en que tenía una Glock 17 con silenciador en la mano. Uno de los «gorilas» de Katherine Sinclair estaba hecho un guiñapo en el suelo; su Glock estaba en el suelo junto a él, y sus sesos chorreaban por la pared.

—Me apuntó con ella —dijo el de negro.

Fueron a toda prisa por el corredor hasta llegar a una estrecha escalera de bajada.

—Tenemos que darnos prisa, señor, por favor.

Bajaron con estrépito la escalera junto con otros soldados vestidos de negro que los seguían muy cerca.

—¿Son ustedes del Shaldag? ¿Unidad 5101? —preguntó Holliday, refiriéndose al grupo de Fuerzas Especiales israelí. En teoría el Shaldag fue el responsable de señalar el objetivo de la Operación Babilonia, la destrucción del reactor nuclear de Osirak, en Irak.

—Nosotros no existimos, señor —contestó el hombre, al tiempo que le agarraba el brazo de nuevo. Salieron a la gran cocina, como de anuncio, que había en el sótano de Poplar Hill—. Y además nunca hemos estado aquí, señor.

A Holliday la voz del hombre le resultaba familiar, aunque no sabía exactamente de qué. Llegaron al paso subterráneo que llevaba a las caballerizas, y Holliday vio a otro de los guardias de Katherine Sinclair despatarrado en el suelo. Las consecuencias de aquellos extraños y etéreos sonidos de tos que había oído antes.

—¿Él también lo apuntó a usted? —preguntó Holliday.

El hombre lo condujo hacia el túnel revestido de piedra.

—No, señor —dijo—. Él me disparó. Nosotros no disparamos a menos que sea completamente necesario, pero siempre devolvemos los disparos cuando nos disparan.

—Eso parece algo que hubiera podido decir yo —dijo Holliday, y dejó ver una amplia sonrisa.

—Y lo dijo usted, señor. Táctica militar romana 301, señor. Bum, A, USMA-Ra-Ra, USMA-Ra-Ra, U, Ra, U, Ra... señor.

Aquel era el grito de celebración de West Point... ¿Pero quién era el chaval del pasamontañas negro? Llegaron a una escalera de piedra y la subieron corriendo para salir a las caballerizas.

—¿Lo conozco a usted? —dijo Holliday.

Cruzaron corriendo el lado de las caballerizas destinado a garaje y salieron a la

lluvia torrencial. La visibilidad era casi cero, pero el de negro parecía saber adónde iba.

Sin dejar de correr, se internaron en una alameda y fueron por un camino angosto, casi invisible. Holliday oyó disparos detrás de ellos. Se volvió y miró hacia atrás por encima del hombro. Una docena de hombres de negro los seguían.

Llegaron a un claro donde había dos helicópteros UH-1 Iroquois con los rotores dando vueltas. Sorprendentemente, los helicópteros lucían el distintivo rojo y blanco de la oficina del *sheriff* del condado de Franklin. Las portezuelas correderas de los helicópteros estaban abiertas, y de pie junto a cada una de ellas había un soldado con un pasamontañas negro.

—Por aquí —dijo el hombre que estaba al lado de Holliday, al tiempo que volvía a echarle mano del brazo con mucha fuerza.

Holliday, su guía y otros seis entraron en tropel en el vehículo. Antes de que la portezuela se cerrara de un portazo ya estaban en el aire. Un hombre que iba sentado junto al piloto se volvió y se quitó los auriculares. Tenía el rostro muy moreno, lleno de arrugas y cansado por demasiado sol y demasiadas preocupaciones.

—¿Hemos perdido a alguien, Menzer? —preguntó.

—No, señor. Todos presentes.

—Excelente —dijo el hombre de más edad.

En ese momento el cuidador de Holliday se quitó el pasamontañas.

—¿Misha? —dijo Holliday, boquiabierto—. ¿Misha Menzer?

Las tupidas cejas, el puntiagudo mentón y aquellas nupias lo decían todo, aunque el Menzer que él había conocido tenía la cara salpicada de espinillas y llevaba gafas con gruesas monturas de pasta. Su antiguo alumno dejó ver una amplia sonrisa.

—Yo mismo, señor. Thayer Hall, señor. Curso de 2005. Me dijo usted que acabaría en el túnel de lavado del parque móvil de alguna base si no me esforzaba.

Menzer había sido uno de sus alumnos de intercambio allá en su día. Con más sentido del humor que talento militar, pensaba él por entonces.

—No hay nada que me guste tanto como que me demuestren que me equivoco —dijo Holliday. Alargó la mano y le dio una palmada a su antiguo alumno en el hombro—. En particular si me sacan el culo del fuego.

—Ha sido un placer, señor —dijo Menzer—. Sacar culos de un tirón es cosa nuestra, señor. Necesitaban a alguien que lo reconociera a usted. Me ofrecí voluntario. Órdenes del jefe.

Señaló con un movimiento de la cabeza al hombre que estaba junto al piloto; luego les dijo algo en hebreo a los demás que iban en el helicóptero y estos se echaron a reír. Holliday echó un vistazo por la ventanilla. Tenía la vaga impresión de sobrevolar colinas y tierras boscosas, pero poco más. Le dio un golpecito en el brazo al hombre del asiento delantero. El de más edad se volvió y se quitó los auriculares.

—Me dijeron que matarían a mi prima y a su marido si no colaboraba con ellos. Tenemos que buscarlos antes de que sea demasiado tarde —dijo Holliday en tono de

urgencia, chillando por encima del lloriqueante ruido de los rotores y el estruendo de la gran turbina.

—No es preciso —le chilló a su vez el hombre—. Nos dieron el soplo de que iban a secuestrarlos, el Vaticano nada menos. Y precisamente un hombre llamado padre Thomas Brennan. El jefe del Servicio Secreto vaticano —dijo el de más edad.

Sodalitium Pianum. Holliday ya había tenido un encontronazo con Brennan una vez, también a raíz de un secuestro.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Holliday.

—Que nosotros los secuestramos primero —dijo el hombre del asiento del copiloto—. Están sanos y salvos. Los tenemos en la base aérea de Ramar David allá cerca de Haifa, en el norte, a la espera de volar hasta aquí para reunirse con usted.

Holliday sintió que el corazón se le henchía de alivio.

—Gracias —dijo agradecido.

—*Tsu gezunt* —dijo el de más edad—. De nada.

—Supongo que son ustedes del Mosad —dijo Holliday—. Misha no ha querido decírmelo.

—Misha es un buen chico, y buen tirador además —dijo el de más edad—. Uno de nuestros hombres se infiltró en el grupo de Quince. Resulta que son una subcontrata que utiliza la CIA para las operaciones clandestinas en los llamados países amigos. Nuestro hombre les colocó un dispositivo electrónico de control por GPS a los zapatos de usted, y al móvil de esa Sinclair unos chips que le sacaba los datos. Llevamos siguiéndolos a ustedes desde entonces.

—Eso no contesta la pregunta.

—Algunas preguntas no deben hacerse —dijo el de más edad.

—Ustedes no existen —repuso Holliday, y sonrió.

—Le coge usted el truco rápido, muchacho.

El de más edad le devolvió la sonrisa y continuaron volando por entre la lluvia, que no dejaba de caer.

PEGGY Blackstock, su marido, Raffi, Doc Holliday y Arnie Gallant estaban pescando con cuerdas de mano en las tranquilas aguas de Bedford Basin, en el extremo interior de Halifax Harbour. Hacía un día de verano perfecto, con un sol radiante que brillaba en un despejado cielo azul. Gallant aportaba la *dory*, enigmáticamente llamada *Geoffrey G.*, un interminable torrente de saber popular de la zona (puras mentiras y cuentos chinos) y un monólogo, igual de interminable, sobre cuál era el mejor método de pesca con carnada. Era un momento de descanso y recuperación para todos, pero en particular para Peggy, que había sufrido un aborto espontáneo, casi con toda seguridad provocado por los recientes acontecimientos.

—¿Qué estamos pescando exactamente? —preguntó Peggy.

—Pez toro y caballa sobre todo —dijo Gallant—. Anguilas, quizá.

—Qué asco —dijo Peggy.

—¿Se comen? —preguntó Raffi.

—La caballa, imagino —dijo Gallant y se encogió de hombros—. El pez toro si estuviera usted desesperado. Las anguilas si le gustan ese tipo de cosas.

—¿A qué sabe el pez toro? —preguntó Peggy.

—A lo último que haya comido —dijo Gallant.

—¿Y qué come? —preguntó Raffi.

—Sobre todo *Chaetognatha Sagitta elegans* —respondió Gallant.

—Lanza elegante —dijo Holliday distraído. Con gesto pensativo, tenía la vista clavada absolutamente en la nada.

—¿Cómo? —dijo Peggy.

—*Sagitta elegans*. Eso es lo que significa en latín.

—Gusanos flecha —dijo Gallant, meneando el sedal un poco—. Parecen peludos penes de caballo con una gran mandíbula en la punta. Y además son gelatinosos —señaló con la cabeza hacia el agua tranquila—. Hay miles de millones de ellos ahí abajo.

—Y estamos pescando aquí... —dijo Peggy—. Puaj. Qué asco.

Gallant se echó a reír y luego miró a Holliday, que seguía con la mirada perdida por encima del agua.

—¿En qué está pensando? —dijo el pescador de bogavantes.

—En el contralmirante Pulteney Malcolm, de la Royal Navy.

—¿Y quién era ese?

—El capitán del *Royal Oak*, el navío que llevó al General de división John Ross y a sus tropas hasta las orillas de Maryland en agosto de 1814. Ross siguió adelante y aplastó a los norteamericanos en la batalla de Bladensburg. La derrota fue tan

tremenda que gracias a ella Ross y a sus hombres pudieron marchar sobre Washington, incendiarla y reducirla a cenizas. Ross fue la primera persona a quien se le atribuye haber vencido a un ejército entero de los Estados Unidos en el campo de batalla. Un mes después se lo cargaron un par de francotiradores adolescentes. Entonces metieron su cuerpo en un barril de ron de Jamaica y el *Royal Oak* lo llevó a Halifax. Seguramente el *Royal Oak* estuvo fondeado en Bedford Basin; más o menos por aquí mismo.

—¿Y eso qué tiene que ver con el precio del bogavante? —preguntó Gallant.

Peggy y Raffi habían dejado de concentrarse en la pesca y escuchaban con atención. Peggy conocía bien a Doc; había algo en el aire, y no era el olor a pescado. Holliday prosiguió su lección de historia.

—A bordo del *Royal Oak* había algo más que el cuerpo de Ross metido en un barril de ron. Cuando saqueó Washington, Ross tenía tres objetivos principales: el Capitolio, la Casa Blanca y el Tesoro público. En el tesoro encontraron veinte mil dólares de plata que no se habían puesto en circulación y una cantidad desconocida de dobles águilas de oro de diez dólares.

—¿Y qué? —preguntó Peggy.

—Mientras investigaba en Escocia, di por casualidad con un montón de cartas de un joven guardiamarina del *Royal Oak* llamado Cameron McLeod. El joven Cameron era uno de los ordenanzas del almirante Malcolm, y además uno de sus preferidos. En una de las cartas que le envió a su madre comenta que el contralmirante le había dado un águila doble de oro americana como recuerdo del fructífero saqueo de Washington. También menciona la cantidad de monedas de oro que había en la reserva secreta del *Royal Oak*: diez mil.

—¿Y cuánto valdrían esos pedacitos de oro en la bolsa hoy día? —preguntó Gallant con perspicacia.

—Según mis investigaciones —dijo Holliday—, los dólares de plata se venderían por unos cuatro millones y los de oro por unos diez.

—¿El lote? —preguntó Gallant.

—Cada uno —contestó Holliday.

—La Santa Madre de Dios... —murmuró Gallant con la mirada llena de una codicia totalmente pecaminosa.

—*Ongeshtopt mit gelt!* —dijo Raffi en voz baja.

—¡Joder! —dijo Peggy.

—Ojo, que han picado —dijo Holliday echándole un vistazo al sedal de Gallant, que acababa de dar una sacudida.

Katherine Sinclair estaba en la dañada biblioteca; además de la casa, le habían arruinado la vida. Tras el desastre que habían hecho caer sobre su familia John Holliday y sus impíos salvadores, no se había podido rescatar nada. La zorra Edwards

había lanzado un ataque sin cuartel contra la credibilidad de Margaret y la autenticidad de su hallazgo, y además, la posibilidad de que eligieran líder a su hijo iba desvaneciéndose a cada día que pasaba. El puesto recaería bien en la propia Edwards o en aquel predicador imbécil de Bainbridge.

Cogió el teléfono que tenía delante y marcó el número privado de Joseph Patchin en la CIA. Él contestó al segundo timbrazo.

—Sí —dijo.

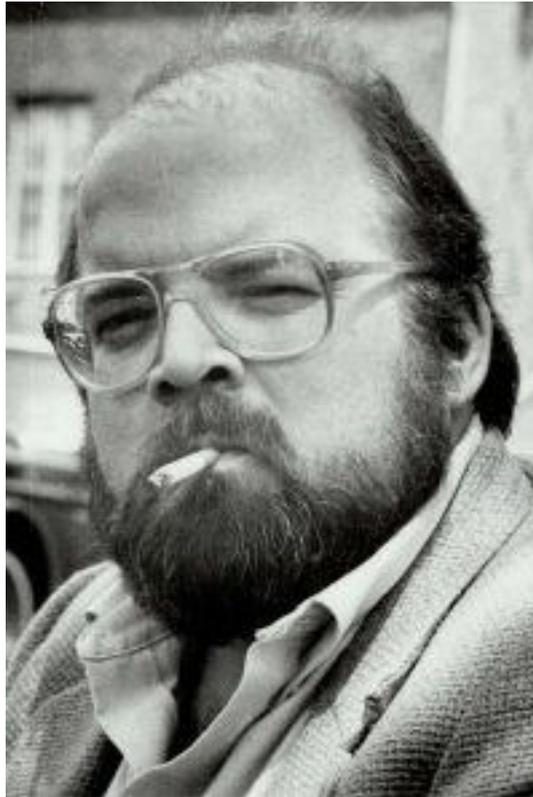
—¿Sabe quién soy?

—Sí.

—Ponga en marcha Ironstone inmediatamente, no tenemos otra alternativa.

—Comprendo —respondió Patchin.

La línea se cortó y Katherine Sinclair colgó el teléfono. Ya no había vuelta atrás. Los Estados Unidos de Norteamérica jamás volverían a ser los mismos.



Paul Christopher es el seudónimo de Christopher Hyde (Ottawa, Ontario, Canadá, 26-5-1949 - 2014). Es hijo de Laurence Hyde (un autor, ilustrador y productor) y Bettye Marguerite Bambridge (una psicóloga infantil). Se casó con Mariea Sparks, el 23 de julio 1975 con quien tuvo 2 hijos: Noah Stevenson Sparks, y Chelsea Orianna Sparks. Vivió a caballo entre Europa y Estados Unidos.

Fue escritor y productor en la *Canadian Broadcasting Corporation* durante diez años, se consagró a la escritura en pleno a partir de 1977. Fue profesor de historia contemporánea en la famosa Universidad Ivy League y autor de un gran número de libros de referencia sobre robos de arte, falsificaciones y, más concretamente, los saqueos que ocurrieron en Europa durante la segunda guerra mundial. Dio conferencias sobre el tema y fue un consultor de Naciones Unidas y de una brigada especial de la policía de Nueva York en el robo de obras de arte.

Es el creador de tres sagas (ambas bajo el seudónimo de Paul Christopher): la de la arqueóloga que da nombre a la serie *Finn Ryan*; la del teniente coronel *John Holliday*, antiguo Ranger del ejército; y una tercera más extensa entorno al mundo de los templarios, *Templars*.

También ha utilizado los seudónimos de A. J. Holt, y el de Nicholas Chase (junto a su hermano, el escritor Anthony Hyde).